CONTAREMOS LA VERDAD
HAREMOS JUSTICIA



LA REBELIÓN DE LA MARIPOSA

MIRIAM MOSQUERA

La Rebelión de la Mariposa

La Rebelión de la Mariposa



MIRIAM
MOSQUERA

PUCK

Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

1.ª edición: octubre 2025

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propieda Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright,* bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2025 by Miriam Mosquera
Autora representada por IMC Agencia Literaria, S. L.
All Rights Reserved
© de la cubierta, 2025 *by* Luis Tinoco
© de las guardas y el mapa, 2025 *by* Vero Navarro
© 2025 by Urano World Spain, S.A.U.
López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid
www.mundopuck.com

ISBN: 979-13-87750-17-6

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

A todos aquellos que, de una forma u otra,
luchan por dar voz a los que no la tienen.
No dejéis nunca de molestar

«Para la libertad sangro, lucho, pervivo».
MIGUEL HERNÁNDEZ, *El hombre acecha* (1939)

PRÓLOGO



Madrid, 15 de junio de 2090

Justo cuando los seres humanos celebraban haber superado sus peores crisis y pandemias, cuando pensaban que nada acabaría con ellos, que serían eternos, fueron castigados con la peor de las extinciones.

El mundo entero lloró sangre y jamás volvió a ser el mismo.

Con el paso del tiempo se diría que, aquel 15 de junio, todos los dioses habidos y por haber se habían relamido con la desdicha humana, pero Darío se levantó como si fuera un sábado cualquiera: con la inocencia y seguridad de aquellos que desconocen el futuro y no dudan de que el sol saldrá cada mañana.

Aún con legañas en los ojos, fue a la cocina a prepararse un café y, con la taza en la mano, entró en el salón para saludar a su mujer.

—Buenos días, cariño —le dijo.

Noa estaba sentada en el sofá, con el portátil sobre las piernas y unas tostadas a medio comer encima de la mesa; la luz del sol convirtiendo en oro la piel de su espalda. La televisión estaba encendida y, aunque las voces de los periodistas rompían el silencio casi sagrado de la mañana, nadie la estaba viendo.

—Buenos días —respondió ella, sin levantar la vista del ordenador.

Darío sabía que su mujer llevaba un par de semanas muy agobiada con el trabajo, así que prefirió no interrumpirla. Una de las

desventajas de estar casado con una microbióloga del Ministerio de Defensa, además de tener que escuchar largos monólogos sobre temas que no llegaba a comprender del todo, era no poder disfrutar de su compañía ni siquiera los fines de semana.

—Anoche no te acostaste —le dijo, su voz impregnada de una acusadora preocupación.

Noa, absorta en la pantalla de su ordenador, no le contestó. Darío dudó incluso de que lo hubiera escuchado. Le dio un sorbo al café y, mientras notaba cómo el líquido caliente le bajaba por la garganta, se rindió y decidió dedicarle su atención a la televisión. Como se acercaban las elecciones, los periodistas estaban hablando otra vez de uno de los políticos más polémicos del país: Ismael Garza.

—Los datos son muy claros: el Partido Celeste está ganando popularidad —afirmó el presentador del programa—. *Según las encuestas, en las elecciones del próximo mes, Ismael Garza conseguirá por fin representación parlamentaria.*

—Su capacidad de conectar con la gente es abrumadora —añadió una elegante periodista que estaba sentada junto a él—. *Todos sabemos que sus ideas son algo extremas, demasiado conservadoras incluso, pero tiene una legión de fanáticos que lo apoyan en las redes sociales.*

—¿Demasiado conservadoras? —preguntó otro periodista, de pelo blanco, sentado frente a ellos—. *Lo que necesitamos ahora mismo es a alguien capaz de dirigir este país con mano dura. Le necesitamos a él.*

Darío soltó un bufido. Cada vez que veía por la calle a grupos de jóvenes, o incluso a familias enteras, con brazaletes de color azul celeste alrededor del brazo derecho, la rabia le recorría el cuerpo como un incendio descontrolado. No entendía cómo podían mostrar con tanto orgullo que apoyaban a un hombre como Ismael Garza, que solo escupía veneno contra todos aquellos a los que consideraba diferentes.

—Lo único que consiguen hablando de él a todas horas es hacer que gane votos —se quejó—. ¿Es que no se dan cuenta?

Nadie le respondió.

—*No estoy de acuerdo contigo, Yago* —añadió un cuarto periodista desde la televisión—. *Debemos distinguir entre mano dura e ideas dictatoriales. Predicar el odio contra las minorías más desfavorecidas es inadmisible.*

—¡Eso es! —exclamó Darío, como si el periodista fuera a escucharlo.

Aunque había quien decía que Ismael Garza estaba loco, Darío lo consideraba más bien un radical que sabía cómo influenciar a las masas. Y eso era mucho más peligroso.

—*¡Para vosotros todo es dictatorial!* —dijo el periodista de pelo blanco—. *¡Ismael Garza solo quiere lo mejor para este país!*

—¿Lo mejor para este país? —exclamó Darío—. ¡Venga ya!

—¿Quieres que cambie de canal? —le preguntó su mujer.

—Por favor.

Noa se estiró para tomar el mando, que estaba sobre la mesa, y cambió de canal. Al dejar de escuchar las voces de los periodistas, Darío sintió paz, aunque esta duró poco.

—*El problema son las aves* —decía un científico británico al que estaban entrevistando—. *Las migraciones facilitarán que las bacterias que están acabando con los animales del Ártico se expandan por el resto del mundo.*

Esta vez, incluso Noa prestó atención a la pantalla. Hacía aproximadamente dos semanas, las noticias habían empezado a hablar de la muerte en masa de los animales que vivían en el hielo del norte, como las focas, los osos polares y hasta las ballenas. Las causantes eran una serie de proteobacterias que, a pesar de llevar miles de años dormidas bajo el permafrost del Ártico, se habían despertado por culpa del deshielo que estaba provocando el calentamiento global.

Gracias a su esposa, Darío sabía que las bacterias no solían matar de forma indiscriminada, pero estas no habían tenido jamás contacto con ninguna de las especies que había en la Tierra, así que estaban atacando de forma agresiva, como una invasión sin control.

—¿Eso es posible? —le preguntó a su mujer, experta en el tema—. ¿Que las bacterias lleguen al resto del mundo?

—Lo es —se limitó a responder ella—. Aunque no sabemos a qué nos enfrentamos en realidad.

—Pero, si eso fuera a ocurrir, nos habrían advertido en las noticias, ¿no? Solo han mencionado el tema por encima, como si no… como si no fuera problema nuestro.

—Las noticias no nos lo cuentan todo, mi amor —le dijo ella—. A veces, los gobiernos se esfuerzan en ocultar la verdad.

Darío pensó en los vídeos que, en los últimos quince días, había visto en las redes sociales. Animales que morían en zoológicos, playas llenas de peces muertos, animales salvajes con comportamientos extraños… Hasta entonces había pensado que eran imágenes falsas, creadas única y exclusivamente para asustar a la gente, pero en ese momento empezó a dudarlo.

Abrió la boca para decírselo a su mujer, pero Noa había vuelto a centrar su atención en el ordenador, así que decidió guardar silencio. Era demasiado temprano para enfadarse por culpa de la política, para estar preocupado, así que se dio la vuelta y salió al jardín.

«Esas bacterias están muy lejos», pensó. «Es imposible que lleguen hasta aquí».

—¡Papá! —le gritó su hijo Alejandro en cuanto salió al exterior.

El niño estaba tumbado sobre el césped, justo al lado de la piscina, y parecía estar esperando algo. Solo tenía seis años, pero ya había demostrado en más de una ocasión que iba a ser mucho más inteligente que sus padres. Darío no podía explicar con palabras lo intenso que era el amor que le calentaba el pecho cada vez que lo miraba.

—¿Qué haces? —le preguntó, sin poder contener una sonrisa.

—Jugar con Bruce —le respondió el niño—. ¡Bruce!

El perro entró corriendo en el jardín, respondiendo a la llamada de su amigo con una firme obediencia, y se abalanzó sobre él para llenarle la cara de lametones. Era negro como una sombra, como el traje de Batman, y por eso habían elegido su nombre: Bruce Wayne. Alejandro gritó, entre risas, e intentó quitárselo de encima, pero el animal no parecía dispuesto a rendirse y continuó con su ataque de cariño.

Con esa tierna escena de fondo, Darío se sentó en una de las sillas de mimbre que tenían en la terraza, dejó el café sobre la mesa y cerró los ojos para deleitarse con aquel momento de paz.

El cambio climático hacía que estuvieran viviendo el mes de junio más caluroso de la historia, sí, pero aquellas primeras horas de la mañana eran las mejores para disfrutar al aire libre. El cielo estaba despejado y ni una sola nube enturbiaba el brillo de su limpio azul celeste. Las cigarras cantaban extasiadas y ya olía a verano, mucho, como si la primavera supiera que se le acababa el tiempo y estuviera haciendo las maletas para marcharse.

Darío se acomodó en la silla, pero justo en ese momento escuchó gritar a Alejandro y el corazón le dio un vuelco dentro del pecho.

—¡Alejandro! —lo llamó, levantándose de un salto.

Su hijo estaba de pie observando al perro, que yacía inmóvil en el suelo. Los ojos marrones del niño, iguales a los de su madre, estaban llenos de unas lágrimas que luchaban por salir a acariciarle las mejillas.

—Bru-Bruce —balbuceó.

Darío corrió y se acercó al cuerpo inerte del animal. Solo tardó dos segundos en percatarse de que estaba muerto. Contuvo el aliento y le tocó con cuidado el pecho, suave y peludo, para ver si podía sentir los latidos de su corazón. No pudo. Frunció el ceño, y al examinarlo con más detenimiento, se dio cuenta de que le sangraban los oídos.

—¿Qué le pasa, papá? —le preguntó el niño entre lágrimas.

Darío tuvo que hacer un gran esfuerzo por no ponerse a llorar también. Bruce había sido su mejor amigo, un miembro más de su familia, un animal inocente que le había dado todo sin pedirle nada a cambio. No entendía qué le había pasado.

—Alejandro —murmuró, con un hilo de voz. Tragó saliva antes de enfrentarse al dolor de su rostro—. Ven. Vamos con mamá.

Necesitaba la ayuda de Noa para explicarle a su hijo lo que significaba la muerte, para contarle por qué ya nunca más podría jugar con Bruce. Alargó el brazo para tomarle la mano, pero tuvo que apartarlo con rapidez porque algo cayó del cielo y se estrelló contra el suelo, justo a su lado, con la fuerza de un meteorito. Era un pájaro. ¡Un pájaro! Y después cayó otro y, después, otro más.

Alejandro gritó, asustado, y se puso a llorar. Darío se apresuró a sujetarlo en brazos. Su corazón latía a toda velocidad. Apretó el cuerpo de su hijo contra el pecho, protegiéndolo, y entró con él en la casa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó su mujer, desde el sofá, al escuchar al niño llorar.

Darío no respondió. No fue capaz. Dejó a su hijo en el suelo, se dio la vuelta y volvió a salir a la terraza. No podía creer lo que veían sus ojos: estaban lloviendo pájaros del cielo. Su jardín estaba lleno de animales muertos que, con las alas extendidas, parecían ángeles caídos. Había decenas de ellos sobre el césped. La bilis le subió por la garganta y estuvo a punto de vomitar; pero la curiosidad, morbosa e inexplicable, fue mucho más fuerte.

Se agachó y, con algo de miedo, tocó el cuerpo de uno de los pájaros. Era una paloma y, al igual que Bruce, estaba muerta. Al levantar la mirada, se dio cuenta de algo: las cigarras se habían callado y en el jardín reinaba un silencio aterrador.

Con el corazón encogido de dolor y angustia por la muerte de Bruce, volvió a entrar en la casa. Su mujer aún estaba en el sofá, con el rostro descompuesto, mientras que Alejandro se había acurrucado junto a ella, aterrado y sollozando. No entendía nada. Su padre, por desgracia, tampoco.

—Cariño —musitó Darío—. Creo que el Gobierno ya no va a poder ocultar más tiempo la verdad.

Y no se equivocaba.

Con el paso de los días, los animales del mundo entero, desde los más pequeños hasta los más grandes, fueron cayendo sin piedad. Y la prensa enloqueció.

—*Así es, Antonio* —decía una reportera tres días más tarde—. *Aunque aún no sabemos bien lo que está pasando, podemos confirmar que miles de animales en todo el mundo están muriendo en masa. Perros, gatos, pájaros, roedores… Nos acaban de confirmar desde el Zoo de Madrid que ellos también se han visto afectados y que hoy no abrirán sus puertas. Por el momento, no hemos podido obtener más información.*

—Las bacterias del Ártico —contaba un científico—, *proteobacterias desconocidas hasta ahora, se han expandido mucho más rápido de lo que pensábamos. Su capacidad de propagación está fuera de control.*

La información llegaba a todas horas, por todas las vías, e incluso se volvía contradictoria. Los detalles cambiaban a cada segundo, y todos querían contar la historia a su manera. Darío quería mantenerse informado, pero escuchar las noticias hacía que terminara mareado, con un doloroso nudo de preocupación e incertidumbre clavado en el estómago.

—Al parecer, los humanos son portadores de la bacteria, pero hasta ahora se ha comprobado que son inmunes a sus efectos — decían los expertos.

—¿A qué espera el Gobierno para decretar el estado de alarma? — gritaban las calles.

—Esto es una crisis sanitaria en toda regla, ¿qué significa eso de que «la información de la que disponemos aún es muy limitada»? ¡¿Cómo puede ser que estemos viviendo una extinción masiva y aún no sepamos nada?!

En las redes sociales tampoco se hablaba de otra cosa. Todo lo que Darío y Noa veían a través de su teléfono tenía que ver con las bacterias del permafrost y la muerte de los animales. Había vídeos procedentes de todo el mundo y era un caos absoluto: lluvias de pájaros en bosques y ciudades, animales salvajes que caían en masa, mascotas que fallecían de forma repentina en mitad de la calle con los oídos sangrando.

—Se solucionará —dijo Darío una tarde, pegado a la televisión, con la incertidumbre clavada en el pecho—. No pueden morir *todos* los animales. No podemos quedarnos sin ellos, ¿no?

—Tengo miedo —lloró Alejandro, abrazándose a él.

Darío abrió la boca para consolar a su hijo, pero enseguida volvió a cerrarla. Como si aquellos días no estuvieran siendo lo bastante difíciles, en la televisión no dejaba de aparecer el maldito Ismael Garza. Como el Gobierno permanecía en silencio, evaluando la gravedad de la situación para poder dar una solución, él

aprovechaba cada segundo para lanzar sus mensajes de odio a la población.

Y lo peor de todo era que su estrategia estaba surtiendo efecto.

—*Buenos días, señor Garza* —lo saludó el presentador del programa—. *Gracias por atendernos tan rápido. Es usted el único político que siempre está dispuesto a hacer declaraciones.*

Ismael Garza, cuyo porte era el de un líder, llevaba el pelo negro peinado hacia atrás y la barba recortada con esmero; sus ojos verdes se habían convertido en la bandera de esperanza de millones de personas. Iba vestido con una camisa blanca, y alrededor de su brazo derecho destacaba el trozo de tela azul celeste que había convertido en el símbolo de su partido. Parecía tranquilo y sereno, como si fuera el único que sabía dónde encontrar agua en medio de un desierto y no hubiera razones para perder la calma; como si el mundo entero no estuviera viviendo un apocalipsis.

—Voy a cambiar de canal —dijo Darío mientras tomaba el mando a distancia—. Se está aprovechando de la situación para ganar votos, y no lo soporto.

—Espera —respondió Noa, sentada al otro lado del sofá—. Vamos a ver qué dice.

Antes de que Darío pudiera replicar, la voz grave y melosa de Ismael Garza les hizo guardar silencio. Era como la de un mesías que aparecía en el momento exacto para salvar el mundo, como el calor de una chimenea al que no podías evitar acercarte en un frío día de invierno.

—*Buenos días, Antonio* —saludó el político. Sabía que los periodistas no solo le habían entregado un micrófono, sino también un altavoz—. *Antes que nada, quiero enviar un mensaje de tranquilidad a todos los ciudadanos del país. Nos estamos enfrentando, sin ninguna duda, a un castigo divino, a una condena que cambiará nuestro mundo tal y como lo conocemos. La humanidad nunca ha vivido una situación tan grave como esta, y los científicos ya están diciendo que va a ser muy difícil superar este golpe inesperado. Por eso, ahora más que nunca, debemos ser fuertes. Debemos tener fe. Debemos permanecer unidos y confiar.*

Hizo una pausa deliberada, mirando a la cámara para mantener la tensión, y el país entero contuvo el aliento.

—Todo apunta a que, en estas últimas semanas, nuestro planeta está sufriendo una extinción masiva —continuó—. *Sin embargo, os puedo asegurar que los seres humanos saldremos de esta, ¡claro que vamos a hacerlo! Para eso estoy yo, para eso está mi partido.*

—Señor Garza —le dijo el presentador—, *¿cómo puede afirmar con tanta seguridad que vamos a salir de esta? ¿Qué pretende hacer para conseguirlo? ¡Estamos hablando de una extinción masiva!*

Ismael Garza esbozó una sonrisa afilada y, con algo de condescendencia, le respondió:

—¿Que qué pretendo hacer? Lo único que es aceptable en este momento, Antonio: salvar a la humanidad. Nuestro gobierno está formado por cobardes que no han tenido nunca el valor suficiente para solucionar los problemas de este país, y por supuesto no van a tenerlo ahora frente a una catástrofe sin precedentes. ¡Ni siquiera son capaces de decretar un estado de alarma! Puedo asegurarte que, ahora mismo, yo soy la única esperanza que tiene la gente.

Sin apartar la vista de la televisión, Darío tuvo un extraño presentimiento. No era la primera vez en la historia que aparecía un personaje así y convencía a la opinión pública con sus discursos de odio. Ismael Garza sabía mejor que nadie que el miedo y la confusión eran sus mejores aliados, y una crisis como aquella era lo único que necesitaba para ganarse los votos incluso de los más reticentes.

En aquel momento, Darío lo supo, y no se equivocó: Ismael Garza ganaría las elecciones y salvaría a la humanidad.

Aunque fuera a su manera.

PARTE I:
CRISÁLIDA

Madirit, 16 de noviembre de 2095

Yo, Ismael Garza, primer presidente de la República de Heden, decreto las siguientes Leyes Fundamentales en presencia de mis doce ministros, basándome para su redacción en los ideales que hicieron posible la supervivencia de la humanidad tras la Extinción. Consciente del importante papel que me ha otorgado la historia y de la responsabilidad que este conlleva, me comprometo a convertirme en el pilar del nuevo orden, garantizando el bienestar de nuestra nación y la prosperidad de las generaciones venideras.

Ley Fundamental N.º 2

Queda prohibida la mención y representación de animales, así como su aparición en libros, películas, pinturas, medios de comunicación u otras formas de expresión pública. La pena por el incumplimiento de dicha ley será la muerte.

1



Madirit, 8 de marzo de 2170

En mi mundo, algo tan delicado e inocente como una caja de música podía ser ilegal, y peligroso, si dentro de ella había un animal. La ley nos prohibía representarlos, y el castigo por incumplirla era la muerte.

Quizá esa era la razón por la que, a pesar de que era el único objeto de mi madre que quedaba en casa, mi padre había escondido aquella caja de música en el desván, obligándome a pasar mis veintiún años de vida sin conocer su existencia. Quizá por eso no podía dejar de mirarla.

La sostuve entre las manos y observé a la criatura de madera que daba vueltas en su interior. Tenía dos pequeñas alas azules que se asemejaban a las de un hada, pero no era como ninguno de los seres fantásticos que aparecían en los cuentos. No sabía lo que era, así que solo podía ser un animal. Y eso, aunque me negara a creerlo, convertía a mi madre en una delincuente.

Su nombre, María, estaba grabado a mano en la parte de abajo, como si alguien hubiera querido marcar la madera para siempre. Lo acaricié con cariño y disfruté de la suavidad con la que las letras abrían la superficie. Mi madre murió tras mi primer cumpleaños y, por más que lo intentaba, no era capaz de acordarme de ella. No

recordaba su olor, ni su risa ni el calor de sus brazos, así que me aferraba a aquella caja de música con la desesperación de quienes han perdido a alguien y buscan llenar de cualquier forma el vacío que se les queda en el pecho. Había convertido su melodía en la voz de mi madre y, cuando estaba triste, la buscaba para que me cantara.

Algo de lo que mi padre no podía enterarse jamás.

Por eso, al escuchar la puerta de mi habitación abriéndose de golpe, cerré la caja de música y, levantándome de la cama de un salto, la escondí tras la espalda. Sin embargo, en cuanto vi que quien había entrado era Nina, la doméstica, volví a respirar tranquila.

—Me has asustado —le dije, con el corazón palpitándome en la garganta.

—No me extraña, Eva. ¿Has vuelto a sacar esa caja de música?

Guardé silencio, y ella me lanzó una mirada que escondía un reproche. Iba vestida con el uniforme reglamentario de los domésticos, negro con arabescos de oro bordados en las mangas, y su figura destacaba contra el azul pastel de las paredes de mi habitación. Parecía una sombra, un retazo de oscuridad en un mundo que brillaba en los tonos del cielo, pero los que eran como ella no tenían permitido ponerse otra ropa. Así lo dictaba la ley.

—Si tu padre te descubre, se enfadará.

—Bueno, tú lo has dicho: si me descubre.

La doméstica apretó los labios y cruzó la enorme habitación, haciendo sonar sus pasos contra el suelo de mármol, para entrar al vestidor. Aunque se había recogido el pelo en un moño, algunos rizos dorados se le escapaban, rebeldes, y le caían sobre la frente. Debía de tener cerca de cincuenta años, pero me daba la sensación de que había pasado por cosas que la habían hecho envejecer más de lo debido. Sin embargo, ella nunca había querido contarme nada sobre su vida antes de trabajar en mi casa, y yo había decidido dejar de preguntar.

—¿Qué vestido quieres ponerte esta noche? —me preguntó.

Tomé la caja de música de mi madre y entré con Nina al vestidor.

—Me da igual —le respondí—. Ni siquiera quiero ir a esa estúpida fiesta.

Escondí la caja de música en una de las estanterías, ocultándola tras una montaña de camisas perfectamente dobladas, y después salí de nuevo a la habitación. Nina me observó con gesto serio, juzgando cada uno de mis movimientos. Cuando me tumbé sobre la cama soltando un suspiro dramático, ella se cruzó de brazos.

—Lo que no quieres es ver a Héctor —puntualizó. Su tono acusador fue como una puñalada directa al corazón—. ¿Me equivoco?

Clavé la mirada en los frescos que decoraban el techo, en las nubes que tantas veces habían acompañado mis sueños, y envidié su libertad. Hacía mucho tiempo que no sabía lo que significaba esa palabra.

—¿Mi futuro marido? —le pregunté. Aunque intenté que la palabra sonara como una bendición, lo hizo como un castigo—. Claro que quiero verlo. Es un orgullo para mí convertirme en su esposa.

Al soltar la mentira, sentí un incómodo pinchazo en el estómago. Aunque solo era cuatro años mayor que yo, Héctor de Silvela-Zarauz ya era ministro de Orden y Seguridad, lo que lo convertía en uno de los solteros más codiciados de toda la República. Habíamos empezado nuestra relación hacía casi diez meses, y no había pasado ni un solo día sin que alguien me recordara lo afortunada que era por estar con él.

—¡Es uno de los hombres más poderosos de Heden! —me decían mis antiguas compañeras de clase—. Qué suerte tienes, Eva.

—Hay muy pocos políticos que estén por encima de él.

—¡Tu vida parece un auténtico cuento de hadas!

A pesar de que Héctor era guapo y poderoso, todo lo que una chica de mi edad podía desear, la ansiedad se me engarzaba en el pecho cada vez que pensaba en nuestra boda. ¿Qué narices me pasaba? ¿Por qué tenía que ser tan egoísta y desagradecida?

Como mujer, mi papel en la sociedad era el de ser esposa y madre, el de apoyar a los hombres que dirigían el mundo y aseguraban nuestra supervivencia. Mi padre solo quería lo mejor para mí, y Héctor lo era. Sí, claro que lo era.

—Deberías empezar a maquillarte —me dijo Nina—. Se está haciendo tarde.

Aún entraba la luz de la tarde por los grandes ventanales de mi habitación, así que tenía tiempo de sobra. No obstante, agradecí la excusa para dejar de pensar en Héctor y me levanté de la cama.

Al entrar en el baño del cuarto, Nina encendió la televisión que había en la pared, colgada frente a la cama, y yo suspiré.

Las palabras de una de las periodistas más famosas de todo Heden llenaron enseguida el silencio. Nadie se perdía nunca el programa de Alma Aguilar, la mujer del ministro de Información y Propaganda, y como era la fuente oficial de entretenimiento y diversión, todo el mundo la adoraba. A mí, sin embargo, su voz me hacía sentir lo mismo que el sonido de un tenedor arañando un plato.

—*Esta noche* —anunció la periodista—, *el presidente Ismael Garza IV celebra una fiesta en su residencia oficial; una fiesta a la que está invitada toda la alta sociedad de Madirit. Al parecer, este acto nos depara muchas sorpresas, ¿no es así, Diana? Cuéntanos.*

—¡Van a hablar de ti! —me gritó Nina desde la habitación.

—¡Ya lo escucho! —respondí mientras sacaba mi estuche de maquillaje del armario—. Qué raro.

—*Eso es, Alma* —le respondió una de las colaboradoras del programa desde la redacción—. *Se rumorea que esta noche por fin se va a confirmar el compromiso entre Héctor de Silvela-Zarauz y Eva Salazar, la hija del ministro de Alimentación. ¡Permaneceremos atentos a cualquier novedad, como seguro estarán haciendo todos los ciudadanos de Heden!*

—*Su relación es un secreto a voces, desde luego. Yo siempre he pensado que hacen muy buena pareja*.

—*Quién fuera ella, ¿verdad? ¡Héctor es el hombre más guapo de toda la República!*

Las manos empezaron a temblarme y tuve que dejar el maquillaje sobre el lavabo. Cerré los ojos e intenté tranquilizarme mientras contaba del uno al diez.

—*Lo es, sin ninguna duda* —confirmó Alma, emocionada—. *Además, a pesar de ser el ministro de Orden y Seguridad más joven de la historia de Heden, ha demostrado estar más que preparado para el cargo.*

Inspiré y espiré varias veces para ver si así conseguía relajarme, pero no surtió efecto. No era tan fácil deshacerse de la ansiedad.

—La boda será un hito histórico en nuestro país. ¿Un ministro casándose con la hija de otro? ¡Será el acontecimiento del año!

El aire no me llegaba a los pulmones y, como no podía respirar, empezó a dolerme el pecho.

—¡Nina! —grité—. ¡Apaga la televisión, por favor!

No me escuchó.

—Obtendrán el permiso para tener hijos enseguida —dijo Alma.

Me apoyé sobre el lavabo y lo apreté con mucha fuerza. Estaba empezando a marearme y, si no me calmaba, terminaría desmayándome. ¿Por qué no se callaban? ¿Por qué no me dejaban en paz?

—Hemos salido a la calle para preguntar a la gente de Madirit qué opinan sobre el posible anuncio del compromiso, y esto es lo que nos han dicho. Conectamos contigo, Carolina.

Alma Aguilar dio paso a una de sus reporteras, que estaba recorriendo las calles de la ciudad para preguntarle a la gente sobre nosotros. Lo hacían muy a menudo, y las respuestas nunca me sorprendían. La televisión, al final, también estaba controlada por el Gobierno. ¿Quién iba a decir la verdad frente a las cámaras? Ni siquiera yo lo hacía.

—Adoro a Eva Salazar. ¡Estoy deseando saber cómo será su vestido de novia!

—¡Por favor, necesito que confirmen ya el compromiso!

—Héctor es uno de los mejores políticos que tiene este país, de eso no hay duda. Con una mujer apoyándole en casa, será aún mejor. Ese matrimonio es una buenísima noticia para Heden.

Cuando volvieron a conectar con el plató, los periodistas hicieron un par de comentarios más sobre mí y enseguida pasaron a hablar sobre otro tema recurrente: las fiestas de escándalo que celebraba Abel Garza, el hijo menor del presidente. Al parecer, la última se había descontrolado tanto que había tenido que intervenir la policía.

—¡Nina! —grité de nuevo, alzando más la voz—. ¡Apágala, por favor!

Esta vez sí me oyó.

—¡Voy!

Suspiré, aliviada, cuando las voces de los periodistas se desvanecieron. Solté el lavabo y moví los dedos, esforzándome por normalizar el ritmo de mi respiración. Cuando Nina entró al baño, ya lo había conseguido.

—¿Todavía estás así? —me preguntó—. Deja que te ayude.

Tener cerca a Nina siempre me tranquilizaba. Me senté en el borde de la bañera y dejé que me maquillara. Aunque a veces lo olvidara, Nina estaba allí conmigo para eso, para servirme. Los llamábamos «domésticos» porque estaban obligados a estar en casa, a realizar las tareas que nosotros, como celestes, no podíamos rebajarnos a hacer.

—No sé qué haría sin ti —le dije—. Gracias por estar siempre para mí, *Nina*.

Pronuncié su nombre llenándome la boca con cada letra, demostrándole con ello que no me importaba hacerlo, que la consideraba tan valiosa como a un celeste. Los domésticos no eran como nosotros, no tenían derecho a tener un nombre, y solo estaban dentro de la ciudad porque los necesitábamos como mano de obra. La ley les prohibía incluso mirarnos a los ojos.

Sin embargo, Nina me había cuidado desde que era una niña, me había criado con el mismo amor que me habría dado una madre, y merecía tener una identidad propia, un nombre con el que dirigirme a ella. Por eso, aunque mi padre no pudiera saberlo nunca, hacía años que le había dado uno. Para mí no era solo una doméstica, era Nina. Y habría hecho cualquier cosa por ella.

—Voy a ponerte sombra de ojos color marrón, ¿vale? —me dijo, algo avergonzada—. Destaca el azul de tus ojos.

Asentí y, aunque se suponía que los domésticos no podían tocarnos, me dejé hacer.

Hacía ochenta años, tras la Extinción, hubo personas que se contagiaron con la enfermedad que mató a los animales. La llamaron «la furia», y aunque podía llegar a ser mortal, lo que provocaba era una infección cerebral degenerativa que convertía a las personas en seres violentos sin capacidad de sentir. Esa fue la razón por la que Ismael Garza I decidió cercar las ciudades de Heden con muros:

para mantener a los enfermos fuera y a los sanos, que recibimos el nombre de «celestes», protegidos dentro.

Con el paso del tiempo, el Gobierno desarrolló una vacuna que impedía el contagio de la furia. Con un debido tratamiento y una férrea domesticación, pudimos meter en las ciudades a los salvajes del otro lado del Muro. Lo único que tenían que hacer era cumplir unas normas, entre las que estaba la prohibición de tocarnos y mirarnos a los ojos. Ya no podían contagiarnos, claro, pero seguían siendo inferiores, y esa era nuestra forma de recordárselo.

—Ya está —me dijo Nina en cuanto terminó de maquillarme—. Vamos a vestirte.

Volvimos a la habitación y me acerqué hasta la cama, donde Nina había dejado el vestido que había elegido para mí. Era largo, de tirantes y ajustado a la cintura. La parte de arriba tenía el mismo color oscuro que el cielo nocturno, e iba perdiendo intensidad según bajaba, convirtiéndose en un azul muy suave en el vuelo de la falda. El degradado de la tela estaba cubierto, además, de pequeños cristales que brillaban como estrellas con la luz. Muy pocas personas en Heden podían permitirse un vestido así, pero yo no era como los demás: yo pertenecía a la élite del país. Era la hija de uno de los doce ministros y, por si eso fuera poco, la futura esposa de otro. No podía ir vestida de cualquier forma.

Cuando me puse el vestido y las joyas que lo acompañaban, Nina me acercó el complemento más importante: el brazalete azul celeste. Levanté el brazo derecho y, mientras lo miraba con respeto, ella me lo colocó en silencio. Aquel trozo de tela era el símbolo de nuestro país; la forma que teníamos de rendir homenaje a Ismael Garza I y lo que había conseguido tras la Extinción. Era el emblema de Heden y yo, como descendiente del primer ministro de Alimentación que había tenido la República, debía llevarlo en todas las fiestas, actos oficiales y entrevistas.

Era un orgullo ser una celeste, y tenía que demostrarlo.

—Estás muy guapa —musitó Nina, sonriente, mientras me escondía detrás de la oreja un mechón de pelo castaño.

Justo en ese momento, mi padre entró en la habitación. Nina dio un respingo y apartó las manos de mi pelo, agachando la cabeza en

un gesto de sumisión. Yo contuve el aliento y fingí una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.

—Eva —dijo mi padre—. ¿Qué estás haciendo?

—Nada —me apresuré a responder—. La doméstica me estaba ayudando a abrocharme el vestido. No podía hacerlo sola.

Diego Salazar, que llevaba un elegante traje de color azul marino, el pelo entrecano peinado hacia atrás, me miró con una sospecha mal disimulada. Tenía los ojos azules, muy azules, y el porte de aquellos que saben que el mundo se arrodilla a su paso. Si no hubiera sido mi padre, al que quería más que a nadie en el mundo, su mera presencia me habría aterrado.

—¿Has dejado que te toque? —me preguntó.

—No, claro que no —mentí.

Mi padre frunció el ceño, aún sujetando el pomo de la puerta, y yo me obligué a sonreír. Nina, a mi lado, se puso tensa. Odiaba tener que tratarla así, no poder decir su nombre en voz alta, pero lo hacía para protegerla. En Heden, nadie veía a los domésticos como personas.

—Bien. —Observó a Nina con la frialdad del hielo, pero ella no levantó la vista del suelo—. Vete. Tengo que hablar con mi hija.

Nina obedeció y salió de la habitación sin decir nada, tan delicada y silenciosa como solo puede serlo alguien acostumbrado a hacer que su presencia pase desapercibida.

—Eva —me dijo mi padre, muy serio, cuando nos quedamos a solas—, te he oído hablar con la doméstica y no puedes hacerlo. No deberías olvidar que son seres inferiores que vienen del otro lado del Muro.

Agaché la cabeza, incómoda, y me mordí la lengua. Aunque sabía que tenía razón, era fácil ignorarlo cuando estaba con Nina. La quería demasiado.

—Lo siento, papá. Solo le he pedido ayuda con el vestido.

Mi padre suspiró y sacudió la cabeza, acercándose hasta mí.

—Tienes buen corazón, cielo, y eso hace que olvides que están con nosotros porque los necesitamos para trabajar, nada más. —Puso las manos sobre mis hombros y los apretó con suavidad—. Si los tratas como si fueran celestes, terminarán creyendo que lo son.

Por mucho que hayamos conseguido domesticarlos, por mucho que a veces parezcan iguales a nosotros, no debes olvidar la verdad.

Asentí, sin decir nada, y él me acarició la mejilla con cariño. Mis ojos se fueron al pin de oro que llevaba en la solapa de la chaqueta: una copa llena de uvas, el símbolo del Ministerio de Alimentación.

—Todo esto te lo recuerdo porque me preocupo por ti —continuó, clavando sus ojos en los míos—. No quiero que olvides cuál es tu posición y cuál es la suya. Nosotros descendemos de aquellos que se salvaron tras la Extinción, y ellos… son solo criaturas salvajes incapaces de razonar. Se empieza hablando con ellos para pedirles ayuda y ¿qué será lo próximo? ¿Ponerles nombre?

—¿Nombre? —pregunté, repentinamente nerviosa—. Qué tontería, papá.

Él sonrió con cariño y yo me obligué a hacer lo mismo. A los pocos segundos, sin embargo, su rostro se ensombreció.

—No quiero que te pase lo mismo que a tu madre, Eva. No quiero que los domésticos te contagien la furia.

Fui incapaz de seguir mirándolo a los ojos. Mi padre casi nunca mencionaba a mi madre, pero, cuando lo hacía, la garganta se me llenaba de espinas. Lo único que sabía sobre su muerte era que se la había contagiado una doméstica sin vacunar que, saltándose todas las leyes, la había tocado. ¿Cómo había llegado hasta ella? No lo sabía. Mi padre nunca había querido contármelo. Lo único que me había dicho era que, tras ese contacto, mi madre tardó una semana en morir. Solo una semana.

—Me mantendré alejada de ellos, papá —mentí—. Te lo prometo.

Mi padre volvió a sonreír, haciendo que se le marcaran unas pequeñas arrugas alrededor de los ojos, y apartó las manos de mis hombros. Confiaba en mí porque nunca le había dado razones para no hacerlo; y eso, en parte, me hizo sentir culpable.

—Venga, es hora de que nos marchemos —me dijo mientras abría la puerta para dejarme pasar—. Qué reloj más bonito, por cierto. ¿Es oro blanco?

—Y diamantes —añadí, levantando la muñeca para que pudiera apreciarlo con más detalle—. Es el que me regaló Héctor.

—Le encantará vértelo puesto.

Salimos de la habitación y, al llegar a la barandilla de hierro forjado de las escaleras, mi padre me ofreció el brazo para que me apoyara. Bajar las escaleras agarrados era nuestra costumbre, la forma que tenía de demostrarme que aún era la niña de sus ojos. Por culpa de su trabajo no solíamos pasar mucho tiempo juntos, así que cuando lo hacíamos me sentía el centro de su mundo y podía perdonárselo todo.

En el vestíbulo, bajo la gran lámpara de araña que colgaba del techo, nos esperaba un joven doméstico rubio vestido con el mismo uniforme negro que llevaba Nina. Su cara me sonaba, pero como mi padre los compraba y vendía con mucha frecuencia, podía estar equivocada y ser una nueva incorporación. A excepción de Nina, no solía prestarles mucha atención. Había habido tantos trabajando para nosotros, todos tan distintos, que me era imposible recordarlos.

Mi padre chasqueó los dedos y señaló hacia abajo, hacia sus zapatos, y el doméstico se apresuró a agacharse para limpiárselos con un trapo que sacó del bolsillo de su pantalón. Segundos después, brillaban como recién comprados.

—Mucho mejor —murmuró mi padre, mirándolos con satisfacción mientras el doméstico se levantaba del suelo para abrirnos la puerta. No alzó la vista ni una sola vez.

Fuera, en el jardín, las flores brillaban en mil colores que iban desde el amarillo hasta el rosa fucsia, llenando el ambiente con su olor dulzón y atrayente. Casi estábamos en primavera y alrededor de ellas revoloteaban los polinizadores, unos nanodrones plateados que se encargaban de transportar el polen. Sus pequeñas alas metálicas hacían un ruido hipnótico.

Atravesamos el jardín sin decir nada y, al llegar hasta el coche blindado que nos esperaba frente a las altas puertas de hierro que protegían nuestro palacete del exterior, entramos.

—Al Palacio Presidencial —le ordenó mi padre al chófer, un doméstico de mediana edad y pelo cobrizo—. Y rápido, que no quiero llegar tarde.

Vivíamos muy cerca del palacio del presidente, pero mi padre se empeñaba en hacer aquel trayecto en coche. Aunque decía que hacerlo así era mucho más rápido y seguro, lo conocía lo suficiente

como para saber que lo que no quería era juntarse con lo que él consideraba «la gente normal». Ni tampoco con los periodistas.

En cuanto atravesamos las puertas de hierro, estos se abalanzaron sobre nosotros. Había muchísimos esperándonos en la calle, ansiosos por fotografiarme, por conseguir que hiciera alguna declaración sobre mi compromiso. Los observé a través del cristal tintado del coche y después me obligué a cerrar los ojos. Incluso así, en la oscuridad, sentía los *flashes* de las cámaras robándome el alma con cada fogonazo de luz.

—No hables con la prensa todavía —me indicó mi padre, sin mirarme, cuando los dejamos atrás—. No digas nada sobre el compromiso. Deja que se entretengan haciendo teorías.

—¿Cuándo vamos a anunciarlo?

—Pronto.

Sacó su teléfono móvil del bolsillo de la chaqueta y centró toda su atención en la pantalla. Como era uno de los doce ministros del gobierno, tenía derecho a tener uno. Los demás ni siquiera sabíamos utilizarlos.

Al ver que no decía nada más, apoyé la cabeza contra la ventanilla y me quedé ensimismada viendo la ciudad pasar. Un coche negro con dos guardaespaldas dentro nos seguía, y no nos perdería de vista hasta que llegáramos al palacio de Ismael Garza IV.

Recorrimos a toda velocidad el Paseo de la República y, tras rodear la fuente de la diosa Cibeles, cuyo carro, según decían, había sido arrastrado una vez por dos animales, llegamos a la Vía Celeste, a la que antes de la Extinción la gente llamaba Gran Vía. Seguía siendo la arteria principal de la ciudad, así que el Gobierno la había aprovechado como escaparate propagandístico.

Ismael Garza I ordenó demoler todas las construcciones de antes de la Extinción y, en su lugar, levantó edificios con fachadas de cristal que servían como pantallas pero que, al caer la noche, se iluminaban en todos los tonos de azul existentes. Así, cuando atravesabas la Vía Celeste, te sentías como surcando el cielo, como si viajaras a un lugar de cuento en el que imperaban el añil, el índigo, el cobalto y, por supuesto, el celeste; un mundo tan

hermoso, tan impresionante, que habría dejado a cualquiera sin aliento.

En la parte más alta de los edificios, vigilando la ciudad, se repartían las esculturas de doce ángeles dorados con las alas abiertas. Cada uno de ellos sostenía entre sus manos uno de los símbolos ministeriales y, según decían, sus rostros estaban inspirados en los de los doce ministros del primer gobierno de Heden.

Por debajo de los ángeles de oro y las fachadas de cristal, en la calle, la ciudad rebosaba vida. Las aceras estaban impolutas y en todas y cada una de las farolas colgaban los estandartes con la bandera de la República: azul celeste con dos alas doradas.

Como era sábado, los ciudadanos de Madirit se reunían para cenar, para ir al cine o para tomar un refresco tras una agotadora tarde de compras. Algunos incluso iban acompañados de sus domésticos, aunque la mayoría de celestes que no pertenecían a la élite no podían permitirse comprarlos. ¿Qué se sentiría al tener una vida normal, una vida alejada de los focos de las cámaras y los protocolos? ¿Qué se sentiría al tener la libertad de elegir a tu pareja por amor?

No tardamos en dejar atrás la Plaza de la Patria, y cuando se alzó ante nosotros la inmensa fachada del Palacio Presidencial, tomé aire y comencé a pensar cómo afrontar una fiesta a la que no me apetecía asistir. Sin embargo, no me dio tiempo a hacerlo. El coche giró en una curva y, de repente, dio un frenazo que, si no hubiera sido por el cinturón de seguridad, nos habría hecho salir despedidos.

Gruñí al notar un doloroso tirón en el cuello y mi padre, enfadado, le gritó al chófer:

—¡Pero ve con cuidado, estúpido!

Frente a nosotros había un grupo de personas aglomeradas, ocupando toda la acera y parte de la calzada. El coche de los guardaespaldas frenó detrás del nuestro y otro, tras él, hizo sonar el claxon con insistencia. La gente, aun así, no se movió.

—Voy a llamar a la policía —me dijo mi padre—. Espérame aquí.

Abandonó el vehículo para hablar con la policía y los guardaespaldas le siguieron. Al ver que se alejaban de la multitud,

salí del coche y me acerqué a ver qué era lo que estaba causando tanto revuelo.

Era un grafiti.

Un grafiti en la fachada de un edificio.

El arte en todas sus expresiones me apasionaba, así que no pude evitar sentir curiosidad por aquella pintada espontánea. Me sujeté la falda del vestido y avancé entre el gentío para verlo mejor. No me importó que la gente me reconociera ni que susurraran a mi paso: estaba acostumbrada a ser el centro de atención. Además, en cuanto llegué frente a la pintada de la pared, todo lo que había a mi alrededor se desvaneció de golpe.

En la imagen pintada aparecía un chico vestido con una especie de mono de trabajo de color negro y la mitad de la cara tapada con un pañuelo del mismo color. Lo único que se veía de su rostro eran sus ojos, que tenían un bonito color ámbar y parecían arder como si fueran de fuego.

Sin embargo, lo que más llamaba la atención era la criatura que tenía entre los brazos. Aunque sospechaba que se trataba de un animal, no tenía nada que ver con el que había dentro de mi caja de música: no tenía alas, sino cuatro patas y un suave pelaje cobrizo que le cubría el cuerpo entero y se asemejaba al terciopelo. Sus ojos, como los del chico, eran de un color indefinido entre el amarillo y el naranja.

Junto a ellos se podía leer un mensaje que alguien había pintado en unas grandes letras blancas:

CONTAREMOS
LA VERDAD
HAREMOS
JUSTICIA

¿Qué significaba? ¿Era una amenaza? La gente hablaba sin parar y, al igual que yo, se hacía miles de preguntas:

—¿Eso es un animal? ¿Uno de verdad?

—¿Quién se ha atrevido a hacer algo así? ¡Y a plena luz del día!

—¡Es inaceptable!

No podía apartar la mirada del grafiti. Todo en él era magnético, atrayente, salvaje; y poco a poco me di cuenta de que estaba lleno de detalles. Observé, por ejemplo, que el animal parecía sonreír en los brazos del chico sin rostro. ¿Los animales sonreían? No lo sabía. No sabía nada de ellos más allá de que habían existido en miles de tamaños, formas y colores.

—¿Cuándo han hecho esto? —le pregunté, embelesada, a la mujer que estaba a mi lado.

—Ahora mismo —me respondió—. La pintura aún está fresca.

—¿Y nadie los ha visto?

—Deben de haber sido muy rápidos.

Entorné los ojos, admirando el dibujo como si estuviera hechizada, y los latidos de mi corazón se aceleraron. Aquel grafiti no era un simple acto de vandalismo: era una rebelión, un desafío al Gobierno en forma de animal. ¿Quién se había atrevido a pintar algo así sabiendo que el castigo por ello era la muerte?

Uno de los guardaespaldas de mi padre apareció a mi lado de repente, surgiendo de la nada como una aparición, y yo di un respingo.

—La policía ya está aquí —me informó con frialdad.

Me agarró del brazo y tiró de mí justo cuando los policías, vestidos de azul celeste, comenzaron a dispersar a la multitud. Las alas doradas de Heden brillaban en la camisa de sus uniformes como una insignia, como un símbolo de poder.

—¡Márchense todos, aquí no hay nada que ver! —gritó uno de ellos.

—¡Quien no se vaya ahora mismo será detenido!

Al llegar al coche, el guardaespaldas me soltó y mi padre me lanzó una mirada de reproche.

—Sube —me ordenó.

—No he hecho nada malo, papá. Solo quería ver…

—He dicho que subas.

Me mordí la lengua, sintiéndome algo culpable por haberle desobedecido, y justo en ese momento llegaron más policías. Tras ellos iban tres domésticos cargados con botes de pintura blanca y,

mientras mi padre y yo entrábamos al coche, empezaron a pintar la pared. El gentío se dispersó y yo, apenada, observé al chico sin rostro a través de la ventanilla. Estaba fascinada y, a la vez, intrigada. Mucho. Quería saber quién había hecho algo así, si se trataba de una persona real o era solo el producto de la imaginación de un artista desconocido. Quería saber si la belleza de aquellos ojos del color del ámbar existía en algún lugar del mundo.

El coche comenzó a moverse y yo me giré para despedirme de aquel bonito acto de rebeldía. Solo entonces, cuando lo vi de lejos, me di cuenta de que tanto el chico como el animal tenían la vista clavada en el Palacio Presidencial, que se alzaba frente a ellos, como si estuvieran retando con la mirada al mismísimo presidente de la República.

Ley Fundamental N.º 5

Los ministerios del Gobierno de la República de Heden, así como su presidencia, serán hereditarios. La sucesión recaerá sobre los hijos varones y seguirá el orden regular de primogenitura. En caso de no existir un hijo varón, será responsabilidad de los ministros buscar un heredero de la forma que más convenga a los intereses de la República. Si un ministro muriera sin heredero designado, los demás miembros del gobierno en funciones realizarían la búsqueda de un sustituto.

Estarán permitidas las uniones matrimoniales entre miembros de distintos linajes ministeriales siempre que se asegure el correcto funcionamiento de los ministerios implicados.

2



Todo en el gran salón del Palacio Presidencial brillaba en azul celeste y dorado, desde los estandartes que decoraban las paredes hasta las catorce lámparas de araña que colgaban del techo. Los colores de la República estaban por todas partes, recordándonos que nuestro mundo tenía la misma gama cromática que el cielo, que nada malo podía ocurrir en un lugar que brillaba como la luz del sol y que había sido creado por y para nosotros.

—Este palacio fue, en su día, la residencia de la realeza de nuestro país —me había explicado mi padre una vez—. El Palacio Real, lo llamaban. Aquí se celebraban fiestas a las que solo acudía lo mejor de la sociedad del momento.

—No han cambiado muchas cosas, ¿no? —le había respondido yo.

—Si funcionan, no tienen por qué hacerlo.

La música de un cuarteto de cuerda sonaba por toda la estancia, llenándolo todo con una refinada melodía que hacía juego con el olor dulzón que impregnaba el ambiente. Mientras, los invitados de la fiesta bebían y conversaban ataviados con sus mejores galas. Vestidos largos, trajes hechos a medida, joyas de todos los tamaños y colores… Éramos la nueva nobleza, los celestes que estaban en la cúspide de la pirámide social de la República, los herederos de los miembros del gobierno de Ismael Garza I. Éramos los más ricos y poderosos de entre quienes vivían dentro del Muro de Madirit.

—¿Quieres beber algo? —me preguntó mi padre.

Había decenas de domésticos moviéndose en silencio por todo el salón, ofreciéndonos comida y bebida, recogiendo las copas sucias. Ellos, en la base de la pirámide, eran las sombras que hacían que nosotros brilláramos.

—No, gracias —respondí—. Tengo el estómago cerrado.

En cuanto el resto de los invitados nos vieron, tuvimos que empezar a socializar. Aunque no tenía ganas de hacerlo, sonreí a todas y cada una de las personas a las que saludamos, me reí de sus chistes, me interesé por sus vidas y los felicité por sus triunfos.

«¿Qué tal están los gemelos, Alfonso?», le pregunté al ministro de Justicia y Moral.

«Siempre eres tan inteligente», le dije al de Educación Popular.

«¡Espero que nos invites pronto!», exclamé cuando el de Familia y Cultura Nacional me contó que se había comprado un nuevo palacete.

Una vez más, me puse la máscara que habían creado para mí y fui todo lo que la hija del ministro de Alimentación debía ser; una vez más, cumplí con el papel que tanto mi padre como el país me habían otorgado, y borré todo lo que me convertía en la Eva de verdad, esa Eva que nadie conocía en realidad.

—¡Diego!

Pablo Álvarez de Espino, el ministro de Fronteras y Defensa Nacional, se acercó hasta nosotros con una copa de cristal en la mano. A pesar de que hacía tiempo que había cumplido los cuarenta, seguía teniendo el rostro de un adolescente. Quizá era el brillo de sus ojos negros, alrededor de los cuales aún no había aparecido ni una sola arruga, o quizá la sonrisa traviesa que esbozaba cada vez que hacía una de sus bromas pesadas, pero siempre parecía un niño vestido de adulto. Por supuesto, llevaba el brazalete azul celeste alrededor del brazo derecho y el pin con el símbolo de su ministerio, dos columnas doradas cerradas por un arco de medio punto, en la solapa de la chaqueta.

—¿Qué tal, Pablo? —le dijo mi padre mientras le estrechaba la mano con cariño.

—Bien, te estábamos esperando. —Se giró hacia mí, me miró de arriba abajo y sonrió—. Hola, Eva. Te sienta muy bien ese vestido.

Le devolví la sonrisa, algo incómoda, y me mordí la lengua para no responder. Los hombres como Pablo estaban tan acostumbrados a que su opinión fuera relevante que la daban a todas horas, aunque nadie les preguntara. Como tampoco solían esperar una respuesta, y mucho menos si venía de una mujer, enseguida volvió a dirigirse a mi padre y fingió que yo no existía.

—Pensaba que no iba a llegar a tiempo —le dijo, arrugando levemente el ceño—. He tenido un percance en casa con un doméstico.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó mi padre, más sorprendido que preocupado.

—Que uno de ellos ha estado a punto de tocar a mi mujer. ¿Te lo puedes creer? ¡Qué asco!

Bajé la mirada hasta mis pies para evitar mirar a mi padre. Sabía lo que estaba a punto de decir; que intentaría aprovechar el momento para recordarme otra vez, aunque fuera de forma indirecta, lo importante que era mantenerme alejada de los domésticos.

Y no me equivoqué.

—Hay que dejarles claro cuál es su lugar, Pablo. Aunque estén vacunados y domesticados, a esos monstruos del otro lado del Muro les sigue costando razonar. Por eso necesitan disciplina.

—Lo sé, y en casa somos muy estrictos con ellos, pero a veces parece que se les olvida por qué les permitimos estar con nosotros en la ciudad.

—Lo has castigado, ¿verdad?

—¡Pues claro que lo he castigado! —respondió Álvarez de Espino —. ¿No se dan cuenta de que deben tener cuidado porque son bienes sustituibles? ¡Un solo pelo de cualquier celeste vale más que todos ellos!

No pude evitar pensar en Nina, en la de veces que me había tocado, en las ganas que tenía de hablar y lo mucho que me dolía tener que guardar silencio. ¿Y si mi padre la castigaba o la enviaba al otro lado del Muro? Solo de imaginar que hacía algo así, que la

separaba de mi lado, me llenaba el estómago de una ira incontrolable.

—Estoy de acuerdo —le dijo mi padre, asintiendo con la cabeza—. Por cierto, ¿qué tal fue la caza ayer?

—Increíble, deberías haber venido. ¡Me hice con tres piezas! Héctor se quedó en dos, así que, por una vez, lo superé.

—Eres muy bueno, Pablo. —Le puso una mano en el hombro y apretó con fuerza—. Muy bueno.

Aunque la caza era el deporte favorito de los ministros, las mujeres no sabíamos muy bien en qué consistía. Ellos siempre decían que era «una cosa de hombres», por lo que debía de ser una especie de deporte privado con el que medían su masculinidad y se recordaban los unos a los otros lo poderosos que eran. Si tenía que felicitarlos, lo hacía, por supuesto, pero no me interesaba hacer preguntas.

Un doméstico pelirrojo pasó a nuestro lado, sosteniendo una bandeja, y Pablo Álvarez de Espino aprovechó para agarrar uno de los aperitivos que había sobre ella. Era una tartaleta rellena de carne, queso y cebolla. Nos ofreció una a nosotros también, pero la rechazamos.

—Hablando de cosas buenas. —Se llevó el aperitivo a la boca y cerró los ojos mientras lo saboreaba. Tuve que hacer un enorme esfuerzo para que no se notara en mi rostro el asco que, al escuchar cómo masticaba, me subió por la garganta—. La carne de tus invernaderos es cada vez mejor, Diego. No me canso de repetirlo. ¿Cuánta habéis cultivado este año?

—No tanta como me gustaría —respondió mi padre—. Es un proceso lento, ya lo sabes.

—El esfuerzo merece la pena. La gente adora este sabor.

—El mérito es de mi bisabuelo, fue él quien reestructuró el sistema alimenticio tras la Extinción. Yo solo sigo sus pasos.

Mi tatarabuelo, Gabriel Salazar, fue el primer ministro de Alimentación de la República de Heden y uno de los miembros más importantes del gobierno de Ismael Garza I. Fue él quien ideó el sistema de invernaderos que permitió rentabilizar unos recursos naturales que, tras la desaparición de los animales, comenzaron a

escasear. Ese sistema fue exportado al mundo entero, convirtiendo a Ismael Garza y sus ministros en los salvadores de la humanidad y a la República de Heden en la potencia internacional más importante del momento, creadora de la entidad geopolítica conocida como la Liga Azul.

Según la prensa, mi padre había heredado de Gabriel Salazar la mirada, la perspicacia y la tenacidad. ¿Qué había heredado yo, además de la sangre que corría por mis venas?

—Nuestros antepasados dejaron el listón muy alto —comentó Pablo tras pasarse la lengua por los dientes—. Sin ellos, desde luego, ninguno de nosotros estaría hoy aquí.

Alzó su copa para hacer un brindis imaginario y, después, le dio un sorbo. Un segundo más tarde, unas carcajadas rompieron la tranquilidad del salón y no pudimos evitar girarnos para ver de dónde provenían.

Justo al lado de los grandes ventanales que llevaban a la terraza había un grupo de chicos y chicas de mi edad que se reían entre ellos. Al igual que yo, todos eran familia de los doce ministros, hijos o sobrinos, y consideraban aquellas fiestas los eventos sociales por excelencia. Los conocía a todos porque habíamos ido juntos al colegio, a la escuela superior y a las clases de protocolo; siempre apartados de la gente normal. Si hubiera tenido el privilegio de nacer hombre, también habríamos ido juntos a la universidad.

Marta Ferrer, la hija del ministro de Salud Nacional, acababa de lanzarle un trozo de comida a un doméstico que aguantaba sus burlas con la vista fija en el suelo. Ella siempre actuaba así, todos lo hacían, porque les parecía divertido. Disfrutaban humillando a los domésticos, insultándolos, y esa había sido una de las razones por las que había terminado alejándome de ellos. No los culpaba, porque sabía que solo reproducían comportamientos que habían visto desde pequeños, pero hacía tiempo que me incomodaba lo que ellos encontraban divertido:

«Cuando pase ese doméstico con la bandeja, ponle la zancadilla».

«¿Te ha traído el café frío? Pues tíraselo a la cara».

«¿Cuánto tiempo creéis que pueden aguantar sin beber agua? Deberíamos hacer la prueba».

—Eva —me llamó mi padre, sacándome de mis pensamientos—. ¿Por qué no vas con tus amigos?

Entendí el mensaje al instante: quería que me marchara para hablar con Álvarez de Espino a solas. No podía estar presente en la conversación que estaba a punto de tener con él porque no le gustaba que supiera nada de su trabajo. No era una sorpresa.

—Claro, papá —le respondí con una dulzura fingida.

Me despedí del ministro de Fronteras y, mientras avanzaba entre la multitud, mareada por el olor a lujo y opulencia que flotaba por la estancia, supe que mis supuestos amigos y yo terminaríamos hablando del mismo tema de siempre: que Marta iba a casarse con el hijo mayor de Ismael Garza y que terminaría siendo la esposa del presidente de la República. Para nosotras no había más aspiración que el matrimonio, y cuanto más poderoso fuera el hombre que tuviésemos al lado, más alto sería nuestro estatus. No estaba bien visto que tuviéramos intereses más allá de eso.

Estaba a punto de llegar hasta ellos cuando alguien me agarró del brazo y me obligó a detenerme.

—¿Me estás buscando, galletita?

Solo había una persona en el mundo que me llamaba así, y era la última a la que me apetecía ver en ese momento: Héctor. Mi futuro marido.

—Por supuesto —mentí, esbozando la mejor de mis sonrisas falsas al darme la vuelta.

Los ojos de Héctor tenían un color indefinido entre el azul y el verde que cambiaban según la luz y, a veces, según su estado de ánimo. En aquel momento brillaban muy azules, casi en el mismo tono que el brazalete de su brazo derecho. Era alto, mucho, tanto que tenía que doblar el cuello para mirarle a la cara, y llevaba un elegante traje de color *beige* que hacía destacar la anchura de sus hombros. En la solapa de la chaqueta brillaba en oro el símbolo de su ministerio: una estrella de ocho puntas dentro de un círculo.

—Te has puesto el reloj que te regalé —comentó, acercando su rostro al mío para depositar un suave beso en mi mejilla—. Estás muy guapa.

—Tú también.

Esta vez dije la verdad. Nadie podía negar que Héctor era atractivo. Además, por si eso fuera poco, era inteligente, rico y entregado, todo lo que una mujer de mi estatus buscaba en un marido. Sabía perfectamente que a su lado jamás me faltaría nada, pero, por alguna razón que ni yo misma comprendía, no estaba enamorada de él. Y sabía que nunca iba a estarlo.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

Agarró dos copas de la bandeja de un doméstico que pasó por nuestro lado y me ofreció una. La acepté para tener algo entre las manos mientras veía de reojo cómo Marta y los demás nos señalaban y comenzaban a murmurar en voz baja.

—Muy bien. —Le di un sorbo a la copa y, cuando el sabor seco y amargo del cava me llegó a la lengua, arrugué la nariz—. Deberías firmarles un par de autógrafos a tus *fans*, creo que lo están esperando.

Héctor sonrió, sin darse la vuelta para mirar a mis antiguos compañeros de colegio, y supe enseguida que mi ácido comentario le había halagado. Al contrario que yo, Héctor adoraba que hablaran de él. Siempre que teníamos una cámara delante, se peinaba el pelo con la mano y mostraba una media sonrisa que, según los periodistas, era irresistible.

—Yo solo tengo ojos para ti, galletita.

La bilis me subió por la garganta y le di otro sorbo a la copa para ver si me asentaba el estómago.

—Ayer estuve hablando con tu padre —añadió. Se metió la mano que tenía libre en el bolsillo del pantalón y clavó sus ojos en los míos —. Creemos que la boda debería celebrarse en septiembre, cuando acaben las olas de calor del verano. ¿Qué te parece?

¿Septiembre? ¡Solo quedaban seis meses para septiembre! No estaba preparada para casarme en seis meses. No quería casarme en seis meses.

—Creo que es demasiado pronto —repliqué.

—Tenemos tiempo de sobra para prepararlo todo, no te preocupes por eso.

Apreté los labios al darme cuenta de que Héctor había interpretado mi comentario como el de una novia nerviosa por la

llegada del día más importante de su vida y no como lo que era en realidad: el de un preso que se encaminaba con demasiada rapidez hacia su cadena perpetua.

—¿No crees que es mejor esperar un poco más? —le pregunté—. Podría ser en invierno, cuando la temperatura vuelva a ser agradable. O quizá en primavera.

«O nunca», pensé.

—Eva —me respondió él con cansancio—. Llevamos con esto casi diez meses. Estoy a punto de cumplir veintiséis años y no quiero esperar más tiempo para pedir el permiso de reproducción.

Los latidos de mi corazón se aceleraron y la presión que tenía en el pecho se me clavó dentro con más fuerza. Quería salir corriendo de allí. Necesitaba salir corriendo de allí. Una cosa era casarse con Héctor… y otra muy distinta tener hijos con él.

—Quizá no nos den el permiso —le dije.

Fue la única excusa que se me ocurrió, aunque estaba claro que iban a dárnoslo. A las familias ministeriales nunca nos ponían trabas para tener hijos. Lo que la República quería, precisamente, era que fuéramos quienes estábamos en lo más alto de la sociedad los que nos reprodujéramos. Los mejores.

—Nos lo darán.

—¿Y si no estoy hecha para ser madre?

—Todas las mujeres estáis hechas para ser madres, galletita. En cuanto estés embarazada te saldrá solo, ya lo verás, y si hace falta compraremos domésticos para que te ayuden.

Él no veía el problema, claro, porque era un hombre. Sin embargo, yo ni siquiera sabía si quería ser madre. Bajé la vista y me miré las manos, que habían empezado a temblarme. No tenía ningún sentido que insistiera y defendiera mi postura porque Héctor nunca me escuchaba; a los hombres les daba igual lo que nosotras quisiéramos.

Me mordí el labio inferior, intentando controlar las ganas de llorar que se me habían quedado atrapadas en la garganta, y justo en ese momento, la música cesó de golpe. El himno de la República comenzó a sonar, y todos los invitados aplaudieron. En pocos segundos, el salón se llenó de vítores.

—¡Viva la República de Heden! —gritaron.

—¡Viva!

Aquel despliegue de efusividad patriótica solo podía significar una cosa: Ismael Garza había llegado a la fiesta. Héctor se olvidó de mí, de la boda y de nuestra conversación y, uniéndose a los demás, gritó:

—¡Viva nuestro presidente!

Ismael Garza IV entró en el gran salón y nos saludó con una sonrisa, como un padre que mira con orgullo a sus hijos. Todos estiramos la espalda y nos colocamos la palma de la mano derecha en el corazón, poniendo la izquierda sobre ella para simular unas alas. Con ese gesto mostramos lealtad y respeto hacia nuestro país, hacia todo lo que habíamos conseguido en el pasado, a lo que estaba por venir en el futuro.

Como todos sus antepasados, el presidente de Heden tenía el rostro alargado, la nariz prominente y los ojos verdes, brillantes y llamativos como dos joyas de jade. Llevaba el pelo negro peinado hacia atrás y una barba bien recortada que hacía que su rostro pareciera más afilado de lo que ya era. Aunque no era excesivamente alto, tenía los hombros anchos y los brazos fuertes, un recuerdo que aún conservaba de los años que había pasado entrenando, en su juventud, en la academia de soldados del Ministerio de Fronteras y Defensa Nacional. Con solo su presencia podía imponer respeto y admiración; con solo una mirada, miedo. Aunque el brazalete celeste le apretaba el brazo derecho, no llevaba ningún pin ministerial en la solapa de la chaqueta. Él no lo necesitaba porque era el Gobierno entero, las alas doradas de nuestro escudo.

Junto a él, Catalina Garza, su esposa, deslumbraba con un vestido color vino y el brazalete azul celeste en su brazo derecho. De pelo rubio y pómulos altos, la prensa siempre decía que era la mujer más guapa de toda la República, el modelo perfecto de madre y esposa para las jóvenes que estaban en edad de casarse. Catalina provenía de una de las familias más ricas de Heden, pero, a pesar de ello, siempre la trataban como si fuera solo un complemento de su marido y no tuviera ni voz ni identidad propia. Ella, al final, se lo

había terminado creyendo, y brillaba solo porque Ismael Garza lo hacía.

Tras sus padres iba el heredero de la República, el hijo mayor del presidente, el futuro Ismael Garza V. En cuanto entró al salón, todas las jóvenes enloquecieron. Ismael acababa de cumplir veintiséis años y, como tantas veces nos recordaba Marta Ferrer, ya estaba comprometido. Se parecía muchísimo a su padre, y también a su abuelo, como si a su familia la envolviera una magia inexplicable que hacía que todos los primogénitos fueran calcos exactos de sus progenitores. Quizá por eso, porque el presidente de Heden parecía haber sido el mismo durante generaciones, el heredero se había convertido en un símbolo. Durante ochenta años, los celestes habíamos vivido con un Ismael Garza en el gobierno y con la esperanza de que, a su muerte, siempre habría otro que asegurara nuestra supervivencia.

—¿Dónde está Abel? —le pregunté a Héctor, bajando la voz, al darme cuenta de que el hijo pequeño de los Garza no acompañaba a su familia.

Héctor arrugó la nariz y, en un tono acusatorio cargado de desprecio, me respondió:

—Supongo que en su habitación, a oscuras, con una resaca terrible. O puede que tirado en alguna calle hasta arriba de…

—¡Héctor! —lo regañé, impidiendo que terminara la frase.

Por mucho que fuera verdad, no estaba bien visto hablar de los problemas del hijo pequeño del presidente. Abel Garza era conocido por sus escándalos, por sus fiestas clandestinas que terminaban siendo un secreto a voces, por sus coqueteos con el alcohol y las drogas; pero, a pesar de todo, seguía siendo un Garza. Y eso lo hacía intocable.

El presidente alzó los brazos, pidiendo silencio, y el himno dejó de sonar. El salón entero enmudeció.

—Buenas noches a todos —dijo, con su voz firme y melosa—. Bienvenidos. Gracias por acompañarme, una vez más, en una velada tan especial. Si estáis aquí es porque, de una forma u otra, sois importantes para mí y para mi familia, para la República; porque sois parte de la historia. Como siempre, esta noche me acompañan mis

apreciados ministros. —Hizo una pausa mientras los buscaba con la mirada y, después, sonrió—. Estoy orgulloso de vosotros, de todo lo que hemos conseguido juntos, y sé que mi bisabuelo también lo estaría.

—¡Viva la República de Heden! —lo interrumpieron.

—¡Viva!

—¡Viva nuestro presidente!

—¡Viva!

Ismael Garza volvió a pedir silencio, sonriendo con falsa modestia, y continuó con su discurso:

—Vosotros sois el alma de Heden, los herederos de quienes salvaron a la humanidad tras el colapso del mundo; y por eso no soy yo quien se merece los vítores y aplausos, sino vosotros. Sois vosotros los que…

Alguien entró en el gran salón aplaudiendo muy despacio e interrumpió las palabras del presidente. Todos nos giramos para ver quién se había atrevido a hacer algo semejante, para ver quién osaba destrozar así el momento más importante de la noche, y nadie se sorprendió al descubrir que se trataba de Abel Garza, su hijo pequeño. Tampoco nos chocó verlo con la camisa abierta, la corbata alrededor de la cabeza y la piel del pecho manchada con restos de pintalabios rojo. En su rostro, coronado por unos rebeldes rizos castaños, se mezclaban a la perfección los bonitos rasgos de su madre con los ojos verdes de su padre.

—Siento llegar tarde, *papá* —se disculpó, con la voz pastosa, mientras avanzaba entre la multitud con torpeza—. Es que no quería venir. Continúa con tu discurso, por favor.

El presidente apretó la mandíbula con rabia, pero guardó silencio. Abel le sonrió y tomó una copa de cava de la bandeja de uno de los domésticos que, como todos los demás, se había quedado quieto. La levantó, dedicándosela a su padre, y se la bebió de un trago. Después se giró hacia Cristóbal Hernández-Figueroa, el ministro de Familia y Cultura Nacional, y le dijo:

—Cris, ¿qué tal? —Le colocó una mano en el hombro con excesiva confianza y lo miró de arriba abajo—. ¿Has visto ya al abogado?

—¿Qué abogado? —le preguntó el ministro, frunciendo ligeramente el ceño.

—¡El que tengo aquí colgado! —exclamó Abel. La carcajada que soltó después hizo eco en el silencio del salón—. Es broma, Cris, no te enfades.

El ministro apartó el hombro de golpe, pero a Abel no pareció importarle el gesto de desprecio. Sonrió de nuevo y se sacó del bolsillo del pantalón un brazalete azul celeste manchado de pintalabios rojo.

—Ups —musitó, encogiéndose de hombros con inocencia—. Se me ha olvidado ponérmelo. Creo recordar que me lo quitaron a mordiscos…

Los susurros y comentarios despectivos hacia Abel y su comportamiento se extendieron por el salón con rapidez. Estaba borracho, mucho, y su espectáculo nos estaba provocando a todos tanta lástima como vergüenza.

Su hermano mayor se acercó hasta él y le dijo, entre dientes:

—Abel, ¿qué haces?

—¡Divertirme, hermanito! Esta fiesta necesita un poco de vida.

Tiró el brazalete al suelo y, ante la atónita mirada de todos los presentes, lo pisó. No pude evitar ahogar un grito. ¿Cómo podía hacer algo así? Era una falta de respeto hacia su padre, hacia Heden y hacia todos nosotros. Era una insensatez.

—Abel, basta —le pidió su hermano—. Por favor, no nos avergüences más.

—¿Quieres que deje de hacer… esto?

Abel volvió a pisar el brazalete y Catalina, como si quisiera acercarse a su hijo para impedir que siguiera desafiando al presidente, dio un paso hacia delante. Ismael Garza se apresuró a extender el brazo para frenarla.

—Abel, ya —le ordenó el presidente, su voz impregnada de rabia.

Parecía tan enfadado que no pude evitar pensar que, si hubiera sido a mí a quien se dirigía, me habría echado a temblar. Sin embargo, cuanto más incómodos nos sentíamos todos, más parecía divertirse Abel.

—¿Que pare de hacer qué, *papá*? —Ladeó la cabeza, mirando al presidente, y después sonrió con sorna—. ¿Esto?

Alzó el pie para pisar el brazalete de nuevo, pero su hermano se abalanzó contra él y lo retuvo entre sus brazos. Aunque Abel gritó y se revolvió, intentando zafarse, no tenía la fuerza suficiente como para hacerlo. El presidente miró a los dos policías que vigilaban el salón y les ordenó con un gesto que se acercaran. En cuanto Abel se dio cuenta de que iban a por él, bufó y le gritó a su padre:

—¿Envías a tus matones a por mí? ¡Qué bien, por una vez en la vida me siento importante para ti!

Empujó con brusquedad a su hermano mayor, y aun así no consiguió que lo soltara. El salón se llenó de murmullos de indignación. Héctor, a mi lado, se puso tenso. Estábamos acostumbrados a los escándalos de Abel, pero no a que se enfrentara de forma tan directa a su padre y a su hermano.

Los policías tardaron pocos segundos en inmovilizarlo y, con ayuda de Ismael hijo, lo sacaron del salón. Los comentarios de los invitados no cesaron y se hicieron más fuertes cuando oímos a Abel gritar «¡Viva la República de Heden!» desde algún lugar ya lejano.

—¡Disculpad esta desagradable interrupción! —exclamó el presidente, recuperando la sonrisa y la atención de todos los asistentes—. Espero que disfrutéis de la fiesta que os he preparado.

Alzó las manos y la música comenzó a sonar de nuevo. Aunque hubo unos segundos de incertidumbre, enseguida continuamos con nuestras conversaciones, fingiendo que no había ocurrido nada, como hacíamos siempre que algo nos incomodaba.

—Menos mal que no hay ningún periodista —comenté, con un regusto desagradable en los labios.

Héctor le dio un sorbo a su copa y clavó sus ojos en los míos, pensativo. Entonces, una de las domésticas que pasaba a nuestro lado tropezó y todo lo que llevaba sobre la bandeja se precipitó contra el suelo. Ahogué un grito, asustada por el estruendo, y me llevé una mano al pecho cuando me di cuenta de que el cava de una de las copas había caído sobre el elegante traje de Héctor.

—¡Mira por dónde vas! —le gritó este, enfadado.

—No pasa nada, voy a por una servilleta —murmuré, quitándole importancia.

Los ojos de Héctor ardían de rabia y asco en un verde muy intenso. La doméstica, que permanecía en el suelo, asustada, se había caído sobre los cristales rotos y tenía las manos ensangrentadas. Cuando se puso en pie, Héctor apretó la mandíbula y cerró los puños. Todas mis alarmas se dispararon. Quizá fue porque pensé en Nina, o quizá porque la mirada aterrada de la doméstica hizo que se me llenara el pecho de culpa y tristeza, pero no podía permitir que la golpeara.

—Héctor, tranquilo. —Le toqué el brazo con cariño, intentando calmarlo—. Por favor.

Estaba segura de que mi súplica no iba a servir de nada, de que iba a castigarla hiciera lo que hiciese, así que decidí jugármelo todo a una carta:

—Es mejor que no la toques. —Tenía el estómago encogido y los latidos del corazón acelerados—. Ni siquiera para darle una lección. Es… es repulsivo.

Tras unos segundos de incertidumbre, Héctor desvió la mirada hacia mí y sus ojos, poco a poco, volvieron a la normalidad. El verde se convirtió en azul y, cuando relajó las manos, volví a respirar.

—Vete —le ordenó a la doméstica con desprecio—. No quiero volver a verte nunca, asquerosa infrahumana.

La chica se marchó del salón a toda prisa, sabiendo que los insultos de los celestes eran también amenazas para ellos y, unos instantes después, llegaron tres domésticos más para limpiar el estropicio que se había formado en el suelo. Nadie hizo ningún comentario sobre lo que acababa de ocurrir.

—Voy a ver si puedo cambiarme de ropa —dijo Héctor—. Enseguida vuelvo.

Cuando se fue, me quedé quieta en medio del salón, sintiéndome fatal. De repente, el vestido me apretaba tanto que quería ponerme a gritar para que me lo arrancaran, para que me permitieran respirar. A pesar de que había conseguido que Héctor no golpeara a la doméstica, me temblaba todo el cuerpo. Busqué a mi padre con la mirada, intentando encontrar algo de consuelo, pero estaba

enfrascado en una intensa conversación con el ministro de Fronteras y ni siquiera levantó la vista hacia mí.

Di media vuelta y salí a la terraza, donde varios invitados conversaban y bebían con tranquilidad bajo la luz de la luna. La atravesé hasta llegar a la balaustrada, desde la que se veían los espectaculares jardines del palacio, y me apoyé sobre ella. A pesar de que me sentí algo mejor al notar la brisa nocturna en la cara, la presión del pecho no desapareció.

Intenté controlar la respiración, pero me rendí de inmediato. Lo que necesitaba era que Nina estuviera allí conmigo, que me diera un abrazo. Lo que necesitaba era no sentirme sola en un mundo tan grande y, a la vez, tan pequeño.

Alcé la cabeza para mirar más allá de los jardines, y lo que vi no ayudó a paliar mi ansiedad. Al contrario. A lo lejos, en el horizonte, se alzaba la enorme construcción de hormigón que rodeaba la ciudad de Madirit y separaba la civilización del salvajismo, lo seguro de lo desconocido: el Muro. Era tan alto que nos impedía ver lo que había más allá, que se imponía incluso en la oscuridad de la noche.

El único edificio de la ciudad que intimidaba tanto como él era Babel, la torre de comunicaciones de casi doscientos metros de altura desde la que emitían sus programas todas las cadenas de televisión autorizadas. Retorcida sobre sí misma, su fachada de cristal, que de día se convertía en una enorme pantalla, brillaba en la noche con destellos azules que se deslizaban con suavidad por su estructura como si fueran gotas de lluvia. En la parte más alta resplandecía, en dorado, el ojo que el Ministerio de Información y Propaganda había adoptado como símbolo y que parecía estar vigilándonos a todos.

Suspiré y, cuando me di la vuelta, lo vi.

Frente a mí había un joven doméstico de piel morena y pelo negro que sujetaba una bandeja ante dos celestes que ignoraban su presencia. Lo observé con interés, como si me sonara de algo, y él, para mi sorpresa, alzó la cabeza y me devolvió la mirada.

Todo mi mundo se detuvo de golpe al ver sus ojos porque, al igual que los del grafiti que había visto hacía apenas unas horas, eran de color ámbar y parecían arder como si fueran de fuego.

Ley Fundamental N.º 7

El contacto verbal con los domésticos queda restringido al ámbito laboral. Si alguno de ellos tiene contacto físico o visual con un celeste, será castigado con la expulsión al otro lado del Muro o, en los casos más graves, con la muerte.

3



Lo primero que pensé fue que mi imaginación me estaba jugando una mala pasada, porque era imposible que nadie en el mundo tuviera unos ojos tan bonitos. Lo segundo, que un doméstico me estaba mirando, sin miedo. Lo tercero, y eso fue lo que me hizo volver a la realidad, que el chico que tenía delante era el mismo que el del grafiti del animal.

Era él. Estaba segura de ello.

Aunque iba vestido con el uniforme de los domésticos y no con el mono negro con el que lo habían retratado, aquellos ojos del color del ámbar eran inconfundibles. Di un paso al frente, pero enseguida me arrepentí y me quedé quieta. No podía acercarme a él. No podíamos mantener una conversación sin que lo castigaran por ello. Ni siquiera tendría un nombre que lo identificara, uno al que poder aferrarme. Nos separaban solo unos metros de distancia, pero en realidad estábamos en dos galaxias distintas.

Lo observé durante unos segundos, algo nerviosa, y él no agachó la cabeza. Parecía estar desafiándome, demostrándome que no tenía ninguna intención de obedecerme. Entorné los ojos, a modo de defensa, y él hizo lo mismo. Después, apretó la mandíbula y, dedicándome una última mirada de desprecio, se marchó.

Yo me quedé donde estaba, en medio de la terraza, intentando comprender lo que había ocurrido en apenas unos segundos. Nadie

me había mirado nunca con tanto odio, y mucho menos un doméstico. Había clavado sus ojos en los míos y me había dejado claro que no me tenía ningún tipo de respeto. ¿Cómo se había atrevido a hacer algo así? Aquel acto podía convertirse en su sentencia de muerte.

Alcé la cabeza, recogí mi orgullo herido y entré de nuevo en el salón para buscarlo. Había muchísimos domésticos entre los invitados, sombras negras que se movían sin hacer ruido, pero ninguno de ellos era él. Parecía haberse desvanecido.

Crucé la estancia con rapidez, ignorándolo todo y a todos. Sospechaba dónde podía encontrarlo y no quería que nada me distrajera. Estaba fascinada por el chico del grafiti y sus ojos; sorprendida por que un doméstico subversivo se hubiera atrevido a plantarme cara. No tenía claro cuál de los dos sentimientos ardía con más fuerza dentro de mi pecho.

Abandoné el gran salón y me adentré en los laberínticos pasillos del palacio, donde el silencio sustituyó de golpe a la música de la fiesta. La residencia del presidente era una inmensa obra de arte esculpida a lo largo de los siglos, así que atravesé habitaciones majestuosas cuyas paredes estaban revestidas de porcelana y estancias con una extravagante decoración que hacía que parecieran estar cubiertas por salvajes enredaderas.

Todo en aquel lugar era como estar dentro de un cuento, en un caótico bosque encantado, pero había pasado tantas horas allí acompañando a mi padre en fiestas y reuniones que conocía a la perfección todos sus secretos. Sabía cómo llegar al lugar en el que se encontraban los domésticos. No era la primera vez que iba hasta allí: uno de los juegos que más nos gustaba a los hijos de los ministros cuando éramos niños era el de bajar a los sótanos a molestar a los domésticos. Rozar la ilegalidad de aquella forma, sabiendo que nos podían regañar por acercarnos a ellos, nos había parecido siempre el culmen de la diversión.

Los retratos colgados en las paredes me vigilaban al pasar y tuve que apartar la mirada en varias ocasiones para no sentirme juzgada por los ojos verdes de Ismael Garza y sus antepasados. Todos los

presidentes de la República de Heden observaban, impasibles, quién caminaba por los pasillos del que había sido su hogar.

Aceleré, intimidada, y, al llegar a las grandes escaleras de mármol, me sujeté el vestido y las bajé con rapidez. Sobre mi cabeza, en el techo, había una bóveda decorada con estucos blancos y dorados cuya belleza siempre me había impresionado. En aquel momento, sin embargo, ni siquiera me llamó la atención.

Aunque estaba nerviosa, más de lo que me habría gustado reconocer, mis pies parecían moverse solos. ¿Qué iba a hacer cuando encontrara al doméstico? ¿Obligarlo a que me contara por qué tenía los mismos ojos que un chico sin rostro al que había visto pintado en una pared? Era una locura, una estupidez.

Pero continué bajando.

En el último tramo de escaleras percibí el olor a comida de las cocinas y, en cuanto llegué a los sótanos, mi estómago rugió. No le hice caso. Me estaba adentrando en un mundo peligroso, un mundo que no era el mío, y debía tener mucho cuidado. Por eso avancé con lentitud. Allí abajo la luz no era dorada como en el gran salón, sino blanca, y no había lujo por ningún sitio, solo paredes de cemento y cajas apiladas.

Caminé con sigilo hasta llegar al final del pasillo, con el corazón en un puño y la boca seca, mientras notaba el peligro acariciándome la nuca con sus largos y afilados dedos. Después giré a la derecha y, al encontrarme cara a cara con una doméstica, me sobresalté y ahogué un grito.

—¡Lo siento! —exclamé.

En cuanto se dio cuenta de quién era, la chica abrió mucho los ojos. Yo también la reconocí enseguida: era la doméstica a la que Héctor había estado a punto de golpear.

—No quería asustarte —añadí.

La doméstica agachó la cabeza con sumisión y yo la observé con detenimiento. Parecía joven, quizá unos años menor que yo. El pelo negro, corto, le caía sobre la cara. Tenía los ojos hinchados, como si hubiera estado llorando, y las manos llenas de heridas. Estaba intentando vendárselas con unas telas sucias que había dejado sobre

unas cajas apiladas, pero debían de escocerle mucho y le estaba costando algo de esfuerzo.

Aunque sabía que debía marcharme en aquel momento, que si nos descubrían la castigarían, no pude hacerlo. Por alguna absurda razón, me sentía culpable. En el colegio nos enseñaban que, debido a la enfermedad, los domésticos tenían mayor tolerancia al dolor. Ellos no sufrían como nosotros, y por eso eran idóneos para hacer los trabajos más duros. Ni siquiera podíamos darles nuestras medicinas, y los médicos se negaban a tratarlos. Sin embargo, la sangre de sus heridas parecía igual que la mía, y sus lágrimas, también. No podía marcharme sin más.

—Siéntate —le ordené, sabiendo que sería menos confuso para ella que me mostrara autoritaria.

Me hizo caso, con algo de miedo, y se sentó en una de las cajas. Tomé los trozos de tela y, tras mirar a nuestro alrededor para confirmar que nadie nos estaba viendo, le sujeté las manos. Ella se sobresaltó. A pesar de que sabía que estaba vacunada y que, por tanto, no había peligro, no pude evitar recordar las advertencias de mi padre, todo aquello que me habían repetido desde niña. «No quiero que olvides cuál es tu posición y cuál es la suya».

Me obligué a desprenderme de esos pensamientos y, recordando que tenía que darme prisa, empecé a vendarle las manos.

—No te muevas —le pedí.

Mientras le colocaba las telas en la mano derecha, miré el tatuaje de su muñeca. Era un código de barras con un número, uno que debían llevar todos los domésticos vacunados. Era obligatorio marcarlos cuando los traían del otro lado del Muro, normalmente siendo niños, para que así pudiéramos identificarlos. A través de ese código, las autoridades podían saber cuál era su edad, dónde habían trabajado, qué tareas desempeñaban mejor o cuánto habían costado. Así era como los diferenciábamos.

—¿Te duele mucho? —le pregunté, intentando hacer que se sintiera más cómoda.

Aunque tardó unos segundos en responder, quizá porque no estaba acostumbrada a que los celestes le hicieran preguntas,

terminó asintiendo. Eso me entristeció. ¿Y si Héctor golpeaba a Nina alguna vez? ¿Y si no podía detenerlo, como había hecho esa noche?

—Puedo intentar bajarte algo para desinfectar las heridas —le dije —. Un poco de suero y unas gasas. No tiene por qué enterarse nadie.

Sonreí para reconfortarla, pero ella, de repente, se levantó de un salto y salió corriendo. Me quedé quieta en medio del pasillo, con las telas en la mano, atónita ante su inesperada reacción. ¿Había dicho algo que la había asustado? No, no había salido corriendo por eso. Era porque había alguien detrás de mí.

Contuve el aliento y me di la vuelta. ¿Y si Héctor me había seguido? ¿Y si, peor aún, lo había hecho mi padre? Sin embargo, no era ninguno de los dos quien estaba allí, observándome, sino el doméstico de los ojos color ámbar.

—¿Qué haces ahí? —le pregunté, asustada.

Él no se inmutó. Estaba cruzado de brazos, muy serio. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí de pie? Entorné los ojos y le devolví la mirada sin ninguna intención de apartarla.

Nos desafiamos durante unos segundos, en silencio, y aunque tenía el estómago completamente encogido, no pude evitar inspeccionar su rostro con detenimiento. Tenía el pelo muy oscuro y la piel bronceada, lo que hacía que sus ojos, que tenían el mismo color que las hojas en otoño, destacaran aún más. También era alto, con la espalda ancha y los brazos fuertes. Nunca había observado a un doméstico durante tanto tiempo y, al igual que me pasaba con Nina, no me pareció que fuera distinto a mí. De hecho, aunque salvaje, tenía una belleza hipnótica, algo que hacía que quisieras ignorar tus instintos de supervivencia solo para poder mirarle durante más tiempo.

—Vete —me ordenó.

—¿Qué? —le pregunté, sorprendida de que también se atreviera a hablarme.

—Que te vayas de aquí lo más rápido que puedas.

Había tanta rabia en su voz que mi confusión empezó a convertirse en miedo.

—¿Por qué?

—Porque si no, morirás.

¿Me estaba amenazando? Me puse muy tensa y di un paso hacia atrás. Por mucho que parecieran iguales que nosotros, por mucho que los domesticáramos desde niños, no debía olvidar que no lo eran. Estaban vacunados y no podían contagiarnos, sí, pero la furia seguía estando dentro de ellos, volviéndolos salvajes e impredecibles.

—¿Te has vuelto loco? —inquirí.

—Escúchame —me dijo con frialdad—. Tienes seis minutos exactos para salir del palacio antes de que estalle la bomba. Te estoy dando la oportunidad de salvarte, así que hazlo. Ya.

¿La bomba? ¿Por eso había salido corriendo la doméstica? Abrí la boca para decir algo; un segundo después, la cerré. Seis minutos. Había dicho que tenía seis minutos para salvarme. Por mi mente pasaron cientos de imágenes a la vez: mi padre, Héctor, el presidente; todas las personas inocentes que en aquel momento disfrutaban de una agradable velada en el gran salón.

—¿Estás… hablando en serio?

—Mi tiempo es demasiado valioso como para perderlo burlándome de ti.

Dudé durante unos segundos y, después, miré el reloj de diamantes que llevaba en la muñeca. Quedaban seis minutos exactos para la medianoche.

Solo seis minutos.

Me marché de allí a toda prisa, tanto como me lo permitieron los zapatos, y no me detuve. Cuando llegué a las escaleras, las subí de dos en dos. Sin embargo, al llegar al final, perdí el equilibrio por culpa de los tacones y me caí al suelo. Gruñí, dolorida, y volví a levantarme. No podía perder ni un solo segundo.

Quedaban cuatro minutos. ¡Solo cuatro minutos!

Me quité los zapatos, los lancé lejos y continué corriendo descalza.

Atravesé los laberínticos pasillos del palacio a toda velocidad, rompiendo su inmaculado silencio con mis jadeos, hasta que llegué de nuevo al gran salón. El cuerpo entero me temblaba y un dolor punzante e intenso en el costado hacía que me costara respirar, pero el tiempo avanzaba y no podía detenerme.

Me quedaban solo dos minutos.

Mi padre y el ministro de Fronteras continuaban hablando con tranquilidad en el lugar exacto en el que los había dejado. Me abrí paso entre los invitados y, cuando llegué hasta ellos, sujeté el brazo de mi padre con fuerza.

—Eva, ¿estás bien? —me preguntó él, sorprendido, al verme descalza y sudorosa.

—Papá, tenemos que marcharnos.

—¿Por qué? ¿Pasa algo?

¿Cómo podía explicárselo sin contarle la verdad? ¿Cómo podía decirle que un doméstico me había dicho que estaba a punto de estallar una bomba?

—Porque… —Miré a nuestro alrededor, a toda la gente inocente que nos rodeaba, y me entraron ganas de gritar. No podía salvarlos a todos. Quedaba un minuto y diez segundos—. Tenemos que marcharnos. Confía en mí, por favor.

Sin embargo, él, que parecía más abochornado que preocupado, no tenía ninguna intención de moverse. ¡Me estaba quedando sin tiempo!

Treinta segundos.

—Eva, no montes un espectáculo, por favor. Si no me dices ahora mismo qué te pasa…

Busqué la salida, desesperada, y mis ojos se encontraron con los de Abel Garza. Estaba apoyado en la pared, sonriendo de forma enigmática; los brazos cruzados y la camisa aún abierta. Al ver que lo miraba, me guiñó uno de sus ojos de jade.

Justo entonces escuchamos la explosión y el suelo del gran salón se desplomó bajo nuestros pies.

Ley Fundamental N.º 10

Las ciudades de la República de Heden serán cercadas por Muros con la finalidad de aislarlas del exterior y asegurar su supervivencia. Quedarán prohibidos los desplazamientos al otro lado y solo se harán excepciones con los trabajadores transfronterizos y las actividades debidamente justificadas por el Gobierno.

4



Abrí los ojos de golpe y me incorporé, sobresaltada. Me dolía muchísimo la cabeza y en la boca tenía un desagradable regusto metálico. Tosí, como si tuviera la garganta llena de polvo, y todos los músculos de mi cuerpo se quejaron. Tardé varios segundos en darme cuenta de que estaba dentro de una ambulancia, aunque no nos movíamos. Las puertas estaban abiertas y podía ver cómo sus luces se reflejaban en la ahora incompleta fachada del Palacio Presidencial, tiñéndola de amarillo y naranja.

Un médico con un chaleco reflectante estaba a mi lado y, al ver que había abierto los ojos, se colocó frente a mí y me cegó con una pequeña linterna.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó mientras me examinaba —. ¿Estás mareada?

—No, estoy bien —musité—. Creo.

—Quizá estés desorientada unos días, es normal cuando hay traumatismos leves. Perdiste el conocimiento por el golpe en la cabeza, pero no es grave.

¿Golpe en la cabeza? Me llevé una mano a la frente, al lugar donde notaba el dolor más punzante, y entonces lo recordé todo. La explosión, el suelo temblando bajo nuestros pies, el doméstico de los ojos color ámbar advirtiéndome.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, confusa.

—Hubo una explosión en los sótanos del palacio y una parte del suelo del gran salón se vino abajo. También temblaron las paredes y algunas lámparas se desprendieron del techo. Por suerte, no hay heridos graves. ¿Crees que puedes levantarte?

Asentí y él me tendió una mano para que bajara de la camilla. Una vez de pie, comprobó que tanto mi coordinación como mis reflejos estaban en buenas condiciones y, después, me dijo:

—Voy a dejar que te marches, pero si tienes dolores de cabeza, vómitos o cualquier síntoma que te parezca extraño, ve al hospital.

Volví a asentir y él me ayudó a salir de la ambulancia. En el exterior olía a humo y a miedo. Los invitados de la fiesta estaban a mi alrededor, sucios y llenos de heridas, con un aspecto demacrado que no habían tenido ni en sus peores pesadillas. Había médicos con chalecos amarillos examinándolos, curándoles las heridas y llevándose a los más graves al hospital. La policía había acordonado la zona para que nadie pudiera acercarse a ver qué había pasado, para asegurarse de que la prensa no hiciera fotografías, y de vez en cuando se escuchaban los gritos de los policías dando órdenes.

—¡Despejen la zona, por favor!

Sentí un escalofrío y bajé la vista, dándome cuenta de que estaba descalza y de que mi vestido, del mismo color que un anochecer, estaba lleno de polvo. Al fijarme en los pequeños brillos de la tela, la vista se me nubló y tuve que cerrar los ojos para no marearme.

—¡Eva! —gritó Héctor, corriendo para llegar hasta mí—. ¿Estás bien?

Me abrazó y yo me dejé caer entre sus brazos.

—¿Mi vestido tiene cristales que brillan o estoy teniendo alucinaciones? —le pregunté, arrastrando las palabras. No estaba del todo segura de qué era real y qué no.

—Tiene cristales —me respondió—. ¿Quieres que vuelva a llamar al médico?

Sacudí la cabeza y, cuando estuve segura de que no iba a caerme al suelo, me separé de él.

—¿Dónde está mi padre?

Busqué su rostro entre la multitud y, al no encontrarlo, sentí una sacudida en el estómago. Sin embargo, el susto solo duró unos

segundos. Héctor levantó la vista hacia una de las ambulancias y, entonces, lo vi.

Mi padre estaba tumbado en una camilla, con el torso y la cabeza vendados. Sin pensarlo un solo segundo, salí corriendo hacia él.

—¡Papá!

Abrió los ojos al escucharme y se esforzó por sonreír. Le costaba respirar. Jamás lo había visto tan débil y vulnerable.

—Eva —me llamó, con un hilo de voz—. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. —Le sujeté una mano y la apreté con fuerza. Tenía la piel helada—. ¿Qué te han dicho los médicos?

—Seis costillas rotas y un golpe en la cabeza. Pasaré unos días en el hospital.

Aunque los momentos previos a perder el conocimiento no eran más que un amasijo de gritos y miedo, unos instantes congelados en el tiempo por el fuerte sonido de la explosión, había detalles que se me habían quedado grabados en la retina. Mi padre empujándome para salvarme era uno de ellos. Al contrario que yo, él había reaccionado muy rápido y, cuando el suelo del gran salón se había venido abajo, se había asegurado de que fuera él, y no yo, quien cayera con él.

—Madre mía. —Me entraron ganas de llorar solo de pensar en el dolor que estaría soportando, pero me obligué a no hacerlo—. Papá… Esto es por mi culpa. Me protegiste.

—No puedo… No puedo perderte a ti también.

El nudo que tenía en la garganta empezó a escocer, haciendo que fuera cada vez más difícil contener las lágrimas. Yo tampoco podía perderlo. No podía quedarme sola.

—No me vas a perder —le aseguré—. Nunca.

Mi padre me miró y, de repente, su rostro se ensombreció. Fue como si hubiera dejado de reconocerme, como si hubiera recordado algo que lo atormentaba. Parpadeó un par de veces y después me susurró:

—Eva, ¿cómo sabías que iba a haber una explosión?

No supe qué responder. ¿Qué relación tenía el doméstico de los ojos de fuego con la explosión? No lo sabía. No tenía ni idea de nada. Además, ¿cómo iba a explicarle a mi padre que había bajado a

las cocinas? ¿Y si se enteraba de que había ayudado a una doméstica?

Abrí y cerré la boca un par de veces, hasta que respondí:

—Escuché algo… y me pareció extraño…, pero no… no tenía ni idea de que… yo no…

Por supuesto, no me creyó. Cuando entornó los ojos, estudiándome con atención, recé por que olvidara aquella conversación cuanto antes, por que las dudas que veía en su rostro desaparecieran, por que su confianza en mí no se rompiera en mil pedazos. Recé y, cuando llegaron los médicos y subieron su camilla a la ambulancia, separándolo de mí, solo pude dar las gracias.

—Tienes que irte a casa a descansar, galletita —me dijo Héctor con dulzura tras acercarse de nuevo hasta mí—. Mañana hablaremos con calma.

Al girar la cabeza hacia él, me di cuenta de que tenía un corte profundo en la mejilla izquierda, una herida que profanaba la perfección de su rostro.

—¿Hablar de qué? —le pregunté, apartando la mirada de la herida para clavarla en sus ojos—. ¿Qué ha pasado?

—Es un tema delicado, y después de lo de tu padre, creo que es demasiado para ti. Mejor lo dejamos para mañana.

Apreté los puños con fuerza, enfadada. Estaba harta de que no me contaran nada, harta de que me trataran como si fuera una muñeca de porcelana que podía romperse en cualquier momento. Estaba harta de ser un mero adorno para ellos.

—No quiero dejarlo para mañana —insistí—. ¿Qué ha pasado?

Héctor dudó, pero al ver que no pensaba marcharme hasta que me lo contara, se aseguró de que nadie nos estaba escuchando y susurró:

—Ha muerto Ismael Garza.

Abrí mucho los ojos y las palabras salieron solas de mis labios:

—¿Qué? ¿El presidente?

—No, el heredero. Ismael Garza hijo.

Me llevé una mano a la boca y ahogué un grito. Había muerto el heredero de Heden. No podía ser cierto.

—¿Cómo… cómo es posible?

—Porque él no estaba en el gran salón, sino en los sótanos. Justo en el lugar en el que se ha producido la explosión.

—Es terrible —murmuré, horrorizada—. Era… muy joven.

—Y aún no tenía hijos.

Al darme cuenta de lo que implicaban las palabras de Héctor, entendí la gravedad de la situación. La muerte de Ismael, que no tenía descendencia, significaba que el único heredero que le quedaba a la República… era Abel.

—¿Y qué va a pasar ahora?

Héctor suspiró, como si pensar en ello le diera dolor de cabeza, y se pasó la mano por el pelo. Incluso así, a punto de perder los nervios, se movía de una forma elegante y seductora que habría enamorado a cualquier cámara.

—No lo sé —me respondió—. Nunca nos hemos enfrentado a una situación como esta.

—Abel no puede ser el nuevo heredero. No está preparado.

—Es una buena forma suave de decir que es un absoluto desastre, un borracho y un sinvergüenza.

Pensé en todos y cada uno de los escándalos en los que Abel se había visto envuelto a lo largo de su vida, en sus fiestas, en su falta de saber estar, y lo único que pude hacer fue darle la razón a Héctor. Conocía al hijo pequeño del presidente desde el colegio, pero nunca habíamos sido precisamente amigos. Yo había sido de las que se sentaban en la primera fila de la clase para atender a los profesores, él de los que nos molestaban a todos desde la última. Le odiaba desde que, en primero, había recortado la parte inferior de todos mis libros para que no pudiera ver el número de las páginas y, por tanto, no pudiera seguir las explicaciones de los profesores. Había tenido que comprármelos nuevos.

—A la gente no le va a gustar —dije—. Cuando esto salga a la luz, se enfadarán.

Héctor me miró, preocupado, y después me sujetó del brazo y me llevó hasta un hueco escondido entre dos ambulancias en el que nadie podía vernos.

—Eva, escúchame bien —susurró—. La gente no puede enterarse de lo que ha pasado esta noche.

Su voz tenía un toque de desesperación y algo me decía que lo que me estaba diciendo no era solo una advertencia: era una amenaza.

—¿Por qué? —pregunté—. Ha muerto el hijo del presidente, van a enterarse tarde o temprano. Tienen que enterarse.

—Porque esto no ha sido un accidente, sino un atentado terrorista, y no voy a permitir que nada destruya la paz que ha reinado en Heden en los últimos ochenta años. No voy a permitir que cunda el pánico. —El azul de sus ojos comenzó a volverse verde y un escalofrío me recorrió la espalda—. Esto se sabrá cuando yo lo diga.

—¿Un… atentado? —pregunté, esforzándome por parecer más sorprendida de lo que estaba en realidad.

Héctor asintió, entornó los ojos y me dijo:

—Alguien puso una bomba en los sótanos. —Cerró los ojos y comenzó a frotarse el tabique de la nariz. Tardó varios segundos en volver a abrirlos—. Y eso no es lo peor: Ismael no había bajado por casualidad, alguien lo llevó hasta allí y lo encerró en la despensa, asegurándose de que no pudiera salir. Si los ciudadanos de la República se enteran de que un grupo terrorista ha conseguido entrar en el Palacio Presidencial, nos verán débiles e indefensos. No podemos permitirlo.

Estaba exhausta, dolorida y asustada, pero aun así no fui capaz de confesarle a Héctor lo que sabía. Al igual que me había pasado frente a mi padre, no pude delatar al doméstico que había querido salvarme la vida.

—¿Y qué vas a hacer? —le pregunté con un hilo de voz.

Héctor era el ministro de Orden y Seguridad, así que tenía el poder para ocultar algo así. Ese era su trabajo. Lo que me preocupaba era la forma en la que pretendía conseguirlo.

—Usando a la prensa para desviar la atención de la gente. Así es como lo vamos a hacer.

No pasé por alto que había hablado en plural, como si sus planes nos incluyeran a los dos y no solo a él. Abrí la boca para hacer otra pregunta, pero en ese momento escuchamos un grito y los dos nos giramos a la vez.

Un médico estaba echándole la bronca a Abel Garza, que lo miraba con una mezcla de indiferencia y diversión.

—¿Siempre tiene que llamar la atención? —preguntó Héctor—. ¿Hasta en un momento como este?

A Héctor nunca le había gustado Abel. A la población de Heden, tampoco. ¿Qué futuro tenía como heredero si su propio pueblo lo odiaba? ¿Y como presidente? No pude evitar pensar en que la culpa de que Ismael no estuviera en el gran salón cuando había estallado la bomba era suya, porque su hermano lo había tenido que sacar a rastras. ¿Por qué él, sin embargo, sí se encontraba allí? ¿Sabría él quién lo había llevado hasta los sótanos para encerrarlo en la despensa?

Me acaricié la muñeca derecha con la mano y solo entonces me di cuenta de que el bonito reloj de oro blanco y diamantes que Héctor me había regalado se había roto. Estuve a punto de cortarme el dedo con los cristales que le quedaban a la esfera.

—Voy a hacer una llamada —se disculpó Héctor mientras sacaba su teléfono móvil del bolsillo—. Enseguida vuelvo.

Se alejó de mí para hablar con tranquilidad y yo volví a girarme hacia Abel. El médico se marchó con un gesto airado y él, olvidándose una vez más de quién era, se apoyó contra una pared y se sacó del bolsillo del pantalón una petaca plateada.

Tomé aire y, con todas las preguntas martilleándome el pecho, me acerqué hasta él.

—Abel, siento lo que ha pasado —le dije, apenada—. Siento mucho lo de tu hermano.

Al verme, Abel ladeó la cabeza y sonrió. La explosión no parecía haberle provocado ninguna lesión visible.

—¿De verdad? —me preguntó.

—Claro que sí.

Alzó las cejas y me analizó con interés, sus ojos verdes brillando como dos estrellas. Olía tanto a alcohol que se me revolvió el estómago.

—Qué tierna. —Le dio otro sorbo a la petaca y, tras pasarse la lengua por los labios, volvió a guardársela en el bolsillo del pantalón —. Yo solo espero que en su funeral haya barra libre.

Se rio, como si la situación le pareciera divertida, y yo le lancé una mirada asesina.

—Eso que acabas de decir es horrible.

—Mi hermano y yo no teníamos una buena relación. —Se encogió de hombros—. Ahora que soy el heredero tengo otras preocupaciones, ¿sabes? Por ejemplo, si puedo decretar por ley que el presidente lleve una corona. Cuando me toque el turno, quiero una que sea bien grande. Y de oro. Ah, y exigiré que todo el mundo me llame «alteza» y me salude así. —Se inclinó hacia delante para hacer una reverencia—. ¿Qué opinas, Eva? ¿No vas a inclinarte ante mí?

—Haré todo lo que tenga que hacer por mantener el orden en Heden —le respondí, cruzándome de brazos—. Y tú deberías hacer lo mismo.

—Vaya, la princesa tiene carácter. —Bajó la vista hasta mis pies y volvió a sonreír—. ¿Por qué estás descalza? ¿Has perdido tus zapatos de cristal, Cenicienta?

—Abel, déjalo ya. ¿Eres consciente de lo que acaba de pasar? ¿Del papel que tienes en todo esto?

El hijo pequeño de Ismael Garza puso los ojos en blanco y después me miró.

—Aunque me conmueve tu preocupación por la República, Cenicienta, no la comparto.

—¡Deja de llamarme Cenicienta!

—¿Por qué? ¿No es eso lo que eres, una princesa inocente y delicada viviendo su cuento de hadas?

Bufé y sacudí la cabeza, atónita.

—¿No te cansas nunca de tener esa actitud ante la vida?

—¿No te cansas tú de tener esa actitud ante la vida? Siempre estás dando lecciones y preocupándote por todo, me aburres.

—Eres increíble.

—Lo sé. Por cierto. —Hizo un movimiento con la cabeza para señalar a Héctor, que aún estaba hablando por teléfono, y sonrió con picardía—. Se te ve muy feliz con tu príncipe azul. No te juzgo, es muy guapo, pero no me lo esperaba de ti.

—¿El qué no te esperabas? —le pregunté, alzando una ceja.

No tenía ni idea de a qué se refería. Era fácil perderse en su incesante verborrea.

—Digamos que Héctor es un helado de vainilla: es clásico, está rico y a todo el mundo le gusta. No falla. Sin embargo, tú no pareces una chica de helado de vainilla, sino de menta. La menta es distinta, tiene un sabor especial.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que ahora mismo tengo hambre. Me comería unas palomitas, de esas que son de colores. —Cerró los ojos y se relamió los labios, recreándose durante unos segundos en lo que quiera que estuviera pensando—. Me gustan sobre todo las que son rosas.

—¡Abel!

Volvió a abrir los ojos y me miró como si no supiera qué estaba haciendo allí. Solo tardó unos segundos en recordarlo.

—Ah, sí, el helado de menta. Lo que quería decir en realidad es que Héctor y tú no pegáis nada y que imagino que, en el fondo, no quieres casarte con él.

Tuve que esforzarme para que no notara que me había puesto nerviosa. Si había algo que quería mantener en secreto, algo de lo que nadie podía enterarse, era de mis verdaderos sentimientos hacia mi prometido.

—No es verdad —me defendí.

Abel soltó una carcajada y, al hacerlo, se le marcaron dos hoyuelos en la cara que me habrían parecido adorables si no fuera porque sus bromas me estaban torturando.

—No te preocupes, no voy a decir nada —me aseguró—. Eso sí, no pienso perderme tu boda por nada del mundo. ¿Crees que Héctor querrá que yo sea el padrino?

Puse los ojos en blanco y eso hizo que su sonrisa se ensanchara. Tenía la sensación de que debajo de esa careta de payaso escondía muchos secretos, y mi curiosidad por averiguarlos aumentaba por momentos.

—¿Por qué te estaba regañando ese médico? —le pregunté, forzando el cambio de tema—. ¿Qué has hecho?

Abel bufó y, después, se encogió de hombros con indiferencia.

—Me estaba acusando de robar una bolsa de suero de la ambulancia, ¿te lo puedes creer? —Soltó una risotada y se metió la mano en el bolsillo del pantalón. Para mi sorpresa, sacó una especie de sobre de plástico dentro del cual había una pequeña jeringuilla de color rosa—. ¿Para qué iba a querer robar una ridícula bolsa de suero pudiendo quitarles un catéter?

—¡Abel! —me horroricé—. ¿Has robado en una ambulancia?

—Tranquilízate, Cenicienta. No lo van a echar en falta.

No quería saber cómo había robado un catéter, ni tampoco para qué pensaba utilizarlo. En realidad, solo había una cosa que quería que me dijera, la verdadera razón por la que me había acercado a hablar con él. Comprobé con disimulo que nadie nos estaba escuchando y, después, susurré:

—¿Por qué has desafiado así a tu padre en la fiesta? Sabes que es una locura.

No estaba segura de que el alcohol le permitiera recordar todo lo que había dicho y hecho en la fiesta. Sin embargo, al verlo esbozar una sonrisa divertida, no tuve ninguna duda de que se acordaba.

Pero no me respondió.

—¿Sabes quién ayuda a Cenicienta a coser su vestido para el baile? —me preguntó.

Entre cuentos de hadas y helados me estaba volviendo loca. Era como hablar con un niño que no era capaz de mantener el mismo tema de conversación durante más de cinco minutos. Eso, o se le daba muy bien desviar la atención.

—Claro que lo sé —respondí. Me habían contado el cuento tantas veces cuando era una niña que me lo sabía de memoria—. Unas hadas mágicas que viven en el bosque.

—¡Error! A nosotros nos han contado que son unas hadas, pero antes de la Extinción la historia era diferente. Aunque hay muchas versiones, en la que más me gusta a mí, quienes ayudan a Cenicienta a coser su vestido son unos ratones.

—¿Ratones?

¿Qué narices eran «ratones»? No sabía de qué me estaba hablando. No entendía nada.

—Sí, eso he dicho. —Bajó la voz—. Ratones. Animales.

Mencionó la palabra «animales» con cierto placer, como si hacerlo le produjera un cosquilleo satisfactorio. A mí, sin embargo, me provocó un escalofrío. Sabía de sobra que mencionarlos era ilegal, que no podíamos hablar de ellos.

—No hay animales en los cuentos de hadas.

—Tampoco los hay en las películas, ni en los libros ni en el arte. ¿No te resulta extraño que los humanos nunca los hayan representado? ¿Que no sepamos nada de ellos a pesar de que desaparecieron hace solo ochenta años?

—¿Estás loco? —susurré, comprobando de nuevo que no había nadie a nuestro alrededor—. No puedes decir eso.

Se encogió de hombros, como si no le preocupara lo más mínimo lo que pudiera o no pudiera hacer, y se miró las uñas. Sabía que Ismael Garza I había prohibido la representación de animales para dejar atrás la oscuridad que había supuesto la época anterior a la Extinción, pero ¿por qué los habían eliminado? ¿Por qué borrar toda mención a cualquiera de ellos?

—¿Y por qué iban a cambiar los cuentos? —le pregunté al ver que no pensaba decirme nada más—. ¿Para que no sepamos que los animales cosían vestidos?

—Sí, cosían vestidos a las princesas como tú. —Se rio—. Ay, Cenicienta, hay tantas cosas que no sabes…

—¿Qué cosas no sé?

Abel negó con la cabeza y se metió la mano en el bolsillo del pantalón, esta vez para sacar un pequeño papel doblado que después colocó entre mis manos. Contuve el aliento y me apresuré a cerrar el puño porque, justo en ese momento, un policía pasó a nuestro lado. Tanto Abel como yo nos quedamos quietos, callados, intentando que no se notara que estábamos teniendo una conversación que, aunque extraña, era ilegal. Una conversación sobre animales.

—Señor Garza, señorita Salazar —nos dijo el agente al vernos—. ¿Todo bien por aquí?

—Todo en orden —le respondió Abel.

El policía se llevó las manos al corazón para formar las alas de la República y, cuando le respondimos, continuó caminando. Mis latidos

estaban desbocados.

—En cuanto llegues a casa y estés sola —me susurró Abel—, ábrelo y busca la Puerta del Ángel.

¿La Puerta del Ángel? Otro enigma que se sumaba al de los helados y al de los cuentos de hadas.

—Abel, si esta es alguna de tus tonterías…

—Hasta que no lo hagas, no lo averiguarás. Diviértete, Cenicienta.

Dio media vuelta y, sin decir nada más, se marchó. No lo detuve. Estaba hecha un lío: el grafiti del animal, el atentado, el doméstico que había intentado salvarme la vida. ¿Sería verdad que habían eliminado todo rastro de los animales? ¿Con qué finalidad? ¿Y por qué nos habían prohibido hablar de ellos?

Me sumí tanto en mis pensamientos que, al darme cuenta de que Héctor había aparecido a mi lado, me sobresalté. Por un instante tuve miedo de que hubiera escuchado nuestra conversación, de que hubiera visto cómo Abel me entregaba el papel misterioso; sin embargo, suspiré aliviada al ver que me abrazaba y se limitaba a preguntarme si todo estaba bien.

—Sí, no te preocupes —le respondí—. Quería darle el pésame por la muerte de su hermano.

Héctor me observó con ternura y yo aparté la mirada para que no sospechara que le estaba mintiendo.

—¿Y él está bien?

—No, está loco. Muy loco.

Tan loco como para hacer que, por primera vez en mi vida, empezara a hacerme preguntas.



Al llegar a casa, subí las escaleras con rapidez y me encerré en mi habitación. Estaba tan nerviosa que ni siquiera me detuve a quitarme el vestido. Me senté sobre la cama y, por fin, solté el papel que me había dado Abel.

Contuve el aliento antes de atreverme a abrirlo. Estaba muy desgastado, así que supuse que era antiguo, quizá incluso de antes

de la Extinción. Lo desdoblé con manos temblorosas y me quedé sin palabras cuando me di cuenta de lo que era en realidad.

—Pero ¿qué…? —susurré.

Lo que Abel me había dado no era un papel cualquiera: era un mapa. Lo extendí sobre la cama y lo examiné. No era un mapa ordinario: en él se entrecruzaban distintos caminos representados con líneas de colores. Aunque con el paso del tiempo habían perdido intensidad, pude distinguir una línea amarilla, una roja, una azul y una morada. En cada una de ellas había multitud de puntos señalados, todos ellos con un nombre diferente: Nuevos Ministerios, Sol, Pacífico, Callao… Los leí un par de veces, con el ceño fruncido, y enseguida lo entendí.

El metro de Madirit llevaba ochenta años cerrado, impidiendo así cualquier tipo de comunicación con el otro lado del Muro. No obstante, las entradas a este permanecían en las calles de la ciudad como monumentos, como símbolos del pasado. Había visto miles de veces sus característicos arcos de hierro forjado y reconocía a la perfección sus nombres. De vez en cuando, el Gobierno contrataba a algún artista para que los utilizara como escaparate de sus obras, pero excepto en aquellas contadas ocasiones, nadie les prestaba atención.

Observé el mapa durante un buen rato y descubrí que había muchas más estaciones de las que yo conocía. Madirit no siempre había estado limitada por un gigantesco muro de hormigón, y más allá de sus límites se extendía un mundo salvaje, un mundo prohibido del que no sabía nada y que, al parecer, estaba lleno de estaciones de metro.

En el mapa, Madirit estaba dividida en tres zonas que iban del centro a las afueras: A, B1 y B2. El Muro, me di cuenta, cerraba la ciudad siguiendo el trazado de la zona A. Las otras dos, con sus estaciones de metro, se quedaban fuera. Había algunas paradas que estaban en lo que ahora era el Arrabal, el barrio más pobre de la ciudad y en el que, además de las personas que no habían podido encontrar un empleo digno, estaban las residencias en las que se hacinaba a los domésticos que se dedicaban al trabajo público; obreros, barrenderos, empleados de fábricas…

Entre las paradas que estaban en el Arrabal encontré una cuyo nombre era Puerta del Ángel. ¡Eso era lo que Abel me había pedido que buscara! Justo al lado, además, alguien había hecho un pequeño dibujo. En un primer momento me pareció un simple garabato, pero mi cabeza no tardó mucho en reconocer su forma: era la misma criatura que había en la caja de música de mi madre.

Pasé el dedo por encima del dibujo y, por alguna razón, sentí que eso me conectaba con ella. Después, sin embargo, fruncí el ceño. ¿Quién lo había hecho? ¿Por qué Abel me había pedido que lo buscara? ¿Quería que fuera al Arrabal? Era una completa y absoluta locura. La gente de mi estatus no iba a ese barrio jamás. Allí no había más que… En realidad, no lo sabía. Y tampoco quería averiguarlo.

Me tumbé sobre la cama y cerré los ojos, dándome cuenta de golpe de lo cansada que estaba. No podía dejar de pensar en todo lo que había pasado, en lo que me había dicho Abel, en mi madre. ¿Sería verdad que el gobierno de Heden había eliminado toda mención a los animales por alguna razón? ¿Qué estaban ocultando?

Sabía que los animales habían sido importantes para mantener el equilibrio de los ecosistemas, que su desaparición estuvo a punto de hacer colapsar el planeta y que, gracias a Ismael Garza I y su gobierno, habíamos sobrevivido. Nada más. Jamás me había parado a pensar en la relación que tenían los animales con los seres humanos antes de la Extinción, en por qué estaba prohibido hablar de ellos más allá de porque representaban una época oscura y recordaban el castigo que había recibido la humanidad.

Le di vueltas al tema durante un rato, pero estaba agotada y me quedé dormida sin ser capaz de encontrar una respuesta.

Ley Fundamental N.º 13

En resguardo de la pureza informativa, la estabilidad del pensamiento y el orden público, queda abolido todo acceso, uso o intento de conexión a la Red Global de Información, conocida en tiempos oscuros como Internet.

Se considerará un acto de disidencia la tenencia de dispositivos conectivos, su uso o distribución. Queda igualmente prohibido el uso, transporte o posesión de teléfonos móviles. Todos los existentes, a excepción de los que pertenecen a los ministros del gobierno, serán destruidos.

5



Mientras Héctor hablaba, yo miraba con disimulo el cuadro que decoraba la pared del fondo, justo detrás de él. Al contrario que mi casa, que tenía un estilo más recargado y tradicional, el lujoso ático de Héctor seguía unas líneas minimalistas en las que destacaban el blanco y el negro, los espacios amplios y los muebles sencillos. Era la tercera vez que cenaba en su casa, pero la primera en la que me fijaba que la única nota discordante en la decoración la ponía aquel cuadro, un conjunto de líneas rectas que formaban cuadrados en rojo, blanco, azul y amarillo.

—Porque, claro, si le invitamos a él, tendríamos que invitar también a su hermano —estaba diciendo Héctor.

Pero yo no le escuchaba. Estaba totalmente perdida en las formas del cuadro, preguntándome si sería un original o una réplica. Siempre me había gustado mucho el arte, sobre todo el abstracto. No se me daba bien pintar, pero adoraba leer libros sobre pintores del pasado y aprender de ellos. Kandinsky, con su fervor por romper las normas y las convenciones sociales, era mi favorito.

—No quiero una boda llena de gente que no conozco —continuó.

Estaba casi segura de que el cuadro que tenía enfrente era de Piet Mondrian, uno de los fundadores del neoplasticismo. Esa forma de eliminar lo superfluo, reduciendo la pintura a sus elementos más fundamentales, era inconfundible. Quería comentarlo con Héctor,

pero sabía que habría sido inútil. No es que a él no le gustara el arte, es que no le interesaba lo más mínimo. Al igual que mi padre, mi futuro marido veía mi pasión como un mero entretenimiento para llenar las horas en las que no estuviera cumpliendo con mis obligaciones de mujer.

Y eso me hacía sentir muy sola.

—¿Pasa algo, galletita? —me preguntó Héctor—. Casi no has tocado la cena.

Bajé la vista hasta el plato de comida que tenía frente a mí, y después miré a Héctor. Él bebió un sorbo de su copa de vino. La herida de su rostro tenía mucho mejor aspecto, e incluso le daba un toque rebelde que no le sentaba nada mal. Desde el ventanal que estaba a nuestra izquierda se veía la ciudad de Madirit al completo, y las brillantes luces azules se reflejaban en sus ojos, eliminando cualquier rastro de verde.

—Es que desde lo que pasó en el palacio… tengo el estómago cerrado —le respondí.

No era mentira, pero tampoco era toda la verdad. Solo habían pasado cinco días desde el atentado, y aunque no había podido dormir bien desde entonces, lo que me inquietaba realmente eran las palabras de Abel. ¿Por qué el animal de la caja de música de mi madre estaba pintado en ese mapa antiguo? ¿Y qué era lo que el hijo menor del presidente quería que descubriera en el Arrabal?

—Todo saldrá bien —me aseguró Héctor—. Confía en mí.

Si había en alguien en quien podía confiar para que todo saliera bien, desde luego, era en él. Como ministro de Orden y Seguridad, Héctor controlaba tanto a los policías como al ejército. Era él quien tomaba las decisiones, a quien obedecían todos y cada uno de los agentes y soldados que protegían la República. Si el presidente era la cabeza de nuestra nación, Héctor era la fuerza.

—Si quieres —me dijo—, puedo ponerte a un par de policías detrás. No te dejarán sola ni de día ni de noche.

Solo de pensar en tener a dos policías vigilándome las veinticuatro horas del día, arrebatándome la poca libertad que me quedaba, notaba que me faltaba el aire.

—No te preocupes, puedo apañármelas sola.

Héctor me miró fijamente, como si tuviera que evaluar si de verdad necesitaba protección, y después estiró una mano por encima de la mesa para entrelazar sus dedos con los míos. Habría sido un gesto tranquilizador si no fuera porque yo no había elegido estar en esa relación. Cualquier tipo de contacto con él, por leve que fuera, hacía que se me revolviera el estómago.

—¿Recuerdas cuando estábamos en el colegio? —me preguntó, esbozando una sonrisa—. Siempre me gustaste.

—Me sacabas cuatro años, Héctor.

—¿Y qué? El amor no tiene edad, galletita. Esos ojos azules…, caí en ellos desde la primera vez que los vi.

Comenzó a acariciarme los dedos, y yo me estremecí. Para mí, Héctor siempre había sido el vanidoso hijo del ministro de Orden y Seguridad, un chico mayor que nos trataba a todos con condescendencia y volvía locas a las chicas de mi clase. Nunca, jamás, me había imaginado que terminaría casándome con él.

—Al acabar el colegio, fui a la universidad y te perdí la pista —continuó—. Luego murió mi padre y, con solo veintitrés años, heredé su ministerio. Pensé que nunca encontraría esposa, que el trabajo no me permitiría enamorarme, pero cuando te vi en el funeral vestida de negro, convertida en toda una mujer… supe que eras tú, y que siempre habías sido tú.

Sus dedos comenzaron a subir muy lentamente por mi muñeca. Yo tragué saliva. Los ojos de Héctor estaban clavados en los míos, ardiendo en deseo, y yo me sentí pequeña e indefensa ante él. Sabía que no haría nada que yo no quisiera… al menos, hasta la boda. Cuando nos casáramos sería completamente suya, y no podría negarme a darle eso que tanto ansiaba.

—¿Sabes que uso tu fecha de cumpleaños como contraseña? —me preguntó—. En mi teléfono, en las puertas del ministerio, en las cajas de seguridad…

—¿Y eso es seguro?

—Me da igual si no lo es —replicó—. Te quiero en todas partes, galletita. Así te siento más cerca.

Héctor sonrió, pero yo no pude hacerlo. Poner mi cumpleaños como contraseña en edificios gubernamentales no era romántico, era

turbio y siniestro.

—Eva —susurró—. Eres tan tan hermosa… Ojalá nuestros pequeños herederos se parezcan a ti.

Ahí estaba de nuevo: la verdadera razón por la que Héctor y yo teníamos que casarnos. Nuestros hijos no solo asegurarían el futuro de la República, sino que, además, serían ministros. Una de las condiciones que mi padre le había puesto a Héctor para entregarle mi mano era que nuestro primer hijo heredaría el Ministerio de Alimentación; el segundo, el de Orden y Seguridad. Así, no solo cumpliríamos con la ley que obligaba a que los ministerios fueran hereditarios, sino que contentaríamos a las dos familias. De nuestra unión saldría un Salazar, pero también un Silvela-Zarauz.

—Quizá solo tengamos hijas —le dije.

Héctor negó con la cabeza, sin dejar de acariciarme la muñeca, y me respondió:

—Sé que vamos a tener niños, aunque, si tenemos niñas… no me importará intentarlo una y otra vez hasta que nos salgan herederos.

Estaba a punto de apartar la mano de la mesa, de levantarme para pedirle que, por favor, me llevara a mi casa, cuando su móvil comenzó a sonar. Lo hizo a todo volumen, acompañado de una ruidosa vibración, y los dos dimos un respingo.

—Mierda —gruñó.

Se levantó de la mesa y se acercó hasta al ventanal con el teléfono en la mano. Yo aproveché el momento para recuperarme, para respirar con calma y evitar así el ataque de ansiedad que notaba que se avecinaba.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Héctor. Sin darse cuenta, levantó el tono de voz—. No, no, no, claro que no. Quiero a las tropas vigilando la frontera, ¿me oyes? Esos cabrones del Eje Rojo…

Al escuchar sus palabras, me puse muy tensa. La prensa no solía contarnos nada sobre política exterior, así que cualquier detalle que pudiera obtener, aunque fuera robado de conversaciones ajenas, era increíblemente valioso.

—No, no podemos arriesgarnos a eso.

Me habría encantado saber qué era lo que le estaba diciendo la persona al otro lado del teléfono, saber qué era eso que, de repente,

tanto le preocupaba.

Lo único que nos contaban en el colegio era que, tras la Extinción, el mundo entero había vivido una etapa convulsa de conflictos internacionales que había acabado con una reorganización radical de todo lo que se había conocido hasta entonces. Muchos territorios habían cambiado sus nombres, como Heden, demostrando así que comenzaba una nueva etapa en su historia; otros se habían fusionado para convertirse en potencias más grandes. La mayoría de ellos no habían soportado el colapso y habían desaparecido.

Para evitar nuevos conflictos y proteger sus recursos, las naciones que habían sobrevivido se habían blindado. Los muros cercaron las ciudades, separando a los sanos de los enfermos, y la República de Heden se convirtió en un país autosuficiente que basó su supervivencia en el sistema de invernaderos diseñado por mi tatarabuelo, Gabriel Salazar, y en el uso de los domésticos como mano de obra.

Este sistema fue importado a otros países, que se convirtieron automáticamente en nuestros aliados. Las organizaciones internacionales que habían existido hasta la Extinción desaparecieron por ineficaces, así que Ismael Garza creó una nueva: la Liga Azul, una institución que unía a los países por su ideología y fomentaba la amistad y la colaboración entre ellos a través de embajadas afines.

Por supuesto, hubo otros países que, por alguna razón, no quisieron implantar el sistema de Heden: esos eran los aliados del Eje Rojo. Lo único que sabíamos de ellos era que morían de hambre y que prácticamente toda su población estaba contagiada por la furia, que por eso eran beligerantes y ansiaban romper nuestras férreas fronteras para acabar con nuestro modo de vida. Nadie entendía por qué habían elegido vivir en el salvajismo teniendo la salvación al alcance de su mano.

—Mantenme informado —se despidió Héctor.

Cuando volvió a la mesa, me esforcé por fingir que no había escuchado su conversación. Sin embargo, notaba las preguntas en la punta de la lengua, luchando por salir, y fui incapaz de controlarlas:

—¿Todo bien?

—Sí, galletita, no te preocupes.

Agarró su copa de vino y le dio un trago largo. Yo, nada satisfecha con la respuesta, insistí:

—Has dicho algo del Eje Rojo…

—Eva, no pasa nada, de verdad. Las mujeres no entendéis la política, no perdamos el tiempo con explicaciones absurdas. —Volvió a sujetarme la mano y me miró con esa ansia febril que me provocaba escalofríos—. ¿Por dónde íbamos?

—Te iba a hacer otra pregunta —le respondí, apartando la mano con disimulo.

—Eva, deja que los hombres nos encarguemos de…

—La caza —solté. Fue lo primero que se me vino a la cabeza—. Pablo Álvarez de Espino me dijo en la fiesta que el otro día estuvisteis cazando. ¿Qué tal fue?

Héctor le dio un sorbo a su copa y, cuando no le quedó más vino, volvió a llenarla. ¿Cuántas se había bebido ya? ¿Tres?

—No hay mucho que decir de la caza.

—Pablo dijo que tú siempre eres el mejor. ¿En qué consiste, Héctor? ¿Qué es exactamente lo que hacéis?

Otro sorbo a la copa de vino, como si no quisiera responderme. Eso hizo que aumentara mi curiosidad.

—No es un tema adecuado para una señorita —insistió.

Tuve que morderme la lengua para no decirle lo que pensaba de esa frase, de esa creencia estúpida que excluía a las mujeres de todas las conversaciones importantes. Quería decir muchas cosas, pero ninguna de ellas me habría asegurado una respuesta, así que solo tenía una forma de obtener lo que quería de él: adularle.

—Puede que no sea adecuado para una señorita, pero si es algo que te gusta, quiero conocerlo lo mejor posible. Eso es lo que hace una buena esposa, ¿no?

Aquella respuesta pareció complacerle porque me dedicó una bonita sonrisa. Esta vez, aunque solo fue por mero interés, le devolví el gesto.

—Eva, si te cuento un secreto, ¿me lo guardarás?

Los latidos de mi corazón se aceleraron.

—Por supuesto.

Héctor dejó la copa sobre la mesa y me miró. Tenía los ojos brillantes, como cubiertos por una fina capa de cristal, y las mejillas ligeramente encendidas. Fuera lo que fuere a decir, estaba segura de que lo iba a hacer empujado por el alcohol.

—No me gusta la caza —soltó—. Odio todo lo que tiene que ver con ella.

La confesión me tomó por sorpresa. ¿Cómo que Héctor odiaba la caza? Eso era como reconocer que había algo del gobierno de Ismael de Garza que no le gustaba; como reconocer que, bajo la fachada del ciudadano ejemplar, existían ideas peligrosas.

—Entonces, ¿por qué… por qué lo haces?

—¿Nunca has hecho nada por obligación? —me preguntó—. ¿No te has tragado el asco y la rabia alguna vez solo para proteger la República?

Aparté la mirada, incapaz de soportar el escrutinio de sus ojos. Claro que lo había hecho: casarme con él era el claro ejemplo de ello. ¿Acaso todos escondíamos algún secreto en nuestro interior? ¿Acaso todos, de alguna forma, nos sentíamos presos?

Por primera vez desde que lo conocía sentí una pequeña conexión entre Héctor y yo, un hilo del que tirar para, quizá, entendernos mejor. Sin embargo, él mismo se encargó de que ese hilo desapareciera, obligándome a fingir que nunca había existido.

—No vuelvas a preguntarme sobre el tema —me dijo—. Las cosas son como son y no se pueden cambiar, ¿entendido?

Los dos nos quedamos callados, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Había tantas cosas que no sabía, tantas cosas que quería averiguar, que sentía ganas de gritar.

«¿No te resulta extraño que los humanos nunca los hayan representado? ¿Que no sepamos nada de ellos a pesar de que desaparecieron hace solo ochenta años?».

—¿Sabes por qué quería cenar contigo esta noche? —me preguntó Héctor—. Porque tengo un regalo para ti.

Antes de que pudiera decir nada, sacó del bolsillo interior de su chaqueta una pequeña caja de terciopelo negro. Cuando la abrió, me puse muy tensa. Era un anillo, un precioso anillo de compromiso en el que dieciséis pequeños diamantes blancos rodeaban uno más

grande de color azul; un símbolo de amor eterno que yo veía como la prueba de mi condena.

—Era de mi madre —continuó—. Lo estaba reservando para la mujer indicada. Y ya la he encontrado.

—Héctor, yo…

—Deja que te lo ponga.

Apreté los labios mientras Héctor, emocionado, me tomaba la mano izquierda y colocaba el anillo en el dedo anular. Era bonito, pero lo único en lo que podía pensar era en lo mucho que me picaba contra la piel, en lo frío que me resultaba su roce.

—Eva, también quería decirte que…

Su teléfono volvió a sonar, interrumpiendo su discurso, y yo lo agradecí.

—¿Quién es? —respondió, con rabia. Al escuchar la voz de la otra persona, palideció—. Buenas noches, señor presidente. Sí, estoy disponible.

Esta vez, ni siquiera se levantó de la mesa. Mientras Ismael Garza hablaba, él asentía con docilidad. Quizá guardara secretos, quizá hubiera cosas de su vida que no le gustaran, pero nunca desafiaría a la República. Jamás.

—Claro, señor presidente, cuente con ello.

En cuanto Ismael Garza cortó la llamada, Héctor guardó su teléfono y me miró. Parecía inquieto, como si temiera que el presidente hubiera podido escuchar nuestra conversación y que, de un momento a otro, fueran a castigarle. Se había esforzado durante años por construirse una fachada, una máscara que el resto de los ministros respetaban, y estaba aterrado por que un simple error lo destruyera todo.

—Ismael Garza quiere que nos reunamos mañana a primera hora —me dijo—. Al parecer, es importante.

—¿Importante? —le respondí—. Quizá quiere hablar con vosotros de…

—No, Eva, con «nos» quiero decir nosotros, tú y yo. Quiere que vengas a la reunión.

Las palabras de Héctor fueron como un jarro de agua fría. ¿Para qué quería verme Ismael Garza? ¿Sospechaba algo? ¿Y si se había

enterado de que había hablado con el doméstico de los ojos color ámbar y quería castigarme por ello?

—¿No te ha dicho para qué? —le pregunté con un hilo de voz.

—No, pero sea lo que sea, más vale que nos preparemos.



Esa noche no pude dormir. No dejaba de darle vueltas a la razón por la que el presidente querría verme, a todo lo que me había dicho Abel, al pasado y al futuro. Por eso, porque me agobiaba dar vueltas en la cama, me levanté y salí de mi habitación.

La casa estaba tranquila, dormida en los brazos de la noche. Mi padre había salido del hospital hacía apenas dos días, y aunque él se empeñaba en trabajar, le costaba incluso levantarse de la cama. Eso significaba que no me molestaría.

En silencio, caminando con sigilo sobre la alfombra, bajé las escaleras y entré a la biblioteca. Era grande, antigua, con estanterías de madera que cubrían las paredes desde el suelo hasta el techo. En el centro había un escritorio y, justo al lado del ventanal con vistas al jardín, una cómoda butaca de color rojo. Cuando era niña me gustaba sentarme ahí, con una pila de libros a mi lado, y leerlos todos hasta que Nina me obligaba a irme a dormir. Al crecer había cambiado las novelas y los cuentos por los tratados de arte, pero la biblioteca seguía siendo un refugio para mí.

Esa noche, sin embargo, no eran mis libros los que me interesaban.

Aunque no conocía muy bien los libros de mi padre, sabía que tenía una estantería entera sobre historia y política. Me acerqué hasta ella, con paso decidido, y saqué un par de volúmenes: *El destino enemigo: Cómo Heden salvó a la humanidad* y *Un pueblo, un idioma, una salvación*.

Me senté en la butaca roja y, algo nerviosa, empecé a leer. Sabía que no iba a encontrar nada anterior a la Extinción, ya que todos los libros de la época oscura habían sido destruidos, pero quería saber más sobre lo que había pasado, intentar descubrir esos secretos

que, según Abel, la República nos estaba ocultando. Antes de ser una potencia hermética que solo tenía contacto con sus aliados de la Liga Azul, Heden había sido un país totalmente distinto, un país con sus propios pactos y alianzas, un país en el que existían los animales. Los cambios que Ismael Garza I se vio obligado a hacer, además de la implantación de las Leyes Fundamentales, lo habían convertido en una potencia mundial autosuficiente. ¿Cómo había sido ese proceso? ¿Qué más había ocurrido?

Pasé las hojas de los libros, pero no me dieron las respuestas que necesitaba. Una guerra que duró cuatro años, cierre de fronteras, expulsión de las empresas privadas e implantación de un modelo autárquico de gobierno, prohibición del uso de internet. No había nada que no supiera ya.

—Heden no cerró las fronteras —leí—, cerró las heridas abiertas por siglos de sumisión. Mientras una enfermedad nos amenazaba, los pactos internacionales nos esclavizaban y las leyes de los mercados nos condenaban. Por eso, Ismael Garza I salvó al mundo al enseñarnos a vivir sin él.

Bostecé, pero me obligué a seguir leyendo.

—La República Autárquica de Heden fue el primer ejemplo de autosuficiencia plena, cultural, alimentaria y energética…

Desde el colegio nos habían enseñado que solo con el sistema que seguían los países de la Liga Azul se podía sobrevivir, y que los del Eje Rojo vivían en la barbarie, enfermos y salvajes. Sin embargo, Héctor parecía preocupado cuando había hablado de ellos, como si los considerara una amenaza real. ¿Y si los países del Eje Rojo estaban detrás del atentado en el palacio? ¿Y de la muerte del heredero?

Cerré el libro y me pregunté qué estaba haciendo en realidad. Las respuestas que buscaba no las iba a encontrar allí, en la biblioteca de mi casa, entre las páginas de los libros. Las respuestas que buscaba estaban en el Arrabal, y las custodiaban personas peligrosas como Abel Garza. ¿Qué se suponía que tenía que hacer?

Apoyé la cabeza en el respaldo de la butaca y, mientras le daba vueltas a todo lo que me preocupaba, esperé a que llegara el amanecer.

Ley Fundamental N.º 16

Los domésticos internos no podrán abandonar el domicilio al que pertenecen si no van acompañados de un celeste; los de trabajo público solo tendrán permitido salir del Arrabal para acudir a sus puestos de trabajo. Su circulación injustificada por las calles de la ciudad será castigada con la expulsión al otro lado del Muro o, en los casos más graves, con la muerte.

6



El gobierno de Heden estaba formado por doce ministros, pero en aquella reunión solo había once. Todos ellos eran hombres e iban vestidos de la misma forma: trajes elegantes y sobrios, corbata y el pin dorado de sus respectivos ministerios en la solapa de la chaqueta. Además, me miraban como se mira a alguien a quien consideras un intruso: con desconfianza y recelo. Nunca me había sentido tan intimidada y estudiada, tan vulnerable, tan pequeña.

—Las situaciones excepcionales requieren medidas excepcionales —dijo Elías de Menor y Luna, el ministro de Economía y Ahorro, mientras se colocaba las gafas sobre la nariz. Aún tenía un ojo morado por culpa de la explosión—. Tenemos que tomar una decisión cuanto antes.

La mesa en torno a la que estábamos sentados era tan grande que casi no veía a los ministros que estaban al otro lado. Aunque el día estaba nublado, ya que se avecinaba una tormenta, la luz grisácea que entraba por las ventanas se reflejaba en la madera, haciéndola brillar como recién pulida. Me habría encantado pasar el dedo por la superficie para comprobar si era tan suave como parecía, pero ni siquiera me atrevía a mover las manos.

—¿De verdad creéis que adelantar la fecha será suficiente? —preguntó Álvaro San Martín, ministro de Educación Popular. Era el más escéptico de todos los miembros del gobierno—. ¡Estamos

hablando de terrorismo! Un solo movimiento en falso y todo podría derrumbarse.

Echaba en falta a mi padre. Era el único de los ministros que, debido a la gravedad de sus heridas, no había podido asistir a la reunión. Por eso me encontraba tan sola mientras veía, sin poder opinar, cómo once hombres tomaban decisiones sobre mi vida.

—Claro que será suficiente —le respondió con indignación Andrés Aguilar, el ministro de Información y Propaganda. Chasqueó la lengua e intentó hacer un aspaviento con la mano, pero como tenía el brazo escayolado y sujeto contra el pecho, no lo consiguió—. La prensa es un arma muy eficaz para controlar a la población, y tenemos que usarla.

Varios ministros comenzaron a hablar a la vez, y yo me pregunté por qué habían requerido mi presencia allí si mi voz no valía nada frente a la suya. Todos intervenían de la misma forma lenta y acomodada, como si estuvieran acostumbrados a que todo el mundo les prestara atención, como si supieran que sus opiniones siempre iban a tener espacio. No tenían que luchar para defender sus ideas porque sabían perfectamente que, por el simple hecho de ser quienes eran, iban a ser escuchados.

—Ya basta —dijo Ismael Garza.

El presidente había estado mirando a través de una de las ventanas de la sala durante toda la reunión, dándonos la espalda. Cuando se dio la vuelta, todos se callaron. Las ojeras que había bajo sus ojos eran lo único que nos hablaba del luto por su hijo.

—Adelantaremos la boda a junio y no se hablará más del tema —continuó—. Tenemos que usar a la prensa para monopolizar la atención de la gente, para hacer que no puedan pensar en nada que no sea lo que nosotros les ordenemos, así que quiero que, durante estos tres meses, la televisión hable de Eva y Héctor las veinticuatro horas del día, que en las calles haya una fiesta continua. Quiero ver a todos los ciudadanos de Heden celebrando este enlace como si fuera lo mejor que les ha pasado en la vida.

Junio. ¡Adelantaban mi boda a junio! Un calor repentino hizo que me mareara y tuve que frotarme las manos contra la tela del vestido para secarme el sudor que me las empapaba.

—El pan lo tienen asegurado —dijo el presidente—, ahora solo necesitan el circo.

De pronto, mi matrimonio ya no era un mero trámite para darme un papel en la sociedad, sino una estrategia política de la que dependía la estabilidad del país. Yo era el circo que entretendría a la gente de Heden para que no se dieran cuenta de que habíamos sufrido un atentado terrorista en nuestra propia casa; para que no pensaran, ni por un segundo, que la paz de la República estaba amenazada.

—¿Tienes alguna pregunta, Eva?

Aunque el tono de la pregunta fue amable, los ojos de Ismael Garza se clavaron en los míos de forma fiera, casi agresiva.

—No, ninguna —le respondí. Eran las primeras palabras que salían de mi boca en más de dos horas y mi voz sonó extraña, como si fuera la de otra persona—. Cumpliré con mi papel.

Un trueno rompió el cielo y todos nos sobresaltamos. Su sonido era demasiado parecido al de la explosión que habíamos sufrido en el Palacio Presidencial; un estallido que todavía escuchábamos en nuestras pesadillas.

—Bien —respondió el presidente, volviendo a centrar la atención en sus ministros—. No quiero que nadie en Heden se imagine, ni por un segundo, que hay terroristas sueltos por la ciudad.

—Nadie lo sospecha —dijo Celso García de Alba, el ministro de Relaciones Exteriores y Soberanía—. Piensan que fue una explosión de gas, un desafortunado accidente con heridos leves.

—Aun así, quiero más controles policiales, más seguridad —replicó Ismael Garza, esta vez mirando a Héctor—. Con la excusa de la boda, reforzaremos la vigilancia en los edificios más importantes y los controles en las calles. No quiero que ni una sola persona se mueva por Madirit sin que yo lo sepa.

—No estoy seguro de que ahora mismo haya suficientes policías en Madirit como para hacer algo así —respondió Héctor—. Tengo a todas las unidades ejecutando la orden de búsqueda y captura de los sospechosos.

¿Sospechosos? ¿Cómo que sospechosos? ¿Ya sabían algo? No pude evitar pensar en el doméstico de los ojos color ámbar; en si,

de una forma u otra, estaría relacionado con el atentado. No sabía qué había sido de él tras la explosión. Ni siquiera sabía si había sobrevivido.

—Pues traeremos más del norte, de Barsleona si hace falta. Quiero que la capital sea, de ahora en adelante, la ciudad más vigilada de toda la República.

—¿Y qué hacemos con los grafitis? —preguntó Pablo Álvarez de Espino—. Siguen apareciendo, y no dejan de ser un desafío. ¡Los están haciendo a plena luz del día, en nuestras narices!

El presidente lo fulminó con la mirada y él, que quizá había olvidado mi presencia en la sala, se arrepintió enseguida de sus palabras. Sin embargo, ya era demasiado tarde: lo había escuchado. ¿Era la representación de animales lo que los ponía tan nerviosos, o había algo más?

—Hablaremos de eso luego —sentenció Ismael Garza. Sus palabras, que atravesaron la sala como si fueran cuchillos afilados, vinieron acompañadas del estallido de un trueno—. El compromiso y la fecha de la boda se anunciarán esta tarde en casa de los Salazar.

Volvió a darse la vuelta y yo cerré los puños con fuerza. Ya no había marcha atrás.

—Eva, puedes marcharte ya —me dijo el presidente—. Supongo que tendrás que prepararte para la rueda de prensa. Héctor, tú tienes que quedarte, pero después te reunirás con ella. Aseguraos de que el anuncio de vuestro compromiso pase a la historia.

Héctor asintió, aunque el presidente no podía verle, y yo me levanté de la silla haciendo más ruido del que me habría gustado. Había tantas miradas y expectativas puestas sobre mí en ese momento que deseé poder hacerme invisible, desaparecer para siempre, huir muy lejos.

Me despedí y abandoné la sala con un nudo en la garganta.

Al salir al pasillo, suspiré como si acabara de quitarme unos zapatos que me hacían daño. Tenía ganas de ponerme a llorar, de gritar, de romper cosas. La cuenta atrás se había acelerado y veía acercarse demasiado rápido el momento en el que mi vida cambiaría para siempre. En solo tres meses, Eva Salazar se convertiría en Eva

de Silvela-Zarauz, y todo lo que anhelaba y soñaba dejaría de tener importancia.

Apreté los dientes para impedir que el nudo de la garganta se deshiciera y empezaran a brotar las lágrimas. Si lloraba, se me hincharían los ojos y ni siquiera el maquillaje podría disimular mi tristeza ante las cámaras, así que me obligué a no hacerlo. No podía permitírmelo. Debía estar pletórica porque, como bien había insinuado el presidente, de mi compromiso dependía la estabilidad de la República. Debía fingir que era el día más feliz de mi vida, aunque eso me destrozara por dentro.

Avancé por uno de los muchos pasillos del Palacio Presidencial en dirección a la salida. Las ventanas estaban abiertas, así que me llegaba el olor a tormenta desde el exterior. Me acerqué hasta una de ellas, que daba a los jardines, y me asomé. Las nubes ya habían ocultado la luz del sol y habían teñido el cielo de gris y negro.

Me apoyé en el alféizar, pensando en todo y en nada a la vez, e intenté imaginar cómo sería mi vida cuando me casara con Héctor; cómo sería si no tuviera que hacerlo. Si fuera libre, iría a la universidad, eso lo tenía claro, y llevaría una vida normal. Estudiaría arte. ¿Me enamoraría alguna vez? ¿Llegaría a sentir esa conexión profunda e inexplicable de la que hablaban los libros y las películas?

—¿Buscando a tu príncipe, Cenicienta?

La voz de Abel me hizo dar un respingo y me aparté de la ventana de golpe. Estaba apoyado en la pared, con los brazos cruzados, sonriéndome con sorna. Esta vez iba bien vestido, aunque no parecía comprender del todo qué ropa debía llevar alguien de su posición: se había puesto unos vaqueros rotos, unas zapatillas de deporte, y una camisa de cuadros. Nada elegante, nada clásico, nada caro.

—Lo más parecido que tenemos a un príncipe eres tú —repliqué —, y eso hace que quiera estar lo más lejos posible de la realeza. ¿Qué estás haciendo aquí?

Por mucho que pareciera sobrio, tenía el labio partido y el pómulo izquierdo hinchado, como si se hubiera metido en una pelea. Probablemente, así era. Intenté no mirarle las heridas, por educación, y bajé la vista para colocarme el vestido.

—Vivo aquí, ¿sabes? —me respondió—. La pregunta es: ¿qué haces tú aquí?

—Asistir a una reunión. —Señalé la puerta que había al otro lado del pasillo y él alzó las cejas con interés.

—¿Una reunión con los ministros? ¿Para concretar los detalles de tu boda?

No tenía ganas de hablar de eso, así que hice una mueca y comencé a caminar, dejándolo atrás. Él, sin embargo, no estaba dispuesto a permitir que me marchara tan rápido.

—¿Encontraste la marca en el mapa del tesoro? —me preguntó.

Me di la vuelta y lo fulminé con la mirada.

—Sí, y creo que estás loco. No quiero meterme en problemas.

—Vaya, ¿no quieres divertirte un poco? —Me guiñó un ojo y, al mover el lado de la cara que tenía hinchado, hizo un gesto de dolor —. Joder, siempre se me olvida que tengo la cara hecha una mierda.

—¿Con quién te has pegado?

—Eh, ¿por quién me tomas? Yo no hago esas cosas.

—Abel, en el colegio siempre eras el culpable de todo lo malo que ocurría. ¿Ya no te acuerdas del incendio en el gimnasio cuando estábamos en quinto?

Intentó sonreír, pero el dolor de las heridas le recordó que no podía hacerlo con normalidad.

—La idea fue de Mateo Arís, no mía. ¡Fue injusto que me expulsaran!

Puse los ojos en blanco y me crucé de brazos.

—Me da igual, pero yo no voy a salir ardiendo por tu culpa.

—Pues es una pena, porque te vas a perder toda la diversión.

Observé los cardenales de su cara y guardé silencio. En el fondo, muy en el fondo, Abel Garza me daba pena. Sospechaba que vivir a la sombra de su hermano mayor no debía de haber sido fácil, y que eso lo había llevado a buscar las formas más absurdas de llamar la atención.

—Quizá no me divierta —le dije—, pero tampoco voy a acabar con la cara destrozada como tú.

—Y, aun así, sigo siendo más guapo que Héctor.

Sus ojos verdes brillaron, divertidos, y yo tuve que esforzarme para contener la sonrisa que amenazaba con aparecer en mis labios.

—Adiós, Abel.

Me di la vuelta de nuevo, esta vez dispuesta a marcharme de verdad. Él, sin embargo, volvió a detenerme con sus palabras:

—Supongo entonces que no querrás saber por qué el dibujo del mapa que te di se parece sospechosamente a la criatura que hay dentro de la caja de música de tu madre.

Me giré para mirarlo, con los ojos muy abiertos, y él sonrió con satisfacción.

—¿Cómo sabes eso? —le pregunté.

—Si no estuvieras todo el día probándote vestidos de novia, te enterarías de muchas más cosas, Cenicienta.

Un rayo rompió el cielo y, durante un segundo, el pasillo se iluminó con una luz intensa y cegadora. Ni Abel ni yo nos asustamos con el sonido del trueno que vino después.

—Tu padre va a reforzar la vigilancia de la ciudad —susurré—. No creo que sea tan fácil llegar hasta el Arrabal.

Los ojos de Abel brillaban tanto que parecían haber absorbido la electricidad de la tormenta. Dio un paso más hacia mí; yo no me aparté.

—Lo será si dejas de ser una aburrida y vienes conmigo.

—Abel, no puedo salir por la noche… y mucho menos contigo.

Aunque eso no se lo dije, la relación con mi padre no estaba en su mejor momento. Llevaba tres días en casa y aún no habíamos hablado sobre lo que había pasado la noche de la explosión. Aunque él no me había preguntado nada y yo no había sacado el tema, la tensión se palpaba en el ambiente. Tarde o temprano tendríamos que hablar, y yo aún no sabía si terminaría contándole la verdad.

—Escápate —me respondió él—. Si supieras la de veces que me he escapado de casa… La última vez tardé cuatro días en volver.

Soltó una carcajada, quizá recordando lo que había hecho durante esos cuatro días, y después se quedó mirando al infinito con una sonrisa. No quería saber lo que estaba pasando por su mente en ese momento.

—¿Por qué todo te parece tan fácil?

—No, ¿por qué todo te parece tan difícil a ti? ¡Vamos, Cenicienta!

La lluvia empezó a caer con fuerza, golpeando los muros del palacio como si el cielo se hubiera roto en pedazos, y yo sentí que un frío repentino se instalaba dentro de mis huesos.

—Abel, yo…

—Se acabó el tema. Te recogeré a medianoche, Cenicienta. Te prometo que nada saldrá ardiendo, que no acabarás con la cara destrozada y que, como estarás conmigo, será una de las mejores noches de tu vida.

—Lo siento, pero no creo que sea una buena idea.

—Bueno, aún tienes unas horas para pensártelo. Ah, eso sí: si al final decides venir, ponte el uniforme de alguna de tus domésticas. En el Arrabal nadie puede saber que eres una princesa.



Estaba cegada por los continuos *flashes* de las cámaras. Los periodistas repetían mi nombre una y otra vez, pero las luces me impedían verles la cara. Era como si estuviera de pie, obligada a sonreír, frente a un millón de estrellas que me hacían daño con su brillo.

—¡Enséñanos el anillo, Eva! —gritó uno de los reporteros.

Héctor y yo estábamos resguardados de la lluvia bajo un enorme paraguas negro que sostenía un doméstico sobre nuestras cabezas; los periodistas, por el contrario, estaban empapándose en el jardín, preocupados únicamente de que no se mojaran sus cámaras. Su objetivo era conseguir la imagen perfecta de los novios, inmortalizar aquel momento histórico. Levanté la mano para que pudieran fotografiar el anillo que Héctor había colocado en mi dedo anular izquierdo, un anillo que me recordaría a cada segundo que ya habían dictado mi sentencia, que solo me quedaban tres meses de libertad.

—¡Mira aquí, Eva!

Giré la cabeza siguiendo el sonido de la voz y, sin bajar la mano, sonreí al periodista desconocido. El anillo brillaba en medio de la tormenta y a mí me dolía la boca de fingir que era feliz.

—¡Ahora los dos juntos!

Héctor se peinó el pelo con la mano, esbozó su encantadora sonrisa y colocó uno de sus brazos alrededor de mi cintura.

Llevaba toda mi vida recibiendo clases de protocolo para saber cómo comportarme ante la prensa, cómo darles lo que buscaban, así que hice uso de mis conocimientos y me apoyé contra el pecho de Héctor, dejando que se viera el anillo. Después, cuando ya nos habían fotografiado en esa pose, sonreí como si fuera una tonta enamorada y clavé mis ojos en los suyos. Estaban azules, muy azules, tanto como el brazalete que nos apretaba a los dos el brazo derecho.

—Eres preciosa, galletita —me susurró, acariciándome la mejilla.

Al sentir el contacto de su mano, se me revolvió el estómago. Al mirarlo, lo único en lo que podía pensar era en Ismael Garza y la amenaza implícita en sus palabras. Sentía que me habían vendido al mejor postor, que todos, desde mi padre hasta el presidente, me habían utilizado. Mi deber era casarme, lo sabía, pero cuanto más intentaba convencerme a mí misma de que aquel matrimonio era lo que quería, más rechazo me generaba.

Héctor giró la cabeza hacia las cámaras y, alzando la voz por encima del sonido de la lluvia, dijo:

—Quiero manifestar aquí, delante de toda la República, la suerte que tengo por casarme con esta mujer. —Los *flashes* se multiplicaron y yo bajé la vista, avergonzada—. Eva posee todas las virtudes que debe tener una buena esposa de la República y, con ella a mi lado, no solo siento seguridad como ministro, también la siento como hombre. No me avergüenza reconocer que estoy locamente enamorado de ella.

Abrí la boca para decir algo, para que nadie sospechara qué era lo que estaba pensando en realidad, pero, sin previo aviso, Héctor me sujetó la cara y me besó. Era mi primer beso, nuestro primer beso, y los periodistas se volvieron locos.

Todo mi cuerpo se puso tenso, rechazando aquel contacto inesperado, y tuve que esforzarme para no apartarme de golpe. No podía hacerlo, claro, no delante de toda la prensa del país, así que cerré los ojos y me dejé llevar.

Sin embargo, no fue el primer beso con el que siempre había soñado. No es que fuera desagradable, pero sentí que Héctor estaba robándome algo, que estaba entrando a la fuerza en una parte de mí que quería mantener oculta, una parte que no le pertenecía. Eso hizo que me sintiera vulnerable, triste e indefensa. No sentí fuego en mi interior, ni que mi corazón se acelerara, ni que el sabor de sus labios me devolviera la vida. Besarlo no fue como la llegada de la primavera tras un frío invierno, y solo tuve clara una cosa: no quería casarme con él, no quería pasar el resto de mi vida a su lado.

Lo que Héctor me ofrecía no era suficiente.

Abrí los ojos en cuanto nos separamos y fingí una sonrisa inocente. Él me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Ismael Garza había pedido que el anuncio de nuestro compromiso pasara a la historia, y habíamos cumplido sus órdenes. Aquel beso saldría en la portada de todas las revistas del país y hablarían semanas enteras sobre él en la televisión.

En unas horas, todo Heden sabría que Héctor y yo íbamos a casarnos en junio, pero nadie sabría la verdad. Nadie sabría que detrás de aquella idílica imagen había mucho más. Me había sentido tan incómoda, tan fuera de lugar, que había tomado una decisión: esa noche iría con Abel al Arrabal y, con la esperanza de que de alguna forma eso sirviera para liberarme, averiguaría todo lo que mi padre y el Gobierno estaban ocultando.

Ley Fundamental N.º 19

La defensa de la buena moral de la República, así como la tranquilidad y paz social de esta, será un objetivo prioritario. Así, quedan declaradas como peligrosas y antisociales las conductas de libertinaje sexual fuera del matrimonio, la prostitución y la homosexualidad, siendo cualesquiera de estas actividades perseguidas y penadas con la expulsión al otro lado del Muro.

7



Cuando las agujas del reloj marcaron la medianoche, me quité el anillo de compromiso. No quería que me recordara que lo que iba a hacer estaba mal, y tampoco arriesgarme a que me delatara. Por eso, me quedé unos segundos admirando el brillo de sus diamantes y después, sin pensármelo dos veces, lo escondí en el cajón de mi mesilla de noche.

Me coloqué la mochila a la espalda y salí de mi habitación con sigilo. Hacía casi una hora que mi padre se había acostado, así que ya debía de estar dormido. ¿Qué iba a decirle si de repente se levantaba y me descubría? No, no iba a levantarse. Solo de pensar que me sorprendía quebrantando las normas, me ponía tan nerviosa que me temblaban las piernas. Y no podía permitirme dudar.

Atravesé la oscuridad del pasillo y bajé las escaleras con lentitud. A pesar de que solo se escuchaba la lluvia golpeando el cristal de las ventanas, tenía la sensación de que toda la casa podía oír los fuertes latidos de mi corazón. Tuve que repetirme varias veces que no era así, que todo era producto de mi imaginación, y obligarme a estar tranquila.

Un rayo explotó en el cielo cuando llegué al vestíbulo y su luz iluminó mi escondite entre las sombras. Por suerte, no había nadie allí para verme. Desactivé la alarma, abrí la puerta con cuidado y, al salir, la cerré de la misma forma. Esperé unos segundos por si

alguien se había despertado, pero al ver que no se encendía ninguna luz dentro de la casa, suspiré aliviada y continué con mi camino.

Crucé el jardín con el corazón palpitándome en la garganta, la lluvia mojándome la ropa y el pelo. Al llegar hasta la valla, me quedé quieta. ¿Estaba segura de lo que estaba a punto de hacer? Iba a escaparme de casa para ir al Arrabal, el barrio más pobre y peligroso de todo Madirit, cuando había terroristas sueltos por la ciudad. ¿En qué narices estaba pensando?

Me aparté el pelo empapado de la cara y, por alguna razón, pensé en Héctor. Solo me quedaban tres meses para ser su mujer, tres meses para que mi identidad desapareciera por completo. ¿Era eso lo que quería?

No, desde luego que no.

Di un paso al frente y apreté el botón que abría las puertas de hierro forjado. Después, calada hasta los huesos, salí a la calle. Por suerte, la noche y la tormenta habían ahuyentado a los periodistas.

Justo en ese momento, uno de los coches aparcados en la calle encendió los faros delanteros; al cabo de unos segundos, los apagó. Al principio me puse muy tensa, pero en cuanto volvió a encenderlos, supe que me estaba llamando. Tomé aire y me acerqué con paso decidido.

—Buenas noches, Cenicienta —me dijo Abel, sonriente, cuando entré en el coche—. Vaya, veo que te has puesto zapatos, bien hecho.

Lo miré de arriba abajo y, después, negué con la cabeza. Llevaba unos vaqueros desgastados y una camisa de color azul claro sobre la que se había puesto una chaqueta de cuero, un tejido que se obtenía mezclando fibras de poliéster con poliuretano y que no era precisamente elegante. Las heridas que le deformaban la cara tampoco lo eran, pero intenté no fijarme demasiado en ellas.

—Y tú vienes vestido como una persona decente —le respondí—. Bueno, en realidad no, pero hoy al menos no tienes marcas de pintalabios en la piel.

—Oh, las tengo, aunque no te gustaría saber dónde. —Sonrió con picardía y yo le lancé una mirada asesina—. ¿Has traído lo que te pedí?

—Sí. —Le enseñé la mochila—. Se lo he robado a una de las domésticas de la cocina. Creo que tiene una talla parecida a la mía.

—Vale, pues cámbiate.

Arrancó el coche y yo me quedé callada, insegura. No me había puesto el uniforme en casa porque habría sido mucho más difícil excusarme con mi padre si me hubiera descubierto vestida de doméstica. En ese momento me arrepentí de no haberlo hecho. Nunca me había desnudado delante de una persona que no fuera Nina, y mucho menos delante de un chico. Sin embargo, tenía la ropa tan empapada que se me estaba quedando pegada a la piel, insinuando mucho más de lo que me habría gustado, y no sabía qué era peor.

—Cámbiate ya, que no voy a mirar —me dijo Abel.

—Prométemelo.

Esbozó una media sonrisa e insistió:

—Venga, Cenicienta.

Comencé a desabrocharme la camisa con lentitud, asegurándome a cada segundo de que no me estaba mirando.

—Como se entere Héctor de que te estás desnudando delante de mí…

—¡Cállate! —exclamé, avergonzada—. ¡Y no mires, que me lo has prometido!

—No, no es verdad. No he prometido nada.

Chasqueé la lengua y me desvestí a toda prisa, vigilándolo de reojo. Sin embargo, él no apartó la vista de la carretera.

Avanzamos por las calles desiertas de Madirit acompañados por el movimiento del limpiaparabrisas y el sonido de la lluvia. La ciudad estaba ya dormida y, mientras me ponía el uniforme, no pude evitar mirar por la ventanilla para apreciar su belleza; el brillo de las luces azules de los edificios de la Vía Celeste reflejado en los charcos de la carretera. Los ciudadanos más nocturnos, además de los domésticos que limpiaban las calles, eran los únicos que perturbaban la tranquilidad de su descanso.

—Yo también me he tenido que poner alguna vez un uniforme de doméstico, ¿sabes? —me dijo Abel. Soltó una carcajada a la que le

siguió un gesto de dolor por culpa de las heridas de la cara—. Recuerdo aquella vez que…

—Prefiero no saberlo.

—Bueno, tú te lo pierdes, porque es una historia increíble en la que acabé durmiendo desnudo en El Retiro. —Volvió a reírse y yo puse los ojos en blanco—. Me encanta ese parque. En fin, centrémonos en lo importante: recuerda que hoy no puedes ni hablar ni levantar la cabeza. De hecho, no deberías hacer nada sin que yo te lo diga.

Miré al frente, hacia la carretera, y cuando vi que abandonábamos el centro de la ciudad y nos acercábamos al Muro, tragué saliva. Estaba nerviosa, mucho, pero no quería que Abel lo notara. No quería que sospechara que, aunque había decidido acompañarlo, tenía miedo.

—Lo intentaré.

—No, lo intentarás no. —Apretó los dientes, como si de repente hubiera sentido un doloroso pinchazo, y estiró el brazo para abrir la guantera del coche y sacar una petaca plateada. Le dio un trago sin dejar de mirar a la carretera y, cuando me la ofreció, la rechacé con un gesto de la mano—. Quiero que digas: «Sí, señor, voy a hacer todo lo que me digas».

—No voy a decir eso.

—Vamos, Cenicienta. —Volvió a beber y, cuando me llegó el olor a alcohol, arrugué la nariz—. Esta noche hay cosas que dependen de que tu actuación sea creíble y nadie sospeche quién eres. Cosas sin importancia… como nuestras vidas, por ejemplo.

Le dio un largo trago a la petaca y, tras dedicarme una encantadora sonrisa, se pasó la lengua por los labios.

—Nuestras vidas también dependen de que no te emborraches mientras conduces —le dije.

—El alcohol me ayuda a pensar mejor.

Me crucé de brazos y lo miré con los ojos entornados, presionándolo en silencio para que dejara de beber.

—A veces me pregunto si sabes lo que es la diversión. —Guardó la petaca de nuevo y yo respiré más tranquila—. Aunque siempre terminas demostrándome que no.

Estábamos a punto de llegar al Arrabal cuando dos coches de policía nos impidieron el paso, obligándonos a detenernos en mitad de la carretera. El estómago me dio un vuelco y el corazón me subió hasta la garganta. No podíamos dar marcha atrás y tampoco seguir hacia delante. No teníamos escapatoria.

—No los mires a los ojos —me susurró Abel cuando nos detuvimos —. Recuerda que eres una doméstica.

Un policía vestido de azul celeste se bajó del coche y se acercó hasta nosotros con un paraguas. Abel bajó la ventanilla del coche.

—Buenas noches, caballero. No se puede pasar —nos dijo. Cuando se fijó en la cara de Abel, su tono de voz se volvió mucho más amable—. ¡Señor Garza, no lo había reconocido!

Se colocó las dos manos sobre el corazón para hacer el saludo de Heden y Abel inclinó la cabeza.

—No pasa nada, Alfonso. ¿Una noche difícil?

—No más de lo normal, ya sabe que alguien tiene que controlar los problemas del Arrabal —le respondió el policía. Aunque no levanté la cabeza, supe que me estaba mirando—. ¿A dónde va, al Puerta del Ángel?

Abel asintió y el policía soltó una risotada de complicidad. El *walkie-talkie* que llevaba en el cinturón crepitó, pero no le hizo caso.

—A ver cuándo me invita a una de sus fiestas.

—Puedes venir a esta, si quieres —le propuso Abel. Tuve que hacer un esfuerzo por no fulminarlo con la mirada—. Aunque antes tengo que advertirte: las fiestas se me suelen ir de las manos.

Abel se señaló las heridas de la cara y el policía soltó una carcajada.

—Ya lo veo, sí. Esta noche no puedo, acabo muy tarde, quizá para la próxima.

—Claro que sí, campeón. Cuando quieras.

El agente se quedó unos segundos en silencio, mirando a Abel, y después susurró:

—Tenga cuidado, desde el atentado están haciendo muchas redadas.

¿Redadas? Eso me puso aún más nerviosa. Abel, sin embargo, no se inmutó.

—Gracias por el aviso, Alfonso. Ah, una última cosa… Que mi padre no se entere de que estoy aquí, ¿vale? Digamos que piensa que esta noche estoy estudiando.

—No se preocupe, señor Garza. No daremos el aviso.

Abel sacó la mano por la ventanilla y el policía se la estrechó como si fueran amigos de toda la vida. Después, cuando nos marchamos, gritó una orden a sus compañeros y pudimos pasar por el control sin que ninguno de los agentes pusiera pegas.

—¿Estudiando? —le pregunté a Abel cuando dejamos atrás a los policías y me sentí capaz de volver a hablar—. Tú no has estudiado en la vida.

—Sí que he estudiado, Cenicienta. A las personas, sobre todo.

Giré la cabeza para mirar por la ventanilla y, al darme cuenta de que habíamos entrado en el Arrabal, me puse muy tensa. Las calles por las que pasábamos estaban sucias y los edificios, medio derruidos. El ambiente no tenía nada que ver con el del centro de la ciudad. No había ni rastro de la perfección de Madirit, como si aquel lugar fuera un mundo distinto al mío, uno del que nadie se preocupaba.

«El que es pobre es porque quiere —decía siempre mi padre—. Si esa gente se esforzara más, no tendrían por qué vivir así. ¿Acaso está bien premiar la mediocridad?».

—¿Qué es el Puerta del Ángel? —le pregunté a Abel, con el corazón en un puño, sin apartar la vista de lo que veía a través de la ventanilla.

—¿Qué?

—Te lo ha dicho el policía.

Abel guardó silencio durante unos segundos, sin apartar la vista de la carretera, y después, me dijo:

—Mira, esta noche vamos a jugar a un juego. Cada uno puede hacerle cinco preguntas al otro, solo cinco, y ambos nos comprometemos a responder con la verdad. Iremos por turnos y, cuando las preguntas se agoten, no habrá más. Ah, y para mejorarlo todo…, ¡con cada pregunta beberemos un poco de agua mágica!

Alargó el brazo para volver a sacar la petaca de la guantera, pero se lo impedí.

—No, no te pases. Nada de alcohol.

Refunfuñó, haciéndome burla, y pisó el freno del coche con suavidad para reducir la velocidad en una curva.

—Cenicienta estropeando la diversión una vez más.

Me crucé de brazos y entorné los ojos, pensativa. Si obviábamos la parte del alcohol, el juego que proponía era interesante. Podría averiguar muchas cosas.

—¿Por qué solo cinco? —le pregunté.

—Porque así tendrás que pensarlas bien y no harás preguntas estúpidas.

—Bien —le dije—. Pues empieza tú.

Paramos en un semáforo que se había puesto en rojo y Abel aprovechó el momento para mirarme. Las gotas de lluvia golpeaban los cristales del coche con fuerza.

—Has aceptado, así que tienes que responder con la verdad. —Se calló durante unos segundos, haciéndome sufrir con la incertidumbre, y, cuando volvimos a ponernos en marcha, me preguntó—: ¿Quieres casarte con Héctor?

Chasqueé la lengua con fastidio y él sonrió. ¿Cómo podía preguntarme algo así? Me planteé mentirle, decirle que estaba deseando casarme, pero no parecía fácil engañar a Abel. Además, si quería que él me contara la verdad, tendría que ofrecerle algo a cambio.

—Sí quiero, pero me gustaría conocerlo un poco más antes de… dar el paso.

Abel soltó una carcajada y yo me hice más pequeña en el asiento.

—¿Quieres más tiempo para conocer al señor «no me avergüenza reconocer que estoy locamente enamorado de ella»? —Volvió a reírse y yo sentí cómo la sangre subía hasta mis mejillas—. Sí, yo también he visto la entrevista. Bonito beso, por cierto. Ojalá te den un premio por esa actuación.

—Bueno, vale ya —le corté—. Me toca. ¿Qué es el Puerta del Ángel?

Abel detuvo el coche en un callejón y señaló el edificio que teníamos justo enfrente. Parecía llevar años abandonado. Los rótulos de lo que en su día debieron de ser tiendas estaban rotos y la

fachada, llena de pintadas. Sobre la puerta, el parpadeo de una bombilla le daba a todo un aspecto fantasmagórico.

—Esa es la entrada a un local llamado Puerta del Ángel —me explicó Abel—. El nombre viene por la antigua parada de metro que hay al otro lado de la calle.

—¿Qué clase de local es?

—¿Es otra pregunta?

—No, no hagas trampas. En tu anterior respuesta no me has dicho qué es, así que esta pregunta no cuenta.

Abel se puso serio y clavó la mirada en la puerta del local. Yo guardé silencio, expectante y ansiosa.

—Cuando traen a los domésticos del otro lado del Muro los suelen vender para que trabajen como internos en casas como la tuya y la mía. A otros, a los que hacinan en residencias aquí, en el Arrabal, los ponen a trabajar como obreros, barrenderos, conductores… Eso ya lo sabes. Sin embargo, esas no son las únicas opciones que hay. A algunos de ellos, normalmente a los más jóvenes y atractivos, los obligan a trabajar en locales como este.

—¿Trabajar en qué sentido?

Esa sí era otra pregunta, pero los dos estábamos tan metidos en la conversación que lo pasamos por alto.

—«Trabajar» es un eufemismo, sí. Los traen aquí para que los celestes se diviertan haciendo con ellos lo que les apetezca.

¿Divertirse? ¿Qué quería decir con eso? Fruncí el ceño e intenté descifrar el significado de sus palabras. Al ver que no reaccionaba como esperaba, Abel me explicó:

—Prostitución, Eva. Los prostituyen.

No. No podía ser verdad. Me negaba a creer que mi padre, Héctor o el presidente supieran de algo así y lo permitieran. Era impensable.

—No es verdad —le dije, esperando que fuera otra de sus bromas.

Sin embargo, al decirlo en voz alta, las palabras que tantas veces me repetía mi padre me golpearon con fuerza, haciéndome más daño que nunca: «No son como nosotros, son seres inferiores». ¿Por qué iban a impedir que la gente se divirtiera con ellos si no importaban nada?

—Sabía que no me creerías, por eso quería que lo vieras con tus propios ojos.

—No podemos tocar a los domésticos —insistí—. La ley no… no nos lo permite.

—Ah claro, olvidaba que las leyes son irrompibles y nadie se las salta nunca.

Si Abel me estaba diciendo la verdad, los miembros del gobierno sabían lo que ocurría en el Arrabal, mi padre lo sabía, y eso era algo que no estaba dispuesta a aceptar. Lo miré y, al fijarme en las heridas de su cara, algo dentro de mi mente encajó de repente.

Algo que no me gustó.

—Aquí celebras tus famosas fiestas —le dije, entre sorprendida y asqueada.

—Sí, exacto. Las celebro aquí porque el local es mío. Me gusta invertir los impuestos de los ciudadanos de Heden en cosas importantes.

—¿Cómo que es tuyo? —Abel abrió la puerta del coche y salió sin responderme. Yo lo seguí y tuve que alzar la voz por encima de la lluvia para que me escuchara—: ¿A dónde vamos? No iremos a entrar, ¿verdad?

—¿Qué hemos dicho de las preguntas estúpidas?

A lo lejos sonó la sirena de un coche de policía y los dos guardamos silencio. Era la primera vez en mi vida que no me sentía segura al tener cerca a las fuerzas del orden.

—Vamos a entrar, sí —susurró Abel—, y tenemos que darnos prisa. ¿No querías respuestas? Bueno, pues espero que estés preparada para obtenerlas.

¿Lo estaba? No, claro que no. Quería irme de allí cuanto antes. Sin embargo, sabía que ya no había marcha atrás. Avanzamos hasta la puerta del local y Abel, tras sacar una llave del bolsillo de su pantalón, la abrió. Me indicó que entrara y, cuando lo hice, me siguió.

Enseguida nos adentramos en un pequeño vestíbulo en el que había otra puerta, detrás de la cual se escuchaban voces. La luz era muy tenue, aunque suficiente para vernos las caras. Volvió a cerrar

la puerta con llave y a mí me entró algo de ansiedad al pensar que no iba a ser fácil salir de aquel lugar.

—Antes de entrar quiero hacerte otra pregunta. Es mi turno. —Se apoyó contra una de las paredes y me miró con una sonrisa burlona. Estaba tramando algo y lo sabía, así que me preparé para lo que estaba por venir—. ¿Por qué no has delatado aún al doméstico que te advirtió de la explosión?

Esa pregunta sí que no me la esperaba. De hecho, me quedé tan sorprendida que, durante unos segundos, no supe qué decir.

—No… no lo sé —susurré. Él enarcó una ceja y me vi obligada a reafirmarme—. De verdad, no sé por qué no lo he hecho. Supongo que… Supongo que es porque pienso que lo hizo porque no quería que me pasara nada, a pesar de todo. No me gustaría que lo castigaran.

Abel me observó con interés, como si fuera a hacer algún comentario mordaz, pero, para mi sorpresa, no lo hizo. Verlo callado era mucho más inquietante que escucharlo hablar.

—¿Por qué me advirtió? —le pregunté. Estaba dispuesta a perder una de mis preguntas por obtener aquella respuesta.

—Supongo que tendrá sus razones —me respondió—. Aunque, pensándolo bien, ¿quién iba a querer salvarte a ti, con lo irritante que eres?

—¡Yo no soy irritante! —exclamé—. Tú, en cambio, sí lo eres. ¿Sabes lo difícil que es aguantarte?

Abel soltó una carcajada y sacudió la cabeza, sin dejar de mirarme.

—Ay, Cenicienta. Si tantas ganas tienes de saber la razón por la que Zeta te advirtió sobre la explosión, pregúntaselo tú misma. —Abrió la puerta y me indicó con un gesto de la cabeza que entrara en el local—. Nos está esperando.

Ley Fundamental N.º 24

Los desplazamientos entre las ciudades estarán permitidos solo por razones diplomáticas y/o laborales. La única vía por la que podrán realizarse serán las estaciones y los aeropuertos autorizados por el Gobierno.

8



A pesar de su nombre, el Puerta del Ángel no tenía nada que ver con el cielo, sino que se trataba de una especie de bar con luces rojizas que olía a perfume y a alcohol. Dentro solo había un pequeño grupo de personas situado al fondo, y la única decoración eran unos enormes y horteras sillones de terciopelo rojo. Las paredes estaban cubiertas con espejos y en ellos se reflejaban las baldosas blancas y negras del suelo, que lo hacían parecer un tablero de ajedrez. La barra estaba a la derecha y, a la izquierda, había dos puertas: una eran los baños; la otra, tapada con una cortina de cuentas de cristal, llevaba hasta unas escaleras. Supuse que era en el piso de arriba donde se encontraban las habitaciones.

El grupo de personas que había al fondo estaba formado por cuatro chicas y dos chicos, todos ellos muy jóvenes, vestidos con pantalones y camisetas desgastados que no eran de su talla. Temblaban, muertos de miedo, y eso me rompió el corazón. Dos de las chicas, que se parecían tanto entre ellas que debían ser gemelas, estaban tomadas de la mano. Las miré y sonreí, intentando transmitirles calma, pero en cuanto mis ojos se encontraron con los suyos, agacharon la cabeza.

—¡Buenas noches a todos! —gritó Abel mientras se acercaba a la barra. Dio un salto para situarse tras ella, agarró un vaso de chupito

y lo llenó con el líquido verde de una de las botellas—. ¿Quién quiere un poco de absenta?

—Ya era hora de que llegaras.

La voz que sonó detrás de mí era grave, cálida, y al reconocerla me puse muy tensa. Era la voz que había intentado salvarme la vida. Zeta.

—He venido lo más rápido que he podido teniendo en cuenta que cargaba con… un bulto extra. —Abel me señaló y yo le lancé una mirada asesina—. ¿Está todo preparado?

Zeta avanzó hasta colocarse frente a mí. Iba vestido con el mono negro con el que lo había visto retratado en el grafiti y llevaba un fusil colgado al hombro. ¡Un maldito fusil! ¿De dónde lo había sacado? Tragué saliva y alcé la vista para observar sus ojos, intentando demostrarle que no tenía ningún miedo. Sin embargo, al darme cuenta de que él también me estaba mirando, mi corazón comenzó a latir con mucha fuerza, nervioso y asustado.

—¿Qué hace ella aquí? —le preguntó a Abel.

De entre las sombras apareció una chica de ojos castaños, vestida con el mismo mono que Zeta, que avanzó a través del local hasta situarse junto a él. Tenía el pelo rubio, rizado, y una cicatriz que le cruzaba la cara desde la frente hasta la mejilla derecha, pasando por la nariz. Era como si alguien, hacía mucho tiempo, hubiera querido deformar sus bonitos rasgos y marcarla de por vida.

—Todos hacemos tonterías de vez en cuando —se excusó Abel.

Al igual que Zeta, la chica iba armada con un fusil, lo que me puso aún más nerviosa. Nada les impedía usar las armas y dispararme: eran domésticos salvajes y peligrosos; terroristas. Y yo estaba indefensa.

—No deberías haberla traído —dijo la chica—. Es una de ellos.

Entorné los ojos para mirarla, y ella hizo lo mismo conmigo. Sus ojos imponían tanto como los de Zeta, aunque ninguno de los dos debía de ser mucho mayor que yo.

—Cobra, yo también soy uno de ellos, así que relájate —le respondió Abel. Se bebió el chupito de un trago y arrugó la nariz, pero volvió a llenarse el vaso—. La he traído conmigo porque quiere

hacerle una pregunta a Zeta, ¿no es así, Eva? ¿Qué me has dicho que querías preguntarle?

Levantó el vaso hacia mí con una sonrisa y yo quise matarlo lenta y dolorosamente.

—Yo… —titubeé.

—No tenemos tiempo para tonterías —me cortó Zeta—. Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

—Abel, si algo sale mal —añadió Cobra—, será culpa tuya.

Dieron media vuelta para ir junto a los jóvenes domésticos y yo, aprovechando el momento, me acerqué hasta la barra para hablar con Abel.

—Zeta puede ser un imbécil —me explicó, observándolo en la distancia—, pero se lo perdonamos porque es guapo. Lo llaman Zorro, ¿sabes? De ahí lo de Zeta, supongo, aunque creo que le pegaría más llamarse Escorpión o Piraña o algo que diera miedo.

Se rio de su propia broma mientras llenaba el vaso una vez más, y yo me pregunté si estaba tan borracho que había empezado a hablar en otro idioma. ¿Zorro? ¿Piraña? ¿Qué clase de nombres eran esos? ¿Eran domésticos de verdad o eran… otra cosa? Me miraban a los ojos sin ningún miedo, no agachaban la cabeza y sujetaban un arma con la misma facilidad que un soldado. Pero, si no eran domésticos, ¿por qué había visto a Zeta trabajando en el palacio la noche de la explosión?

—No entiendo nada —dije.

—¿Qué no entiendes, Cenicienta? ¿La injusticia de que a la gente guapa se le pase por alto el mal carácter?

No le respondí. Me quedé mirando cómo se llevaba a la boca un tercer chupito y, antes de que el alcohol llegara a rozar sus labios, le quité el vaso y tiré el líquido al suelo.

—¡Oye! —exclamó.

—Abel, ya basta. ¿Qué está pasando?

—¿Es esa tu tercera pregunta?

—¡Abel, es en serio!

—Lo tomaré como un sí. —Señaló a los seis jóvenes que permanecían de pie al otro lado de la sala y yo los observé—. Vamos a sacar a esos domésticos de aquí y a llevarlos de nuevo al otro lado

del Muro. Para eso compré este local, para que fuera una especie de… conexión. El Gobierno los captura, yo los compro y el Frente los libera de nuevo, evitándoles así una vida de esclavitud y sufrimiento. Divertido, ¿eh?

—¿El Frente?

—El Frente de Liberación, sí. —Señaló a Zeta y a la tal Cobra, que continuaban hablando con los domésticos, y después se encogió de hombros—. Es una organización clandestina que libera domésticos y busca justicia para ellos. Son los que hacen los grafitis con los animales que, como imagino que sabes, tanto preocupan a nuestros queridos ministros.

Las imágenes e ideas inconexas que tenía en la cabeza fueron ordenándose poco a poco, uniéndose unas con otras como si fueran las piezas de un puzle. Los grafitis. Los animales. «Contaremos la verdad, haremos justicia». El ataque terrorista. La muerte del primogénito de Ismael Garza.

—¿Y qué haces tú? ¿Qué tienes que ver en toda esta historia? —Me incliné sobre la barra para acercarme a él y bajé la voz—. Por favor, Abel, ahora eres el heredero de Heden. No puedes estar metido en… algo así. ¿Sabes cuántas leyes estás incumpliendo? ¿Sabes lo peligroso que es?

A pesar de las luces rojas, los ojos de Abel brillaban más verdes que nunca. Aunque era un alivio que no se dedicara a prostituir domésticos, no podía comprender qué lo había llevado a posicionarse así contra el orden establecido. No podía ser una forma de llamar la atención. Tenía que haber algo más.

—Son muchas preguntas seguidas, Ceni, y no has respetado mi turno, así que me toca: ¿Has pensado alguna vez que puede que los domésticos no sean inferiores a nosotros?, ¿que seamos iguales?, ¿que el Gobierno nos haya… mentido?

Me quedé callada, mirándole, pensando en Nina. Ella me había criado, me había abrazado cuando había tenido miedo y me había hecho reír cuando solo quería llorar, convirtiéndose así en la madre que siempre me había faltado. Claro que había pensado muchas veces que ninguna enfermedad la había hecho perder su

humanidad, pero hacerlo iba en contra de todo lo que creía. Y eso era peligroso.

—Abel, lo que estás haciendo es muy arriesgado y lo sabes. Una cosa es ayudarlos en un momento puntual, hacérselo todo más fácil, y otra cosa es… esto. No entiendo de dónde habéis sacado las armas ni…

Observé los fusiles que Zeta y Cobra llevaban al hombro y, entonces, me callé de golpe. Después, con algo de miedo, le dije:

—Fue el Frente, ¿no? Quien puso la bomba en el palacio.

—Deberías beber algo si quieres saber eso —me respondió él, ofreciéndome la botella. Al ver que no la aceptaba, suspiró—. Zeta siempre dice que cuando la crueldad se normaliza, la justicia parece radical. Y si lo piensas bien, tiene razón.

No. No podía creerlo. No podía aceptar que Abel estuviera justificando un atentado terrorista; uno en el que, además, habían asesinado a su hermano. Lo miré, atónita, y él bajó la vista.

—Abel, por favor, dime que no tuviste nada que ver con la muerte de tu hermano.

—Si no formulas una pregunta, no puedo responderte —me dijo, volviendo al tono juguetón al que me tenía acostumbrada.

—No me importa tu estúpido juego. Podría haber sido yo la que muriera esa noche, aunque supongo que también te habría dado igual.

—Tú no eras un objetivo.

—¿Un objetivo? —le pregunté, horrorizada—. ¿Eso era tu hermano para ti?

—¡Abel! —gritó Cobra, interrumpiéndonos—. Oso ya nos está esperando. Tenemos tres minutos para salir.

Me di la vuelta y mis ojos se cruzaron con los de Zeta. Sabía que no le gustaba, pero él tampoco me gustaba a mí. Era un asesino, alguien dispuesto a llevárselo todo por delante sin pensar en el daño que eso podía causar, un monstruo. Y no lo quería cerca.

Apreté los dientes, sin apartar la mirada, y justo en ese momento, unos fuertes golpes en la puerta exterior nos sobresaltaron. Zeta y Cobra se miraron, y Abel salió de detrás de la barra de un salto mientras murmuraba «Mierda, mierda, mierda».

—¡Policía de Heden! —gritó una voz desde el otro lado—. ¡Abran ahora mismo!

¿Policía? Una redada. ¡Una maldita redada! El agente del control nos lo había advertido. Zeta y Cobra empuñaron los fusiles, apuntando hacia la puerta, y los domésticos del fondo ahogaron un grito.

—No, bajad eso —dijo Abel mientras se quitaba la chaqueta de cuero y comenzaba a desabrocharse la camisa—. Meteos en el baño y esconded a Eva, yo me encargo.

Zeta se acercó hasta mí y me agarró por la muñeca. Aunque todo mi cuerpo se puso tenso al sentir su piel contra la mía, no me resistí. Me arrastró a través del local y me obligó a meterme en el baño con él. Cobra, tras susurrarles unas palabras a los domésticos, nos siguió. Cerramos la puerta y echamos el pestillo en el momento exacto en el que Abel dejaba entrar a los policías.

—Buenas noches, agentes —los saludó—. ¿Habéis venido a uniros a la fiesta?

El baño era tan pequeño que, para que cupiéramos los tres, Cobra tuvo que subirse al inodoro y Zeta y yo colocarnos frente a frente, pegados el uno al otro. No me estaba tocando, pero podía sentir su respiración contra mi piel, el rítmico movimiento de su pecho. Estábamos tan cerca que hasta pude apreciar detalles de su rostro que hasta el momento había pasado por alto. Tenía una pequeña cicatriz sobre la ceja izquierda, la mandíbula cuadrada y, colgada del cuello, una chapa de plata con una letra *Z* grabada.

¿Estaría vacunado? Bajé la vista hasta su muñeca derecha solo para comprobar que tenía el código de barras tatuado y que, por tanto, no podía contagiarme la furia. Cobra, sin embargo, no lo tenía. Eso hacía que fuera aún más peligrosa. Debía tener cuidado.

—¿Y los domésticos? —pregunté, en voz baja—. ¿Por qué no se han escondido?

—Cállate —me ordenó Cobra, sin mirarme.

Zeta, a pesar de que también parecía reticente a dirigirse a mí, terminó respondiendo:

—Abel tiene que fingir que son suyos, que trabajan en el local, para que los policías no sospechen nada. No es la primera vez que

nos pasa algo así. —Clavó sus ojos en los míos y yo contuve el aliento. Eran del mismo color que el fuego, tan hipnóticos y peligrosos como un incendio—. No deberías estar nerviosa. Somos nosotros los que corremos peligro, no tú.

Dijo «tú» con tanta rabia que lo sentí como un insulto.

—Yo también corro peligro por estar aquí —me defendí.

—Sí, claro. ¿Qué hará tu padre si te descubre? ¿Matarte? Porque es lo que nos haría a nosotros.

Por mucho que me molestara reconocerlo, tenía razón. Mi padre se enfadaría conmigo, mucho, pero los policías jamás me harían daño. Ellos no podían decir lo mismo.

—Aun así —repliqué—, no es justo que me digas que….

Cobra bajó el fusil que tenía entre las manos, colocando el cañón entre mi cara y la de Zeta, y dijo:

—Si no os calláis ahora mismo, os vuelo la cabeza a los dos.

Zeta apartó el arma de un manotazo, yo tragué saliva.

—¿Queréis algo de beber? —La voz de Abel sonaba serena, nada sospechosa—. ¿O preferís ir directamente a… liberar tensiones? Adelante, servíos. Son demasiados para mí, o eso creo. Estaba a punto de comprobarlo.

Soltó una carcajada y los policías lo siguieron, lo que hizo que la rabia me ardiera dentro del estómago. ¿Eso era lo que hacía nuestra policía, la encargada de proteger a los más débiles e indefensos?

—No, señor Garza —respondió uno de los agentes—. Solo venimos a comprobar algo. Órdenes de arriba.

Se escucharon pasos y yo contuve la respiración. Zeta, frente a mí, se puso tenso. Cobra llevó los dedos hasta el gatillo del fusil. Estaba segura de que, si los policías nos descubrían, no dudaría ni un segundo en dispararles. Pero ¿y si ellos eran más rápidos?

Zeta miró el reloj que llevaba en la muñeca y su rostro se contrajo en un gesto de preocupación. Yo le observé en silencio. Era guapo, sí, pero había algo en su rostro… Había algo en él que me llamaba la atención, como si le hubiera visto antes pero no fuera capaz de recordar dónde, ni cómo, ni por qué. Eso me frustraba.

—¿Por qué me advertiste de la explosión el día de la fiesta? —le pregunté, en voz baja, rompiendo el silencio.

Sabía que no era el mejor momento para hacerle aquella pregunta, que debía quedarme callada, pero todos los acontecimientos se estaban precipitando y no podía quedarme con la duda. Necesitaba saber la verdad. Necesitaba saber por qué aquel terrorista que me odiaba había decidido avisarme de que iba a estallar una bomba. Necesitaba saber si lo que quería, en realidad, era salvarme la vida.

—No eras el objetivo —me respondió, repitiendo lo que ya me había dicho Abel.

—Espera —susurró Cobra—, ¿que hiciste *qué* el día de la fiesta?

Justo en ese momento escuchamos un grito y los tres nos quedamos callados. Había sido una chica, una de las domésticas, y no teníamos ni idea de lo que estaba ocurriendo.

—Cabrones —murmuró Zeta—. Tenemos que salir.

—No, no podemos salir ahora —le respondió Cobra.

Otro grito, esta vez seguido de un golpe. Me mordí el labio inferior y me entraron ganas de llorar pensando en las dos hermanas que había visto dadas de la mano, en lo que estaría presenciando Abel sin poder hacer nada.

De nuevo escuchamos a los policías hablar, unas risas y después unos pasos. Se acercaban a nosotros. Cobra levantó el fusil. Iban a descubrirnos, estaba segura.

—Eva, sal —me dijo Zeta—. Finge que estabas en el baño.

—¿Qué? No, ni de broma. ¡Me van a reconocer! Si mi padre se entera…

—No los mires a los ojos —me interrumpió Cobra—. Si mantienes la cabeza agachada, no se darán cuenta de quién eres.

¿De verdad querían que me sacrificara para salvarlos? ¿A ellos, que habían puesto una bomba en el palacio con todos nosotros dentro? Negué con la cabeza mientras escuchábamos voces al otro lado de la puerta.

—Mejor que te descubran a ti que a nosotros. ¡Eres la que menos tiene que perder y lo sabes, joder!

A pesar de que la voz de Zeta rezumaba rabia, percibí en ella un toque de súplica que hizo que, por un momento, me ablandara. Pero

no, no podía salir. Claro que no. No podía enfrentarme a la ira de mi padre.

—Dale a la cisterna —susurró Zeta.

Cobra le hizo caso y, antes de que yo pudiera hacer nada, Zeta quitó el cerrojo de la puerta, la abrió y me empujó fuera. No tuve tiempo de enfadarme porque, en cuanto salí, me choqué con uno de los policías, que estaba esperándome al otro lado.

Estaba aterrada, y aun así hice todo lo posible por no alzar la cabeza, por convertirme en una doméstica. Él se quedó callado, analizándome durante unos segundos, y el miedo me estrujó el estómago con fuerza.

—¿Qué estabas haciendo ahí dentro? —me preguntó—. Ve con los demás ahora mismo si no quieres que te rompa los dientes de un tortazo.

No parecía haberse dado cuenta de quién era. Ni siquiera parecía sospechar que la doméstica que tenía enfrente era la hija del ministro de Alimentación. Me estaba mirando, pero no me estaba viendo. Al ponerme el uniforme, me había vuelto invisible.

Asentí y me apresuré a colocarme junto al resto de los domésticos, que gimoteaban asustados. Una de las gemelas estaba tirada en el suelo, sollozando. Tenía un labio partido y su hermana la estaba abrazando con fuerza. Al verlas, se me hizo un nudo en la garganta. Quería ayudarlas, necesitaba hacerlo, pero no podía. No, si no quería que la policía lo descubriera todo.

Alcé la vista un segundo y mis ojos se encontraron con los de Abel, que estaba sentado en uno de los sillones de terciopelo con la camisa desabrochada y una copa en la mano, como si todo lo que estaba pasando le diera igual. Al reconocerme, abrió mucho los ojos.

—Todo en orden, señor Garza —dijo uno de los policías, acercándose a nosotros de nuevo—. Como siempre.

El otro, que había subido al piso de arriba, bajó las escaleras y se acercó hasta su compañero.

—Pues claro que sí, me tomo esto muy en serio —respondió Abel, con tranquilidad, mientras se recostaba en el sillón—. La próxima vez que vayáis a venir avisadme antes, así al menos tendré tiempo de vestirme.

Los policías se rieron y Abel se unió a ellos. Yo apreté las manos con fuerza para que dejaran de temblarme.

—Bueno, pues nos marchamos ya. Nos llevamos a esa doméstica.

Uno de los agentes señaló a la chica que estaba en el suelo, y yo me quedé sin respiración. ¿Para qué iban a llevársela? No, no podían hacerlo. Era demasiado joven, demasiado inocente.

—¿Estáis seguros? —preguntó Abel. A pesar de que su pregunta parecía formulada con indiferencia, percibí el leve tono de nerviosismo en su voz—. No vale mucho.

—Mejor —le respondió el policía.

Sujetó a la doméstica del brazo y la levantó, obligándola a acompañarlo.

—¡No! —gritó su hermana.

El hombre la miró con desprecio y, sin pensárselo dos veces, le pegó una bofetada tan fuerte que la tumbó en el suelo. El golpe hizo que todo el local se quedara en silencio, como congelado. Tuve que apretar los dientes para no saltar, para no gritarles que la dejaran en paz, para no estropearlo todo.

—Debería controlar mejor a los domésticos que compra, señor Garza —le advirtió el policía—. Y también recordarles cuál es su lugar.

Se marcharon del local dando un portazo, arrastrando a la chica con ellos. Sus llantos se quedaron flotando en el ambiente, clavados en nuestro pecho como dagas afiladas; los demás tardamos unos segundos en volver a respirar. En cuanto lo hice, me agaché junto a la doméstica que estaba en el suelo y le limpié las lágrimas con la mano. ¿Cuántos años podía tener? ¿Catorce? ¿Quince? La mejilla en la que el policía la había golpeado estaba muy roja y se le estaba hinchando.

—Tranquila —le susurré, intentando no ponerme a llorar con ella.

Zeta y Cobra salieron del baño, con los fusiles en alto, y Abel se levantó del sofá.

—Se han llevado a una de las chicas —les informó.

—¡Mierda! —gruñó Zeta. Se dio la vuelta y le dio un puñetazo a la pared—. ¡Puma se va a enfadar muchísimo!

Mientras Zeta maldecía a la policía, al presidente y a la República, no pude evitar pensar en las palabras que tantas veces me había repetido mi padre: «Los domésticos no son como nosotros, no son capaces de sentir ni de razonar». ¿Por qué lloraba la chica por su hermana, entonces? ¿Por qué Zeta estaba tan enfadado y rabioso? ¿Por qué parecíamos tan iguales si la furia debía de haberles hecho perder todo lo que los hacía humanos?

Quizá, solo quizá, Nina no era la única excepción.

—Yo me encargo de ella —me dijo Cobra, muy seria, tras agacharse a mi lado—. Lo último que necesita es que la ayude una celeste como tú.

No respondí. No quería discutir. Me incorporé y me acerqué hasta Abel. Aún me temblaba todo el cuerpo.

—Menuda noche, ¿eh? —bromeó—. Esto no tiene nada que envidiarles a las fiestas de mi padre.

Bajé la vista hasta su pecho, que quedaba descubierto bajo la camisa abierta, y le observé la piel. Tenía tantas heridas, tantos golpes, que el dolor debía de ser insoportable.

—¿Quién te ha…?

—Nos tenemos que ir ya —me interrumpió Zeta—. Oso estará preocupado.

Abel asintió y, mientras se abrochaba la camisa de nuevo, dijo:

—Saldré yo primero. Tened cuidado.

Cobra se acercó hasta Zeta y, tras lanzarme una mirada cargada de odio, le respondió:

—Mejor tenlo tú.

—Siempre preocupándote por mí —le respondió Abel—. ¡Eres un encanto!

Cobra puso los ojos en blanco y él soltó una carcajada, a la que siguió un gesto de dolor.

—Vamos, Eva —me dijo Abel, acercándose hasta la puerta—. Te lo explicaré todo en el coche.

Nos marchamos y nadie se despidió de mí.



Mientras volvíamos al centro de la ciudad, tuve que cerrar los ojos. Me había quitado el uniforme de doméstica y, como mi ropa aún no se había secado del todo, estaba incómoda. La cabeza me iba a estallar. Tenía la sensación de que todo lo que había vivido esa noche había sido una pesadilla, de que nada era real. Había obtenido respuestas a muchas preguntas, sí, pero no estaba segura de que estas me complacieran. Al contrario, estaba mucho más tensa y nerviosa que antes de saber la verdad.

—Aunque tú has sobrepasado el límite con creces —me dijo Abel sin apartar la vista de la carretera—, a mí aún me quedan dos preguntas, así que voy a hacértelas. ¿Cómo te sientes después de ver lo que ha pasado esta noche?

Me había olvidado del estúpido juego de las preguntas. Suspiré con cansancio y miré por la ventanilla. La lluvia mojaba los estandartes de la República que colgaban de las farolas de la Vía Celeste y ya no había domésticos limpiando las calles. Después de hacer su trabajo, habrían vuelto a recluirlos en el Arrabal, como si nunca hubieran salido.

—Triste —respondí, observando cómo las gotas de lluvia se deslizaban por el cristal—. Asustada. Confundida.

—Me alegro, porque era eso lo que buscaba. Bueno, eso y ver cómo te desnudas en mi coche no solo una, sino dos veces. —Sonrió con expectación, como esperando que yo también lo hiciera, pero al ver que no tenía ganas de bromas, dejó de hacerlo—. Eva, tú y yo tenemos una posición privilegiada y podemos hacer muchas cosas buenas con ella. Tenemos el poder de cambiar el orden establecido. Podríamos incluso impedir tu matrimonio con Héctor.

—No quiero saber nada del Frente de Liberación, Abel. Sois unos asesinos.

Se quedó callado y, por alguna razón, tuve la sensación de que mis palabras le habían hecho daño. No me dio pena.

—¿Nos vas a delatar?

No tenía ni idea de lo que iba a hacer. Quería delatarlos, sí, evitar que volvieran a causar daño, pero no podía dejar de pensar en la doméstica a la que se habían llevado los policías, en lo que le harían. Si delataba al Frente, nadie salvaría a chicas como ella de una vida

de dolor y humillaciones constantes. Me sentía completamente atrapada.

—No sé lo que voy a hacer.

Abel guardó silencio, y no volvió a hablar hasta que aparcamos frente a mi casa.

—Eva, el Frente de Liberación es un movimiento internacional con células en todos los países en los que se producen injusticias. Lo que hacen aquí… es solo una parte de algo más grande.

—Eso no me tranquiliza.

—Y no quiero que lo haga —contraatacó él—. Sé que quieres mucho a tu padre, que buscas protegerlo a toda costa, pero ¿de verdad piensas que él no tiene secretos? ¿Crees que no te oculta nada?

¿Ocultarme algo? ¿Mi padre? Qué tontería. Confiaba en él, mucho, y no iba a permitir que me hiciera dudar de él.

—Ya has hecho más de cinco preguntas —le respondí, abriendo la puerta del coche—. Adiós, Abel.

Corrí para no mojarme mientras atravesaba la calle y, cuando llegué hasta mi casa, abrí la puerta de la entrada intentando hacer el menor ruido posible. Aunque estaba a punto de amanecer, las luces seguían apagadas. Había llegado justo a tiempo. Crucé el jardín a toda velocidad y, mientras sorteaba los charcos que se habían formado en el suelo, un rayo iluminó el cielo.

En ese momento no me di cuenta, pero mi padre estaba mirando a través de una de las ventanas, observando mi llegada entre las sombras.

Ley Fundamental N.º 27

Ante la escasez de recursos provocada por la Extinción, la reproducción solo le estará permitida a quienes cumplan los requisitos establecidos por el Gobierno de la República de Heden. Los matrimonios en edad fértil que deseen llevarla a cabo deberán obtener el Permiso Especial de Reproducción. Para poder presentar la solicitud, deberán cumplir los requerimientos expuestos en el Anexo I. Los niños nacidos sin dicho permiso serán enviados al otro lado del Muro sin posibilidad de retorno.

9



Había dormido solo tres horas cuando sonó el despertador. No tenía ni fuerzas ni ánimos para levantarme, pero aun así me incorporé. Los rayos del sol que entraban por la ventana iluminaban mi habitación con sus destellos dorados y, aunque ya no quedaba ni rastro de la tormenta, tenía las manos congeladas. No podía dejar de pensar en la doméstica que los policías se habían llevado, en su hermana, en Zeta y la frialdad con la que me había tratado; no podía dejar de pensar en el Frente, en lo probable que era que pusieran otra bomba y en que, si no decía nada, podría haber muchas más víctimas. Sin embargo, si los delataba, ¿quién iba a ayudar a los domésticos del Arrabal? ¿Quién iba a sacarlos de aquellos horribles locales?

Alguien llamó a la puerta y me sacó de mis oscuros pensamientos.

—¡Adelante!

Nina entró en la habitación sosteniendo una bandeja en la que había una taza de café con leche y un plato de gofres con chocolate. Se me hizo la boca agua.

—¿Y esto? —le pregunté.

—Una sorpresa —respondió ella. Se sentó a mi lado y dejó la bandeja sobre la cama—. Sé que es tu desayuno favorito.

—Lo es. —Me pasé la lengua por los labios y tomé el tenedor—. Me rompí una pierna por culpa de estos gofres, ¿te acuerdas?

—Claro que me acuerdo. ¡Tenías tanta prisa por bajar a desayunar que te caíste por las escaleras!

Nina soltó una carcajada y yo sentí que, durante unos segundos, todo estaba bien. Por un momento, volví a aquella infancia feliz en la que los problemas eran pequeños y las preocupaciones, insignificantes; a aquella etapa en la que sabía cuál era mi lugar en el mundo y los grises no existían en mi gama cromática.

—¿Por qué no desayunamos hoy en el salón? —pregunté antes de meterme un trozo de gofre en la boca.

Mi padre odiaba que comiera en mi habitación. Le gustaba seguir un protocolo estricto para todo, incluyendo los desayunos. Según él, la gente de nuestro estatus debía de comer alrededor de una mesa, con los cubiertos adecuados, porque hacer lo contrario era vulgar y ordinario.

—Porque tu padre está en su despacho hablando por teléfono y he pensado que te gustaría desayunar aquí, tranquila, antes de que lleguen los periodistas.

¡Los periodistas! Había olvidado por completo que iban a venir a casa a hacer un reportaje sobre nuestro compromiso, que tenía que ver a Héctor. Tenía menos ganas que nunca de fingir felicidad y patriotismo delante de las cámaras.

—Gracias por estar siempre pendiente de todo, Nina. Eres la mejor.

Ella sonrió, algo avergonzada, y no pude evitar pensar en las palabras de Abel: «¿Has pensado alguna vez que puede que los domésticos no sean inferiores a nosotros?, ¿que seamos iguales?, ¿que el Gobierno nos haya… mentido?». El recuerdo de aquella conversación vino acompañado del regusto amargo que me había dejado la experiencia del Arrabal, del miedo y la impotencia, del asco y la rabia.

—Pareces cansada —me dijo Nina con preocupación—. ¿Has dormido bien?

—Sí, muy bien —mentí—. Aunque he tenido un sueño muy raro, uno sobre el Arrabal y los domésticos que viven al otro lado del Muro.

Nina se removió, incómoda, pero no dijo nada. Nunca habíamos hablado del Arrabal. En realidad, nunca hablábamos de nada que implicara recordar que pertenecíamos a dos mundos distintos y que uno predominaba claramente sobre el otro.

—¿Tú te acuerdas? —continué—. ¿Recuerdas algo de tu vida antes de venir aquí?

—Tengo pocos recuerdos de esa época —me respondió. No pasé por alto el brillo de tristeza que cruzó sus ojos durante unos segundos—. Mi vida empezó cuando te conocí a ti. Eras una niña tan bonita…

Dejé el tenedor sobre el plato y observé cómo Nina se frotaba las manos. Su piel parecía mucho más áspera y dura que la mía, pero igual de cálida; igual de humana. El código de barras que llevaba tatuado en la muñeca asomaba por debajo de la manga de su uniforme y supe que, a pesar de lo que sintiera hacia ella, nunca seríamos iguales. El Gobierno jamás permitiría que lo fuéramos.

—Para mí eres como una madre —le dije, con un hilo de voz.

Se me hizo un nudo en la garganta y tuve que apartar la mirada. Al estar con ella no podía evitar pensar en mi verdadera madre, en que nunca podría verla, en que jamás podría sujetarle la mano ni saber si había sido feliz. Nunca podría preguntarle si le gustaba el olor de la lluvia, o qué flor era su favorita.

—Eva —susurró Nina—. ¿Ha pasado algo? ¿Quieres que hablemos?

Negué con la cabeza y fingí una sonrisa. Por primera vez en mi vida tenía la sensación de que todo lo que estaba ocurriendo me sobrepasaba, de que se estaba descontrolando. Me sentía mal por lo que había visto en el Arrabal, triste porque no quería casarme con Héctor, cansada de no ser lo suficientemente perfecta. Me sentía más sola que nunca mientras observaba, impasible, cómo los sólidos pilares de mi mundo se resquebrajaban.

—Creo que voy a ver si mi padre ha terminado de hablar. —Volví a ponerme la coraza que ocultaba mis sentimientos y me levanté de la cama—. Tengo que preguntarle qué tal se encuentra hoy. Gracias por el desayuno, Nina, estaba riquísimo.

Ella sonrió con tristeza y agarró de nuevo la bandeja. Los gofres estaban prácticamente intactos.

—Estaré en la cocina por si me necesitas —me dijo.

Se marchó y, tras inspirar y espirar un par de veces, me puse una bata de raso para tapar el pijama y salí de la habitación. Aunque aún no estaba preparada para enfrentarme a mi padre, sabía que cuanto antes pasara aquel mal trago, mejor. No habíamos hablado de verdad desde el día del atentado, y quizá era eso lo que necesitábamos para entendernos: una conversación. Quizá, si nos explicábamos nuestros respectivos puntos de vista, si le contaba toda la verdad, podríamos llegar a un acuerdo. Necesitábamos fortalecer nuestra relación, volver a confiar el uno en el otro. Tenía la esperanza de que, si elegía las palabras adecuadas, incluso podría hacer algo por la doméstica del Arrabal, por todos ellos.

Crucé el pasillo con decisión y, al llegar a su despacho, me quedé quieta frente a la puerta, dudando. Siempre que había entrado en aquella habitación me había llevado una bronca: «¡Eva, no entres mientras estoy trabajando!», «Eva, sal de aquí, que esta llamada es importante», «Eva, no es un buen momento, márchate y luego hablamos». Tenía muchas ganas de hablar con mi padre, de solucionar las cosas y rebajar la tensión entre nosotros, pero ¿sería diferente esta vez?

Solo había una forma de averiguarlo.

Tomé aire, levanté la cabeza y empujé la puerta. Esperaba encontrar a mi padre sentado en su sillón negro, rodeado de papeles, pero dentro del despacho no había nadie. La televisión estaba encendida y en el escritorio de madera solo había folios y carpetas abiertas. El ordenador, ese aparato que solo podían utilizar los miembros del gobierno, estaba apagado.

—¿Papá? —lo llamé.

Solo me respondieron las voces de la televisión:

—El presidente Ismael Garza está llegando ahora mismo al acto de reapertura del Museo de la Paz, que tiene previsto comenzar a las doce —decía una periodista. Me acerqué a la enorme pantalla para ver las imágenes que se estaban emitiendo. La lujosa alfombra que

cubría el suelo silenció mis pasos—. *Según me informan, Catalina no lo acompañará esta vez.*

En la pantalla, el presidente sonreía y saludaba a los ciudadanos que lo esperaban en la puerta del museo, sin una pizca de tristeza en su rostro afilado. Iba vestido con un traje azul marino, el brazalete celeste en su brazo derecho. Nada indicaba que estuviera de luto por la muerte de su hijo. Parecía incluso feliz.

—*¡Qué pena!* —exclamó uno de los periodistas que cubrían el evento—. *Siempre es un placer ver a Catalina. Tiene un gusto impecable.*

—*Sí, y siempre apoya a los diseñadores de Heden* —le respondió su compañera—. *También es una pena que no lo acompañe su hijo Ismael.*

—*Me sorprende que no haya acudido a un acto tan importante como este.*

—*Acudirá al cóctel de esta noche. ¡A eso sí que no puede faltar!*

«Claro que va a faltar —pensé—, porque está muerto». Sentí un escalofrío al recordarlo, al pensar que su propio hermano había tenido algo que ver en su asesinato y que su padre, en vez de rendirle el homenaje que merecía, fingía con la frialdad más absoluta que nada había ocurrido.

Me di la vuelta, dispuesta a marcharme, pero mis piernas no reaccionaron. Era la primera vez que estaba sola en el despacho de mi padre. Nunca había tenido una oportunidad como aquella para curiosear lo que había dentro, para husmear en aquel búnker lleno de secretos.

Sin poder evitarlo, mis ojos se clavaron en el elegante escritorio de madera que había al otro lado de la habitación. El corazón empezó a latirme muy deprisa dentro del pecho. Si era rápida, mi padre no tenía por qué descubrirme. Avancé hasta la mesa con el estómago encogido y, tras comprobar que no se escuchaba nada en el pasillo, eché un vistazo a lo que había sobre ella.

Además de un libro y el plano de un edificio, mi padre tenía muchas hojas desperdigadas. Todas ellas tenían números que no entendía, columnas interminables de cifras cuyo significado

desconocía. Aunque me recordaban a algo, como si mi mente reconociera su estructura, no fui capaz de identificarlos.

Fruncí el ceño y agarré una de las hojas para verla más de cerca. Sin embargo, la solté enseguida porque, justo debajo, me encontré con una fotografía de Zeta. Ahogué un grito y me quedé mirándola unos segundos, incrédula. Estaba en blanco y negro, algo borrosa, pero no tenía ninguna duda de que era él. Debían de habérsela hecho con una de las cámaras de seguridad de Madirit. Por detrás, alguien había escrito: «Sujeto 269. Peligroso. Eliminar de inmediato».

Rebusqué entre los papeles y descubrí que, además de la de Zeta, había otras fotografías tomadas sin permiso: más sujetos peligrosos a los que eliminar. Entre ellos estaba Cobra, con la cicatriz cruzándole la cara; un hombre de barba poblada; un chico de pelo castaño y ojos tristes escondidos tras el brillo de unas gafas y, por último, una mujer de rostro fiero y un voluminoso pelo rizado cuya foto, además, estaba marcada con una equis roja.

El Frente de Liberación.

Los tenían localizados a todos.

Me mordí el labio inferior y observé todas las fotografías. Casi sin darme cuenta, mis ojos fueron de esta al libro que había sobre la mesa. Era antiguo, mucho, y parecía tan frágil que no me habría extrañado que, al moverlo, se deshiciera. El título destacaba en letras doradas sobre la cubierta de color negro y, al leerlo, supe enseguida que era un libro prohibido, un libro ilegal. *Gran Enciclopedia de los Animales.* Alargué la mano para tomarlo, pero una voz me sobresaltó antes de poder siquiera tocarlo.

—Eva.

Mi padre estaba de pie, en la puerta, mirándome. Al verlo, el corazón me subió hasta la garganta.

—Papá —le dije—. Te… te estaba esperando.

Él apretó los labios e inspeccionó mi rostro detenidamente. No parecía haber dormido bien. Estaba pálido y ojeroso, como si estuviera haciendo un enorme esfuerzo por mantenerse despierto.

—¿Por qué no estás arreglada aún? —me preguntó—: Héctor y los periodistas están a punto de llegar. Ve a prepararte. Después,

hablaremos.

Asentí, agachando la cabeza, y crucé el despacho con rapidez. Antes de la bronca y el interminable interrogatorio que sabía que me esperaba, tenía que enfrentarme a la prensa. Primero iban las apariencias y luego, la verdad. Ese debería ser el lema del gobierno de Heden.

—Por cierto —soltó, haciendo que me detuviera en seco justo cuando pasaba por su lado—. No deberías quitarte el anillo de compromiso.

El anillo. ¡Mierda! Me lo había quitado por la noche, antes de escaparme de casa, y seguía guardado en el cajón de mi mesilla de noche. Tragué saliva, nerviosa, y tuve la incómoda sensación de que mi padre podía leer hasta el último de mis pensamientos.

—Ha sido un despiste —le respondí—. No volverá a ocurrir.

Él asintió y yo salí del despacho lo más rápido que pude. Hasta que no estuve segura tras la puerta de mi habitación, lo bastante lejos de mi padre como para que dejaran de temblarme las piernas, no volví a respirar.



Alma Aguilar era una de las periodistas más conocidas de toda la República. Las entrevistas más buscadas, las de mayor audiencia, siempre eran las suyas. Su programa se había convertido en el más visto del país y sus opiniones, ya fueran buenas o malas, generaban y destruían modas. Nada ni nadie salía en televisión sin que ella diera su permiso. A sus veinticinco años era lo que todas las mujeres de Heden querían ser: rica, elegante, inteligente y, en pocos meses, también madre. Era la esposa del ministro de Información y Propaganda, un hombre que casi le duplicaba la edad, y estaba embarazada de cinco meses. Siempre llevaba el maquillaje impoluto y el pelo castaño cortado sobre los hombros, con unos reflejos de un tono algo más claro. En su cuello brillaba, con mil destellos, un diamante en forma de ojo que se parecía, intencionadamente, al símbolo del ministerio de su marido.

—Hay que quitar eso de ahí antes de empezar a grabar —dijo, con desagrado, mientras señalaba uno de los cuadros que teníamos colgado en el salón—. Es horrible.

—¿Por qué? —pregunté, apenada.

Era la *Improvisación 28* de Wassily Kandinsky, mi cuadro favorito. Me había encaprichado de él cuando era niña porque lo había visto en un libro de arte, y mi padre, que nunca me había negado nada, me lo había comprado. Tenía casi doscientos años de antigüedad, por lo que había sido pintado antes de la Extinción y, para mí, era la pintura más especial que existía. Había visitado los museos de Madirit cientos de veces y, por alguna razón, ese cuadro me atraía como ningún otro. Podía perderme durante horas en sus formas y colores, en la magia de su armonía, en su significado oculto. Había sido esa pintura la que me había hecho soñar con estudiar arte en la universidad; un sueño imposible porque había nacido mujer y mi padre había decidido que mi destino era casarme con Héctor.

—Porque quedará fatal en el plano, Eva —me respondió la periodista—. No quiero que cuando la gente vea la entrevista, se despiste mirando esos colores y formas ridículas.

—Pero es una auténtica obra de arte. Esta improvisación simboliza…

—Pondremos mejor uno del presidente —me cortó ella.

Hizo un gesto a los dos domésticos que había junto a nosotras y ellos se apresuraron a retirar el cuadro de la pared. Alma estaba convirtiendo mi casa en un plató de televisión. Había cámaras, cables y focos por todas partes, peluqueros retocando el pelo de Héctor, maquilladores tapando todas mis imperfecciones, decenas de personas que se movían de un lado para otro y se gritaban cosas que no entendía.

—Mucho mejor así —comentó Alma en cuanto los domésticos reemplazaron mi cuadro favorito por un retrato de Ismael Garza IV —. Héctor, tendrás que contratarme a mí para que decore tu casa. No puedes fiarte del gusto de Eva.

Héctor, que estaba repasando las preguntas de la entrevista, levantó la vista del folio que tenía entre las manos y la miró. Llevaba un sencillo jersey azul oscuro sobre una camisa blanca y unos

pantalones de color marrón claro, pero lo lucía todo con una elegancia nata, como si aquellas prendas hubieran sido confeccionadas para él. El brazalete azul celeste le rodeaba con fuerza el brazo derecho, pero, al contrario que yo, no parecía tener ganas de arrancárselo.

—Eva sabe mucho de arte, así que supongo que, si a ella le gusta ese cuadro, significa que es bueno —le respondió Héctor.

Me guiñó un ojo y yo le dediqué una sonrisa. Aunque sabía que el arte no le interesaba lo más mínimo, agradecí que me defendiera.

—Sí, supongo —murmuró Alma, colocándose las manos sobre los riñones—. En fin, esto de estar embarazada es agotador. Dentro de poco sabrás de lo que te hablo, Eva.

Observé la más que evidente barriga de Alma y me vi obligada a fingir una sonrisa. Lo último en lo que me apetecía pensar en aquel momento era en tener hijos.

—Esperemos que dentro de muy poco —añadió Héctor, lanzándome una mirada cómplice.

—A nosotros solo tardaron tres meses en darnos el permiso, porque somos personas importantes para Heden —dijo Alma—. A vosotros dos os lo darán aun antes.

¿Antes? ¿Esperaban que me quedara embarazada justo después de la boda? Se me revolvía el estómago solo de pensar en que, para ello, Héctor tendría que tocarme.

—Estoy seguro de eso —respondió él.

—Es una suerte que solo los mejores podamos reproducirnos, ¿no os parece? Somos unos privilegiados. —Se acarició la tripa con dulzura y yo aparté la mirada—. Imaginaos que todos tuviéramos hijos sin control, como si fuéramos, no sé, domésticos del otro lado del Muro. Dicen que son tan salvajes que se acuestan entre hermanos, y que las madres se comen a sus bebés. Son seres monstruosos.

—No son como nosotros, Alma —añadió Héctor con algo de condescendencia—. No son capaces de razonar. Se guían por instintos porque su mente no es tan compleja como la nuestra. Son las consecuencias de la furia.

—Dicen que no son capaces de sentir nada —musitó Alma, arrugando la nariz—. Ni dolor, ni amor, ni alegría. Si no los domesticáramos, serían como máquinas.

No pude evitar pensar en Nina, en Zeta, en la hermana de la doméstica a la que los policías se habían llevado, y tuve que morderme la lengua. Eran distintos a nosotros, desde luego, pero no los veía incapaces de sentir. No me parecían tan salvajes como nos los habían pintado siempre.

Un doméstico entró en el salón con una bandeja llena de aperitivos, y tanto Héctor como Alma, por suerte, cortaron la conversación. Traía tartaletas de queso y miel, hojaldres rellenos de carne y rollitos de calabacín con nueces. La comida nunca escaseaba en la casa del ministro de Alimentación.

—Oh, qué rico todo —dijo Alma, escogiendo uno de los hojaldres. Se lo metió en la boca entero y, después, tomó otro—. ¿No queréis nada?

Yo, que tenía el estómago cerrado desde que había visto las fotografías en el despacho de mi padre, negué con la cabeza. Héctor tampoco quiso comer nada y el doméstico se marchó con el mismo sigilo con el que había llegado.

—¡Diez minutos! —gritó uno de los cámaras, indicándonos que fuéramos colocándonos en nuestras respectivas posiciones.

Me alisé el vestido mientras repasaba mentalmente las preguntas y respuestas que me habían preparado. Las palabras que más se repetían eran las de siempre, las que menos sentía en realidad: felicidad, amor, ilusión. Mientras pensaba en ellas una y otra vez para que parecieran más reales al salir de mi boca, el teléfono que teníamos en el salón empezó a sonar. Todos nos sobresaltamos y yo, extrañada, me apresuré a responder. No solíamos recibir muchas llamadas.

—¿Sí? —pregunté—. ¿Quién es?

—Hola, Cenicienta. Solo te llamaba para saber qué tal estás.

Apreté el teléfono con fuerza al reconocer la voz de Abel. Héctor me miró con curiosidad, pero le indiqué con un gesto que no se preocupara.

—No es un buen momento.

—¿Por qué? ¿Estás con tu príncipe azul? —Soltó una carcajada—. Dile que te deje respirar un rato, tenemos que hablar.

Me di la vuelta para que Héctor no me escuchara y susurré:

—Ya te dejé claro que no quiero saber nada más del tema. Están a punto de hacerme una entrevista y…

—Sabemos dónde tienen a la doméstica que se llevaron los policías. Vamos a ir a por ella esta noche y necesitamos tu ayuda.

—¿Estás loco? —susurré—. No deberías decirm…

—Los teléfonos de los ministros son los únicos que no están pinchados, no te preocupes. Esta es la vía más segura que tenemos para hablar.

Se me aceleró el corazón al pensar que iban a rescatar a la chica, que había esperanza para ella, pero la emoción desapareció en cuanto recordé las fotografías que había visto en el despacho de mi padre. Tenía que advertirle de que sabían quiénes eran, de que no podían arriesgarse. Tenía que impedir que hicieran una locura.

—No lo hagáis —le dije—. Saben quién es el zorro. Tienen fotos.

—¿Qué?

No se lo podía decir más claro. Héctor estaba demasiado cerca, demasiado pendiente de mis palabras. Abel tenía que entenderlo. Sabía que era lo bastante inteligente como para hacerlo.

—No vuelvas a llamarme.

Colgué el teléfono y me giré de nuevo hacia Héctor.

—¿Quién era? —me preguntó.

—Nadie —respondí. Me temblaban tanto las piernas que tuve miedo de caerme—. Voy a la cocina un segundo, necesito beber agua.

Héctor entornó los ojos con desconfianza, pero no me detuvo. Atravesé el salón a toda velocidad, crucé el vestíbulo y, cuando llegué a la cocina, cerré la puerta. Apoyé la espalda contra ella, con la respiración entrecortada, y apreté los puños con fuerza. Tendría que haber colgado en cuanto reconocí a Abel. ¿Y si alguien nos había escuchado? ¿Y si habían entendido el mensaje?

—¿Eva? —Nina, que estaba en la despensa, entró en la cocina y me miró con preocupación—. ¿Estás bien?

Aunque estuve a punto de mentirle, de decirle que sí, no fui capaz de hacerlo. Estaba completamente desbordada.

—No —musité.

Y, como si fuera una niña pequeña, me lancé a sus brazos para refugiarme en ellos. El cuerpo de Nina se tensó en cuanto nos tocamos, pero enseguida se relajó y colocó sus brazos alrededor de mi cuerpo.

Así, aunque fue solo por un momento, me permití ser débil, frágil, dejar que todo a mi alrededor desapareciera. Durante unos segundos me olvidé de las cámaras, de Héctor, y accedí a llorar, a liberar toda la tensión acumulada, a aligerar el peso que cargaba sobre los hombros.

—Gracias por estar siempre ahí —le dije a Nina.

—Siempre voy a estarlo, Eva —me respondió, estrechándome con fuerza.

Y en ese momento, como si lo hubiera estado esperando, mi padre entró en la cocina.

Ley Fundamental N.º 30

La República de Heden será la encargada de organizar, vigilar y controlar la prensa en cualquiera de sus formatos. Así, compete al ministro de Información y Propaganda ordenar el contenido de periódicos y programas de radiotelevisión, siendo los periodistas meros trabajadores al servicio de los intereses del Estado.

10



Solté a Nina de golpe y ella, avergonzada, se apartó y agachó la cabeza. Nunca pensé que un abrazo pudiera hacerme sentir como una delincuente.

—Eva, ¿qué estabas haciendo? —me preguntó mi padre.

Arrastró mucho las palabras, como si no fuera capaz de creer lo que acababan de ver sus ojos, como si aun sabiendo la respuesta, quisiera que se la confirmara. Tragué saliva, notando cómo mis mejillas enrojecían, y murmuré:

—Yo…

Sus ojos azules se clavaron en los míos con una mezcla de sorpresa y asco, con una sombra de decepción, y fui incapaz de decir nada más. Me había descubierto husmeando en su despacho y, después, abrazando a Nina. ¡A una doméstica! Para él, aquello era imperdonable.

—Ve al salón a hacer la entrevista y, en cuanto acabes, sube a mi despacho —me ordenó.

No se enfadó, no alzó la voz, pero la frialdad de sus palabras fue mucho peor que eso. Habría preferido que gritara, porque sabía que detrás de aquella tranquilidad, de aquella aparente indiferencia, vendría una tormenta. Y lo arrasaría todo a su paso.

Por eso, porque era consciente de que lo peor estaba por venir, la entrevista fue la más difícil de toda mi vida. Me retocaron el

maquillaje para que no se notaran las lágrimas y, después, respondí a todas las preguntas de Alma: «¿Has elegido ya el vestido?», «¿Viviréis en casa de Héctor o pensáis comprar una nueva?», «¿Cuántos hijos os gustaría tener?». Me reí con ella, sonreí a Héctor cuando me tomó la mano e hice todo lo que debía hacer sabiendo que el país entero estaba pendiente de mí, que el mismísimo Ismael Garza lo estaba. Mi mente, sin embargo, se encontraba muy lejos. Fui incapaz de concentrarme del todo y me resultó muy complicado fingir que la boda me importaba. No podía dejar de mover las piernas, incómoda, mientras pensaba en mi padre y en las consecuencias que iba a tener incumplir las normas que tanto se había empeñado en enseñarme.

En cuanto las cámaras dejaron de grabar, me marché del salón a toda prisa. Estaba de los nervios. Subí las escaleras y, al llegar al piso de arriba, tuve que abrir y cerrar las manos varias veces porque sentía que se me dormían. Inspiré y espiré mientras atravesaba el pasillo, pero la ansiedad se me había instalado en el pecho y fui incapaz de deshacerme de ella.

—Pasa, Eva —me ordenó mi padre desde dentro del despacho cuando llamé a la puerta.

Y yo, aterrada, obedecí.

—Cierra.

Estaba sentado tras el escritorio, esperándome. Contuve al aliento al darme cuenta de que sobre la mesa ya no había folios ni fotografías esparcidas, sino la caja de música que suponía escondida en mi habitación. La caja de música de mi madre.

Me quedé callada, observándola, con el miedo y la culpabilidad clavadas en el pecho. ¿Cómo la había encontrado? ¿Había rebuscado en mi vestidor?

—Qué bonita, ¿verdad? —me dijo. Abrió la tapa de madera y la melodía que tan bien conocía empezó a sonar—. Y el animal que hay dentro…, maravilloso. ¿Sabes cuál era su nombre?

Negué con la cabeza, sin atreverme a decir nada, y él, contemplando hipnotizado cómo la criatura de madera daba vueltas al ritmo de la música, continuó:

—Mariposa. Se parece un poco al nombre de tu madre, ¿no crees?

María. Mariposa. Se parecía, sí, pero no sabía a dónde quería llegar. No sabía qué era lo que estaba intentando decirme.

Alzó la mirada de nuevo y clavó sus ojos en los míos. Los tenía llenos de preguntas.

—¿De dónde la has sacado, Eva? Dime la verdad.

¿Qué podía decirle? La había encontrado en el desván cuando era pequeña, en una caja llena de polvo en la que él había guardado las pocas cosas que quedaban de mi madre: una fotografía, un libro, aquella caja de música. Todo lo demás, por alguna razón, había desaparecido sin dejar rastro.

—La… La encontré. —Aunque estaba diciendo la verdad, me puse nerviosa y me tembló el labio inferior—. La encontré hace tiempo y la escondí porque temía que me la quitaras.

—¿Nadie te ha hablado de ella? —Agarró la caja, que seguía sonando, y se levantó de la silla—. ¿Nadie te ha dicho que la busques?

Negué con la cabeza y él se apoyó en el escritorio, cruzando un tobillo sobre el otro. ¿Quién iba a haberme hablado de la caja de música? El único que me había dicho algo sobre ella había sido Abel. ¿Se estaría refiriendo a él?

—No —mentí—. Nadie sabe de su existencia.

Cuando la música cesó y la mariposa dejó de dar vueltas, mi padre colocó la caja sobre el escritorio. Después, volvió a mirarme.

—Me has engañado, Eva. Llevas haciéndolo desde el día del atentado. ¿Quién te avisó de la explosión? ¿La doméstica? ¿Fue ella quien te dijo que buscaras la caja de música? ¿Te ha llenado la cabeza de mentiras?

¿La doméstica? ¿Estaba hablando de Nina?

—No, claro que no.

—¡Te he visto abrazándola, Eva! —exclamó mi padre, haciendo que de repente me sintiera muy pequeña—. ¡Sabes que no puedes hacerlo, que no puedes tocarlos! ¡Algo ha tenido que hacer para convencerte!

No podía soportar que siguiera hablando de ella, que la acusara de crímenes que jamás habría cometido. Por eso, la rabia llegó hasta mis labios y, casi sin pensarlo, grité:

—¡Lo único que ella ha hecho ha sido darme el amor que tú siempre me has negado!

En cuanto lo solté, me arrepentí de haberlo hecho. Sin embargo, ya era demasiado tarde. Las palabras habían salido y, tras ellas, vinieron las lágrimas. Ya no aguantaba más. No podía fingir más.

Mi padre cerró los ojos y se frotó el tabique de la nariz durante unos segundos. Nunca se había enfadado conmigo, porque tampoco le había dado razones para hacerlo.

Hasta aquel día.

—Eva, no puedes echarme en cara algo así. —Volvió a abrir los ojos y me miró con tristeza—. Yo siempre quiero pasar tiempo contigo, siempre; es mi posición la que no me lo permite. De mí depende que el país entero pueda comer cada día, ¿lo entiendes? Todo lo que hago, todo lo que sacrifico, lo hago por el bien de la República.

Me sequé las lágrimas con la mano y, sin darme cuenta, arrastré todo el maquillaje. Aunque me sentía una egoísta por no estar pensando en el bien de Heden, no pude evitar entristecerme. Mi padre estaba vivo y, sin embargo, ausente. Nunca me había dado lo que necesitaba. Yo siempre había estado por detrás de su trabajo, por detrás del presidente, por detrás de la República. El tiempo que me dedicaba, por mucho que me costara reconocerlo, era el que le sobraba.

—Lo entiendo, papá, pero ella ha estado conmigo cuando más sola me he sentido. Eso no puedo negarlo.

—Me apena mucho saber que te has sentido sola, cielo. —Se acercó hasta mí y me tomó las manos con delicadeza. No me aparté —. Aun así, ya te advertí que no deberías humanizar a los domésticos. No queremos que terminen creyendo que son iguales a nosotros porque, entonces, el sistema que asegura nuestra supervivencia se derrumbaría. Nosotros estamos arriba y ellos abajo porque así es como funcionan las cosas. Así es como debe ser.

—Papá, creo que los domésticos no son tal y como nos dicen. Creo que la furia…

—¡Sí que lo son, maldita sea! —Su grito me hizo dar un respingo y él, al ver que me asustaba, se tranquilizó. Fue como si hubiera

recordado, de repente, que yo era su hija y no uno de sus subordinados—. Tienes que confiar en lo que dicen los científicos, Eva, llevan años estudiándolos. Ni siquiera hay pruebas concluyentes de que puedan sentir o razonar como lo hacemos nosotros. La furia… La furia afecta sus capacidades cognitivas, y por mucho que los domestiquemos, siguen siendo salvajes.

—Pero Nina…

—¿Nina? —me interrumpió, con el ceño fruncido—. ¿Le has puesto nombre?

No respondí. Mi padre sacudió la cabeza y un velo de oscura decepción le cubrió los ojos.

—No entiendo cómo has podido distraerte así con el papel tan importante que tienes que cumplir para Heden y para tu familia.

¿Eso era lo único que le importaba? ¿Que cumpliera mi papel? ¿Que me casara? ¿Que no decepcionara al presidente?

—¿Dónde fuiste anoche? —me preguntó—. Sabes que no puedes salir de casa sin seguridad.

Me soltó las manos y yo me quedé paralizada, como si mi cerebro hubiera sufrido un cortocircuito. ¿Cómo lo sabía? ¿Cómo era posible que se enterara siempre de todo? Pensé en Abel, en el Puerta del Ángel, en Zeta; y supe enseguida que tenía que protegerlos. Tenía que inventarme algo que apartara a mi padre de la verdad, que lo distrajera; tenía que permitirles salvar a la doméstica a la que los policías se habían llevado.

Y la mentira me salió sola.

—Fui a casa de Héctor. —No titubeé al decirlo, aunque sentí la sangre concentrándose en mis mejillas—. Pasamos la noche juntos. Por eso antes no tenía puesto el anillo, porque… me lo dejé en su casa. Me lo ha traído esta mañana, cuando ha venido para la entrevista.

Era tan creíble que me sorprendí incluso a mí misma. La casa de Héctor estaba muy cerca de la nuestra, y mi padre nunca le preguntaría si habíamos pasado la noche juntos. En el hipotético caso de que lo hiciera, Héctor lo negaría. Si salía a la luz que nos habíamos acostado antes de casarnos, sería un escándalo. Él sería el primer interesado en ocultarlo.

—Aún no estáis casados —respondió mi padre, más sorprendido que enfadado.

Aunque no le hacía ninguna gracia lo que acababa de contarle, se lo creía. Al menos, eso parecía. Prefería que pensara que había hecho una locura por amor, manchando con ello mi reputación, a que supiera la verdad.

—Pero estamos enamorados —contraataqué, alzando la barbilla—. Y solo quedan tres meses para la boda.

Me miró con los ojos llenos de dudas y yo mantuve la cabeza bien alta. Eso era lo que quería oír, ¿no? Era lo que habíamos contado una y otra vez ante la prensa, lo que nos empeñábamos en demostrar cada día ante toda la República: que éramos la pareja perfecta.

—Hija, estás descontrolada —me dijo—. No puedes seguir así. No puedo permitir que esto vaya a más. Lo mejor será que te castigue sin salir de casa un tiempo.

Asentí y agaché la cabeza, sintiéndome bien por no haber recibido un castigo muy duro, por haber conseguido engañarlo.

—Y aunque sé que esto te va a doler —continuó— ya no tendrás más contacto con la doméstica a la que llamas Nina. La he enviado al otro lado del Muro.

Aquellas ocho palabras fueron como ocho puñaladas. «La he enviado al otro lado del Muro».

—¿Qué? —pregunté con un hilo de voz.

Ni siquiera podía moverme. Sentía que me estaba desangrando, que el mundo entero se había detenido de repente.

—Es lo mejor, cielo. No puedes distraerte con tonterías ahora mismo. Tienes que centrarte en lo que es importante y dejar de pensar en tu madre y en los domésticos. ¡El presidente confía en ti! Estoy seguro de que, cuando todo haya vuelto a la normalidad, me lo terminarás agradeciendo.

—¡Pero Nina no se merece eso! —grité, reaccionando por fin. Mis ojos se llenaron de lágrimas de nuevo—. ¡No puedes… no puedes separarme de ella!

—Es solo una doméstica, ¡por favor! ¿Y si no hubiera sido yo quien entrara en la cocina en ese momento? ¿Y si algún periodista te

hubiera visto? ¿No te da vergüenza?

Cerré los ojos unos segundos, dolida por sus palabras. Al abrirlos de nuevo, lo miré. Un incendio se desató en mi estómago y, poco a poco, se fue extendiendo por todo mi cuerpo. Era rabia, una rabia roja como la sangre, una rabia como nunca antes la había sentido. ¿Quería que me centrara en lo importante? Bien, pues iba a hacerlo. Claro que sí. Por primera vez en mi vida, iba a hacerlo.

Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano y, mostrándome dócil y tranquila ante él, respondí:

—Tienes razón, papá. Siento haberte decepcionado.

Su expresión se suavizó, como si eso fuera lo que había estado esperando escuchar desde el principio, pero enseguida recuperó su seriedad habitual. Sus rasgos nunca me habían parecido tan afilados y ajenos; sus ojos, tan fríos.

—Todo esto es por tu bien, Eva. Necesitas disciplina. Tarde o temprano lo entenderás.

Asentí y miré la caja de música de mi madre, que permanecía silenciosa sobre el escritorio, más lejos de mí de lo que había estado nunca. Mi padre me la había arrebatado para siempre, pero no haría lo mismo con Nina. No iba a permitirlo.

—Sí, papá. Tarde o temprano lo entenderé.

Sin embargo, ya lo había entendido. Nina era mi familia, así que tenía que salvarla.

Y solo había una persona en el mundo a la que se me ocurriría pedir ayuda para hacer algo así.



Mi padre me había castigado sin salir de casa, así que lo único que podía hacer si quería escapar y llevar a cabo mi plan era hacer que un príncipe me rescatara. Por eso utilicé a Héctor. Ni él ni mi padre sabían, sin embargo, cuáles eran mis verdaderas intenciones. Ninguno de los dos podía imaginar siquiera lo que había planeado hacer esa noche.

El cóctel que el presidente celebraba por la reapertura del Museo de la Paz era la excusa perfecta. Iría con Héctor, y mi padre no podría objetar nada. Por muy castigada que estuviera, ¿cómo iba a prohibirme asistir a una fiesta con mi prometido si el mismísimo Ismael Garza esperaba que lo hiciera?

—Héctor, recógeme esta noche —le había dicho por teléfono—. Necesito verte.

—Por supuesto, galletita. Estaré allí a las diez.

Elegí un vestido que me hacía parecer una niña buena: de un rosa muy suave, por la rodilla, con el cuello redondo y las mangas de una elegante gasa que emitía destellos con la luz. Quería que mi padre pensara que me arrepentía de todo lo que había hecho, que iba a enmendar mis errores, que él tenía razón. Quería que se confiara para así poder traicionarlo, como él había hecho conmigo.

Me puse unos zapatos plateados y, mientras lo hacía, pensé en Nina. Sin ella, la casa parecía estar más vacía que nunca. Yo parecía estarlo. No me había dado cuenta de lo mucho que dependía de ella, de lo sola que estaba en realidad, hasta que me la habían arrebatado. No podía deshacerme del nudo que me escocía en la garganta, y lo único que hacía que no me hundiera, que pudiera seguir hacia delante, era la idea de ir a buscarla, de salvarla del destino horrible al que mi padre la había condenado.

Una vez vestida, elegí el bolso más grande que tenía en el armario, guardé dentro el mapa del metro que me había dado Abel —y que, por suerte, mi padre no había encontrado—, unas zapatillas y salí de la habitación. Cualquier periodista se habría fijado en que ese bolso no era adecuado para ir a un cóctel, que era demasiado grande, pero ni Héctor ni mi padre lo harían. Cuando se dieran cuenta de que no pensaba asistir a ninguna fiesta esa noche, sería demasiado tarde.

Me quedé unos segundos en el pasillo, escuchando las voces que venían del piso de abajo. Estaba anocheciendo y Héctor y mi padre hablaban con tranquilidad en el comedor, esperándome, ajenos a mis planes. Mi padre estaría mirando a Héctor con recelo mientras pensaba en que lo había traicionado, en que había pasado una

noche conmigo antes de la boda, y eso hizo que me pusiera aún más nerviosa. No sabía si quería llorar o reírme a carcajadas.

—Es un coche espectacular —le oí decir a Héctor desde la distancia.

Puse los ojos en blanco y volví a centrarme en la misión que tenía por delante. Mi objetivo principal era salvar a Nina, pero de paso salvaría a Zeta y a los demás. Al menos, lo intentaría. Tenía una oportunidad de oro y no pensaba desaprovecharla.

Atravesé el pasillo a oscuras y entré en el despacho de mi padre. Encendí la luz y, esta vez sin dudar ni un solo segundo, fui directamente al escritorio. Rebusqué en los cajones hasta encontrar la carpeta en la que estaban las hojas con los números y las fotos de los miembros del Frente y, cuando lo hice, la guardé en el bolso y volví a cerrar el cajón. Antes de marcharme, sin embargo, me fijé en el libro que estaba en el escritorio, la *Gran Enciclopedia de los Animales.* Seguía sin entender por qué mi padre tenía un libro así en el despacho. Observé las letras doradas de la cubierta y, aunque pesaba bastante, me lo llevé también. Ya averiguaría si podía servirme para algo.

Salí del despacho y bajé al comedor como si nada hubiera ocurrido, como si no llevara conmigo las pruebas del delito que estaba a punto de cometer. Héctor y mi padre estaban sentados en las butacas que teníamos junto a la chimenea, el uno frente al otro, y el ambiente estaba algo tenso. La culpa era mía, claro, pero en aquel momento no me importaba lo más mínimo. Lo único que quería era marcharme cuanto antes.

—Ya estoy lista —anuncié, con una sonrisa.

Ambos alzaron la vista para mirarme. Los ojos de Héctor brillaron con emoción; los de mi padre, con desconfianza.

—Pues vámonos ya —dijo Héctor, levantándose del sofá. Extendió la mano para despedirse de mi padre y él, algo reticente, se la estrechó—. Hablamos, Diego. Espero que te recuperes pronto y volvamos a contar contigo cuanto antes.

Cuando salimos de casa, ya era de noche. Héctor me agarró de la cintura y solo me soltó para abrirme la puerta del coche. Había traído el suyo, un deportivo negro que, como tanto le gustaba

repetir, podía alcanzar los cuatrocientos kilómetros por hora. Era de los pocos ministros que se negaban a usar a un doméstico de chófer porque pensaba que solo él tenía derecho a conducir sus coches. Aunque nunca había entendido por qué ese vehículo era tan especial, en cuanto me monté me pareció maravilloso; como una carroza que, movida por una magia invisible, me iba a permitir escapar a toda velocidad de la torre en la que me tenían cautiva.

La prensa sabía que esa noche asistiríamos al cóctel en el museo, así que había periodistas en la puerta. Nunca faltaban antes de un evento importante. Pasamos junto a ellos con el coche y Héctor dejó que nos fotografiaran a través de los cristales. Después, pisó el acelerador con fuerza y los dejamos atrás. El coche de sus guardaespaldas nos alcanzó enseguida.

El corazón me latía a toda velocidad y no podía estar quieta. Me toqué el pelo, crucé y descrucé las piernas, me mordí las uñas. Tras un rato de silencio, Héctor me dijo:

—La entrevista de hoy ha sido un éxito, la gente no habla de otra cosa. —Parecía entusiasmado—. Lo estamos consiguiendo.

Alargó el brazo y colocó la mano sobre mi pierna. Yo di un respingo y me puse tensa. Me obligué a mirarlo, a sonreír, aunque en el fondo seguía pendiente de lo que había a nuestro alrededor, del camino que tomábamos. Según la pantalla del coche de Héctor, estábamos entrando en la zona de Moncloa, muy cerca de nuestro destino. En pocos minutos tendríamos que parar, y la segunda fase del plan era mucho más complicada que la primera. Más peligrosa.

—Pablo me ha invitado a ir de caza mañana por la mañana, pero le he dicho que no —me dijo Héctor—. Prefiero hacer algo contigo. ¿Qué te parece si te invito a comer?

—Sí, vale —respondí, intentando que no se notara que, en realidad, no le estaba escuchando.

Sin embargo, se notó. Me apretó la pierna con más fuerza.

—¿Estás bien, Eva? —me preguntó—. Estás… rara.

Llegamos al Arco de la Salvación, uno de los monumentos más importantes de Madirit, y mis latidos se aceleraron. Podía sentirlo golpeándome el pecho, retumbando en mis oídos. Pum, pum. Pum, pum. Pum, pum.

—Estoy un poco mareada. —No era mentira, en realidad, así que no fue difícil fingirlo—. ¿Puedes parar un momento?

Héctor asintió y, sin hacer más preguntas, detuvo el coche a un lado de la carretera, junto al Parque del Oeste. Supuse que le preocupaba que vomitara sobre la tapicería de su deportivo. El coche de sus guardaespaldas se detuvo tras el nuestro.

—Diles a tus matones que no vengan —le dije, más nerviosa de lo que había estado en toda mi vida—. Lo paso mal si me ven vomitar.

Abrí la puerta, me colgué el pesado bolso al hombro y salí del coche. Héctor me siguió. Al ver que los guardaespaldas salían del coche, les hizo un gesto con la mano para que se quedaran quietos. Por supuesto, le hicieron caso.

Caminé unos metros para adentrarme más en el parque, entre los árboles, y cuando me aseguré de haber llegado a un lugar lo bastante alejado como para que nadie nos viera, me arrodillé y simulé tener arcadas.

Héctor se acercó hasta mí, preocupado, y me preguntó:

—¿Quieres que volvamos a casa?

Había llegado el momento. Él no se dio cuenta, pero no estábamos solos en el parque. Alguien había surgido de entre las sombras, alguien a quien yo había llamado y que se acercaba a nosotros con una barra de metal entre las manos.

Alcé la vista hacia mi prometido y, con la voz cubierta de culpabilidad, le susurré:

—Lo siento mucho.

Entonces escuché el golpe y ahogué un grito. Un instante después, Héctor se desplomó en el suelo junto a mí.

—¡Te has pasado, bruto! —exclamé.

Abel estaba delante de mí, con la barra de metal entre las manos, vestido completamente de negro. Observó a Héctor, tirado en el suelo con una herida en la cabeza, y después clavó sus ojos en los míos. Estaba sonriendo.

—No sabes las ganas que tenía de hacer eso.

Eché un vistazo a nuestro alrededor para comprobar que nadie nos había visto, que no había testigos de nuestro delito en la oscuridad, y le dije:

—No estará muerto, ¿verdad?

Abel tocó el cuerpo de Héctor con el pie y lo movió.

—No, está respirando. Tiene la cabeza muy dura.

Suspiré, aliviada, y me levanté del suelo.

—Tenemos que irnos cuanto antes —le dije, asegurándome de que los guardaespaldas de Héctor no se habían acercado a buscarnos.

—¿Te das cuenta de que acabas de dejar inconsciente al príncipe para poder escaparte de casa? Estás cambiando el cuento, Cenicienta. No te reconozco.

Yo tampoco me reconocía, en realidad. Tenía que recordarme que todo lo hacía por Nina, por salvarla.

—El que lo ha dejado inconsciente has sido tú, no yo.

—¡Pero fuiste tú quien lo planeó! Eres una mala influencia para mí, ¿sabes?

Tenía razón. Yo había ideado todo el plan. Yo lo había llamado para que me ayudara. Yo, y solo yo, cargaría con la culpa si nos descubrían.

—Si no hubieras aparecido de repente para llenarme la cabeza con tus locuras, todo esto no habría ocurrido.

—No, claro que no, y tu vida seguiría siendo insoportablemente aburrida.

Héctor soltó un gruñido desde el suelo y yo me quedé sin aire. Me sentía fatal por lo que le habíamos hecho, por dejarlo abandonado, pero me consolé pensando que no tardarían en encontrarlo.

Cuando eso ocurriera, yo ya estaría al otro lado del Muro.

—Vámonos —susurré.

—¡Espera! —Abel se agachó y metió la mano en el bolsillo del pantalón de Héctor para sacar su teléfono móvil—. Esto puede servirnos.

—Genial, solo nos falta robar para hacer pleno de delincuencia en una sola noche.

—Bueno, no exageres. Tampoco hemos cometido un asesinato.

—Si sigues hablando, te aseguro que lo cometeré.

Me entregó el teléfono y yo lo guardé en el bolso. Solo los ministros tenían un teléfono móvil, así que no sabía cómo

funcionaba. Sin embargo, si Abel decía que podía servirnos para algo, confiaba en él.

Nos marchamos de la escena del crimen lo más rápido que pudimos, entre las sombras, como dos fugitivos. Todavía nos quedaban muchas cosas que hacer esa noche y teníamos que darnos prisa si no queríamos que nos descubrieran.

Mucha prisa.

Ley Fundamental N.º 32

Para evitar contactos con el otro lado del Muro, quedarán suspendidos los servicios de metro y cercanías de todas las ciudades de Heden. No se permitirá el acceso a ninguna de sus estaciones, quedando estas clausuradas de forma indefinida. Los autobuses urbanos circularán con normalidad.

11



Cuando tenía siete años, me quedé encerrada en la despensa de la cocina. Tessa Sáez de Guzmán, la hija del ministro de Justicia y Moral, vino a mi casa porque nuestros padres tenían una reunión y nos pusimos a jugar al escondite. La despensa me pareció un lugar idóneo en el que meterme para ganar el juego. Sin embargo, no fue una buena idea. Por alguna razón, la puerta se quedó atascada y no pude volver a abrirla. Al darme cuenta de ello, empezó a faltarme el aire. Sentía que las paredes se iban estrechando a mi alrededor y me asfixiaban. Aunque lloré y grité, nadie vino a sacarme hasta que pasó un buen rato, hasta que perdí tanto los nervios que, por primera vez en mi vida, pensé que iba a morir. No lo hice, claro, pero le tomé tanto miedo a quedarme sola en espacios pequeños y oscuros que el simple hecho de pensarlo hacía que aumentara mi frecuencia cardíaca.

Por eso, cuando Abel me dijo que tenía que meterme en el maletero de su coche, me negué en rotundo.

—¡Ni loca! Si me meto en el maletero, me muero —le respondí, sintiendo ya el miedo en la boca del estómago.

—Ceni, esta noche vas a desaparecer, y lo primero que harán los policías cuando encuentren a Héctor será buscarte. Cruzar la frontera del Arrabal contigo en el asiento del copiloto es como tener un cartel de luces de neón gigante en el que ponga: «¡Eh,

seguidnos, que estamos aquí!». Por mucho que me diviertan las carreras de coches, esa no me haría ninguna gracia.

No me quedó más remedio que aceptar. Me tumbé en el maletero, cerré los ojos con fuerza y me obligué a tranquilizarme. Mientras el coche avanzaba por la carretera, no paré de repetirme a mí misma que no era un trayecto largo, que solo así podría llegar hasta Nina. Sin embargo, mi mente se empeñaba en hacerme pensar que estaba en un ataúd, bajo tierra, y mi cuerpo reaccionaba quedándose sin aire. Allí dentro olía a alcohol, a plástico, y cada bocanada que conseguía dar era un triunfo. Intenté no perder los nervios al parar en la frontera, al escuchar a Abel hablando con los policías. Intenté ser más fuerte que mis miedos, y media hora después, cuando Abel abrió la puerta y sentí el aire de la noche en la cara, supe que lo había conseguido.

—Esto del contrabando es lo mío —bromeó. Me tendió una mano para ayudarme a salir y yo la acepté, ansiosa por levantarme—. Se me da mejor de lo que pensaba.

Sonrió y yo me quité los zapatos para ponerme las zapatillas que había guardado en el bolso. Respirar el aire del exterior me hizo sentir bien, libre. Estábamos aparcados en el callejón del Puerta del Ángel, con la bombilla que había sobre la puerta iluminándonos de forma intermitente. De fondo se escuchaban las sirenas de los coches de la policía. ¿Habrían encontrado ya a Héctor? ¿Me estarían buscando? ¿Cuánto tardaría la situación en descontrolarse?

—Tenemos que salir de la ciudad cuanto antes —dije.

Abel miró su reloj, algo nervioso, y me respondió:

—No puede tardar mucho. Debería estar ya aquí.

—¿Quién?

—Zeta. —Su nombre me produjo un incómodo pinchazo en el estómago, pero lo ignoré—. ¿Recuerdas que te dije por teléfono que íbamos a ir esta noche a buscar a la doméstica que se llevaron los policías?

—Sí, claro.

—¿Y recuerdas que tú me dijiste que sabían quién era el zorro, que no lo hiciéramos?

—También.

—Bueno, pues a Zeta le dio igual. Se empeñó en mantener el plan de rescatarla y… ha ido él solo a por ella. No es la persona más inteligente que conozco, la verdad.

No me lo podía creer. ¿Por qué había ido a por ella si sabía que lo tenían localizado? ¿Y si lo habían descubierto? ¿Y si… lo habían matado? Si nos descubrían y no podía salvar a Nina por su culpa, sería yo quien lo mataría. Con mis propias manos.

—¿A dónde la llevaron? —le pregunté a Abel.

—Al cuartel del Arrabal, no muy lejos de aquí. —Se apoyó en el maletero del coche, sacó su petaca del bolsillo del pantalón y le dio un trago—. Te pedí ayuda porque los policías siguen las órdenes de Héctor y pensé que, usándolo, podríamos distraerlos. Lo de golpearlo en la cabeza y dejarlo inconsciente no entraba en mis planes, pero ha resultado ser muy satisfactorio.

Los dos nos quedamos callados, tensos y a la espera. A los pocos segundos, Abel volvió a mirar su reloj. Cada vez estaba más inquieto. Yo también. A pesar de que no había nadie con nosotros en aquella calle estrecha, no podía quitarme de encima la sensación de que nos estaban observando, de que la policía sabía dónde estábamos.

—¿Por qué se la llevaron? —pregunté, intentando distraerme—. ¿Qué querían de ella? ¿No se supone que los policías protegen a la gente? Es… es una niña.

—Eva. —Los ojos verdes de Abel brillaron con tristeza y enseguida supe que no tendría que haber preguntado nada, que vivía mucho mejor sin saber la respuesta—. Los domésticos no son «gente», no hay que protegerlos. Al contrario. Nos han enseñado que no son como nosotros, que son inferiores, y que tenemos el derecho a hacerles cualquier cosa, por cruel o terrible que parezca. Todo lo que sería ilegal hacia un celeste se le puede hacer a un doméstico. Así son las leyes de nuestra querida República.

La incomodidad que me provocaron sus palabras me obligó a apartar la mirada. No entendía cómo alguien podía ser capaz de hacer daño a un inocente por diversión, aunque ese inocente fuera solo un doméstico.

—¿Y tú estás en contra? —inquirí—. ¿Por eso haces todo esto?

—No, lo hago porque me gustan las emociones fuertes. Cuando me levanto por las mañanas pienso: «¿Qué puedo hacer para divertirme hoy? ¿Ir al cine? ¿Jugar al fútbol? ¡No, mejor me voy a rescatar domésticos! ¡Cuantas más leyes me salte, mucho más divertido!».

Volvió a beber de la petaca y yo lo fulminé con la mirada.

—Deberías dejar de beber tanto o terminarás matando a las dos únicas neuronas que trabajan en tu cerebro.

—Cada uno tiene sus vicios, ¿no? Tú te quejas por todo, yo bebo.

Él se rio, yo me puse seria. Quería averiguar de verdad qué escondía detrás de aquella máscara de indiferencia y cinismo, qué era lo que lo había llevado a desafiarlo todo y a todos. A mí me habían quitado a Nina, pero ¿a Abel? ¿Qué le habían hecho para convertirlo en lo que era?

—Cuéntame la verdad —le pedí—. Yo te he confiado hasta mi vida, no va a pasar nada por que me dejes conocerte un poco más.

Abel bufó con aburrimiento, pero, al cabo de unos segundos, pareció ablandarse. Quizá, al igual que yo, no tenía muchos amigos. Quizá no conocía a muchas personas dispuestas a escucharle.

—Al principio no estaba en contra —me respondió—. Un día, sin embargo, empecé a verlo todo de otra forma.

—¿Por qué?

—¿Nunca te cansas de hacer preguntas? —Negué con la cabeza y él puso los ojos en blanco—. Solo te voy a responder porque tengo miedo de que llames a un sicario para que me deje inconsciente, como has hecho con Héctor: hago todo esto porque conocí a alguien que me abrió los ojos y me hizo darme cuenta de lo equivocado que estaba. ¿Contenta?

¿A alguien? ¿Del Frente? ¿Estaba hablando de una chica? No pude preguntárselo porque, justo en ese momento, apareció Zeta. Tanto Abel como yo nos pusimos tensos cuando lo vimos correr hacia nosotros. Llevaba puesto el mono negro del Frente de Liberación, una pistola en la mano. Tras él iba una chica rubia vestida con un pantalón negro desgastado y una camiseta blanca muy ancha: la doméstica a la que se habían llevado los policías.

—Perdón por el retraso —se excusó Zeta, jadeando, al llegar hasta donde estábamos.

—Tranquilo, estábamos teniendo una charla muy agradable —le respondió Abel—. Ni siquiera nos acordábamos de que tenías que venir.

Zeta entornó los ojos, como si no supiera si estaba bromeando o no, y después los clavó en los míos. Siempre lo hacía de la misma forma: desafiante, como si supiera que no podía mirarme y, por eso mismo, disfrutara haciéndolo. No quería apartar la vista, pero tuve que hacerlo cuando me di cuenta de que tenía la tela de la manga derecha rajada y, a través de la abertura, se veía una herida que no dejaba de sangrar.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

No estaba acostumbrada a ver tanta sangre y empezaron a temblarme las piernas, así que giré la cabeza hacia la doméstica. Además de la herida del labio que le habían hecho los policías en el Puerta del Ángel, no parecía tener ninguna lesión grave. Aunque pálida y asustada, con unas profundas ojeras y varios cardenales en la cara, estaba viva. Gracias a Zeta, lo estaba.

—Que nos han descubierto —murmuró él. Se llevó la mano hasta la herida para intentar que dejara de sangrar y apretó los dientes—. Cuanto antes nos vayamos, mejor.

Escuchamos la sirena de un coche de policía muy cerca, a pocas calles de nosotros, y contuvimos el aliento. Abel apretó los labios y se acercó al coche para agarrar un maletín de primeros auxilios del que sacó una venda blanca y un bolígrafo. Que Abel llevara un botiquín en el coche fue lo que más me sorprendió en toda la noche. Quizá se lo había robado a alguna ambulancia.

—¿Os han seguido? —le preguntó a Zeta.

Él asintió y contrajo el rostro en un gesto de dolor.

—Voy a comprobar que no están vigilando la entrada al metro. —Me entregó la venda blanca y el bolígrafo y yo los sujeté, confusa—. Hazle un torniquete.

—¿Yo? —Miré a la doméstica, intentando encontrar una forma de escapar del lío en el que Abel pretendía meterme—. Quizá sea mejor que se lo haga ella.

—Ella está todavía en *shock*, Eva, le tiemblan hasta las manos. Además, tú tienes experiencia vendando heridas, ¿no? O eso me han contado. —Se sacó la petaca del bolsillo y, mientras se alejaba de nosotros, le dio un trago—. ¡No finjas que le tienes miedo a los domésticos, Cenicienta, que sé que es mentira!

Me quedé quieta, con la venda en las manos y los ojos de Zeta clavados en los míos. De nuevo tenía esa mirada provocadora, ardiendo con ira, asco y rabia. ¿Le había contado a Abel que había ayudado a la doméstica el día del atentado? Claro que se lo había contado. Él fue el único que me vio hacerlo. Pero ¿por qué?

Tragué saliva y, cuando Zeta se quitó la parte de arriba del mono y se quedó solo con una camiseta blanca de manga corta que llevaba debajo, me acerqué hasta él. No había hecho un torniquete en toda mi vida, pero no debía de ser tan difícil como parecía, ¿no? Solo tenía que conseguir que dejara de sangrar.

—No coloques la venda sobre la herida, sino un poco por encima —me dijo Zeta, muy serio, mientras se anudaba las mangas del mono alrededor de la cintura—. Y no aprietes demasiado.

—Creo que la finalidad es, precisamente, que te apriete.

—No, no es verdad. Haz un nudo sencillo y ya está.

Me quedé unos segundos a su lado, observando su brazo. Aunque sabía que estaba vacunado, Zeta no era como Nina. Él era… salvaje. Aunque mi padre diría que lo que le pasaba era que «no estaba domesticado», había algo más en él, algo que hacía que aumentara mi ritmo cardíaco cuando disminuía la distancia entre nosotros. Algo que no había experimentado antes.

Me mordí el labio inferior y le coloqué la venda en el brazo tal y como me había indicado. Después, hice un nudo. Intenté no reparar demasiado en la sangre porque, si lo hacía, me desmayaría. Y solo nos faltaba eso.

—¿La bala está dentro? —le pregunté.

Se limitó a soltar un gruñido, y yo lo interpreté como un «no». Probablemente, había entrado por un lado y había salido por el otro, atravesándole el brazo.

—Vale, ¿qué hago ahora con el bolígrafo?

—Pues usarlo como manivela, ¿qué narices vas a hacer si no?

Me aparté de él de golpe y puse los brazos en jarras. No iba a permitir que me tratara así. Claro que no.

—Es la primera vez que hago esto, ¿sabes? —le dije—. Si vas a hablarme así, háztelo tú solo.

Bufó a modo de respuesta y, durante unos segundos, pensé que iba a decirme que sí, que se lo hacía él solo, que era preferible eso a tratarme bien. Sin embargo, apartó la mirada y murmuró, entre dientes:

—Colócalo dentro del nudo y gíralo varias veces para apretar la venda lo máximo posible.

Estuve tentada de decirle que ya no quería ayudarlo, de demostrarle que yo también podía ser antipática, pero no lo hice. Estaba herido y habría sido cruel dejarlo así.

—Y lo siento —añadió, como si se odiara a sí mismo por pronunciar aquellas palabras.

¿«Lo siento»? ¿Acababa de pedirme perdón por tratarme mal? ¿Dónde estaba el doméstico salvaje incapaz de razonar y sentir? Aquel gesto me ablandó y me hizo verlo más humano, así que volví a acercarme hasta él y seguí las instrucciones que me había dado. El bolígrafo servía para retorcer la tela, para apretarla y que dejara de circular la sangre, así que lo metí dentro del nudo e, ignorando las expresiones de dolor de Zeta, lo giré como si fuera una palanca.

—Creo que ya está —le indiqué.

No estaba segura de haberlo hecho bien ni de que el torniquete fuera a durarle mucho tiempo, pero al menos había dejado de sangrar.

Él asintió, sin darme las gracias, y dijo:

—Vamos al metro.

Comenzó a caminar y la doméstica y yo lo seguimos. La idea era pasar al otro lado del Muro a través de los túneles abandonados del metro, así que cruzamos la calle para llegar hasta la entrada de la estación Puerta del Ángel. Lo único que quedaba de antes de la Extinción era el oxidado arco metálico que la señalizaba. Estaba tapiada, como todas, y sobre lo que un día fueron unas escaleras que bajaban al subsuelo de la ciudad solo había una superficie de hormigón paralela a la calle.

Abel estaba de pie justo debajo del arco, levantando unos tablones de madera. Zeta se acercó para ayudarlo, pero él se lo impidió y terminamos siendo la doméstica y yo quienes lo hicimos.

—No he visto ninguna patrulla cerca —nos informó mientras levantábamos los tablones—, así que supongo que han debido de encontrar a Héctor. Estarán en el centro, buscándote, aunque no tardarán en venir aquí.

Debajo de la madera había una abertura por la que entraba una persona y que llevaba directamente a las entrañas de la ciudad. Tragué saliva, observándola con detenimiento, y luego alcé la vista hacia Abel.

—Entonces tenemos que marcharnos ya.

—No os detengáis por nada del mundo —me pidió, devolviéndome la mirada.

—¿«Os»? —le pregunté—. ¿Tú no vienes?

—No, ¿por qué? ¿Vas a echarme de menos?

Se rio, pero yo no. Había dado por hecho que Abel nos acompañaría, que estaría a mi lado en todo momento, que no iba a quedarme sola con los miembros del Frente. Descubrir que estaba equivocada hizo que me rompiera un poco por dentro.

—Alguien tiene que quedarse en la ciudad para despistar a la policía y arreglar vuestros desastres —continuó—. Nadie mejor que el heredero del presidente para hacerlo, ¿no crees?

—Tenemos que darnos prisa —dijo Zeta.

Abel se giró hacia la doméstica y le dijo con dulzura:

—Tu hermana está al otro lado, a salvo. Ya ha pasado lo peor. En nada estaréis juntas.

Ella asintió, con los ojos llenos de lágrimas, y yo esperé que fuese verdad, que no estuviera solo intentando tranquilizarla. Esperaba que todo lo que estábamos haciendo sirviera para algo.

Zeta fue el primero en bajar a los túneles del metro. Lo hizo sin miedo, como si hubiera saltado cientos de veces antes y estuviera acostumbrado a seguir adelante a pesar de que una bala le hubiera desgarrado el brazo. Tras él fue la doméstica, ayudada por Abel, y por último me tocó a mí. Me senté en el suelo y metí las piernas en

la abertura, dejando que colgaran en la oscuridad. No era un gran salto, pero sentí algo de vértigo.

—Pareces Alicia antes de entrar en el País de las Maravillas —me dijo Abel, agachándose a mi lado.

—Yo no estoy persiguiendo a ningún duende con un reloj.

—¿Sabes que ese cuento también lo cambiaron? Lo que Alicia perseguía, en realidad, era un conejo.

—No sé qué es un conejo, pero tu obsesión con los cuentos empieza a preocuparme.

Volvió a sonreír y, esta vez, yo también lo hice. Sin embargo, en cuanto escuchamos de nuevo las sirenas de la policía, volvimos a ponernos serios.

—Tienes que irte ya —me ordenó.

Extendí la mano para estrechar la suya, para despedirme, pero él, sin previo aviso, me abrazó. El olor a ginebra que desprendía no camuflaba el de su piel, que me recordó a la canela, al cacao, al café. Olía bien, muy bien, y su calor era reconfortante. De hecho, me sentí tan cómoda que me permití apoyar la cabeza sobre su hombro unos segundos y dejar que todo a nuestro alrededor desapareciera.

—¿Después de todo lo que hemos pasado juntos pensabas despedirte dándome la mano, Cenicienta? —me preguntó. No pude evitar sonreír—. Échame de menos, ¿vale? Ah, y asegúrate de que el zorro no se muera antes de llegar al otro lado.

Asentí y, muy a mi pesar, nos separamos. Después, con un mal presentimiento palpitándome dentro del pecho, me impulsé y me dejé caer al País de las Maravillas.



Avanzábamos a través de la oscuridad en el más absoluto silencio, atentos a cualquier ruido. Zeta iba a la cabeza, iluminando el túnel con una pequeña linterna. El camino lo marcaban las vías oxidadas que había en el suelo, y tenía que intentar no pensar que estábamos bajo tierra para no ponerme aún más nerviosa. Sin embargo, era

difícil: olía mucho a humedad y las paredes, en las que se reflejaban nuestras sombras alargadas, parecían estar a punto de derrumbarse. Había grafitis pintados a lo largo de todo el recorrido. Algunos eran palabras; otros, dibujos. Parecían seguir un patrón que servía de guía y que solo Zeta sabía descifrar.

No sabía cuánto tiempo llevábamos caminando. ¿Media hora? ¿Una hora? ¿Dos? El túnel era un laberinto interminable, y me dolía el hombro por cargar con el bolso y todo lo que había dentro de él. Habíamos pasado por muchas estaciones distintas, todas ellas abandonadas, y no estaba segura de cuántas nos quedaban para llegar hasta nuestro destino.

—¿Estás bien? —le pregunté a la doméstica, que se frotaba los brazos como si tuviera frío.

—Sí —me respondió con un hilo de voz.

Casi no hablaba, y supuse que aún estaba conmocionada por todo lo que había vivido. Caminaba con la mirada perdida y no dejaba de temblar. Aunque me habría gustado darle un abrazo, decirle que todo iba a salir bien, no quería asustarla más. No sabía qué le habían hecho los policías, ni las secuelas que le quedarían.

—¿Y tú? —le pregunté a Zeta.

Solo podía verle la espalda porque no se había dignado a mirarnos en todo el trayecto. Aun así, sabía que no podía estar bien: se estaba desangrando. Su herida volvía a gotear e iba dejando un rastro rojo en el suelo.

—Perfectamente —respondió.

Al decirlo, se le cayó la pistola al suelo, como si se hubiera quedado sin fuerzas para sujetarla.

Zeta gruñó con fastidio y, cuando fue a recogerla, le fallaron las piernas. Estuvo a punto de caerse al suelo y yo ahogué un grito, pero se apoyó contra una de las paredes justo a tiempo. Me agaché a recoger la pistola, preocupada, y se la entregué. Él me la quitó de las manos y continuó caminando, más molesto que agradecido por mi ayuda. ¿Cuánto tiempo más pensaba aguantar así? ¿Qué pretendía? ¿Demostrarme que era verdad que los domésticos no eran capaces de sentir dolor?

Caminamos durante un rato más por el monótono túnel, acompañados por el eco de nuestras pisadas. Solo nos detuvimos al llegar a la siguiente estación.

—Es aquí —nos informó Zeta.

Dio un salto para subirse al andén, dejó la pistola en el suelo y me tendió una mano para ayudarme. No tenía buena cara. Estaba pálido, sudoroso, y parecía que iba a desmayarse en cualquier momento. Hasta el ámbar de sus ojos había perdido intensidad.

Le miré la venda del brazo, manchada de sangre, y luego la mano. A pesar de que era la izquierda, la del brazo que estaba bien, le temblaba. Ni siquiera estaba segura de que fuera a ser capaz de ayudarme a subir.

—No deberías hacer esfuerzos —le dije, preocupada.

—Ni tú darme órdenes, aunque supongo que es a lo que estás acostumbrada.

Apreté los dientes y me negué a tomarle la mano. ¿Por qué tenía que ser tan desagradable? Intenté subir al andén yo sola mientras él ayudaba a la doméstica, pero no pude. Estaba demasiado alto.

—¿Ya te has cansado? —me preguntó Zeta, volviendo a ofrecerme su ayuda—. No vas a poder hacerlo sola, así que vas a tener que pasar por el mal trago de tocarme.

Le lancé una mirada asesina y, aunque lo hice con resignación, le tomé la mano. Era enorme, tanto que la mía al lado de la suya parecía la de una niña, pero su piel estaba helada. Me ayudó a impulsarme y, gracias a él, conseguí subir al andén con facilidad.

Atravesamos la estación hasta llegar a unas escaleras y, cuando las subimos, llegamos a un vestíbulo en el que se alzaban unos tornos que nos impedían el paso. Zeta dio un salto para sortearlos y, al hacerlo, volvieron a fallarle las piernas. Contuve el aliento al pensar que esta vez sí iba a caerse, pero no lo hizo y continuó caminando como si nada hubiera ocurrido. Su testarudez era exasperante.

Tras pasar por los tornos, cruzamos unas puertas de cristal rotas, cuyos trozos estaban esparcidos por el suelo, y llegamos a un largo pasillo que finalizaba en unas escaleras que subían a la calle. La

salida estaba tapiada, pero, al igual que en la estación de Puerta del Ángel, había una abertura en el techo.

—Sube tú primero —le ordenó Zeta a la doméstica en cuanto llegamos al final del pasillo—. Fuera hay otros miembros del Frente esperándonos. Te cubrimos.

La chica asintió, decidida, y subió las escaleras. Zeta la observó con atención, iluminándole el camino con la linterna para que no se cayera. Cuando llegó hasta arriba y salió por el agujero, impulsándose con los escombros que había en el suelo, él se giró para mirarme. Su rostro estaba empapado en sudor, como si tuviera fiebre, y parecía cansado. Mucho. Se iba a desmayar de un momento a otro.

—Te toca —me dijo.

Di un paso al frente para subir las escaleras, pero justo en ese momento, Zeta se tambaleó y tuve que dar media vuelta para sujetarlo.

—¡Cuidado! —grité—. ¿Estás bien?

No, claro que no lo estaba. Mientras lo sostenía, podía notar los temblores de su cuerpo. No le quedaban fuerzas para mantenerse en pie y estaba luchando contra sí mismo por permanecer consciente.

—Estoy bien. —Aunque intentó apartarse de mí, sabía tan bien como yo que, si no lo sujetaba, se caería al suelo—. No me pasa nada. Suéltame.

—No te voy a soltar.

Ni siquiera le quedaban fuerzas para protestar de nuevo. Agarré uno de sus brazos y lo coloqué sobre mis hombros. Pesaba mucho, pero no me importó. Tenía que asegurarme de que salía del túnel con vida.

Subimos las escaleras juntos, en silencio. Eran diez escalones. Apreté los dientes y saqué fuerzas de donde no las tenía para poder hacerlo con el peso de ambos.

Ocho escalones.

Cada vez que notaba su respiración entrecortada a mi lado, sus espasmos, me entraban ganas de llorar. «¡Vamos, aguanta! ¡Solo unos segundos más!».

Seis escalones.

—Puedo seguir… yo… solo…

—No, no puedes. Eres insoportable hasta desangrándote. Y que sepas que aún no te he perdonado que me empujaras en el baño del Puerta del Ángel.

No me respondió, pero conseguí que esbozara lo que parecía una sonrisa. Eso, para ser Zeta, era un logro.

Cuando llegamos hasta la abertura del techo, le dije:

—Saldré yo primero y te ayudaré a subir desde fuera, ¿vale? Intenta aguantar unos segundos sin mí.

Él asintió, con los ojos medio cerrados, y yo salí al exterior ayudándome de los escombros para llegar hasta arriba, tal y como había hecho la doméstica. A pesar de que era de noche, enseguida me di cuenta de que estaba en un descampado en el que se intuía la silueta de varios edificios medio derruidos. Reinaba un silencio sepulcral, como si en aquella ciudad de sombras no viviera ni un alma. No había farolas ni tiendas, solo abandono. Mi corazón latía a mil por hora, pero no estaba segura de si era por el esfuerzo de haber cargado con Zeta o por lo nerviosa que estaba.

Frente a mí, además de la doméstica, había tres personas. Una de ellas era Cobra, con el fusil al hombro y sus rizos de oro recogidos en un moño. Llevaba una linterna en las manos y, cuando me iluminó con ella, me cegó.

—¡Baja eso! —exclamé.

—¿Qué haces tú aquí?

—No he venido a verte a ti, desde luego. Y baja la linterna, ¡me estás haciendo daño en los ojos!

—Pues no me mires.

Aparté la vista de ella, ignorándola, y miré a los otros dos. Uno de ellos era un hombre alto y delgado con el pelo rojo; el otro, un chico de pelo castaño cuyos ojos grises se escondían tras el cristal de unas gafas de pasta negra. Este último tenía la piel pálida, el rostro anguloso, y lo reconocí al instante porque lo había visto en una de las fotografías del despacho de mi padre.

—Hola —me dijo, alzando la mano. Parecía algo avergonzado, como si no supiera bien cómo saludar a un desconocido—. Me han

hablado de ti. Soy Búho.

—Yo soy León —añadió el pelirrojo.

Les devolví el saludo con la cabeza y me incliné sobre el agujero del suelo para ayudar a Zeta a salir del túnel. En cuanto me vieron, los tres corrieron a ayudarme. Entre los cuatro hicimos fuerza y enseguida lo sacamos.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Cobra, preocupada, al ver que se quedaba de rodillas en el suelo.

Sin embargo, Zeta no tuvo tiempo de responder. Antes de poder abrir la boca, se desplomó.

—¡Zeta! —gritó Búho, agachándose junto a él.

Pero Zeta no podía hablar. Ni siquiera podía mantener los ojos abiertos. Estaba a punto de perder el conocimiento.

—Le dispararon —murmuró la doméstica, asustada, con los ojos llenos de lágrimas—. Los policías nos descubrieron cuando íbamos a escapar del cuartel y una bala le atravesó el brazo. ¡Fue por mi culpa, porque vino a buscarme!

—Cabrones —escupió Cobra, agachándose junto a Búho—. La culpa solo la tienen ellos.

Búho inspeccionó la herida de Zeta y, después, le sujetó la muñeca para buscarle el pulso.

—La bala le ha atravesado el músculo, pero no parece haber tocado la arteria braquial —sentenció, colocándose las gafas—. Es un *shock* hipovolémico. Ha debido de perder muchísima sangre. Tenemos que llevarlo cuanto antes al Refugio, aquí no puedo hacer nada.

¿Un *shock* hipovolémico? ¿Y eso qué significaba? ¿Habíamos llegado demasiado tarde?

Cobra asintió, pero, justo en ese momento, un disparo rompió el aire e impactó en la frente de León. El sonido de la bala rompiéndole el cráneo se me clavó dentro. Su sangre me manchó el rostro y, cuando el hombre se desplomó a mi lado, grité.

—¡Cállate! —exclamó Cobra.

Se acercó a taparme la boca y apagó la linterna, pero ya era demasiado tarde. Una lluvia de balas cayó sobre nosotros, y tuvimos que agacharnos para esquivarlas.

—¡Tenemos que correr! —gruñó Cobra.

—Pero León… —musitó Búho.

—¡León ya está muerto! ¡No podemos hacer nada por él!

Una bala impactó justo a mi lado y a mí se me paró el corazón. La única razón por la que no me había alcanzado era la oscuridad.

—¿Y cómo vamos a llevarnos a Zeta? —preguntó Búho—. La guía de primeros auxilios dice que hay que seguir un protocolo de…

—¡No hay tiempo para eso! —le gritó Cobra—. El protocolo es: o nos vamos, o nos matan. —Le quitó a Zeta la pistola y me la entregó —. ¡Tú, toma esto! ¡Si ves a alguno cerca, dispárale!

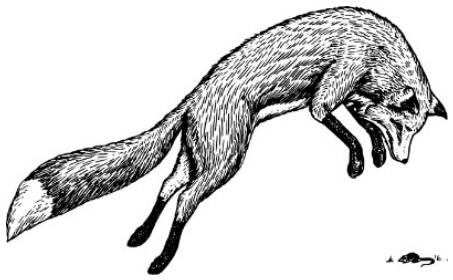
—¿A algún qué? —pregunté, asustada, mientras tomaba el arma con manos temblorosas.

Nadie me respondió. Búho y Cobra levantaron a Zeta y tanto la doméstica como yo los seguimos, aterradas por los incesantes disparos que volaban a nuestro alrededor. El cuerpo de León se quedó atrás.

Solo cuando comenzamos a correr me di cuenta de que había abandonado la seguridad de mi hogar no para ir al País de las Maravillas, sino al mismísimo infierno.

PARTE II:
ECLOSIÓN

ZORRO



«El zorro es un animal astuto y salvaje, difícil de domesticar debido a su carácter hosco y reservado. Ama la soledad y, a diferencia de otros caninos, no caza en manada. Sin embargo, a la hora de cuidar a sus crías, actúa en grupo, formando una especie de familia. Solo cuando hay lazos afectivos acepta compañía, volviéndose excesivamente protector.

Suele permanecer al lado de su pareja hasta que uno de los dos muere».

Gran Enciclopedia de los Animales, página 842

12



Escapamos a duras penas de la lluvia de balas que nos sorprendió al salir del metro. No sabía quién nos atacaba, ni por qué, pero tampoco importaba: eran muchos y disparaban a matar. El corazón me latía con fuerza dentro del pecho. Era la primera vez que veía a alguien morir frente a mis ojos y no había estado tan asustada jamás.

—¡El todoterreno está ahí! —nos gritó Búho—. ¡Vamos!

Apreté con fuerza la pistola que llevaba en la mano y avancé entre los escombros con la respiración entrecortada. Aunque podía ver el vehículo frente a nosotros, a pocos metros, sentía que estaba muy lejos. No íbamos a llegar con vida. Era imposible.

—¡Agachaos!

Una bala impactó en la pared que tenía justo a mi lado. Esta voló en pedazos y yo ahogué un grito. Me agaché, salvándome por los pelos del impacto de otra, y contuve el aliento.

—¡Corred! —aulló Cobra—. ¡YA!

Me incorporé de un salto y le hice caso. ¡Ya casi estaba! Corrí con todas mis fuerzas y, cuando llegué al todoterreno, abrí una de las puertas traseras y salté dentro. A los pocos segundos, llegaron los demás.

—Yo iré detrás —dijo Búho, sentándose junto a mí—. Así podré vigilar a Zeta.

Colocaron la cabeza de Zeta sobre mis muslos y, mientras le estiraban las piernas para ponérselas en alto, una bala impactó contra la carrocería del coche.

—¡Mierda! —gritó Búho.

Cobra se montó en el asiento del conductor, la doméstica rescatada en el del copiloto, y arrancamos. Búho casi no tuvo tiempo de cerrar la puerta. No podíamos perder tiempo. Cada segundo que pasaba, cada latido del corazón de Zeta, era una batalla contra la muerte.

—Llegamos a tiempo, no estamos muy lejos —dijo Búho. Agarró la muñeca de Zeta para buscarle el pulso y, cuando lo encontró, sus ojos grises se ensombrecieron—. Acelera, Cobra.

Ella asintió sin decir nada y el coche aumentó la velocidad.

Giré la cabeza para ver lo que había al otro lado de la ventanilla y suspiré. ¿Dónde me había metido? ¿En qué momento me había parecido buena idea ir al otro lado del Muro? ¿Y si a Nina también la habían sorprendido aquellas balas repentinas y no había podido escapar? No, no podía pensar en eso. Nina estaba bien. Tenía que estarlo. Y pronto volveríamos a estar juntas.

Apoyé la cabeza en el cristal y observé la ciudad al otro lado del Muro. Era como estar en otra realidad, una que no se parecía en nada a Madirit pero que, de alguna forma, formaba parte de ella. Lo poco que se veía a través de la oscuridad eran edificios en ruinas, como si allí no solo hubieran desaparecido los animales, sino también las personas. Al no haber polinizadores, tampoco había plantas. Era un mundo abandonado a su suerte, lo que había quedado tras la Extinción, la realidad que existía al otro lado.

—No nos han seguido —dijo Cobra, de repente, rompiendo el silencio.

—No eran muchos —respondió Búho.

—¿Quiénes eran? —pregunté—. ¿Y por qué nos disparaban?

Nadie me respondió, y mis palabras se quedaron suspendidas en el aire, ignoradas.

—Pobre León —musitó Cobra al cabo de unos segundos—. Esos hijos de puta…

—Sabíamos el peligro que corríamos viniendo hasta aquí —le respondió Búho.

—Puma va a enfadarse mucho con Zeta. Menudo imbécil. ¿A quién se le ocurre meterse solo en la ciudad?

Aunque no sabía de quién hablaban, estaba de acuerdo con Cobra: Zeta era un imbécil. Bajé la vista para mirarlo y, justo en ese momento, tuvo una convulsión. Fue como si su cuerpo hubiera sufrido una descarga eléctrica, y a mí se me paró el corazón.

—Búho —susurré, asustada.

Pero él ya se había dado cuenta y, tras tomarle el pulso de nuevo, apretó los labios. Por suerte, no tardamos mucho en llegar al lugar al que Cobra y Búho se referían como «el Refugio». Aquel nombre había hecho que me imaginara un lugar pequeño y acogedor, como una cabaña; sin embargo, estaba muy equivocada. El Refugio era un centro comercial abandonado en mitad de un descampado lleno de escombros, un edificio inmenso más grande incluso que el Palacio Presidencial.

La entrada, dos grandes puertas de cristal, estaba flanqueada por cuatro altas columnas y vigilada por un grupo de seis mujeres con chalecos antibalas que iban armadas con metralletas. Sobre las columnas había un friso en el que aún quedaban los restos de lo que fueron unas letras de hierro, aunque el mensaje que transmitían era indescifrable: GRN PLZ.

—¿Qué es esto? —preguntó la doméstica desde el asiento del copiloto, con los ojos como platos.

—Nuestro Refugio —le respondió Cobra—. Antes de la Extinción era uno de los centros comerciales más grandes de todo Heden, pero ahora pertenece al Frente.

Aparcamos en una planicie de asfalto frente a la entrada y dos de las mujeres armadas que había junto a la puerta se acercaron corriendo hasta nosotros. Las demás permanecieron en sus puestos, vigilantes, con el arma entre las manos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó una de ellas. A pesar de que su pelo estaba ya salpicado de canas, tenía el cuerpo musculado y un parche en el ojo izquierdo.

—Han matado a León —le respondió Cobra—. Y han herido a Zeta. Otra vez.

—Tenemos que llevarlo al hospital —respondió Búho, abriendo la puerta—. Medusa, Mamba, necesito vuestra ayuda.

Las dos mujeres se acercaron hasta él y, entre los tres, sacaron a Zeta del coche. Solo después, cuando dejé de notar su peso sobre mis piernas, pude salir.

—Cobra, ¿llevas a las chicas a su habitación? —le preguntó Búho mientras se alejaba.

Ella asintió y, tras observar con preocupación cómo transportaban a Zeta al interior del centro comercial, se giró hacia nosotras. Como siempre, intenté que no se notara que estaba haciendo un gran esfuerzo por no fijarme en la cicatriz de su cara. A pesar de que llamaba la atención, no empañaba ni un ápice su belleza. Era guapa, mucho. Parecía que la habían esculpido con delicadeza usando mármol, oro y rayos de sol.

—Se pondrá bien, ¿verdad? —le pregunté—. Estaba muy débil.

—¿Por qué te importa tanto la vida de un doméstico?

Me mordí la lengua para no responder, para no contarle que había arriesgado mi vida para salvar a una doméstica a la que quería como a mi propia madre, para no ponerme a llorar; ella interpretó mi silencio como una victoria. Se dio la vuelta y comenzó a andar, seguida de cerca por la joven rescatada.

—Compartirás habitación con tu hermana, así no volveréis a separaros —le dijo en un tono dulce y agradable. Al dirigirse a mí, lo cambió por uno mucho más seco—. Tú dormirás sola.

Pasamos por debajo de las columnas de la entrada y, mientras Cobra saludaba a las mujeres armadas, yo me di cuenta de que, en el tejado, había francotiradores. Un escalofrío me recorrió la espalda cuando distinguí sus figuras en la oscuridad, observándonos, vigilando. Aquel lugar era un búnker, un auténtico refugio. El Frente no era un grupo pequeño y desorganizado de rebeldes que se dedicaban a liberar domésticos, era una organización paramilitar, una formación estructurada de insurgentes armados. ¿Conocería mi padre su existencia? ¿Y Héctor? ¿Qué pensarían al respecto?

Si el exterior del edificio me había dejado impresionada, mucho más lo hizo su interior. Como si hubiera sido construido para imitar la elegancia de un palacio, el suelo parecía de mármol y todavía se conservaban las lámparas de araña que colgaban del techo. Ya no les quedaban cristales, pero muchas de ellas aún daban luz. Había dos plantas, conectadas a través de unas escaleras mecánicas oxidadas, y ambas se distribuían de la misma forma: largos pasillos con habitaciones a ambos lados, todas cerradas con persianas metálicas pintadas con grafitis. Supuse que, en su día, esas habitaciones habían sido tiendas. El techo era altísimo, de cristal y en forma de bóveda. Si alzabas la vista, a través de él podías ver el cielo y las estrellas.

—Es increíble —murmuró la doméstica, a mi lado, con los ojos muy abiertos.

Aunque no dije nada, estaba igual de sorprendida. En Madirit había centros comerciales, pero no eran tan bonitos ni tenían un tamaño tan descomunal. Éramos muy pocos los que vivíamos dentro del Muro, y el Refugio me hizo preguntarme cuánta gente habría vivido en la ciudad antes de la Extinción, cuánta hubo en el mundo entero antes de que desaparecieran los animales.

—Aquí están las habitaciones —nos informó Cobra. No había nadie en los pasillos y su voz se magnificaba en el silencio—. A la derecha está el comedor. Desayunamos a las ocho, comemos a las tres y cenamos a las nueve. A la izquierda están los baños, podéis ducharos cuando queráis. Mi recomendación es que lo hagáis después del entrenamiento, que es de nueve a dos en el gimnasio.

¿Por qué nos estaba recitando un horario que era mucho más estricto que el que me imponía mi padre en casa? ¿Dónde estábamos, en la cárcel?

—Las tardes las tenéis libres —continuó— porque solemos dedicarlas a planear las misiones de liberación. Pasará mucho tiempo hasta que podáis participar en una, si es que lo hacéis, así que no os preocupéis por eso.

No tenía ninguna intención de participar en sus misiones de liberación, por lo que guardé silencio. Continuamos avanzando unos minutos más hasta que nos detuvimos frente a una de las

habitaciones, cuya persiana metálica, que estaba bajada, era de las pocas que no tenía ningún grafiti. Cobra pulsó un botón y esta empezó a subir, haciendo mucho ruido.

—Esta será tu habitación —me indicó, muy seria—. Espero que se adapte a sus necesidades, majestad.

En la habitación, que en su día debió de ser una de las tiendas más pequeñas de todo el centro comercial, solo había un colchón, una pequeña mesa de madera y una silla, sobre la que había un mono negro doblado y unas botas del mismo color. La lámpara era una solitaria bombilla que pendía del techo.

—Se adapta, muchas gracias.

—Bien —me respondió ella. Parecía querer tener la última palabra siempre, y eso me ponía de los nervios—. Espero que tengas claro que aquí no vas a tener sirvientes las veinticuatro horas del día.

—Ya lo sé —me defendí—. Tengo muy claro a lo que he venido.

Cobra apretó los dientes y, acercándose un paso más hacia mí, dijo:

—Me importa una mierda si sabes a lo que has venido o no, pero más te vale no convertirte en un problema. No me fío de ti, y Abel es la única razón que tengo para no matarte ahora mismo.

Le sostuve la mirada, y ambas nos sumimos en una especie de guerra silenciosa que duró varios segundos. No quería que Cobra me viera asustada, pero notaba la adrenalina recorriendo mis extremidades, haciendo que me temblaran las piernas. Aquella doméstica tenía un arma y era salvaje. Si quería sobrevivir, tenía que empezar a tragarme el orgullo.

Aparté la mirada, derrotada, y Cobra, que se sabía victoriosa, me dijo:

—Buenas noches. Tienes cuatro horas para dormir.

La doméstica se despidió de mí con un gesto de la mano y un rápido «gracias», y después comenzó a caminar detrás de Cobra. No tuve tiempo de responderle.

Entré en la pequeña habitación y le di al botón que había dentro para bajar la persiana. Habría dado lo que fuera por poder ducharme, por quitarme de encima la suciedad y los restos de sangre, pero no tenía fuerzas para buscar los baños que había

mencionado Cobra. Tenía el hombro destrozado por cargar con el libro que había robado del despacho de mi padre, así que lo primero que hice fue dejar el bolso sobre la mesa y tumbarme en el colchón del suelo, comprobando así que era tan incómodo como parecía. Todo en aquel lugar era nuevo y extraño para mí, totalmente ajeno a la vida a la que estaba acostumbrada, y eso me hacía sentir insegura y fuera de lugar, como la pieza de un puzle que intentaba encajar en un hueco que no le correspondía.

Estaba agotada y, de repente, toda la tensión que había acumulado a lo largo del día estalló. Empecé a llorar y ya no pude parar. Lo hice por Nina, por Zeta, por Héctor, por Abel y por mi padre. Lo hice porque no sabía si había tomado la decisión correcta, porque me sentía perdida y sola en un mundo desconocido.

Lloré y, entre lágrimas, me quedé dormida.



Tal y como me había dicho Cobra, solo tuve cuatro horas para dormir. A las ocho en punto de la mañana, una voz metálica y masculina me despertó:

—Buenos días, compañeros. —Sonaba por megafonía, en el pasillo, con tanta intensidad que casi parecía estar dentro de mi habitación—. Os habla Gallo. ¡Son las ocho de la mañana y hoy tenemos gachas de avena para desayunar! Es hora de tomar fuerzas para enfrentarnos a un nuevo día. Si no luchamos nosotros, ¿quién lo hará? Si no es ahora, ¿cuándo?

Me incorporé y parpadeé un par de veces hasta darme cuenta de que no estaba en mi cama, de que ni siquiera estaba en mi casa. Me dolía tanto el cuerpo que sentía que me habían dado una paliza, pero aun así me obligué a levantarme. Tenía el estómago vacío, y el desayuno del que hablaba el tal Gallo fue el mejor estímulo para hacerlo.

Me quité la ropa y me puse la que había sobre la silla. Estaba deseando deshacerme del vestido sucio que traía de casa, así que no

me importó que el mono estuviera usado y las botas me fueran un poco grandes.

Le di al botón para subir la persiana y salí de la habitación, algo nerviosa, sin saber adónde dirigirme. Si por la noche los pasillos del centro comercial nos habían recibido con silencio y tranquilidad, por la mañana eran un hervidero de vida. Los rayos del sol entraban a través del techo de cristal y lo iluminaban todo con su luz dorada, haciendo que aquel inmenso lugar pareciera mucho más cálido y acogedor.

Había domésticos de todas las edades hablando entre ellos, sonriendo, mirándose a los ojos. Estaban tranquilos, felices, y nada parecía indicar que fueran salvajes o violentos, sino todo lo contrario. Eran… normales. Se daban palmadas en el hombro y apretones de manos, se llamaban por sus nombres. Eso, en parte, me tranquilizó. Quizá no todos eran como Cobra y Zeta. Quizá se parecían más a Nina y, si tenía cuidado, no correría ningún peligro entre ellos.

Los observé durante unos segundos, más consciente que nunca de que ya no estaba en mi mundo, y entonces vi algo que me llamó la atención: niños. Había muchos corriendo por los pasillos, entrando y saliendo de las habitaciones, jugando. En Madirit también había, claro, pero eran un bien muy escaso. Solo quienes obtenían el permiso podían reproducirse, pero no era fácil de conseguir.

Me quedé embobada observando cómo reían, cómo saltaban, cómo llamaban a sus madres. Estas los abrazaban y los besaban; jugaban con ellos. Parecían felices, humanos y no monstruos que fueran a comérselos, como había afirmado Alma Aguilar.

Pensé en ella y, como si la hubiera invocado, la vi. Por la noche no me había dado cuenta de que en el pasillo, colgadas de las paredes, había pantallas de televisión. En ellas aparecía la periodista, tan bien peinada y maquillada como siempre, hablando con una de las colaboradoras de su programa. Su voz, sin embargo, se perdía entre el murmullo de los domésticos que iban y venían.

—Pero, cariño, si ese rumor se confirma, ¡sería la exclusiva del año! —estaba diciendo la periodista.

Me acerqué a la pantalla que tenía más cerca, sintiéndome algo culpable por echar de menos la frivolidad de mi mundo y, justo en ese momento, una voz aguda me obligó a darme la vuelta:

—¡Hola! ¿Cómo te llamas?

Una niña de pelo rubio y grandes ojos azules me observaba con interés. Iba vestida con el mismo mono negro que llevábamos todos, pero de un tamaño tan pequeño que me pareció adorable.

—Me llamo Eva —le dije. Me agaché para estar a su altura y ella pareció complacida con el gesto. Sus ojos brillaban con una inteligencia tan pura, tan humana, que me hizo dudar de que los domésticos no fueran de verdad como nosotros—. ¿Y tú?

—Mi madre dice que mi nombre del Frente es Colibrí. —Seguía mirándome fijamente, analizándome con inocencia—. ¿Eres una princesa? ¿Como las de los cuentos?

Entornó los ojos y yo sonreí de nuevo, preguntándome qué le habría llevado a pensar que yo era una princesa. Quizá fueran los restos del maquillaje de la noche anterior, lo poco que quedaba de mi peinado o, tal vez, que no sabía de dónde había venido y no había podido evitar dejar volar su imaginación.

—No, no lo soy, pero creo que tú sí lo eres.

La niña sacudió la cabeza y arrugó la nariz, como si eso fuera lo último que deseaba en el mundo.

—No, yo soy una guerrera. —Señaló mi anillo de compromiso con el descaro propio de los niños—. ¿Tienes un anillo mágico?

—¡Colibrí! —Una doméstica rubia, vestida con el mismo mono que yo, llegó corriendo hasta nosotras y tomó la mano de la niña—. ¿Qué estás haciendo? Perdónala, es que habla con todo el mundo. ¿Te ha estado molestando?

Se giró hacia mí y, cuando sus ojos marrones se clavaron en los míos, los abrió como platos. Se quedó tan pálida que cualquiera habría dicho que había visto un fantasma.

—No, no te preocupes —respondí, quitándole importancia.

La mujer estudió mi rostro durante unos segundos, atónita, y después se marchó, arrastrando a la niña con ella.

—¡Adiós! —se despidió Colibrí.

Sin soltar la mano de su hija, la mujer se acercó hasta un grupo de domésticos que había al otro lado del pasillo y les dijo algo con una mezcla de preocupación y sorpresa. Solo pude entender dos palabras: «Eva Salazar». Después, todos se dieron la vuelta para mirarme.

Aparté la mirada, incómoda, y me fui de allí. ¿Acaso había creído que me recibirían con los brazos abiertos? ¿Que le darían una afectuosa bienvenida a la hija del ministro de Alimentación?

Atravesé los pasillos del centro comercial con la esperanza de poder camuflarme entre la multitud del comedor, creyendo que en un grupo amplio de gente que comía y conversaba sería mucho más difícil reconocerme, pero por supuesto no fue así: en cuanto llegué, todos los domésticos que había guardaron silencio y me observaron.

No pude evitar que la sangre me subiera hasta las mejillas. Aunque quise salir corriendo y esconderme en mi habitación, no lo hice. No quería demostrar que estaba asustada, que era débil, que no estaba dispuesta a luchar; así que alcé la cabeza, agarré una de las bandejas que se encontraban apiladas a la entrada y me acerqué al mostrador en el que estaba el desayuno. Si algo había aprendido de ser perseguida y acosada por la prensa durante años era a actuar con normalidad cuando sabía que me observaban, a fingir indiferencia.

Tomé uno de los cuencos de gachas de avena que había sobre el mostrador, una manzana, y me di la vuelta ignorando los susurros que me rodeaban. Deambulé por el comedor buscando una mesa en la que sentarme, una en la que no hubiera un grupo de domésticos hostiles, y solo vi una que cumplía con todos mis requisitos: la mesa en la que estaba Búho. El pelo, del mismo color del caramelo derretido, le caía sobre la cara mientras leía un libro con mucha atención, ajeno a todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

—¿Te molesta si me siento contigo? —le pregunté cuando llegué hasta la mesa.

No se percató de mi llegada. Carraspeé para que me hiciera caso y él, algo molesto, dejó de leer y me miró por encima de las gafas.

—¿Me puedo sentar? —repetí.

Se encogió de hombros como respuesta y yo lo tomé como un sí.

—¿Cómo está Zeta? —le pregunté mientras me sentaba.

Búho cerró el libro y se quitó las gafas para poder frotarse el tabique de la nariz. No pude evitar fijarme, con cierta incomodidad, en el código de barras que llevaba tatuado en la muñeca.

—Vivo —me respondió—. No se va a morir, si es lo que quieres saber. Pero, por favor, no vuelvas a hacerle un torniquete. Ni a él ni a nadie.

Saber que Zeta estaba bien, que se iba a recuperar, hizo que por un momento me olvidara de los murmullos de los domésticos del comedor. Por primera vez desde que había llegado al Refugio, suspiré aliviada.

—Lo del torniquete fue culpa de Abel —me excusé, metiendo la cuchara en el cuenco de gachas—. Él me dijo que lo hiciera.

Búho volvió a ponerse las gafas y abrió el libro de nuevo, escapando de una conversación que no parecía interesarle lo más mínimo. Continué comiendo sin decir nada más. Habría pagado cualquier precio por cambiar aquel insípido desayuno por uno de los de Nina, pero aquellas gachas de avena eran mejores que tener el estómago vacío.

Sin dejar de comer, levanté la vista para observar el comedor. Unas veinte mesas ocupaban el espacio y no había ventanas. Estaba casi segura de que, cuando el Refugio aún era un centro comercial, aquella sala de grandes dimensiones había sido un restaurante. Un buffet libre, quizá. Justo frente a nosotros había una televisión de gran tamaño a la que nadie le estaba haciendo caso. ¿Qué pensaría Alma Aguilar si supiera que los domésticos del otro lado del Muro también veían su programa? Imaginar su reacción me hizo sonreír, pero justo en ese momento llegó Cobra y dejé de hacerlo.

—¿Por qué estás en todas partes? —me preguntó mientras se sentaba junto a Búho—. ¿Nos estás persiguiendo?

—¿No puedo leer tranquilo ni cinco minutos? —gruñó Búho.

—¿Otro libro? —quiso saber Cobra. Se lo arrancó de las manos y observó la cubierta con detenimiento—. ¿Y este de qué va?

Él se lo quitó de nuevo y, como si fuera su posesión más preciada, lo alejó de ella.

—Te dije que aprendieras a leer. Es un libro de anatomía.

Cobra resopló con aburrimiento y le respondió:

—Es más práctico aprender a luchar. ¿De qué te sirve un libro contra una pistola?

—Si no fuera por los libros, Zeta y tú habríais muerto hace mucho tiempo. Deberías agradecer su existencia.

Búho volvió a abrir el libro y Cobra se centró en su desayuno. Yo, frente a ellos, bajé la vista para observar la avena del cuenco. ¿Qué estaba haciendo en aquel lugar, tan lejos de casa, rodeada de gente desconocida?

Alcé la vista para disculparme y decirles que me marchaba a mi habitación, pero la televisión atrajo mi mirada y las palabras se me atragantaron. Quien aparecía en ella ya no era Alma Aguilar, sino mi padre.

Estaba de pie frente al Palacio Presidencial, vestido con su mejor traje, el brazalete azul celeste apretándole el brazo derecho. Tenía muchos micrófonos delante, como si estuviera a punto de hacer una importante declaración ante la prensa. Al verlo, abrí mucho los ojos y los sentimientos me desbordaron el pecho: amor, culpa, rabia, tristeza. Mi mundo llevaba veintiún años girando en torno a él y, de un día para otro, lo sentía más lejos que nunca.

A su lado, apoyándolo con su presencia intimidante, estaba el mismísimo Ismael Garza. ¿Qué estaba haciendo ahí el presidente? Contuve el aliento cuando, mirando a los periodistas con seriedad, comenzó a hablar:

—Os hemos convocado con urgencia para daros una trágica noticia, para informar a todos los ciudadanos de Heden del terrible y doloroso suceso ocurrido ayer por la noche.

Todo el comedor se calló de forma repentina. Era algo grave, seguro. ¿Y si habíamos matado a Héctor? ¿Y si le había pasado algo a Abel? Solo se escuchaban los *flashes* de las cámaras de los periodistas porque, si Ismael Garza hablaba, el mundo entero guardaba silencio.

—*Anoche* —continuó el presidente— *sufrimos un secuestro.*

Podía imaginarme qué era lo que iba a decir a continuación: fingirían que me habían secuestrado y eso les serviría para llenar los vacíos que iba a generar en la prensa la ausencia de noticias sobre

mi boda. Harían que toda la República llorara por la princesa perdida, que no pudieran despegarse de la televisión hasta que apareciera sana y salva y, cuando lo hiciera, ellos quedarían como los héroes.

Sin embargo, una vez más, Ismael Garza me sorprendió:

—*Anoche* —dijo, con gravedad—, *mientras disfrutábamos de la fiesta en el Museo de la Paz, unos delincuentes secuestraron a mi hijo Ismael.*

—¡¿Qué?! —exclamé, poniéndome en pie.

El presidente cerró los ojos e inspiró, como si no fuera capaz de continuar con su discurso, y mi padre le pasó el brazo por los hombros en un gesto de afecto y ánimo. Estaban fingiendo. Los dos. Los conocía lo bastante bien como para saberlo.

—*Y, por si eso fuera poco* —continuó el presidente, con los ojos llenos de lágrimas—, *se llevaron también a Eva, la hija de nuestro ministro de Alimentación. La arrancaron de los brazos de Héctor, su prometido, que actuó de forma heroica intentando protegerla de los delincuentes armados que los sorprendieron en mitad de la noche. Nos consta que se encuentra en el hospital gravemente herido, pero se repondrá de esta situación. Va a recuperarse para poder reunirse con el amor de su vida y para ayudar al Gobierno a hacer justicia.*

—¿«Reunirse con el amor de su vida»? —dijo Cobra—. Voy a vomitar.

Aunque todos los domésticos del comedor me estaban mirando, yo no podía apartar la vista de la pantalla, de los ojos verdes de Ismael Garza.

—*Sospechamos que esto ha sido un movimiento del Eje Rojo* —dijo el presidente— *y que tiene como objetivo destruir la paz y el bienestar que tanto nos ha costado construir en la alianza de la Liga Azul. Por eso, quiero que sepan que no vamos a ceder. Heden no se doblegará ante sus enemigos. Lucharemos contra ellos y venceremos. No permitiremos que nada ni nadie ponga en riesgo lo que más nos importa: la seguridad de los ciudadanos de nuestra República.*

En la pantalla, mientras hablaba empezaron a mostrar las fotografías que había robado del despacho de mi padre, entre las

que estaban los rostros de Zeta, Cobra y Búho. Le estaban echando al Frente la culpa de mi secuestro, de la desaparición del heredero y, cuando llegara el momento, también les echarían la culpa de su asesinato.

Su estrategia estaba clara: si la gente descubría que Ismael había muerto en un atentado, tanto miembros del gobierno como la Liga Azul parecerían débiles e indefensos, vulnerables e inútiles. Si lo hacía a manos de unos terroristas del Eje Rojo tras un secuestro, después de una larga lucha, serían héroes. El presidente iba a convertir a su hijo mayor en un símbolo, en un mártir.

«Intentamos salvarlo hasta el final, peleamos con uñas y dientes, pero no pudimos vencer al mal», dirían en sus discursos. «El presidente que lucha por su pueblo con la misma pasión con la que luchó por su hijo», diría la prensa. Y la gente lo admiraría por ello.

—Los rostros que están viendo en la pantalla son los rostros de nuestros enemigos —añadió el presidente—, *los rostros de los terroristas que han osado desafiarnos. Vamos a responder, claro que vamos a hacerlo, y no solo recuperaremos a Ismael y a Eva; también traeremos de vuelta la paz.*

—¡Los atraparemos! —lo apoyó mi padre—. *Vivos o muertos.*

—¡Menudos cabrones! —gritó Cobra, dando un golpe en la mesa —. Los que deberían acabar muertos son ellos.

Búho clavó sus ojos en los míos; yo le devolví la mirada. Él también parecía haberse dado cuenta de que lo que estaba haciendo Ismael Garza era mandarme un mensaje, advirtiéndome, amenazándome:

«Sé dónde estás, Eva. Voy a por ti. Escapándote me has declarado la guerra… y pienso ganarla».

PUMA



«El puma es conocido como el gato de muchos nombres, ya que cuenta con más de ochenta apodos distintos. Fuerte y sigiloso, este felino suele cazar en las horas crepusculares empleando una técnica que consiste en acechar a su presa, saltar hacia ella y morderla en el cuello, matándola al instante. Considerado un símbolo de fuerza y nobleza, su figura se ha utilizado durante siglos para representar el liderazgo y la autoridad».

Gran Enciclopedia de los Animales, página 673

13



El gimnasio del Refugio era, tal y como su nombre indicaba, un lugar de entrenamiento. Los miembros del Frente habían utilizado una de las tiendas más grandes del centro comercial para crear un espacio en el que ejercitarse. A pesar de que aún era muy temprano, estaba lleno de domésticos de todas las edades que realizaban carreras de obstáculos, escalaban, levantaban pesas o luchaban cuerpo a cuerpo. El ruido era mucho más fuerte que en el comedor: había gritos, risas, jadeos. Allí, hombres y mujeres sudaban y bromeaban mientras, casi sin darse cuenta, se convertían en soldados. ¿Para qué? ¿Para realizar las misiones que había mencionado Cobra? No lo sabía, pero pensaba averiguarlo.

Alcé la cabeza para observar el techo, del que pendían unos grandes focos, y Búho, que estaba a mi lado, me dijo:

—Usamos energía solar, por si te lo estás preguntando.

Ni siquiera me había parado a pensarlo.

—¿Y qué hacemos aquí, exactamente?

Búho me había acompañado hasta allí al terminar el desayuno sin explicarme para qué. ¿Quería asustarme? ¿Integrarme? ¿Insinuar que yo también tenía que entrenar? Aunque no se lo había dicho, le agradecía que no me hubiera dejado sola después de la aparición de mi padre en televisión. No es que me hubiera consolado, pero, al

tenerlo conmigo, las miradas hostiles del resto de domésticos habían disminuido.

—La pregunta es: ¿qué haces tú aquí? —me dijo—. No te hemos secuestrado, por mucho que esa sea la versión oficial del Gobierno, así que imagino que existe una razón por la que has decidido cruzar al otro lado del Muro.

Claro que la tenía: Nina. Aún no se lo había contado a nadie porque me daba miedo que pensaran que mi plan era una estupidez. Sin embargo, si iba a pedirles ayuda, en algún momento tenía que hacerlo.

—Quiero encontrar a Nina, mi dom…

Me callé en mitad de la frase porque no sabía si le molestaría que usara la palabra «doméstica» delante de él, si lo ofendería. A fin de cuentas, era un término que habíamos inventado los celestes y no sabía cómo se referían ellos a sí mismos.

—Doméstica, puedes decirlo —me aclaró él—. No quieres hacerlo porque crees que serlo es algo malo, así que, en realidad, quien considera ese término un insulto eres tú, no yo.

Nunca lo había visto de esa manera. Yo le daba a la palabra «doméstico» una carga peyorativa porque eso era lo que me habían enseñado, porque siempre había tenido claro que ser uno de ellos significaba ser inferior. Empezaba a pensar que, quizá, estaba equivocada.

—Tienes razón. Lo siento.

—No tienes por qué. —Se encogió de hombros—. Es lógico que tu forma de ver el mundo sea distinta a la nuestra, pero eso no significa que no seas buena persona. Creo que todos, de una forma u otra, lo somos.

Al otro lado del gimnasio, Cobra estaba enseñando a un grupo de niños a luchar. Golpeaba con fuerza un saco de boxeo, soltando un gemido de vez en cuando, y todos sus alumnos la miraban con admiración.

—Todos estos niños —dije, casi sin pensarlo, mientras contaba a los alumnos de Cobra. Eran doce—, ¿han nacido aquí?

—No, no todos. Algunos nacieron dentro del Muro, como celestes, pero al ser concebidos sin el permiso de reproducción…

—El Gobierno los envió fuera de la ciudad —le corté, diciendo en voz alta lo que llevaba todo el día sospechando.

Búho asintió y, por primera vez en mi vida, fui consciente de hasta qué punto la República coartaba nuestra libertad. Ni una sola persona nacía y vivía en Heden sin que Ismael Garza lo consintiera.

¿Cómo debían sentirse los padres a quienes habían arrebatado a sus bebés recién nacidos? ¿Cuánto dolor les supondría tener que fingir amar a un país que se lo había quitado todo?

—¿Me ayudaréis a encontrar a Nina? —le pregunté a Búho. No fui capaz de disimular la desesperación de mi voz. A cada segundo que pasaba sentía que el pajar en el que tenía que buscar la aguja se hacía más y más grande—. No sé qué hay a este lado del Muro. No sé a dónde la han llevado.

—Eso tendrá que decidirlo Puma —me respondió él—. No soy yo quien da las órdenes.

Puma. A pesar de que ya había escuchado su nombre un par de veces, aún no sabía quién era. Tampoco me importaba, en realidad. Solo necesitaba que me ayudara. ¿Qué iba a hacer si no lo hacía? ¿Volver a casa? ¿Buscar a Nina yo sola?

Miré a Búho de nuevo, nerviosa por el futuro incierto que se me presentaba, pero él estaba observando el techo y no se dio cuenta.

—¿Tú no entrenas? —le dije.

—No, yo solo voy a misiones puntuales. Hay cosas más importantes que requieren mi atención.

—Eres una especie de médico, ¿no?

—Aún estoy aprendiendo. Soy de los pocos aquí que saben leer, así que lo aprovecho lo mejor que puedo.

Le había visto el código de barras en la muñeca, por lo que en algún momento de su vida debió de trabajar como doméstico dentro de la ciudad. ¿Había aprendido allí a leer?

—¿Y cómo llegaste hasta aquí? —Al ver que se ponía tenso, que sus labios se convertían en una fina línea apretada, supe que la pregunta lo había incomodado. Me vi obligada a disculparme—. Perdona, no tienes por qué responderme. Es que… quiero comprender todo esto. Quiero comprenderos a vosotros.

Nunca le habría dicho algo así a Cobra o a Zeta; con Búho, en cambio, me sentía lo bastante cómoda como para hacerlo. A él quería caerle bien. Por eso, los pocos segundos que tardó en contestarme se me hicieron eternos.

—Llegué aquí gracias a Abel —me respondió—. Estuve un par de años en el Puerta del Ángel, pero él me ayudó a escapar.

Aunque al principio no entendí lo que me estaba diciendo, cuando lo hice abrí mucho los ojos, sorprendida: Búho había sido uno de los jóvenes obligados a trabajar en los locales del Arrabal. No parecía mucho mayor que yo, así que debían de haberlo capturado siendo solo un niño. Se me hizo un nudo en la garganta y me entraron ganas de abrazarlo, de consolarlo, pero me contuve.

—Entonces, ¿conoces a Abel desde…?

Justo en ese momento, todos los domésticos del gimnasio dejaron de entrenar y giraron la cabeza hacia nosotros. Me quedé callada, pensando que había vuelto a convertirme en el centro de atención, pero enseguida me di cuenta de que me equivocaba: estaban mirando a Zeta, que acababa de llegar.

Al verlo, los latidos de mi corazón se aceleraron de forma inesperada. Aunque se le veía muy débil, estaba vivo, y eso era lo único que importaba.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Búho, poniéndose muy serio de repente—. ¿No te dije que tenías que descansar?

Zeta lo ignoró. Le costaba mucho andar, como si cada paso supusiera para él un gran esfuerzo; aun así, no se detuvo. Caminó hasta nosotros y, cuando nos dejó atrás para entrar en la pista de entrenamiento, Búho volvió a dirigirse a él:

—¡Zeta!

Lo agarró del brazo, pero él se apartó con brusquedad.

—¡Estoy bien! —exclamó—. ¡Tengo que entrenar a los niños!

—A los niños los está entrenando Cobra —le respondió Búho, perdiendo ligeramente la calma que lo caracterizaba—. ¿No puedes hacer caso a alguien por una vez en tu vida?

Se desafiaron en silencio durante unos segundos y, aunque Zeta era más alto, Búho no se amedrentó ante él. Quizá por eso, porque Zeta parecía tenerle respeto, terminó rindiéndose y clavando sus

ojos color ámbar en los míos. Habían recuperado toda su intensidad, y me sentí algo intimidada por ellos.

—¿Y tú qué estás mirando? —me preguntó—. Aquí no eres más que una carga. ¡Deberías ponerte a entrenar y demostrarnos que sirves para algo!

—Zeta, suficiente —me defendió Búho—. No te pases.

Pero eso no hizo más que provocarlo. Entornó los ojos y dio un paso hacia mí, enfadado. Como me veía débil e indefensa, me estaba convirtiendo en el blanco de su odio, haciéndome sentir pequeña y vulnerable.

—No me estoy pasando —gruñó—. Estás aquí para que te ayudemos, ¿no? ¡Pues haz lo mismo que nosotros!

Las lágrimas me escocían en los ojos, y tuve que hacer un esfuerzo enorme para no darle la satisfacción de verme llorar. Búho dio un paso al frente para colocarse entre nosotros, pero lo detuve y la que avanzó hacia Zeta fui yo. Estaba harta de que me tratara mal cuando no le había hecho nada; harta de él y de sus groserías; harta de lo que me hacía sentir.

—¡Eres un imbécil! —le grité, camuflando el dolor con rabia—. ¡He dejado atrás mi vida entera para llegar hasta aquí! ¿Te crees que esto me parece divertido? ¿Que no sufro igual que tú?

—Tú no sabes lo que es sufrir —me respondió con desprecio.

—¡Claro que sé lo que es sufrir! —exclamé—. He perdido a muchas personas, ¿sabes? Personas que me importaban.

—¡Todos aquí hemos perdido a personas que nos importaban! ¿Te crees especial por eso? Eres una…

—Ya basta.

Una mujer de piel negra y pelo rizado, a la que también había visto en las fotografías del despacho de mi padre, entró en el gimnasio y se acercó hasta nosotros. Incluso Zeta guardó silencio. Iba vestida con el mismo mono que los demás y su sola presencia destilaba autoridad y confianza.

—Estoy cansada de tener que aguantar tonterías —añadió—. ¿Cuándo hemos dejado de ser soldados para ser niños malcriados? ¿No os da vergüenza comportaros así?

Zeta apretó la mandíbula y apartó la mirada. Aunque la mujer había hablado en plural, todos sabíamos que lo estaba regañando a él.

—No sé cuántas veces tengo que repetir que no voy a tolerar discusiones entre nosotros, ni mucho menos que alguien se crea superior a los demás. ¿O es que os hablo en un idioma que no entendéis?

En el ambiente flotaba un silencio tenso e intimidante que nadie se atrevía a romper. Ni siquiera Zeta, que parecía a punto de estallar, se atrevió a abrir la boca.

—Zeta —lo llamó la mujer—. Me has escuchado, ¿verdad? No voy a permitir ese tipo de comportamientos.

Él no respondió.

—Zeta —insistió la mujer.

—¡Que sí! —exclamó—. Lo siento, ¿vale? Ahora, vamos a entrenar.

—De eso nada —replicó ella, cruzándose de brazos—. ¿Cuánto tiempo de reposo necesita, Búho?

—Tres días como mínimo —respondió él.

—Bien, pues tres días —le dijo a Zeta—. Vete ahora mismo a descansar. Aún estoy enfadada contigo por haberte escapado del Refugio, no pienses que lo voy a pasar por alto, pero ahora mismo mi prioridad es que te recuperes. Cuando lo hagas, hablaremos.

—Tenía que rescatar a la…

—León murió por tu culpa, Zeta. No quiero que te olvides de eso.

Todos en el gimnasio nos pusimos tensos. No pude evitar pensar en el hombre pelirrojo que había visto a la salida del metro, en lo rápido que la bala había acabado con su vida. Aún me estremecía al recordarlo.

—No lo voy a olvidar —masculló Zeta.

La mujer lo miró durante unos segundos y, tras estar segura de que el mensaje había calado, de que Zeta se había relajado, clavó sus ojos marrones en los míos.

—Eva, acompáñame. Tenemos que hablar.

Dio media vuelta y yo, sorprendida, comencé a caminar tras ella.

Aún no lo sabía, pero acababa de conocer a Puma, la líder del Frente de Liberación de Heden.



Después de observar el plano y las fotografías que había robado del despacho de mi padre, Puma estudió con detenimiento las hojas llenas de números. Leyó todas y cada una de ellas con mucho interés, como si entendiera el significado de unas cifras que para mí no tenían ningún sentido. No tenía muy claro por qué se las había entregado, pero algo me decía que había sido porque quería darle una razón para que aceptara ayudarme a buscar a Nina, como si fuera una especie de intercambio.

—Esto es muy valioso para nosotros, Eva. Te lo agradezco.

Había conocido a muy pocas personas como Puma. De hecho, solo los ministros tenían ese aire de autoridad, ese brillo en los ojos capaz de inspirar temor y admiración a partes iguales. Tenía un código de barras en la muñeca, pero me parecía imposible que alguien hubiera podido domesticar a aquella mujer alguna vez. ¿Cómo habría llegado a ser la líder del Frente? No debía hacer mucho que había cumplido los cuarenta años. ¿Qué historia se escondía detrás de aquellos profundos ojos marrones?

Estábamos en la segunda planta del centro comercial, en una habitación con unos grandes ventanales desde los que podíamos ver la vasta extensión de tierra yerma que rodeaba el Refugio. Lo único que se alzaba en medio de los escombros era un invernadero de grandes dimensiones en el que, supuse, los miembros del Frente cultivaban su propia comida. A través de las paredes de vidrio podían verse los polinizadores plateados revoloteando sobre los cultivos.

En el centro de la sala había una mesa con siete sillas a su alrededor, pero solo nosotras estábamos sentadas. Me parecía un lugar demasiado grande para una reunión de dos personas, o quizá era que me sentía muy pequeña al lado de Puma.

—No sé por qué las robé, ni tampoco por qué me llevé el libro —confesé. Señalé la *Gran Enciclopedia de los Animales* que Puma había dejado sobre la mesa, y después me encogí de hombros—. Quizá porque quiero saber la verdad.

—Lo único que importa de la verdad es lo que estés dispuesta a hacer con ella —me respondió, echando hacia atrás la silla para estudiar mi rostro—. Cuéntame primero por qué estás aquí.

Como si hubiera estado esperando que me hiciera esa pregunta, empecé a soltarlo todo. Le hablé de Nina, de mi padre, de la caja de música de mi madre. También de la noche que escapé de casa con ayuda de Abel y de lo que le habíamos hecho a Héctor. Le hablé de cómo habíamos cruzado los túneles del metro, y de la lluvia de balas que nos recibió al salir.

Puma me escuchó con atención y, solo cuando terminé de hablar, se levantó y comenzó a caminar por la sala. Parecía estar reflexionando sobre todo lo que acababa de contarle, analizando mis palabras. Dio varias vueltas alrededor de la mesa y después, frotándose la barbilla, me dijo:

—Creo que sé a dónde podrían haber llevado a Nina y, si no me equivoco, podemos intentar liberarla.

—¿De verdad? —Fue difícil disimular la esperanza que rezumaba mi voz—. ¿Crees que hay posibilidades de que esté bien? ¿De que esté viva?

—Las hay, pero también de que no lo esté. —Aunque lo dijo con mucha delicadeza, algo dentro de mi pecho se rompió al escucharla —. Tendremos que organizar una misión de liberación para averiguarlo.

Una misión de liberación. Por Nina. No pude contener la emoción. Si conseguía sacarla de dondequiera que la tuvieran encerrada, todo habría merecido la pena. Todo.

—¿Una misión como la del Puerta del Ángel? —le pregunté, recordando cómo Cobra y Zeta habían ido a sacar a los domésticos del local del Arrabal—. Iré con vosotros.

Puma frunció el ceño y volvió a acercarse a la mesa. No se sentó en la silla, sino que apoyó las manos en el respaldo y me miró desde arriba, como queriendo demostrar que allí quien tenía autoridad era ella.

—No, tú no vas a ir a ningún sitio, es muy peligroso. ¿Tienes la más mínima idea de lo que hacemos aquí? ¿Sabes dónde te has metido?

Me dio vergüenza reconocer que no, que no tenía ni idea. Lo poco que sabía del Frente de Liberación era lo que me había contado Abel, lo que había podido ver con mis propios ojos. Como no respondí, ella continuó hablando:

—Las misiones a los locales del Arrabal son solo una parte de todo lo que hacemos. Somos un ejército, Eva, y entrenamos para luchar. Antes de aceptar nuestra ayuda tienes que saber que nuestro objetivo principal es acabar con el gobierno de Ismael Garza, y que vamos a tener que hacerlo por las malas. No tenemos alternativa.

¿Cómo podía decir que no tenían alternativa? La violencia no era la solución. La violencia solo traería muerte y sufrimiento a la República. No quería ser cómplice de eso.

—¿Y cómo pensáis acabar con el Gobierno? —le pregunté—. No sois lo suficientemente fuertes como para hacer algo así. No tenéis…

—¿Apoyo? —me interrumpió ella—. Claro que lo tenemos. Las células del Frente de Liberación colaboramos con las fuerzas del Eje Rojo porque nuestro fin es el mismo: acabar con el sistema opresor que impera en los países de la Liga Azul. Nosotros les abriremos las puertas de Heden y ellos se encargarán de lo demás.

El Eje Rojo. Un escalofrío me recorrió la espalda al imaginarme sus tropas entrando en Madirit, al pensar que el Frente de Liberación quería poner el poder en sus manos. Sabía que no eran una organización pacífica, que tenían armas, pero no que lo que buscaban era iniciar una guerra contra mi mundo.

—Yo no quiero hacerle daño a nadie, Puma —le dije—. No quiero poner bombas ni disparar. No me interesa la política, solo quiero recuperar a Nina.

Puma se sentó de nuevo en la silla y colocó los antebrazos sobre las piernas, inclinándose hacia mí.

—¿Sabes por qué no te interesa la política? —me preguntó—. Porque estás en el lado opresor, porque vives con comodidad.

—Pero yo no oprimo a nadie —repliqué—. Soy de las pocas celestes que trata bien a los domésticos, de las pocas que los ayuda cuando tiene la oportunidad.

—Eva, ¿tampoco querrías acabar con el Gobierno si de niña te hubieran separado de tu madre para venderla como esclava? ¿Y si te

hubieran obligado a prostituirte con quince años? ¿No lucharías si te tatuaran un código de barras en la muñeca y te dijeran que te matarán si miras a tus dueños a los ojos?

No pude responder. No tenía argumentos para hacerlo.

—Buscaremos a Nina —continuó—, la ayudaremos igual que ayudamos a cualquier doméstico que lo necesite, pero ¿qué harás cuando la encontremos? ¿Volver a casa con ella y que continúe sirviéndoos a ti y a tu familia? ¿Te casarás con Héctor y tendrás hijos con él aun sabiendo lo que pasa en los locales del Arrabal? ¿De verdad quieres volver a ese mundo?

—¿Y qué voy a hacer si no? ¡No conozco otro!

—¡Pues ayúdanos a crearlo!

¿Eso era lo que querían? ¿Crear un mundo nuevo? ¿Que los ayudara a empezar de cero? Por primera vez desde que conocía la existencia del Frente, sus objetivos no me parecieron una completa locura. No del todo. ¿Acaso no quería yo también acabar con el sufrimiento de los domésticos del Arrabal? ¿No quería que Nina fuera libre?

—¿Y por qué hay que hacerlo a través de la guerra? —pregunté—. ¿Por qué no… buscar otra manera?

—Eva, no suele haber una forma pacífica y ordenada de acabar con las injusticias; solo lo dices porque estás cegada por tus privilegios. ¿Acaso crees que los celestes renunciarían a todo lo que tienen si se lo pedimos por las buenas?

No respondí. Quizá el Frente no podía hacer nada, pero yo sí. Podía utilizar mi posición y mi influencia para cambiar las cosas. No teníamos por qué luchar. No teníamos que poner bombas ni matarnos unos a otros. ¿Cómo podía hacer que Puma lo entendiera? ¿Cómo podía convencerla de que cambiaran su forma de actuar?

—Solo voy a hacerte una pregunta —me dijo, clavando sus ojos en los míos—, y no quiero que me des una respuesta, sino que reflexiones sobre ella: si no tuvieras voz, ¿qué te gustaría que gritaran en tu nombre? Y si estuvieras presa siendo inocente, ¿querrías que lucharan con ardor por tu libertad, aunque eso supusiera iniciar una guerra? ¿O preferirías que tus aliados se lo tomaran con calma, como si tu vida fuera algo secundario?

Estaba a punto de responder cuando ella levantó la mano y me obligó a guardar silencio.

—Ya te he dicho que no quiero una respuesta. Ahora mismo necesito que descanses, y también que pienses. Sobre todo, que pienses.

Asentí, dándome cuenta de que aún me dolía todo el cuerpo, y, de pronto, la mirada de Puma se dulcificó. El marrón férreo de sus ojos brilló con una chispa de nostalgia, y yo la observé con curiosidad.

—Antes me has dicho que quieres saber toda la verdad, ¿no? —me dijo—. Bien, pues te la contaré.

Se metió la mano en uno de los bolsillos del mono y sacó un trozo de papel doblado.

—Lo mejor será que empecemos por aquí. —Me entregó el papel y yo lo desdoblé, intrigada—. Si decides quedarte con nosotros, averiguarás algunas cosas que sé que estás deseando saber.

Lo último que esperaba era que aquel papel fuera una fotografía. En ella aparecía una mujer joven y sonriente con un vestido blanco de tirantes. Tenía el pelo negro, largo, y los ojos azules más bonitos que había visto en toda mi vida. Entre las manos tenía la caja de música de mi madre.

—Dale la vuelta —me indicó Puma.

Lo hice, conteniendo el aliento, y entonces se me paró el corazón. Alguien había escrito, con una letra fina y delicada, un mensaje:

Contaremos la verdad. Haremos justicia.
Y juntas crearemos un mundo nuevo.
María

No pude contener las lágrimas al darme cuenta de que la mujer de la fotografía era mi madre. Ella, de su puño y letra, había escrito aquel mensaje. Volví a darle la vuelta y, con la garganta llena de espinas, observé con atención los rasgos de su cara. Teníamos la misma nariz y nuestra mirada era muy parecida, aunque nuestros ojos tenían distintos tonos de azul: el suyo era libre y claro como el del cielo; el mío, oscuro como un zafiro engarzado.

—¿Cómo…? —Se me escapó una lágrima y, cuando empezó a descender por mi mejilla, me apresuré a limpiarla—. ¿Por qué…?

—Tu madre colaboraba con nosotros —me explicó Puma—. Era una conexión, como lo es ahora Abel. Gracias a ella liberamos a muchos domésticos que ahora están aquí, a salvo, dispuestos a luchar.

Solo había visto una fotografía de mi madre en toda mi vida, la que había encontrado en el desván junto a la caja de música. En ella aparecía vestida de novia junto a mi padre y siempre me había parecido que estaba triste y apagada. En la que tenía en las manos, por el contrario, se la veía radiante. Parecían dos personas distintas.

—¿Cómo era? —le pregunté a Puma—. Mi padre nunca me habla de ella y necesito saberlo.

—Era maravillosa, Eva. La mujer más valiente que he conocido nunca.

Valiente. Mi madre era valiente. Había plantado cara al sistema, se había enfrentado a mi padre, al presidente y a la República para luchar y ayudar a los domésticos. El corazón se me llenó de tanto orgullo que pensé que, de un momento a otro, me iba a estallar.

—Te daré tiempo para pensar —me dijo, levantándose de la silla —. Hablaremos de nuevo cuando estés preparada.

Antes de salir por la puerta, volvió a girarse hacia mí y añadió:

—No todos los que estamos en el Refugio te miramos con odio porque nos recuerdes a tu padre; los hay que te miramos con admiración porque nos recuerdas a tu madre. Elige quiénes quieres que tengan razón.

Se marchó, dejándome sola con la fotografía, y yo no la detuve. Mi madre conocía la existencia del Frente. Mi madre había estado en una situación parecida a la mía, y quizá también había dudado. Ella, sin embargo, había estado dispuesta a sacrificarlo todo por conseguir que el mundo fuera un lugar mejor. ¿Podría luchar yo también por cambiar las cosas, aunque fuera sin violencia? ¿Podría llegar a ser como mi madre?

—Haré que te sientas orgullosa de mí, mamá —susurré, mirándola a los ojos a través de la fotografía.

Y con aquellas palabras en las que iba implícita una promesa, sellé mi destino.

BÚHO



«El búho, relacionado con la sabiduría y la inteligencia, siempre ha fascinado a la humanidad. Al contrario de lo que se cree, los búhos se valen principalmente del oído para encontrar presas en el entorno. A pesar de que se lo conoce como "el ave de los muertos" y "el mensajero del más allá", es un animal tranquilo que disfruta de la soledad y la luz del sol.

Sus grandes ojos, su rostro plano y su postura erguida le aportan una apariencia muy especial, distinta a la del resto de las aves rapaces».

Gran Enciclopedia de los Animales, página 189

14



Puma me explicó que barajaba dos hipótesis con respecto a Nina: o la habían abandonado a su suerte y se había unido a algún grupo de domésticos de otro refugio, ya que al parecer el suyo no era el único que existía, o estaba en la Celda, la cárcel a la que llevaban a los delincuentes de Madirit. Aunque la primera opción era muchísimo más deseable, todo apuntaba a que la correcta era la segunda. La Celda era un lugar alejado, con mucha vigilancia, así que organizar una misión de rescate requería tiempo. Por eso, mientras los miembros del Frente lo preparaban todo, yo empecé a entrenar.

Tardé una semana en acostumbrarme a mi nueva rutina. Cada mañana acudía al gimnasio con los demás miembros del Refugio y, como nunca había practicado deporte, tuve que empezar a hacerlo junto a los domésticos que estaban en el primer nivel: los que tenían entre once y quince años. En mi grupo éramos seis y, sin contarme a mí, solo había dos chicas: una de ellas era la doméstica que Zeta había rescatado del Arrabal, a la que habían decidido llamar Cisne, y la otra, su hermana gemela, Koala. Al principio, ninguno de mis compañeros quería acercarse a mí; con el paso de los días, sin embargo, las barreras que existían entre nosotros desaparecieron y nos perdimos el miedo mutuamente.

—¡Vamos, Eva! —me animaba siempre Toro, uno de los niños, cuando veía que estaba a punto de rendirme—. ¡Hoy has tardado

dos segundos menos en escalar la cuerda!

En realidad, yo no tenía la agilidad que tenían ellos y me costaba mucho más correr, saltar y reptar por el suelo, pero era un detalle insignificante que preferíamos ignorar. A pesar de todo lo que habían sufrido, ninguno parecía guardarme rencor por ser la hija del ministro de Alimentación. Al contrario: aprovechaban cualquier oportunidad para hacerme preguntas sobre el otro lado del Muro.

—¿Es verdad que todos vivís en palacios? —me preguntó Koala una mañana, ya que parecía fascinada con el Palacio Presidencial que tantas veces había visto en televisión.

—No me creo que todos sepáis leer y escribir —me repetía Ratón, el más pequeño, una y otra vez—. ¡Si es superdifícil!

A cambio de mis respuestas, ellos me hablaban con inocencia sobre los miembros del Frente y me contaban todo lo que no me atrevía a preguntarles a Zeta, Cobra y Búho.

—Yo creo que Zeta es el más guapo del Refugio —me dijo Cisne una mañana mientras calentábamos para empezar a correr—. ¿Crees que tendrá novia?

Alzó la vista para mirarlo, desde el otro lado del gimnasio, pero Zeta no se dio cuenta. Ya se había recuperado del descanso forzado y no faltaba ni un solo día al trabajo. Su tarea en el Refugio era conseguir que los más pequeños, los que estaban en el grupo inferior al mío, fueran lo suficientemente fuertes como para valerse por sí mismos. Para sus alumnos era una especie de héroe y no solo lo respetaban, sino que lo adoraban. Quizá por eso, porque sentía curiosidad, no podía evitar observarlo mientras entrenaba. Así fue como me di cuenta de que Zeta también sonreía, de que se dirigía a los niños con paciencia y cariño, de que su belleza era distinta a la de todas las personas que había conocido hasta el momento. Tenía el cuerpo fuerte, y cuando se quitaba la camiseta no podía evitar perderme en las formas de sus músculos. Un ardiente pinchazo me atravesaba el vientre cuando me fijaba en sus brazos, en su espalda, en su abdomen… Aunque eso no hacía que olvidara que era un completo imbécil.

—¿Y a ti quién te gusta, Eva? —me preguntó Toro en uno de los entrenamientos.

—¡Pero si ella ya tiene novio! —le respondió Ratón con su agudo tono infantil—. ¡Se llama Héctor! Por eso llevas el anillo, ¿a que sí?

A eso nunca les respondía.

Las tardes las dedicaba a leer el libro que había robado del despacho de mi padre. Gracias a él descubrí, entre otras cosas, que los animales no cosían vestidos, ni usaban relojes, ni sonreían. Habían existido tantos, tan distintos, que siempre terminaba doliéndome la cabeza. Lo que más me llamó la atención fue descubrir que los extraños nombres de los miembros del Frente eran, en realidad, nombres de animales. La mayoría de los domésticos que vivían en el Refugio habían sido separados de sus padres siendo tan jóvenes que ni siquiera sabían si tenían un nombre de verdad, así que supuse que lo hacían porque era una forma de desafiar a la República. Heden les había arrebatado su vida, su identidad, y ellos se habían convertido en lo que el Gobierno más temía y odiaba, en lo que tanto había luchado por hacer desaparecer: animales.

También solía pasar mucho tiempo tocando el teléfono que Abel y yo le habíamos robado a Héctor. Búho me consiguió un cargador y siempre lo tenía con la batería llena por si, como había dicho Abel, podía servirnos para algo. No tenía ni idea de cómo utilizarlo porque jamás había tenido uno, así que me pasaba horas intentando desbloquear la pantalla con distintas combinaciones numéricas.

Una tarde, cuando estaba a punto de rendirme, recordé algo. Una cena. Una conversación. Un escalofrío bajándome por la espalda.

«¿Sabes que uso tu fecha de cumpleaños como contraseña?».

Estaba segura de que no podía ser tan fácil, de que Héctor quizá había exagerado su obsesión conmigo para impresionarme, pero me equivocaba. Pulsé las cuatro cifras de mi cumpleaños, primero el 14 del día, luego el 07 del mes, y el móvil se desbloqueó. A pesar de la sorpresa inicial, no encontré nada interesante en el interior del teléfono más allá de fotografías mías y del propio Héctor. Acabé tan decepcionada que no volví a utilizarlo.

Lo peor de mis días eran los ratos en el comedor. Solía sentarme junto a Búho porque siempre estaba leyendo y su silencio me tranquilizaba, pero la paz se acababa cuando se unían a nosotros

Cobra y Zeta. Ella siempre me miraba con el ceño fruncido, como si le molestara verme allí; él, simplemente, me ignoraba. No había vuelto a dirigirse a mí desde el incidente en el gimnasio y, si me lo cruzaba por los pasillos, giraba la cara para no tener que mirarme. Era un enigma para mí, un misterio que descifrar, y las razones por las que un día decidía salvarme la vida y al otro fingir que no existía me quitaban el sueño.

Aquella noche, mientras cenábamos, me di cuenta de dos cosas sobre él: era zurdo y le gustaba pintar las mesas con un lápiz. Por alguna razón, mientras los demás hablaban, él se mordía la lengua y comenzaba a hacer trazos sobre la madera. Antes de levantarse, siempre borraba sus dibujos, así que nunca conseguía ver qué era lo que estaba haciendo. Me moría de curiosidad por averiguarlo.

También me fijé en que sus ojos, que bajo la luz de los focos tenían el mismo color del atardecer, estaban enmarcados por unas larguísimas pestañas negras. Me obligué a dejar de prestarle atención, maldiciéndome a mí misma por darle tanta importancia, y me concentré en la cena: una especie de caldo amarillento con trozos de algún tipo de verdura flotando y un pedazo de pan. Le di varias vueltas a la cuchara, intentando identificar qué era exactamente lo que había en el plato, pero enseguida me rendí. Si no quería morir de hambre, tenía que comérmelo.

—Es una sopa de espinacas —me dijo Búho—. ¿No te gustan?

—¿La princesita no quiere espinacas? —me preguntó Cobra en un tono mordaz—. No pasa nada, le pediremos al cocinero que le prepare otra cosa.

Zeta levantó la vista hacia mí, y yo apreté la cuchara con fuerza. Estaba harta de que intentaran dejarme en ridículo, harta de que me vieran débil e indefensa.

—Pues no, no me gustan —respondí, alzando la cabeza—. Pero me las voy a comer si eso hace que cierres la boca.

Cobra me fulminó con la mirada mientras Búho me dedicaba una divertida sonrisa cómplice. Zeta mantuvo en su rostro la expresión indescifrable de siempre.

Estuvimos callados durante unos minutos, unos gloriosos y pacíficos instantes en los que me comí las espinacas sintiéndome

vencedora y que, por desgracia, duraron muy poco.

—¿Sabéis a quiénes he visto esta mañana saliendo juntos del baño? —soltó Cobra—. ¡A Hurón y a Alce!

Soltó una carcajada, como si fuera una noticia divertida y sorprendente, y Zeta esbozó una media sonrisa que suavizó sus rasgos. No pude evitar preguntarme qué se sentiría al hacerlo reír.

—Creo que están saliendo o algo así —comentó, sin darle mucha importancia.

Por alguna razón, las palabras de Zeta hicieron que me sonrojara. Al llegar al Refugio me había dado cuenta de que los domésticos también tenían relaciones y se enamoraban, de que tenían una vida igual que la mía; de que, entre los entrenamientos, las misiones y la revolución, muchos sacaban tiempo para buscar pareja y formar una familia.

Quizá Zeta y Cobra se gustaban. Quizá la confianza que tenían el uno en el otro venía de una relación mucho más intensa que la amistad. Quizá, y solo quizá, eso me provocaba unos celos irracionales que me hacían sentir vergüenza de mí misma.

—Alce no quiere salir con él —aclaró Cobra.

—¿Por qué no dejáis de hablar de la vida de los demás? —preguntó Búho—. ¿Os afecta en algo lo que hagan Hurón y Alce?

—¡Venga ya, Búho! —le respondió Cobra—. No me digas que no tienes curiosidad.

—Pues no, no me interesa lo más mínimo.

—¿Es porque te gusta Alce? —insistió ella, picándolo—. ¿O entre libro y libro no tienes tiempo de fijarte en nadie?

Cobra soltó una carcajada y Búho se puso tenso. Bajé la vista, intentando evitar así que Cobra me hiciera a mí la misma pregunta incómoda, y me quedé embobada con los destellos azules de mi anillo de compromiso. No había sido capaz de quitármelo ni siquiera en los entrenamientos porque, de alguna forma, me unía a mi casa y me recordaba de dónde venía.

Cuando volví a levantar la vista, me di cuenta de que Zeta me estaba observando, pero enseguida dejó de hacerlo.

—Deberíais estar pensando en la misión a la Celda, no en tonterías como esa —los regañó Búho.

—¿Qué misión? —pregunté, entornando los ojos.

Todos se quedaron mudos de repente, dejando que entre nosotros se colaran las risas y conversaciones del comedor. Fue Búho quien, tras unos segundos de duda, me respondió:

—Eva…

—No, no le digas nada —le cortó Zeta—. Ella no es parte del Frente. No le incumbe.

¿Ya estaba otra vez con lo mismo? Llevaba una semana entrenando como ellos, esforzándome al máximo, y él no había hecho más que dificultarme las cosas. No iba a permitir que siguiera tratándome así. Claro que no.

—Quiero saberlo —exigí.

Hubo un nuevo silencio entre nosotros, unos segundos en los que la tensión en nuestra mesa podría haberse cortado con un cuchillo. Los ojos de Zeta estaban clavados en los míos, desafiantes, pero no pensaba amedrentarme. Ya no más.

—¿Por qué te interesa tanto? —me preguntó Cobra.

—Porque vais a ir a la Celda a por Nina, ¿verdad? —Alcé la voz y afilé mis palabras—. ¿Cómo no va a interesarme si estoy aquí por eso?

Puma me había dicho que iban a tardar en organizar la misión y, de un día para otro, me enteraba de que no solo lo habían hecho ya, sino de que me habían dejado fuera. ¿De verdad, después de todo lo que había hecho, pretendían que me quedara al margen?

—No puedes venir con nosotros —sentenció Zeta, sin más explicación.

—Es una misión peligrosa —añadió Búho, más calmado—. Aún no estás preparada para algo así.

¿Que no estaba preparada? ¿Me iban a obligar a quedarme de brazos cruzados mientras iban a rescatar a Nina? No, no iba a permitirlo. No podía hacerlo. Me levanté, enfadada, y le di un golpe a la mesa.

—Eso ya lo veremos.

Me marché del comedor con una especie de fuego recorriéndome las entrañas. Me había pasado toda la vida reprimiendo mis sentimientos, intentando no mostrarme molesta ni triste, dando una

imagen de mí a la prensa y al mundo que no era la real; pero, por primera vez, estaba dispuesta a deshacerme de la máscara de perfección y dulzura que otros habían creado para mí.

Estaba tan sumida en mis propios pensamientos que no me di cuenta de que, en vez de a mi habitación, mis pasos me habían llevado hasta la salida del Refugio. Atravesé las puertas de cristal, pasé por debajo de las columnas y, bajo la atenta mirada de los francotiradores del tejado, salí a la calle.

Como ya era de noche, en el cielo brillaba una luna creciente que, acompañada de miles de estrellas, parecía estar riéndose de mí. En aquel momento sentía mi mundo como la sentía a ella: muy cerca y muy lejos a la vez, conocida y desconocida al mismo tiempo; llena de secretos.

—Buenas noches —les dije a las vigilantes de la puerta.

Me hicieron un gesto con la cabeza que me tomé como un saludo. Incluso sin haber hablado mucho con ellas, ya las conocía a todas. Eran cuatro: Medusa, Tiburón, Avispa y Mamba. Medusa y Tiburón eran las mayores, y siempre me sorprendía ver a dos mujeres de su edad sosteniendo un arma entre sus brazos musculosos. Medusa, además, llevaba un parche en el ojo, lo que la hacía parecer aún más fiera. Mamba, que tenía el pelo corto, casi rapado, era la única a la que había visto sonreír alguna vez.

Avancé con lentitud hacia el aparcamiento y dejé que la brisa de la noche me tranquilizara, que me ayudara a pensar con más claridad. A los pocos segundos, sin embargo, el ruido del motor de un coche rompió el silencio. Todas las vigilantes levantaron sus armas y, cuando el vehículo estuvo lo bastante cerca del Refugio como para que nos cegara la luz de sus faros, apuntaron.

—¡Es Oso! —les gritó Mamba a las demás—. ¡No bajéis la guardia, por si acaso!

El coche aparcó frente a la puerta y el conductor, un hombre alto de espalda ancha y barba poblada cuya fotografía había visto en el despacho de mi padre, se bajó. Tardé unos segundos en darme cuenta de que no iba solo, de que en el asiento del copiloto había otra persona. En cuanto esta salió del coche, se me paró el corazón.

Era Abel.

A pesar de que no pasé por alto que tenía un par de cardenales nuevos en la cara, verlo fue como ver salir el sol tras una terrible tormenta, como volver a casa después de un viaje muy largo.

Sonreí, incapaz de esconder la emoción, y nuestros ojos se cruzaron durante un segundo.

—¡Menudo recibimiento! —dijo, con la voz pastosa.

Dio un paso al frente, se tambaleó y, sin que me diera tiempo a reaccionar, se desplomó en el suelo.



Lo que en el Refugio llamaban «hospital» no era más que una estancia de grandes dimensiones con unas diez mesas que hacían de camillas improvisadas. Junto a cada una de ellas había un soporte con una bolsa de suero, y nada más. La única máquina que tenían era un pequeño respirador, y todo el material del que disponían, desde las vendas hasta los medicamentos, cabía en un pequeño mueble con tres cajones. Era tan escaso que me imaginé que en más de una ocasión habrían tenido que elegir si destinarlo a un paciente o a otro. ¿Cuántos domésticos habrían muerto entre aquellas paredes por no tener acceso a los medios que los celestes teníamos al otro lado del Muro? ¿Cuántas vidas se habrían apagado por una razón tan injusta?

Oso llevaba a Abel entre los brazos y, cuando llegamos hasta allí, jadeando, Búho dio un respingo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, preocupado.

Había otros dos domésticos con él, una mujer y un hombre, ambos mayores que él. Supuse que también debían de ser médicos porque, en cuanto nos vieron, se pusieron alerta.

—Lo encontré en el Puerta del Ángel —respondió Oso—. Me suplicó que lo trajera al Refugio, que era una cuestión de vida o muerte. No podía dejarlo allí.

—Túmbalo de lado en esa mesa —le ordenó el médico.

Oso le hizo caso y, después, Búho se acercó hasta Abel para examinarle. Cuando lo vi fruncir el ceño, contuve el aliento.

—Panda —le dijo a la mujer—. Vamos a necesitar oxígeno, suero y naloxona.

La médico asintió y se dio la vuelta para buscar algo dentro de los cajones del mueble que había junto a ella. Yo di un paso al frente, asustada.

—¿Qué le pasa? ¿Es grave?

Búho me miró como si se acabara de dar cuenta de que estaba allí.

—¿Puedes esperar fuera? —me preguntó, muy serio—. Enseguida salgo a hablar contigo.

Aunque no quería hacerlo, tanto Oso como yo nos marchamos para dejarlos trabajar con tranquilidad. Él se fue a hablar con Puma y yo esperé en el pasillo, nerviosa, junto a una de las ventanas. Sin embargo, pasaron casi dos horas y nadie salió a decirme nada. Cada vez estaba más asustada. No podía perder también a Abel, no sin volverme loca.

Cuando Búho abrió la puerta tras lo que me pareció una eternidad, me acerqué hasta él con el corazón en un puño. Los otros dos médicos también salieron, pero enseguida se marcharon y nos dejaron a solas.

—¿Cómo está? —le pregunté, con el estómago encogido.

—Se va a recuperar. Ha sido una sobredosis.

Toda la tristeza que sentía se transformó de golpe en enfado.

—¿Qué? —solté—. No me lo puedo creer.

Búho se encogió de hombros y me miró con esos ojos a los que parecía imposible quitarles la tristeza.

—Si eres su amiga, supongo que ya sabes que tiene un grave problema de adicción —me dijo—. Sus constantes vitales están bien, lo que necesita es descansar y que su cuerpo lo procese y elimine todo. No hay deshidratación, ni hipotermia, ni ha perdido el conocimiento. Hemos sido rápidos.

—Eso da igual, porque voy a matarlo.

—No te detendré. —Esbozó una sonrisa—. Quizá incluso te ayude a hacerlo.

Enarqué una ceja, sorprendida de verlo sonreír, y él se apresuró a recuperar su seriedad habitual.

—¿Por eso le ha dicho a Oso que venir aquí era una cuestión de vida o muerte? —le pregunté—. ¿Porque se había drogado?

A modo de respuesta, Búho se metió la mano en el bolsillo del mono y sacó una bolsa llena de pastillas.

—Tenía que traernos antibióticos —me explicó—. Gastamos todos los que nos quedaban con la herida de Zeta, así que le pedí más. Tenerlos o no es una cuestión de vida o muerte, en eso no ha engañado a nadie, pero supongo que, en el estado en el que estaba, exageró nuestra necesidad de ellos.

No me sorprendió descubrir que era Abel quien le facilitaba las medicinas a Búho, porque lo había visto robar en una ambulancia. Aunque en aquel momento no lo había entendido, ahora sabía que era él quien conseguía que en el Refugio obtuvieran muchas de las cosas que solo teníamos dentro del Muro. Era una conexión, como mi madre; una pieza fundamental en el engranaje del Frente.

Mientras pensaba en eso, Cobra y Zeta llegaron corriendo. No llevaban el mono negro, sino el pantalón gris y la camiseta blanca que usábamos para dormir. Intenté no fijarme demasiado en lo mucho que se marcaban las formas del cuerpo de Zeta para que el incómodo calor que eso me provocaba no me llegara a las mejillas.

—Oso nos lo ha contado —dijo Cobra—. ¿Está bien?

—Nada que Abel no pueda superar —respondió Búho.

—¿Podemos verlo? —preguntó Zeta.

Búho asintió, se dio la vuelta y nos abrió la puerta del hospital.

—Solo un rato —susurró—. Tiene que descansar.

A pesar de que Abel estaba agotado, con una vía en el brazo y una cánula nasal ayudándole a respirar, sus ojos verdes brillaban con la misma intensidad de siempre.

—Mi cumpleaños fue en febrero, así que si esto es una fiesta sorpresa, llegáis tarde —nos dijo con la voz cansada—. Espero que al menos me hayáis traído regalos.

Hizo un esfuerzo por incorporarse, pero Búho le lanzó una mirada reprobatoria y se quedó tumbado.

—La última fiesta casi te mata —le respondí—. Deberías olvidarte de ellas durante un tiempo.

—Claro que sí, Cenicienta.

—¿Cenicienta? —preguntó Cobra.

—No te pongas celosa, Cobra —la pinchó Abel—. A ti también puedo ponerte un mote. ¿Qué te parece Ricitos de Oro?

—Qué gracioso. Búho, ¿por qué no le inyectas un sedante y que se duerma?

Abel esbozó una sonrisa traviesa, estiró el brazo en el que tenía la vía y, dirigiéndose a Búho, dijo:

—Eso, doctor. ¿Por qué no lo haces? Me encantaría que me pincharas con tu aguja.

Búho puso los ojos en blanco, pero yo no pude evitar sonreír. Seguía siendo el Abel de siempre, el Abel que se tomaba la vida como una broma y era capaz de burlarse hasta de la muerte.

—Deberías tener más cuidado y no correr riesgos innecesarios viniendo hasta aquí —le advirtió Zeta—. La próxima vez seré yo quien entre en la ciudad. Las cosas en Madirit deben de estar muy mal.

La preocupación que había en su voz me provocó una extraña calidez en las entrañas. A pesar de que Zeta era frío por defecto, a veces tenía la sensación de que dentro de su pecho también latía un corazón: cuando me advirtió de la explosión; cuando salvó a Cisne del cuartel de policía; cuando estaba con los niños. Quizá era eso lo que hacía que no pudiera dejar de pensar en él: la certeza de que existía una manera de derretir su hielo.

—Están mal, sí —le respondió Abel—, por eso mismo sería una locura que ninguno de vosotros entrara en Madirit. Nunca ha habido tanta seguridad como ahora. Han traído policías de otras ciudades y no solo hay redadas en el Arrabal, también las hay en el centro de la ciudad. Tienen vigilados los túneles del metro y los edificios más importantes, incluyendo el palacio y Babel. Vuestra cara sale todos los días en las pantallas de la Vía Celeste, y estoy empezando a ponerme celoso, porque os vais a hacer más famosos que yo.

—Entonces estarán a punto de atacar el Refugio —dijo Zeta—. Deberíamos ser nosotros los primeros en hacerlo.

—No van a atacar —repuso Abel—. Si hacerlo estuviera en sus planes, ¿por qué no lo han hecho ya? ¿Por qué no hacerlo después

del atentado si saben quiénes sois y dónde estáis? ¿Por qué limitarse a poner a la gente en vuestra contra a través de la televisión?

—Porque nos tienen miedo —respondió Búho.

¿Miedo? ¿A ellos? Estaban armados y organizados, sí, pero estábamos hablando del Gobierno de la República. Si Ismael Garza se lo proponía, estaba segura de que podía aplastar al Frente con un solo movimiento.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Que, aunque parezca mentira, nuestra situación es muy ventajosa. Llevamos meses advirtiéndoles con los mensajes de los grafitis: «Contaremos la verdad, haremos justicia». Y, en el fondo, están asustados. Probablemente piensan que, si nos atacan…, serán ellos los que salgan perdiendo.

¿Cuál era la verdad con la que el Frente estaba amenazando al Gobierno? ¿Lo que pasaba en el Arrabal? ¿Eso era lo que a Ismael Garza le daba tanto miedo que saliera a la luz?

—¡Qué listo eres, madre mía! —exclamó Abel, mirando a Búho con admiración—. Zeta, deberías aprender un poco de él.

Búho no respondió y me produjo mucha ternura ver cómo se ponía tenso ante los cumplidos.

—Deberíamos hablar con Puma —sentenció Cobra—. Tenemos que estar preparados para lo que pueda pasar.

Abel asintió y abrió la boca para responder, pero Búho se acercó hasta él y le puso la mano en la frente para medirle de nuevo la temperatura. Para sorpresa de todos, Abel se quedó quieto y callado mientras lo hacía.

—Bueno, creo que se acabó la visita —nos dijo Búho—. Todos a descansar. En unas horas tenemos una misión importante y no quiero que perdáis más horas de sueño.

No me había dado cuenta de lo tarde que era ni de lo cansada que estaba. Zeta y Cobra se despidieron antes de salir y, cuando yo fui a hacer lo mismo, Abel le preguntó a Búho:

—¿Puede quedarse Eva un momento? Necesito hablar con ella a solas.

Aunque Búho estuvo a punto de negarse, la mirada de Abel hizo que se ablandara.

—Solo un minuto —dijo.

Se marchó y yo me acerqué hasta Abel. Tenía muchas ganas de darle un abrazo; lo que me salió, en cambio, fue echarle la bronca:

—Estás loco. ¿Cómo se te ocurre drogarte así? ¡Podría haberte pasado algo!

—Pensé que una semana de secuestro en el Refugio haría que te tomaras la vida de otra forma, pero veo que no has cambiado nada, Cenicienta. Sigues siendo igual de aburrida.

Puse los ojos en blanco y él sonrió. De alguna forma, y aunque eso me irritaba enormemente, me sentí de nuevo en casa.

—¿Sabes que Héctor está aún más insoportable desde que no estás? —me dijo—. La próxima vez que lo vea llorando en televisión, iré a por él y lo volveré a dejar inconsciente.

—¿Debería sentirme mal por no echarlo de menos?

—No, claro que no. Y no me extraña que no lo hagas. Aquí tienes muchas… distracciones.

Abel alzó las cejas con picardía, pero yo no le seguí el juego.

—No he venido aquí a distraerme, Abel. Tengo otras preocupaciones. Mi padre, por ejemplo. ¿Cómo está?

—Insoportable, también. Lo veo cuando se reúne con el mío en el palacio, y siempre tiene mala cara. Supongo que está preocupado por ti.

¿Sería verdad? ¿Estaba mi padre pasándolo mal porque pensaba que estaba en peligro, o enfadado porque sabía la verdad? Una punzada de dolor me atravesó el pecho al recordar la rueda de prensa que había dado junto al presidente.

—Me está utilizando para engañar a la gente, ya viste lo que hizo con tu padre en televisión —dije—. Están usándome como arma, igual que a tu hermano.

Al mencionar a Ismael, los ojos de Abel se oscurecieron.

—Mi hermano —soltó—. Hoy no me he muerto porque Oso me encontró en el Puerta del Ángel, pero es lo que me merezco.

Se le quebró la voz y, al escucharlo, se me rompió el corazón. Lo había dicho con tanta rabia, con tanto dolor, que supe que esas palabras llevaban tiempo desgarrándole por dentro, luchando por salir, y él no había hecho más que intentar esconderlas.

—No digas eso.

—¡Es la verdad! Yo tuve la culpa de que Ismael muriera. Yo… yo lo encerré en la despensa.

«Ismael no había bajado por casualidad, alguien lo llevó hasta allí y lo encerró en la despensa, asegurándose de que no pudiera salir», me había dicho Héctor. Y por fin descubría quién lo había hecho.

—Estuve a punto de abrirle la puerta, ¿sabes? —añadió—. Tenía la llave en la mano y, aun sabiendo lo que iba a pasar, me marché.

Aunque no le dije nada, sospechaba que no me estaba contando toda la verdad. ¿Por qué iba a dejar morir a su hermano de esa forma? ¿Por el Frente?

—Lo único que buscábamos era asustar al Gobierno —continuó—, hacerlos sentir vulnerables, demostrarles que estábamos armados y podíamos hacerles daño. Tendría que haberlo sacado antes de que estallara la bomba. —Cerró los ojos un segundo, como si le doliera decir aquellas palabras, y después continuó—: Ismael era un ególatra consentido, un auténtico hijo de puta, pero su muerte le ha hecho daño a mi madre y no puedo perdonármelo.

No pude evitar pensar en que a mí sí me habían avisado, en que a mí sí habían intentado protegerme. Abel se estaba torturando porque no había hecho con su hermano lo que Zeta había hecho conmigo, y eso lo destrozaba. Debía de ser difícil vivir con esa carga, mucho, tanto como para buscar el consuelo de las drogas y el alcohol día tras día, noche tras noche. La pregunta que daba vueltas en mi cabeza «¿Por qué lo hiciste?» se me atascó en la garganta y, en su lugar, me salió otra:

—¿Esa es la razón por la que estás intentando destruirte a ti mismo?

No me respondió. Se quedó callado, mirando al infinito, y me pareció más frágil y joven que nunca, como un niño perdido que se sabe lejos de la calidez de su hogar. Por primera vez me di cuenta de que, a pesar de lo que quería aparentar, Abel estaba tan roto por dentro como todos los demás.

—Hacerte daño no va a hacer que tu hermano vuelva —le dije, intentando no ser demasiado dura con él—. Lo único que vas a

conseguir así es provocar más dolor, tanto a ti mismo como a todos los que te queremos.

Continuó callado, y no pude evitar fijarme en los cardenales que tenía en la cara. No recordaba la última vez que le había visto la piel sin una sola herida, y me pregunté en qué tipo de actividades ilegales estaría metido, cuántos secretos me estaba ocultando.

—¿Quién te ha pegado esta vez? —le pregunté, cambiando de tema a propósito—. Cuéntame la verdad.

—Cenicienta, hay mucha gente que tiene envidia de esta cara y haría cualquier cosa por destrozarla —me respondió, quitándole importancia—. Si llego a saber que ibas a empezar con tus preguntas, habría preferido no despertarme.

—¡No bromees con eso!

Soltó una risotada y sus ojos recuperaron, en parte, su brillo habitual. No quise insistir. Cuando Abel se negaba a contar algo, era imposible sacárselo.

—¿Sabes algo de Nina? —me preguntó, apoyando la cabeza en la almohada.

—Van a ir mañana a buscarla a la Celda, pero no quieren que yo vaya. —Me encogí de hombros, intentando que no se notara lo mucho que eso me afectaba—. Supongo que no les sirvo para nada.

Abel frunció el ceño, sin dejar de mirarme, y supe que no estaba de acuerdo con la decisión de los miembros del Frente; que iba a ser la única persona en todo el Refugio que no me dijera «Es peligroso, no hagas nada», sino «¡No te puedes quedar de brazos cruzados!».

No me equivoqué.

—Tienes que ir con ellos, Eva. Que no sepas disparar un arma no significa que no puedas ser útil de otra forma.

—¿Cómo? —le pregunté.

—¿Cómo? ¿De verdad me lo preguntas? ¡Eres la única que conoce a Nina! Además, si los policías se dan cuenta de que estás con ellos, jamás os atacarán. Puedes ser una especie de escudo. —Cerró los ojos un momento, como si se hubiera mareado, y después continuó —: Te conozco, Cenicienta, y estarás insoportable si no vas a esa misión y haces todo lo posible por ayudarlos.

Tenía razón. Yo también podía serles útil. Por mucho que a Zeta le molestara, no iba a quedarme esperándolos en el Refugio. Había recorrido un camino muy largo para llegar hasta donde estaba y no podía rendirme tan rápido.

—¿Y qué puedo hacer? No sé nada sobre la misión, no sé…

—En serio, ¿dónde está la Cenicienta que se escapó de casa, engañó a su padre y dejó inconsciente a su prometido?

No pude evitar que se me escapara una sonrisa.

—Estaba escondida hasta que has llegado tú. Eres una mala influencia para mí.

Abel me devolvió la sonrisa, aunque se le estaban cerrando los ojos. Hasta él, de vez en cuando, necesitaba descansar.

—¿Yo, una mala influencia para ti? Sabes de sobra que es al revés.

Búho abrió la puerta justo en ese momento y yo levanté la vista para mirarlo.

—Siento deciros que se os ha acabado el tiempo —nos dijo—. Es hora de descansar.

Asentí, me despedí de Abel y, mientras salía por la puerta, le escuché decir:

—Todos queréis pasar un rato a solas conmigo, y no me extraña. Si yo no fuera yo, también querría hacerlo.

Sacudí la cabeza y me marché del hospital.

Iba a ir a la Celda con el Frente de Liberación, iba a ayudar a rescatar a Nina; y no pensaba dejar que nadie me lo impidiera.

CISNE



«Conocido por su cuello esbelto y su característico color blanco, el cisne es un animal muy sociable que vive en comunidad, aunque siempre en grupos de pequeño tamaño. Inspiradora de cuentos de hadas, esta ave representa la belleza, la fidelidad y el amor eterno.

A pesar de ello, el cisne tiene un temperamento feroz y un comportamiento muy agresivo cuando protege su nido».

Gran Enciclopedia de los Animales, página 230

15



Las ideas de Abel siempre eran una locura. Estaba escondida en el maletero del todoterreno, asustada, cuando me arrepentí una vez más de haberle hecho caso. De todos los disparates que me había llevado a hacer en las últimas semanas, ese era sin duda el peor.

El vehículo arrancó y yo cerré los ojos en la oscuridad. ¿Por qué había aceptado de nuevo meterme en un espacio tan pequeño? Además, por si eso fuera poco, nos dirigíamos a una peligrosa misión de rescate en la que muchas cosas podían salir mal.

El escuadrón de liberación estaba formado por cinco soldados bien preparados, entre los que se encontraban Zeta, Cobra, Oso y dos de las mujeres en las que más confiaba Puma: Bengala, una experta en tecnología; y la veterana Medusa, cuyos enormes brazos me intimidaban tanto como su parche en el ojo.

Aunque de vez en cuando escuchaba sus voces, amortiguadas y lejanas, todos parecían más callados de lo normal.

—Entraremos por una de las puertas laterales —dijo Medusa—. Recordad el mapa que estudiamos.

—¿Las cámaras de seguridad…?

—Camaleón tiene acceso al servidor y dejará las cámaras de seguridad ciegas a partir de la medianoche. Tendremos solo una hora. Ni un minuto más.

El viaje hasta la Celda se me hizo interminable. Tras lo que me parecieron horas recorriendo una carretera llena de baches y curvas, nos detuvimos. Había llegado el momento. Apreté los puños y, cuando todos salieron del vehículo, tomé aire y golpeé con fuerza la puerta del maletero.

—¿Qué es eso? —preguntó Medusa.

Lo golpeé de nuevo, esta vez con las piernas, y a los pocos segundos me abrieron la puerta. Ahogué un grito al ver que quien lo había hecho tenía la cara tapada con un pasamontañas.

—No me lo puedo creer. —Reconocí enseguida la voz de Oso—. Tenemos un polizón.

Me incorporé, agradeciendo volver a sentir el aire fresco en la cara, y me encontré con los miembros del Frente apuntándome con sus fusiles. Todos ellos llevaban pasamontañas y un chaleco antibalas sobre el mono.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me preguntó Cobra mientras bajaba el arma—. ¿Has perdido la cabeza?

No dije nada. La única respuesta posible a su pregunta era «Sí, la he perdido, pero ya es tarde». Los miré a todos, algo avergonzada, y después clavé la vista en lo que había tras ellos, a lo lejos. Un enorme edificio de hormigón en forma de cubo recortaba el horizonte, con la fachada iluminada por focos, alzándose en medio de la nada como una aparición. Su perímetro estaba rodeado por una valla metálica de más de dos metros de altura y no se escuchaban voces ni alarmas, nada que indicara que allí dentro había vida.

—Esto es increíble —dijo Zeta—. Sabía que ibas a venir, es que lo sabía, por eso no quería que te contaran nada.

—No me iba a quedar de brazos cruzados mientras rescatabais a Nina —me defendí.

—Esto es peligroso, Eva —me advirtió Medusa. Era la más fácil de identificar porque se le veía el parche del ojo por debajo del pasamontañas—. No es ningún juego.

—Ya lo sé —respondí, saliendo del maletero—, pero puedo seros útil. Todos los policías saben quién soy, y podemos usar eso a

nuestro favor. No os atacarán si saben que estoy con vosotros. Puedo ser vuestro escudo.

—¿Y te vas a arriesgar para salvarnos? —me preguntó Zeta—. Para salvar a Nina, quiero decir.

—Por supuesto.

Sus ojos se clavaron en los míos y me pareció más acertado que nunca que tuvieran el color del fuego. Por su culpa, mi cuerpo estuvo a punto de salir ardiendo.

—Bueno, ya está —sentenció Medusa—. No podemos dar marcha atrás ahora. Eva vendrá con nosotros sin pasamontañas, así será más fácil reconocerla y, en caso de que algo salga mal, haremos dudar a los policías. Zeta, te encargarás de ella.

Él no se quejó, lo que me pareció una buena señal. Comenzamos a caminar en dirección al edificio, atravesando el descampado que lo rodeaba. El único sonido que se escuchaba era el de nuestras botas contra la tierra. Bengala, que llevaba una cizalla colgada a la espalda, junto al fusil, se acercó hasta mí y me entregó la pistola que llevaba en el cinturón.

—Deberías llevar esto —me dijo—. Está cargada.

Dudé antes de aceptar el arma. ¿Sería capaz de disparar? ¿La usaría si mi vida o la de cualquiera de mis compañeros corría peligro?

—No sé usarla —me excusé—. Aún no he llegado al entrenamiento con armas.

—No tiene mucho misterio: quitas el seguro, apuntas y aprietas el gatillo.

Agarré la pistola, algo insegura, y la apreté con fuerza en la mano. Pesaba mucho más de lo que había imaginado. Alcé la vista para mirar la Celda y tragué saliva. Cada vez estábamos más cerca.

—¿Qué hay dentro? —le pregunté a Bengala.

—Inocentes encarcelados —me respondió Zeta.

Por su tono de voz, cualquiera habría dicho que me estaba acusando a mí de haberlos encerrado.

—¿A los celestes no os hablan de la Celda? —quiso saber Bengala. Parecía sorprendida.

—Sabemos que quienes incumplen las leyes son expulsados al otro lado, pero… no sabía que existía una especie de cárcel.

Cobra soltó una risotada despectiva.

—Ahí dentro vivís en una burbuja —me dijo—. La realidad os explotará en la cara tarde o temprano.

Estaba a punto de responderle cuando llegamos a la valla metálica que rodeaba el perímetro de la Celda. Medusa nos obligó a guardar silencio. Desprendía un leve zumbido, una vibración parecida a la que emitían los polinizadores, y eso solo podía significar una cosa: estaba electrificada.

—Quedan cinco minutos para la medianoche —nos indicó Medusa tras mirar el reloj de su muñeca—. A las doce en punto, Camaleón cortará la red eléctrica y podremos hacer un agujero en la valla. Tardarán muy poco en volver a conectarla, pero, cuando lo hagan, él ya habrá accedido a las cámaras de seguridad. Durante una hora, emitirán imágenes falsas.

—¿Quién es Camaleón? —pregunté—. ¿Y por qué está dentro?

Nadie me respondió.

—Sabemos que hay seguridad dentro de la Celda —continuó Medusa—, así que, desde que entremos en el archivo para buscar el expediente, debemos ser cautos.

—¿Expediente? —pregunté—. Pensé que íbamos a buscar a Nina.

Medusa me miró y yo me hice algo más pequeña bajo su único ojo visible. No hacía más que demostrar que no tenía ni idea de lo que estábamos haciendo.

—Primero tenemos que saber si la han traído aquí y, si es así, averiguar dónde la tienen —me respondió—. Entrar directamente a las jaulas sería un suicidio.

Antes de que pudiera abrir la boca para replicar, Medusa miró de nuevo su reloj y nos dijo:

—Preparaos.

Bengala tomó la cizalla que llevaba a la espalda; yo contuve el aliento. Todos nos quedamos quietos, expectantes, atentos. Los segundos pasaban muy lentamente, y poco a poco nos iban asfixiando. Entonces, sin previo aviso, los focos que iluminaban la fachada de la celda se apagaron de golpe.

—Ahora —nos indicó Medusa.

Bengala dio un paso al frente y cortó la alambrada con la cizalla, abriendo un agujero en la valla. No hubo ninguna descarga eléctrica.

—Vamos, rápido.

Sin detenernos ni un instante, entramos en el recinto de la Celda y empezamos a correr. Cruzamos un patio a toda velocidad y, tras doblar una de las esquinas del edificio, nos escondimos tras ella. Los seis nos apoyamos en la pared, con la respiración entrecortada, cuando los focos volvieron a encenderse. La tranquilidad que nos rodeaba me pareció sospechosa e inquietante.

—Bengala, te toca —dijo Oso.

A nuestro lado había una puerta metálica junto a la que brillaba una pequeña pantalla. Supuse que era la entrada al archivo. Bengala se acercó hasta ella y, cuando comenzó a teclear, le pregunté:

—¿Puedes abrirla?

—Creo que sí, no es la primera vez que desactivo los sistemas informáticos del Gobierno.

—¿Desactivar los sistemas informáticos del Gobierno? ¿Dónde has aprendido a hacer algo así?

—En la Antena —me respondió—. Con Camaleón.

No tenía ni idea de qué era la Antena, y tampoco de quién era el dichoso Camaleón, pero no dije nada más. Giré la cabeza hacia Zeta y agucé el oído. Podía escuchar su respiración, apreciar el rítmico movimiento de su pecho. Él también me miró, desde su altura, y como siempre que estábamos en una situación como aquella, como siempre que estábamos al límite y clavaba sus ojos en los míos, me entraron ganas de hacerle todas las preguntas que me ardían en el pecho:

«¿Por qué me advertiste de la explosión? ¿Por qué me odias ahora? ¿Por qué me importa tanto lo que piensas?».

Sin embargo, no le hice ninguna.

—¿No puedes ir más rápido? —le preguntó Cobra a Bengala.

—Estoy intentando burlar un *software* gubernamental, no es como hacer un maldito crucigrama.

—Déjame pegarle un tiro.

—¡No! ¡No podemos llamar la atención! Si me das cinco minutos más, averiguaré la contraseña.

¿Contraseña? Miré a Bengala, y después clavé los ojos en la pantalla. En ella, sobre el teclado, brillaba una estrella de ocho puntas metida dentro de un círculo: el símbolo del Ministerio de Orden y Seguridad, el que dirigía Héctor. La Celda debía de depender de él.

—¿Qué clase de contraseña necesitas? —le pregunté.

—Un número de ocho cifras.

«¿Sabes que uso tu fecha de cumpleaños como contraseña? En mi teléfono, en las puertas del ministerio, en las cajas de seguridad…». ¿Y si…? No, no podía ser tan fácil. Además, la contraseña que había utilizado para desbloquear su móvil tenía solo cuatro cifras. Si quisiera obtener un número de ocho, tendría que añadirle otras cuatro.

Como las que tenía un año.

—Prueba con 14072148 —le dije, dándole mi fecha de nacimiento completa.

Bengala debió de dar por hecho que no era un número al azar, porque lo tecleó en la pantalla sin hacerme ninguna pregunta. Tras unos segundos de incertidumbre, la puerta soltó un leve pitido y se abrió.

—Increíble —murmuró con asombro—. Eva, de ahora en adelante vendrás conmigo a todas las misiones.

La mujer se rio y todos me miraron con sorpresa. Tuve que disimular mi orgullo al darme cuenta de que, por primera vez, había sido útil para el Frente.

—Vamos dentro —ordenó Medusa.

Todos alzaron sus fusiles y yo, imitándolos, levanté la pistola. Sin embargo, me temblaban las manos. Dudaba incluso que pudiera disparar. Quizá por eso, antes de atravesar la puerta, Zeta soltó el fusil, se colocó a mi espalda y puso sus manos sobre las mías, rodeando la pistola.

—Es mejor que la sujetes así —me dijo.

Sus dedos acariciaron los míos con suavidad, indicándome con delicadeza cómo colocarlos en torno al arma. El contacto con su piel

hizo que algo dentro de mí estallara en llamas, que los latidos de mi corazón se aceleraran tanto que hasta pudiera notarlos golpeándome el pecho.

—¿Así? —susurré.

—Agárrala con más fuerza —musitó.

Alcé la cabeza y, con la respiración entrecortada, busqué sus ojos. Él me miró los labios. Tenía la mandíbula muy marcada y unos mechones de pelo negro cayéndole sobre la frente. Era guapo, tan guapo que me distraía incluso en un momento como ese. Además, olía muy bien. Su cuerpo estaba pegado al mío, y no podía dejar de pensar en lo ancho que era su pecho, en todas y cada una de las veces que le había visto sin camiseta, en las gotas de sudor bajándole por el…

—Eh —nos llamó Cobra desde la puerta—. Deberíais entrar.

Zeta y yo nos separamos de golpe, pero tardé unos segundos en salir del trance que su cercanía me había provocado. Él volvió a levantar el fusil y se apresuró a entrar en el archivo. Yo, aún nerviosa, le seguí.

Al igual que el exterior, el interior del edificio estaba en silencio, vacío, como si no hubiera nadie. Ante nosotros se abría una sala muy amplia con un mostrador de información y, tras él, un largo pasillo con puertas a ambos lados. Los suelos eran de mármol blanco y nada parecía indicar que estuviéramos dentro de una cárcel. Las únicas luces eran las de emergencia, que brillaban en la parte más alta de las paredes.

—¿Por qué no hay nadie? —susurré.

Una vez más, mis palabras quedaron flotando en el aire.

—Los expedientes deben de estar tras alguna de esas puertas —dijo Medusa, señalando hacia el pasillo con el fusil—. Nos separaremos y lo buscaremos.

—¿Y cómo vamos a encontrar el registro de Nina? —pregunté—. Nadie sabe su verdadero nombre.

Con que nadie «sabía» su verdadero nombre quería decir que no estaba segura de que lo tuviera, y eso me hizo sentir fatal. Al igual que todos los demás, ella debía de haber tenido uno antes de que mi padre la comprara, antes de que yo la llamara Nina.

—Los celestes tenéis una forma de identificarnos, aunque no nos dejéis tener un nombre —me respondió Cobra.

—El código de barras —me aclaró Medusa.

De pronto recordé las hojas que había robado del despacho de mi padre. Eran números, columnas enteras de códigos que no había sido capaz de descifrar pero que allí, gracias a las palabras de Medusa, comprendí: eran domésticos. Cada número era una persona. ¿Por qué mi padre tenía carpetas llenas con cientos de ellos? No tenía sentido.

—Dependiendo del ministerio que nos compre, nos ponen un código u otro. Es un sistema muy sencillo —me explicó Bengala—. Tenemos que buscar el archivador que contenga los documentos con el código del Ministerio de Alimentación y, dentro de él, los que correspondan a los domésticos que trabajan en tu casa y que, por alguna razón, hayan cometido un delito. No puede haber muchos. Probablemente, Nina sea la única.

Asentí, asimilando la información, y entonces escuchamos un ruido detrás de nosotros. Nos dimos la vuelta justo cuando cuatro policías armados entraban al archivo.

Un segundo después, comenzaron a disparar.

—¡Cuidado! —gritó Cobra.

Alzó el fusil y disparó. Los policías respondieron. Una bala impactó contra la pared; yo ahogué un grito y me tapé los oídos. Zeta se lanzó sobre mí, protegiéndome con su cuerpo. Juntos, nos agachamos tras el mostrador. Me apretó con fuerza contra su pecho cuando Cobra, Bengala, Oso y Medusa se escondieron junto a nosotros.

—Estáis rodeados —dijo uno de los policías cuando cesó el tiroteo —. Salid ahora mismo con las manos en alto y nadie saldrá herido.

Era mentira, claro que lo era. En cuanto saliéramos, nos matarían.

—El ministro de Orden y Seguridad ha ordenado vuestra detención.

El ministro de Orden y Seguridad. Héctor. Tenía que entregarme. Si me veían, se olvidarían de los miembros del Frente. Apreté la pistola en la mano, decidida, pero Zeta me abrazó con más fuerza para impedir que me moviera.

—No —me susurró—. Ni se te ocurra salir.

—Sal conmigo —le dije. Le puse la pistola en la mano y él frunció el ceño—. Pónmela en la cabeza.

—¿Qué?

—En cuanto me reconozcan, bajarán las armas. No se arriesgarán a que me hagas daño.

No le quedó más remedio que hacerme caso. Nos levantamos a la vez y, cuando los policías nos vieron, me sujetó por los hombros y me colocó la pistola contra la sien.

Los cuatro agentes, vestidos de azul celeste, nos apuntaron con sus pistolas. A pesar de que casi no había luz, las alas de Heden brillaban, bordadas en oro, en el lado izquierdo de sus camisas.

—¡Quieto! —gritó uno de ellos—. Por orden del ministro de…

—Decidle al ministro que, si alguno de nosotros acaba detenido esta noche, él se queda sin su prometida —le interrumpió Zeta.

El cañón de la pistola estaba frío; su cuerpo, caliente. Los policías tardaron unos segundos en reconocerme, pero, en cuanto lo hicieron, dudaron. No podían disparar. No podían arriesgarse a hacerme daño.

—Agente Castro, ¿me recibe? —crepitó uno de los *walkie-talkies*. La voz que sonaba desde el otro lado era la de una mujer—. ¿Mandamos refuerzos?

Zeta le quitó el seguro a la pistola y los cuatro policías se pusieron tensos.

—Dile que todo en orden —le ordenó Zeta—. Hazlo o disparo.

El policía asintió, algo nervioso, e hizo lo que le pedía. Los demás continuaron apuntándonos con sus armas.

—Ya está —musitó en cuanto se retiró el *walkie-talkie* de la boca —. No habrá refuerzos. Ahora, danos a la chica.

—Soltad las armas primero. Y poned las manos en alto.

Los policías dudaron unos segundos, pero obedecieron.

—Dadles una patada. ¡Las quiero lejos o la mato!

Volvieron a hacerle caso. Golpearon sus pistolas con el pie, alejándolas de ellos, y se quedaron quietos como estatuas.

—Ahora —dijo Zeta, apretándome con más fuerza contra su pecho —, quiero que hagáis memoria. Hace un par de semanas tuvo que

llegar aquí una de las domésticas del ministro de Alimentación. Decidme dónde está.

Los cuatro policías guardaron silencio, como si no supieran de qué estaba hablando, y yo contuve el aliento. Nina. Por fin.

Sin embargo, cuando el agente Castro sonrió, todas mis esperanzas se desvanecieron. Un disparo en la cabeza habría dolido menos que las palabras que salieron de su boca:

—Muerta —dijo—. Está muerta.

—¡No! —grité.

Y entonces, todo se precipitó.

Los policías aprovecharon los segundos de confusión para dispersarse y uno de ellos sacó una pequeña pistola que tenía escondida en la espalda. Zeta me empujó y caí al suelo justo cuando Oso, Cobra, Bengala y Medusa salieron de detrás del mostrador. Hubo disparos, gritos. El sonido de un cuerpo contra el mármol. Me tapé la cabeza con las manos y las lágrimas me empaparon los ojos. Habían matado a Nina. No podía respirar. Por más rápido que inhalara, el aire no llegaba a mis pulmones.

La ansiedad me impidió enterarme de cuándo cesó el tiroteo. Ni siquiera me percaté de que Zeta se acercó hasta mí, me sujetó del brazo y me obligó a ponerme en pie.

—Vámonos —me indicó.

Sentía como si, de repente, todo lo que había a mi alrededor no fuera real, como si estuviera viendo la escena desde fuera. No podía controlar los temblores de mi cuerpo, el cosquilleo de las manos. No podía controlar las lágrimas.

—Eva, escúchame.

No, no podía escucharlo. No quería. Tres de los policías estaban tirados en el suelo, uno de ellos con un disparo en la cabeza. La sangre había formado un charco escarlata junto a su cuerpo y le estaba empapando el uniforme. Estaba muerto, muerto de verdad. Como Nina.

Quería irme de allí.

Quería escapar de aquella espiral de violencia sin sentido.

—¡Déjame! —le grité a Zeta, empujándolo.

Mi pecho subía y bajaba a toda velocidad, luchando por conseguir algo de aire.

Quería gritar.

Quería salir corriendo.

—Está teniendo un ataque de pánico, Zeta —dijo Medusa desde el otro lado del vestíbulo. Tenía inmovilizado al único policía que estaba consciente y le había colocado un cuchillo en el cuello—. Búho no está, así que tranquilízala como sea.

Zeta asintió y me sujetó las manos. Yo las retiré de golpe.

—Eva, por favor.

Volvió a intentar tomarme las manos, pero yo me aparté de él con brusquedad.

—¡No me toques! —le grité, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡No tienes derecho a tocarme! ¡Ni siquiera deberías estar mirándome! ¡No eres más que un doméstico asqueroso!

Las palabras se escaparon de mi boca como balas porque sabía que a Zeta le dolerían, que sufriría tanto como yo lo estaba haciendo. Y, aunque fuera de forma inconsciente, eso era lo que quería. ¿Qué más me daba lo que pensara de mí? Ya me odiaba, ¿no? ¿Acaso insultarle iba a cambiar algo?

—Vámonos sin ella —soltó Cobra—. Que se quede aquí y vuelva a su mundo. Tenemos al policía como rehén, no nos atacarán.

Nadie se movió. Ni siquiera Zeta, que seguía frente a mí, mirándome. Me perdí en el color de sus ojos durante unos segundos, luchando contra el dolor y las lágrimas.

Dio un paso hacia mí y, con mucha calma, como si estuviera hablando con uno de sus alumnos, me dijo:

—Eva, te conozco. Sé que estás dolida y que no piensas de verdad lo que acabas de decir. No estaríamos aquí si lo hicieras. Contaremos juntos hasta diez y luego nos marcharemos, ¿vale?

Asentí. Por alguna razón, sus palabras me calmaron. Me sujetó las manos con un cariño que no me merecía, y esta vez dejé que lo hiciera.

—No te separes… no te separes de mí —le pedí, con la respiración entrecortada—. Por… por favor.

—No lo voy a hacer —me aseguró—. Te lo prometo.

Entrelazó sus dedos con los míos, sin dejar de mirarme, y poco a poco me fui calmando. El calor de su piel fue como un bálsamo, como una medicina que no sabía que necesitaba. Tomé aire, volví a soltarlo… y entonces vi de reojo cómo uno de los policías que estaban en el suelo, al que habíamos creído inconsciente, se incorporaba y levantaba su pistola.

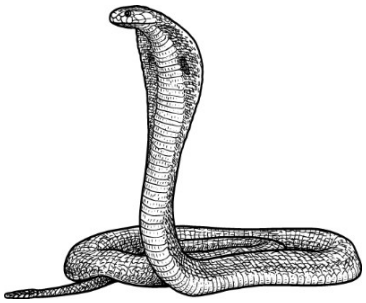
«No tiene mucho misterio —me había dicho Bengala—. Quitas el seguro, apuntas y aprietas el gatillo».

—¡Cuidado! —gritó Cobra.

Solo tuve tiempo de abalanzarme sobre Zeta para apartarlo de la trayectoria de la bala. Después, el dolor fue tan intenso que me hizo perder el conocimiento.

Jamás imaginé que moriría mirando unos ojos que tenían el mismo color que un atardecer.

COBRA



«La cobra es una serpiente venenosa con fama de ser muy agresiva. Cuando se siente atacada, adopta una característica posición de defensa: levanta el cuerpo y estira las costillas que tiene detrás de la cabeza para desplegar un capuchón que la hace parecer más grande y aterradora. Busca dar miedo a sus enemigos y, generalmente, lo consigue.

Se dice que tienen una memoria excelente y, si es atrapada, es capaz de recordar a la persona que lo ha hecho para buscarla y vengarse».

Gran Enciclopedia de los Animales, página 322

16



Cobra

Hola, mamá. Soy yo, Cobra. Bueno, tú no me conoces con este nombre, tú solías llamarme Carla. Todavía me acuerdo. De eso y de muchas otras cosas que el maldito Gobierno no ha conseguido arrebatarme. Sé que nunca vas a escuchar esto, pero si no saco todo lo que llevo dentro, terminaré pegándole a alguien, así que espero que esta estúpida grabadora no vuelva a romperse.

Ahora mismo estoy sentada en el tejado del Refugio. Está anocheciendo y, como siempre, me acuerdo de ti. Me pregunto dónde estarás. A veces, cuando me acuesto, me viene a la cabeza la nana que me cantabas para dormir. Qué tontería, no sé por qué me acuerdo de eso si hace más de veinte años que no he vuelto a escucharte cantar. Supongo que es porque tengo pocos recuerdos felices de mi vida y todos los que tengo contigo lo son. Todos excepto el del día en que esos cabrones te atraparon, claro.

Aún recuerdo sus caras, mamá. Aún me acuerdo de todos y cada uno de ellos. Te juro que, si algún día vuelvo a verlos, los mataré uno a uno lenta y dolorosamente. Voy a vengarme no solo por lo que nos hicieron a nosotras, también por lo que les han hecho a todos los domésticos de Heden. Quiero que Ismael Garza y sus

ministros griten como lo hiciste tú cuando te atraparon, quiero que sufran. Y lo voy a conseguir.

¿Recuerdas lo que me dijiste el día que llegaron los policías? Me suplicaste que me fuera, que corriera lejos. «¡Corre, Carla! ¡Corre, mi amor!». Y te hice caso, mamá. Desde ese día no he dejado de correr, de huir, de luchar. Sé que es una estupidez esperar que sigas con vida, pero a veces me sorprendo a mí misma imaginando que vuelvo a verte. Por eso hago estas grabaciones, ¿sabes? Para que, cuando volvamos a vernos, puedas ponerte al día.

En fin, voy a contarte todo lo que ha pasado desde que dispararon a la princesita. Empezaré por el principio…

Nunca llegué a confiar del todo en Eva Salazar. No es que la odiara, es que no estaba segura de que no nos estuviera engañando. Al final, el mundo contra el que luchamos es el suyo. ¿Y si decidía volver a su casa y nos traicionaba? Aunque es hija de su madre, también lo es de su padre, y ya sabemos lo que hace el ministro de Alimentación…

El día de la misión a la Celda, sin embargo, todo cambió. Ninguno de nosotros se imaginaba que protegería a Zeta de esa forma. Se puso delante de la bala, mamá, ¡será estúpida! ¡Era la única que no llevaba chaleco antibalas!

¿Sabes quién tuvo en realidad la culpa de todo? Zeta. ¿Por qué no registró a los policías? ¿Les pides que suelten las armas y no te aseguras de que no tengan ninguna escondida? Menudo imbécil.

La misión a la Celda fue un desastre, ya te lo imaginas. Tuvimos que matar a dos policías, incluyendo al que le disparó a la princesita. Fui yo quien lo hizo. Sé que hay muchas cosas de mi vida que no te gustarían, pero es que ya no soy Carla, mamá, ahora soy Cobra. El día en que me hice la cicatriz de la cara cambió mi identidad, y tuve que dejar atrás mi corazón para sobrevivir.

No, no quiero que llores. Voy a continuar con la historia.

Cuando llegamos al Refugio, fuimos directamente al hospital. Búho, Panda y Tejón nos estaban esperando.

—¿Otro disparo? —nos preguntó Búho.

—Sí, en el abdomen —le respondió Zeta—. Y la bala sigue dentro.

Los tres médicos se miraron, preocupados, y comenzaron a moverse mientras decían palabras como «peritonitis», «laparotomía» o «evisceración». Ni Zeta ni yo entendíamos nada, pero aun así supimos que si la princesita salía con vida, sería un milagro.

—Dejadla sobre esa mesa —nos pidió Búho—. Parece que ha perdido mucha sangre, pero haremos lo que podamos.

Y lo que le respondió Zeta me dejó atónita:

—Si necesitas sangre para ella…, toma la mía.

—No funciona así, Zeta —le explicó Panda—. No podemos ponerle cualquier sangre a cualquier persona y, aunque pudiéramos, eso no le salvaría la vida. Esperad fuera, por favor.

Zeta no quiso marcharse del hospital esa noche, así que se quedó en el pasillo dando vueltas. Yo me quedé con él. ¿Qué iba a hacer si no? ¿Dejarlo solo? Es mi mejor amigo, y sabía de sobra que estaba cansado, preocupado y nervioso. Además, se sentía culpable.

—¿Crees que saldrá de esta? —me preguntó, sin dejar de moverse —. Estaba muy débil.

Me estaba poniendo de los nervios, mamá. Tenía ganas de darle un tortazo, a ver si así espabilaba, pero me contuve y no lo hice.

—No creo que sea tan fácil librarnos de ella —le respondí, apoyándome contra la pared.

Él no sonrió. Se pasó una mano por el pelo, apartándoselo de la cara, y se lo llenó de sangre.

—¿Y por qué tardan tanto? —Fue hasta el otro lado del pasillo y le dio un puñetazo a la pared—. ¡¿Por qué, joder?!

Me senté en el suelo, sin decir nada, y esperé. Zeta es como una ametralladora, mamá, y cuando dispara, es mejor que te apartes si no quieres que te alcance ninguna bala.

A los pocos segundos, habiendo vaciado su cargador en forma de insultos y golpes, se sentó a mi lado y me dijo:

—No la odio, ¿sabes? Aunque ella piense que sí. —Apoyó la cabeza contra la pared y me miró—. El día que me dispararon los policías…, me ayudó. Me hizo un torniquete y cargó conmigo en los túneles del metro. Aún no he sido capaz de darle las gracias.

¿Era eso lo que le pasaba? ¿Se sentía en deuda con ella? Sospechaba que no, que había algo más. Sin embargo, para

nosotros es tan difícil expresar lo que sentimos que supe que eso era lo más cerca que iba a estar de que me lo contara.

—No has sido muy simpático con ella, ¿cómo quieres que piense que no la odias? —le dije—. Ninguno de nosotros lo hemos sido, en realidad.

—Búho sí. A su manera, claro.

—Eso es porque él no sabe ser desagradable, no le sale.

En cuanto lo dije, sentí cómo empezaba a hervirme la sangre. Cuando pienso en Búho no puedo evitar recordar lo que le hicieron en ese local del Arrabal, en lo que ha tenido que sufrir. ¿Por qué no tiene más odio dentro? ¿Por qué quiere curar a la gente y no matarla, como yo? ¿Por qué él sí es capaz de sentir cosas buenas? ¡No debería, joder! ¡A él es a quien más daño han hecho!

Lo que le pasó a Búho es lo que podría haberme pasado a mí, ¿sabes? Yo tuve suerte porque pude escapar, él no. Esos cabrones siempre se llevan a los locales del Arrabal a los que creen que serán más atractivos, por eso me hice la cicatriz. Pensé que, si me cortaba la cara, jamás querrían capturarme y encerrarme en uno de esos sitios. Era joven y tenía miedo, así que agarré un cuchillo y, sin pensarlo mucho, destrocé lo único que tenía que los celestes podían considerar valioso: mi belleza.

Gracias a lo que hice, jamás me capturaron. Al contrario que muchos de mis compañeros, nunca he estado al otro lado del Muro. Nadie ha manchado mi piel con ese asqueroso código de barras, y tampoco me han torturado para «domesticarme». Siempre he sido libre, mamá, y no me arrepiento de nada.

Pero continuemos con la historia:

—Lo que creo que te pasa con Eva —le dije a Zeta— es que odias lo que representa. No puedes mirarla sin acordarte de quién es y de todo lo que Heden te ha hecho.

Sabía que no estaba equivocada, lo conocía demasiado bien. Una celeste estaba rompiendo todos sus esquemas y eso le estaba torturando. ¿Cómo era posible que la hija del ministro de Alimentación, a la que habían enseñado que no valíamos nada, se arriesgara por nosotros? ¿Cómo era posible que no tuviera miedo de tocarnos, que nos mirara a los ojos como si fuéramos iguales y que,

además, estuviera dispuesta a ayudarnos? Si yo estaba impresionada, Zeta debía de estar en *shock*.

—A ti te pasa lo mismo —me atacó.

Aunque él piensa que no, siempre me doy cuenta de que intenta desviar la conversación hacia mí para que dejemos de hablar de él y sus sentimientos. Se cree que es capaz de ocultarlos, como hace con su nombre real, pero a mí no me engaña.

—Pues no —solté—. Yo no la trato mal porque odie lo que representa, la trato mal porque es lo que me sale. Es una llorona estirada y no la aguanto.

Las comisuras de los labios de Zeta se curvaron ligeramente hacia arriba. Las pocas veces que sonríe vuelve a parecerse al niño que conocí hace ya tanto tiempo, ese niño al que le robaron la inocencia y sepultaron bajo una montaña de odio.

—Todo el mundo te cae mal, Cobra, reconócelo.

—¡No es verdad! —me defendí—. Tú, por ejemplo, me caes fatal.

Nos reímos y después volvimos a quedarnos callados. A veces me pregunto si todo esto acabará algún día, mamá, si podremos ser libres. Y, aunque lo hagamos, ¿podremos llevar una vida normal? No, no lo creo. Estamos hechos de dolor y traumas.

—¿Por qué le dijiste que iba a estallar una bomba el día del atentado? —Estaba deseando hacerle esa pregunta desde hacía semanas—. Podrías haberlo echado todo a perder y era una misión importante. Tú no eres así.

Él chasqueó la lengua, como si le molestara que sacara el tema, y apartó la mirada. Tras unos segundos de silencio, me respondió:

—¿Te acuerdas de Blanca, la doméstica del palacio a la que estuvo a punto de golpear el imbécil de Héctor? —Cerré los puños con fuerza, recordando el incidente, y asentí—. Pues Eva… bajó a ayudarla. La vi vendándole las manos, Cobra, y lo estaba haciendo con cariño, con delicadeza, como si se sintiera mal. Le preguntó si le dolía, y le dio igual que su padre, su novio y el presidente de la República estuvieran en el piso de arriba. Le dio igual la furia. No sé, me pareció que no era como todos los demás y pensé que, si había celestes así, había esperanza. Ella es el único rayo de luz que he visto en toda mi vida.

Sus palabras me sorprendieron mucho, mamá. No te imaginas cuánto. Zeta está hecho de violencia y oscuridad, pero la princesita le estaba haciendo sentir algo tan desconocido y peligroso como la esperanza. Creo que eso es lo que más rabia le da: que ella le despierta sentimientos contra los que él lleva luchando toda la vida.

—Bueno, Abel también es un celeste y no es como los demás —le dije.

—Pero él odia a su padre, los odia a todos, es lógico que se rebele. Eva, en cambio, se siente parte de su mundo. Todo lo que hace es por empatía hacia nosotros… y por amor.

—¿Perdón? —le pregunté, burlándome de él—. ¿Me puedes decir dónde está mi amigo Zeta? Es que ahora mismo solo veo a un bebé pequeño y blandito.

Esbozó una sonrisa y me dio un empujón que hizo que volviera a reírme. Jamás habría imaginado que Zeta y yo tendríamos una conversación como esa. Jamás habría imaginado que hablaríamos de amor.

—Si la princesita sobrevive, volverá a casa —le dije, rompiendo el momento—. La razón por la que está aquí es Nina, no nosotros, y después de lo que dijo el policía en la Celda…

Él no me respondió. Sabía de sobra que tenía razón, que era una locura no odiarla, que a la menor oportunidad volvería corriendo a los brazos de su prometido. Si no hacíamos algo para impedirlo, el rayo de luz podía acabar destruyéndonos a todos.

—Lo único que podemos hacer —continué, arriesgándome demasiado— es contarle toda la verdad. Quizá, cuando lo sepa…

—No —me interrumpió Zeta, muy serio—. No podría soportarlo.

—No es una niña, no tienes que protegerla todo el tiempo.

—¡Joder, Cobra, he dicho que no!

Aunque Zeta puede ser frío y distante, se vuelve muy protector con las personas a las que quiere. Por eso lo entendí enseguida, mamá: no estaba preocupado porque se sintiera mal, lo estaba porque la princesita había empezado a importarle.

Abrí la boca para decírselo pero, justo en ese momento, Búho abrió la puerta.

—¿Cómo está? —le preguntó Zeta, levantándose del suelo al instante.

—Hemos sacado la bala —respondió Búho, pálido y cansado—. Aun así, está mal. Las siguientes veinticuatro horas serán cruciales para saber si sobrevivirá. Deberíamos ir a buscar a Abel, querrá estar aquí pase lo que pase.

Después de eso, la princesita pasó ocho días en el hospital. Abel se marchó de nuevo a la ciudad para «cumplir con sus obligaciones», y ni siquiera pudo despedirse. Los demás, y ella no puede enterarse nunca de esto, nos quedamos cuidándola.

Tal y como había dicho Búho, que se recuperara fue casi un milagro. La bala no tocó ningún órgano vital y, gracias a los antibióticos que trajo Abel, no hubo infección.

A pesar de que los médicos le dieron permiso para empezar a llevar una vida normal, ayer por la mañana la princesita no apareció en el gimnasio. Ni siquiera salió de su habitación. ¿Por qué iba a hacerlo, en realidad? Había huido de casa para buscar a Nina y la había perdido, así que debía de estar preparándose para decirnos que se marchaba a casa, donde estaba segura y protegida, donde la esperaban las personas que la querían.

Aunque no sé muy bien por qué lo hice, fui a buscarla. Quizá fue porque sé lo que duele perder a alguien a quien quieres y me sentía identificada con ella, pero cuando quise darme cuenta, ya estaba golpeando la persiana metálica de su habitación.

No tardó mucho en abrirme. Llevaba puesta la ropa de dormir, y las ondas de pelo castaño le caían sobre los hombros. Tenía los ojos rojos e hinchados, como si hubiera estado llorando. Eso, sin embargo, no me ablandó. Tarde o temprano tenía que endurecerse.

—¿Puedo hablar contigo? —le pregunté. Me acordé de la conversación que había tenido con Zeta y me obligué a ser un poco más agradable con ella, a suavizar mi tono de voz—. Por favor.

—¿Qué quieres?

—Hablar, te lo acabo de decir.

Lo siento, mamá, no me sale ser simpática. Me dio la espalda para ir a sentarse sobre el colchón y yo, suponiendo que era una

invitación resignada a que le dijera lo que le tenía que decir, lo hice sin rodeos.

—He estado dándole muchas vueltas al tema y no creo que Nina esté muerta. —Me senté junto a ella y, cuando me miró, no tuve la sensación de que mis palabras la sorprendieran. Al contrario—. Ni siquiera creo que esté en la Celda. El policía solo quería ponernos nerviosos y desestabilizarnos.

Y consiguió hacerlo, pero no quise recordárselo. Ella cerró los ojos un momento y después, con la voz cansada, confesó:

—Yo tampoco lo creo. Mi padre no me haría algo así. Una cosa es separarme de Nina, y otra…

No continuó la frase, no fue capaz. Qué equivocada está, mamá. Tuve que morderme la lengua para no decirle que su padre no es el santo que ella cree que es, que su mundo no es tan perfecto como le han enseñado.

—Vamos a seguir buscándola —le dije—. No te puedes rendir ahora.

Cada vez que me mira a la cara se esfuerza por no clavar los ojos en mi cicatriz. No tiene ni idea de que me da igual que lo haga: estoy orgullosa de ella. Aprendí hace mucho tiempo que mi físico no es lo que me define.

—No pensaba hacerlo —me respondió—. Quiero seguir entrenando, luchando, pero no he sido capaz de salir de mi habitación porque… estoy avergonzada. —Sus mejillas se pusieron muy rojas y comenzó a frotarse las manos con nerviosismo—. Necesitaba pensar en cómo pediros perdón por lo que dije, por haberos insultado. Sé que he cometido muchos errores a lo largo de mi vida, pero estoy abriendo los ojos. Os admiro y os respeto, Cobra, y no creo que seáis salvajes, ni inferiores a los celestes, ni… diferentes. Creo que incluso me caéis bien. ¡Hasta tú me caes bien!

No supe qué responderle. No estaba acostumbrada a que alguien me abriera así su corazón. Solo podía hacer que se sintiera comprendida, que supiera que entendía que lo que había dicho había sido su forma de reaccionar al dolor.

Así que se lo conté:

—Sé lo que es perder a alguien —le dije.

—¿A quién?

No habría contestado si no fuera porque pensé que, si lo hacía, se callaría.

—A mi madre —solté, sin pensarlo—. Yo tenía seis años cuando la capturaron para llevarla a la ciudad. No sé qué hicieron con ella.

Al ver que se le llenaban los ojos de lágrimas, me entraron ganas de salir corriendo. Odio a la gente que llora por todo, mamá, te lo juro.

—Lo siento, Cobra, yo…

—No, no lo digas. —No quería su compasión—. Esa herida ya está cerrada.

Lo único que podía unirnos, lo único en lo que nos entendíamos de verdad, era en el dolor. Y las dos lo sabíamos. No hacía falta decir nada más.

—No tenía ni idea de que os separasen así.

—¿Y qué has estado pensando toda tu vida cuando veías a los domésticos, Eva? ¿Que crecemos en los árboles?

Se quedó callada, con la vista fija en sus manos. No pasé por alto que llevaba puesto el anillo de compromiso.

—No lo sé, Cobra —dijo finalmente—. Nada de esto es fácil para mí. Es como si estuviera aprendiendo de nuevo cómo funciona el mundo. No sé qué es real y qué es mentira. —Volvió a mirarme y la voz le tembló—. Y, por si eso fuera poco, parece que Zeta y tú no queréis que… esté aquí.

En eso, muy a mi pesar, tenía razón. Habíamos sido unos idiotas con ella. Le habían enseñado que los domésticos éramos salvajes y peligrosos, y nosotros, en vez de demostrarle lo contrario, se lo estábamos confirmando.

—Es que no nos fiamos de ti —confesé—. ¿Y si te contamos todos nuestros secretos y después decides volver con tu padre? Solo queremos protegernos.

Aunque fue de forma inconsciente, observé el anillo en su dedo. Ella se dio cuenta y guardó silencio. Después, tras unos segundos en los que las dos, sin necesidad de palabras, supimos todo lo que implicaba que aún lo llevara puesto, se lo quitó.

—Podemos intentar abrirnos un poco más la una con la otra —me dijo, sosteniendo la joya en la palma de su mano—. Conocernos. Estoy dispuesta a dejar atrás muchas cosas, y en el proceso no me vendría mal tener una… amiga.

Al escuchar la palabra «amiga», me puse muy tensa. Podía tolerarla, pero no ser su amiga. No, eso sí que no. No teníamos nada en común.

—¿Y cómo vamos a conocernos? —le pregunté—. No te voy a contar mi vida, y la tuya tampoco es que me interese mucho.

Sonrió, como si de repente se hubiera acordado de algo divertido, y me dijo:

—¿Qué te parece si jugamos a un juego? Cada una le hará cinco preguntas a la otra, por turnos, y nos comprometemos a responder solo con la verdad.

—¿Por qué solo cinco?

—Porque así tendrás que pensarlas bien y no harás preguntas estúpidas.

Sé que esto te va a sorprender, pero pasamos toda la tarde juntas, en su habitación, hablando con normalidad mientras nos comíamos unas manzanas que robamos del almacén de las cocinas. No te preocupes, que nadie se va a quedar sin cenar; hay manzanas de sobra.

—Entonces, ¿Zeta y tú no tenéis nada? —me preguntó.

Le di un mordisco a la manzana que tenía en la mano y enarqué una ceja.

—Si te refieres a algo romántico, no, por supuesto que no.

Mi respuesta no pareció dejarla del todo satisfecha, así que decidió gastar otra de sus preguntas:

—¿Y alguna vez ha… pasado algo… entre vosotros?

En cuanto lo dijo, sus mejillas enrojecieron. No pude evitar sonreír al verla sufrir, al darme cuenta de lo inocente que era en realidad.

—Eva, Zeta no es mi tipo. —Aunque no pensaba hablarle de mi vida sexual, había prometido contestar a su estúpido juego con la verdad—. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Te gusta?

Se atragantó con el trozo de manzana que acababa de llevarse a la boca y comenzó a toser. Después, cuando recuperó el aliento,

negó con la cabeza. Estaba tan roja que parecía a punto de estallar.

—No, claro que no —masculló—. No me gusta.

Estaba claro que me estaba mintiendo, mamá, me doy cuenta de esas cosas muy rápido. No me gustan los hombres, pero llevo toda la vida viendo cómo Zeta vuelve locas a las chicas, cómo intentan acercarse a él y acaban con el corazón destrozado. Es un imbécil, pero uno insultantemente guapo. La princesita había sucumbido a sus encantos, y yo no podía desaprovechar aquella maravillosa oportunidad de torturarla.

—Pues yo creo que tú a él sí le gustas —le dije—. ¿Te has fijado en cómo te mira?

La pobre no sabía dónde meterse, y yo tuve que hacer un esfuerzo por no reírme a carcajadas de ella.

—¡No me mira de ninguna forma! Casi no me mira, en realidad.

—Para no gustarte, te fijas mucho en lo que hace y deja de hacer.

—¡Que no me gusta, Cobra!

—Y, aun así, le salvaste la vida.

La gratitud que rezumaron mis palabras me resultó odiosa.

—Eso no tiene nada que ver. Él hizo lo mismo por mí.

En cuanto recordé lo que había hecho Zeta el día del atentado, apreté los dientes con fuerza. El muy idiota podría haberlo estropeado todo por culpa de un rayo de luz que lo había cegado con su brillo. ¿Y si la princesita hubiera acudido a la policía? ¿Y si no hubiéramos tenido tiempo de escapar del palacio? ¿Y si, por su culpa, nos hubieran capturado?

Decidí olvidarme del tema y volver a concentrarme en la cruel satisfacción de torturar a mi nueva amiga con preguntas incómodas.

—Entonces —le dije, retomando la conversación que habíamos dejado aparcada—, si no te gusta Zeta, ¿te gusta Abel?

La princesita se quedó callada unos segundos, como si le hubiera sorprendido la pregunta. Después, cuando sus mejillas recuperaron su color habitual, negó con la cabeza.

—A Abel le tengo mucho cariño, pero… nunca lo he visto de esa forma. En la escuela lo odiaba, ¿sabes? Ahora creo que…, creo que es mi mejor amigo.

Le di otro mordisco a la manzana y, tras masticarla con una lentitud exagerada, le pregunté:

—¿Y qué vas a hacer con el idiota ese con el que te vas a casar?

—Si te soy sincera, no lo sé. Estoy hecha un lío. Hace unas semanas tenía claro que debía casarme con él, ahora…

No pasé por alto que dijo «debía» y no «quería». Eran dos cosas muy distintas.

—Ahora, ¿qué? —quise saber—. ¿Qué ha cambiado?

—¡Todo! —estalló ella—. ¡Ha cambiado todo!

Se levantó del suelo, se acercó hasta la pequeña mesa de madera para abrir el libro negro que había sobre ella y sacó una fotografía de entre sus páginas.

—Empiezo a hacerme demasiadas preguntas, Cobra. Quiero encontrar a Nina, esa es mi prioridad, pero nuestra incursión fallida a la Celda habrá puesto en alerta a todo el Gobierno. Va a pasar mucho tiempo hasta que tengamos la oportunidad de volver a entrar. —Suspiró, apenada, y después continuó—. Y si no está en la Celda, ¿dónde está? ¿Vamos a recorrer el mundo entero buscándola? Cada vez lo tengo menos claro.

Aunque no quise decírselo, mamá, en eso tenía razón. Probablemente pasarían semanas hasta que pudiéramos organizar otra misión para rescatar a Nina, y ni siquiera entonces iba a ser fácil encontrarla.

Me entregó la fotografía que tenía entre las manos y, cuando la miré, reconocí enseguida a la mujer que había en ella: era su madre. A pesar de que no había llegado a conocerla, sabía que había sido muy querida en el Refugio. Puma, sobre todo, la adoraba.

—¿Qué es lo quieres saber? —le pregunté, devolviéndole la fotografía.

Zeta me había pedido que no le dijera nada, que no podría soportarlo, pero no estaba de acuerdo con él. La princesita estaba pidiendo a gritos que le contaran la verdad y, si yo hubiera sido ella, también habría querido saberla. Por mucho que doliera.

—Todo —me respondió—. Quiero saber de dónde sacó mi madre la caja de música con la mariposa y cómo llegó a ser una conexión del Frente, qué pasó después de la Extinción y por qué el Gobierno

eliminó a los animales de los cuentos de hadas, del arte y del cine. Quiero saberlo todo, Cobra.

La miré fijamente, sopesando mis opciones, y después sonreí.

—Bueno, en eso puedo ayudarte —le dije—. Pero ¿qué te parece si, en vez de escuchar lo que tengo que contarte…, lo ves con tus propios ojos?

—¿Verlo? —me preguntó—. ¿Cómo?

—Viniendo conmigo a la Antena.

La princesita entornó los ojos, algo confusa, y yo decidí que había llegado el momento de contárselo. Podía escuchar la voz de Zeta gritándome en la cabeza que me callara, que teníamos que protegerla, pero decidí ignorarla.

—Es una torre de telecomunicaciones que se abandonó tras la construcción de Babel —le expliqué—. Allí hay un grupo de miembros del Frente protegiendo el archivo de imágenes históricas. Tenemos guardadas copias de los vídeos que se conservan, pero el único sitio en el que podemos reproducirlos es en la propia torre. Al menos en este lado del Muro.

Eva guardó silencio, pero no apartó la mirada. Supuse que se estaba imaginando que en la Antena encontraríamos imágenes de todo tipo, incluso de cuando aún existían animales, pero estaba segura de que ni siquiera podía acercarse a la horrible verdad que iba a descubrir allí.

—¿Cuándo vamos? —me preguntó.

—Esta noche, de madrugada. Vendré a buscarte antes de que amanezca.

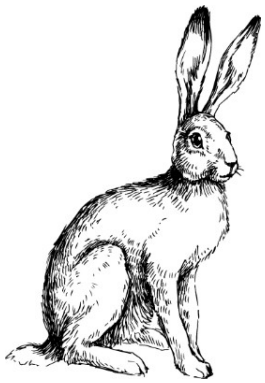
La princesita asintió y, mientras volvía a colocar la fotografía de su madre dentro del libro, la observé. Quizá no era tan estirada y llorona como pensaba. Quizá, y solo quizá, me había equivocado con ella.

—Eva —le dije—. ¿Recuerdas que el día en que llegaste a este lado del muro, al salir del metro, te di la pistola de Zeta?

—Claro. Aún no he tenido la oportunidad de devolvérsela.

—No lo hagas —le pedí—. Quédatela y llévala esta noche. Esos cabrones no nos van a encontrar desprevenidas otra vez.

LIEBRE



«La liebre se distingue por sus largas patas traseras, adaptadas para alcanzar altas velocidades en campo abierto, y sus grandes orejas, que le permiten detectar a sus depredadores desde lejos. Gracias a su agudo sentido del oído y su rapidez, puede escapar de amenazas con sorprendentes cambios de dirección que desconciertan incluso a los cazadores más experimentados.

Dotada de una vista panorámica gracias a la posición lateral de sus ojos, la liebre puede detectar movimiento en casi cualquier dirección sin girar la cabeza».

Gran Enciclopedia de los Animales, página 412

17



Me desperté mucho antes de que amaneciera porque volví a tener una pesadilla. En ella, como cada noche desde nuestra misión a la Celda, el policía apretaba el gatillo de la pistola y, justo cuando la bala me desgarraba las entrañas, me despertaba jadeando, aterrada, con un dolor punzante en la herida del abdomen.

Llevaba días sin poder deshacerme de la sensación de peligro constante, nerviosa, sin poder dormir. Incluso en el hospital, aun con el cuerpo lleno de calmantes, había tenido alucinaciones: mi madre sonriendo, Búho y Abel hablando muy juntos mientras sus cuerpos se derretían como si fueran de cera, Zeta acariciándome la cara mientras susurraba «Eva, yo te conozco». Sospechaba que el trauma vivido en la Celda nunca iba a desaparecer del todo; que, al igual que el abdomen, la bala me había desgarrado la mente y nunca volvería a estar completa. Y tendría que aprender a vivir con ello.

Aún no me habían retirado los puntos de la herida, así que me levanté y me puse el mono negro con cuidado. Cobra no tardó mucho en llegar y, cuando golpeó la persiana metálica de mi habitación, agarré la pistola de Zeta y salí a reunirme con ella.

—¿Estás preparada? —me preguntó—. No parece que hayas dormido muy bien.

—Empiezo a acostumbrarme a pasar la noche en vela.

—Pues bienvenida al club de los insomnes.

Tras atravesar los pasillos del centro comercial, salimos a la calle y saludamos a las vigilantes armadas que custodiaban la puerta. Ellas nos devolvieron el saludo.

—¿Puma está de acuerdo con esta excursión improvisada? —le pregunté a Cobra, en voz baja, en cuanto nos alejamos.

—Digamos que aún no lo sabe. Ya nos ocuparemos de ella a la vuelta.

—¿No deberíamos decírselo? No me gustaría que se enfadara.

—Eva, ya no estás en casa y no tienes que rendirle cuentas a tu padre.

—Ya, pero…

—¿Has escuchado alguna vez eso de que «es mejor pedir perdón que permiso»?

Al llegar a los todoterrenos nos dimos cuenta de que ya había alguien apoyado contra uno de los vehículos. Era Zeta. Antes de que pudiéramos preguntarle qué estaba haciendo allí, él se nos adelantó:

—¿A dónde creéis que vais?

—No te importa —le respondió Cobra—. Lárgate.

—Ni lo sueñes —replicó él—. Sé a dónde vais y ya te dije que no era una buena idea.

—Eva quiere ir —contraatacó Cobra—, y tú no eres nadie para decidir lo que puede y no puede hacer.

Zeta clavó sus ojos color ámbar en los míos, y yo aparté la mirada. No lo había visto desde el día de la misión a la Celda, desde que lo había insultado, y quería que me tragara la tierra. Aún no había olvidado cómo había entrelazado sus dedos con los míos para calmarme, el dolor de su mirada cuando la bala me atravesó la piel. «Eva, yo te conozco». Había sido la primera vez que me había llamado por mi nombre, y mi corazón se ponía nervioso al recordar cómo sonaba en sus labios.

—Os acompañaré —soltó, cruzándose de brazos.

—¿Y tener que cargar contigo? No, gracias. Podemos apañárnoslas sin un caballero andante que nos proteja.

—Me importa una mierda lo que digas, Cobra. Tú a mí no me das órdenes.

Ella puso los ojos en blanco y abrió la puerta del conductor. Con indiferencia, le dijo:

—Haz lo que quieras, pero no molestes.

Sin decir nada más, Zeta se sentó en el asiento del copiloto; yo en el que iba detrás del conductor. Después, nos pusimos en marcha.

—¿Cómo tienes la herida? —me preguntó Zeta, girándose en el asiento para mirarme—. ¿Te duele?

—No —mentí—. Ya casi no la noto.

—Aun así, deberías tener cuidado.

Nos miramos fijamente durante unos segundos, como si de pronto nos hubiéramos olvidado de a dónde íbamos, de todo lo que había a nuestro alrededor. Él parecía estar conteniéndose, como si quisiera decir mil cosas pero no se atreviera a hacerlo; yo me contentaba con observarle. ¿Cómo podía controlar el fuego que me quemaba en el estómago cada vez que me perdía en sus ojos? ¿Qué podía hacer para calmar lo que bullía en mi pecho cuando estábamos cerca? No sabía si seguía odiándome, si ya no lo hacía, si la misión a la Celda había hecho que tuviera una mejor impresión de mí o si, por el contrario, había hecho que fuera aún peor. Con él nunca tenía ni idea de nada, y eso me estaba volviendo loca.

—Zeta, yo… Lo que te dije…

—No es el momento para tener conversaciones incómodas —me interrumpió Cobra—. Esperaos a volver al Refugio, y sobre todo a que yo no esté delante.

Aparté la mirada de Zeta, avergonzada, y él se apresuró a darse la vuelta en el asiento. Ninguno de los dos volvió a abrir la boca.

Mientras avanzábamos por una larga carretera que discurría entre los restos de lo que una vez fue parte de la ciudad de Madirit, amaneció. No tardamos en ver aparecer a lo lejos, alzándose contra el cielo, una torre hecha de anillos de hormigón superpuestos en cuya parte más alta se encontraba una estructura circular, como un mirador. De este surgía, puntiaguda, una larga antena de color blanco, así que supuse que ese era nuestro destino: la Antena. Se parecía a Babel, la torre de comunicaciones que había dentro del Muro, pero no era tan alta y su estilo arquitectónico era mucho más tosco que el que solía gustarle al Gobierno de la República: sin

pantallas ni luces azules, sin el ojo del Ministerio de Información y Propaganda, sin su característica estructura retorcida.

Tardamos poco en llegar hasta ella y, en cuanto lo hicimos, aparcamos cerca de la puerta y nos bajamos del coche. El sol ya iluminaba lo suficiente como para ver que todos los edificios estaban en ruinas, las víctimas de la guerra que se había desatado tras la Extinción. ¿Cómo habrían sobrevivido allí, al otro del Muro, con un montón de personas enfermas y salvajes abandonadas a su suerte?

El silencio que había a nuestro alrededor no me tranquilizó, al contrario. Desde que estaba lejos de mi hogar había aprendido a identificar la calma como una señal de peligro, así que saqué la pistola que llevaba en el cinturón y, aunque aún no estaba segura de ser capaz de disparar, la apreté con fuerza en la mano.

Sin decir nada, nos acercamos juntos a la entrada de la torre. Desde aquella perspectiva, la Antena era aún más impresionante. Doblé el cuello para apreciar su altura y contuve el aliento. No dejé de hacerlo hasta que atravesamos la puerta.

—La última vez que vinim…

La frase de Cobra se quedó congelada porque, en cuanto entramos a la Antena, nos encontramos con cuatro hombres y tres mujeres apuntándonos con el cañón de sus fusiles.

—No deis un paso más —nos advirtió uno de ellos.

Al ver las armas, al recordar el dolor del disparo de la Celda, me quedé paralizada. Sin embargo, el miedo no duró mucho tiempo.

—¿Cobra? ¿Zeta? —preguntó uno de los hombres. Bajó el fusil y los demás le imitaron—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Pensábamos que erais cazadores —aclaró una de las mujeres—. No esperábamos a nadie.

—Hemos venido por una… misión extraoficial —explicó Cobra.

Estábamos en un vestíbulo de techos altos en el que se encontraban unas grandes escaleras que debían de llevar a la parte más alta de la Antena, al mirador. También había cuatro ascensores que, a pesar de que el paso del tiempo había deteriorado los suelos y las paredes, parecían funcionar a la perfección.

Los domésticos armados que nos habían recibido llevaban el mono del Frente, aunque su apariencia era muy variopinta. El mayor

parecía ser un hombre de nariz ancha que debía de haber cumplido ya los sesenta, y la más joven era una chica de pelo corto y ojos rasgados algo más joven que yo. Algunos de ellos llevaban tatuado el código de barras en la muñeca; otros, aunque compartían la mirada de tristeza con los demás, no tenían nada.

—Siento haberos asustado —nos dijo el hombre de la nariz ancha —. Últimamente hay muchos cazadores y tenemos que ser precavidos.

—No pasa nada, Lobo. Lo entendemos.

—¿En qué podemos ayudaros? —preguntó la chica joven de pelo corto.

—Necesitamos subir al archivo —le respondió Cobra.

—Claro, yo os acompaño.

—Nosotros nos quedamos vigilando —añadió Lobo.

La chica se colocó el fusil al hombro y nos hizo un gesto con la cabeza para que la siguiéramos.

—¿Os envía Puma? —nos preguntó mientras cruzábamos el vestíbulo.

—Sí, algo así —le respondió Cobra—. Estamos entrenando a una nueva recluta.

Nos detuvimos frente a los ascensores y la chica pulsó un botón para llamar a uno de ellos. Mientras lo esperábamos, me miró. Si me había reconocido, no dio muestras de ello.

—Bienvenida, nueva recluta —me dijo—. Soy Liebre.

—Eva.

Las puertas del ascensor se abrieron y los cuatro nos metimos dentro. Una vez arriba, salimos a otro vestíbulo. Este, sin embargo, tenía las paredes de cristal y estaba a más de cien metros de altura del suelo. Habíamos subido al mirador. Contuve el aliento al fijarme en que, desde allí, se veían el Muro y los edificios más altos de Madirit. Se veía mi casa, mi mundo, y eso me hizo sentir una punzada de nostalgia en el pecho.

Cruzamos un largo pasillo y Liebre abrió la puerta de una sala ubicada justo al final. Entró. Nosotros, sin decir nada, la seguimos. Era grande y no tenía ventanas. Una de las paredes estaba cubierta con pantallas y cada una de ellas emitía una imagen distinta,

llenando toda la sala con una luz muy brillante. Había también una mesa de gran tamaño, con tres sillas, sobre la que había dos ordenadores encendidos. Eran muy parecidos a los que usaban los ministros.

—¿De dónde habéis sacado esto? —pregunté, atónita.

—De nuestros aliados de dentro del Muro —me respondió Liebre —. ¿No te han hablado de Camaleón?

Había escuchado su nombre en la misión a la Celda, pero con todo lo que había pasado, lo había olvidado por completo. Miré a Cobra con el ceño fruncido; ella se limitó a encogerse de hombros.

—No hemos tenido la oportunidad de contárselo todo —se excusó —. Hemos venido aquí para eso, ¿no?

Liebre se sentó frente a uno de los ordenadores y comenzó a teclear. Recordé que Bengala me había dicho que había aprendido a desactivar los sistemas informáticos del Gobierno en la Antena, y mis ganas de averiguar lo que estábamos haciendo allí se multiplicaron.

—¿Qué es lo que queréis ver? —nos preguntó Liebre.

Cobra guardó silencio, dándome la oportunidad de ser la que eligiera qué era lo que quería saber primero. Sin pensármelo dos veces, respondí:

—A mi madre.

Cobra asintió y se apoyó contra la mesa.

—¿Tienes algo de María Salazar? —inquirió—. Del 2149.

2149. El año en que murió mi madre.

—Son vídeos muy nuevos —contestó Liebre mientras se frotaba la barbilla, pensativa—. Creo que tenemos algo.

Pulsó unas cuantas teclas y, segundos después, todas las pantallas de la pared se pusieron en negro. El corazón me dio un vuelco y las miré, expectante. Zeta se colocó a mi lado y, cuando apareció la imagen de mi madre, me puse tan nerviosa que estuve a punto de agarrarle la mano. Habría sido fácil, porque estaba tan cerca de mí que casi nos estábamos rozando, pero decidí que era mejor cruzarme de brazos y evitar cualquier tipo de contacto.

Al igual que en la fotografía de Puma, mi madre llevaba el pelo suelto y le caía sobre los hombros como una cascada negra. Estaba sentada junto a mi padre en el salón de mi casa y, a pesar de que

no parecía tan feliz como en la foto, estaba guapísima. Un periodista los estaba entrevistando, y no pasé por alto que el lugar en el que los habían colocado era el mismo en el que Alma Aguilar nos había puesto a Héctor y a mí. Detrás de ellos también había un retrato del presidente que, estaba segura, no estaba ahí antes de que llegaran las cámaras.

—*Estamos muy felices con nuestra pequeña Eva, es una niña muy inteligente* —dijo mi padre, entusiasmado. Estaba mucho más joven, con el pelo más oscuro—. *Tenemos ganas de que nos den el permiso para tener más, ¿verdad, cielo?*

Mi madre volvió a sonreír, pero el brillo no llegó hasta sus ojos. Al contrario. Tenía la misma expresión de felicidad fingida que yo cuando miraba a Héctor. De hecho, parecíamos nosotros veinte años atrás. ¿Es que acaso no se querían? ¿El suyo también había sido un matrimonio de conveniencia?

—*Sí, por supuesto* —respondió mi madre.

Justo en ese momento, la cámara dejó de enfocarlos porque algo en el suelo del salón llamó su atención: un bebé. Tenía los ojos azules, enormes, y caminaba sobre la moqueta con esfuerzo, como si se fuera a caer de un momento a otro.

—*¡Eva!* —gritó mi madre, sonriendo de oreja a oreja, esta vez de verdad.

Era yo. El bebé era yo.

—*¡A esta niña le van a encantar las cámaras!* —exclamó mi padre, entre risas, mientras miraba con amor cómo mi madre se agachaba y me sostenía entre sus brazos—. Va a ser toda una estrella.

Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando mi madre me besó la mejilla con cariño, cuando me apretó contra su pecho, cuando acercó su nariz a mi pelo y cerró los ojos para oler su aroma. Mi aroma. ¿Por qué no podía acordarme de ella? ¿Por qué había tenido que morir tan pronto?

—La entrevista se grabó el 14 de agosto —explicó Liebre—, pero nunca llegó a emitirse.

¿14 de agosto? No, no podía ser. Mi madre había muerto el 15 de agosto del 2149, un mes después de mi primer cumpleaños. No

podía estar dando una entrevista si, a esas alturas, ya estaba enferma.

—Imposible —musité, tragándome las lágrimas—. Pasó una semana muy enferma antes de morir. Una doméstica le contagió la furia.

Liebre frunció el ceño, extrañada, y preguntó:

—¿No sabes que…?

—No lo va a entender si no ve antes las imágenes de la Extinción —la interrumpió Zeta—. Ponlas.

¿La Extinción? ¿Qué tenía que ver mi madre con la desaparición de los animales?

—Bien —musitó Liebre—. Pues vámonos al 2090.

La chica tecleó algo de nuevo y las pantallas volvieron a quedarse en negro. No tuve tiempo de decir nada porque enseguida volvieron a encenderse. En ellas apareció el rostro de una chica joven, rubia, con un micrófono en la mano. Una periodista. Habíamos retrocedido ochenta años y todo en aquella imagen lo gritaba: el color del vídeo, su ropa, sus palabras.

—*Así es, Antonio* —decía—. Aunque aún no sabemos bien lo que está pasando, podemos confirmar que miles de animales en todo el mundo están muriendo en masa. Perros, gatos, pájaros, roedores… Nos acaban de confirmar desde el Zoo de Madrid que ellos también se han visto afectados y que hoy no abrirán sus puertas. Por el momento, no hemos podido obtener más información.

La imagen cambió y, de repente, las pantallas se llenaron de animales de todos los tamaños y colores, animales que solo había visto a través de fotos en el libro de mi padre, muriendo de forma repentina. Había algunos que caían del cielo mientras la gente gritaba y grababa la escena con sus teléfonos móviles. Me tapé la boca con una mano, horrorizada. Eran criaturas preciosas, y se desplomaban una tras otra sin ninguna explicación aparente.

Las imágenes volvieron a cambiar y yo contuve el aliento al ver que quien aparecía en ellas no era otro que el mismísimo Ismael Garza. En un primer momento, pensé que se trataba del presidente, del padre de Abel, pero me equivocaba. A pesar del increíble

parecido entre ambos el hombre que aparecía en la pantalla era Ismael Garza I.

—… *que los seres humanos saldremos de esta, ¡claro que vamos a hacerlo! Para eso estoy yo, para eso está mi partido.*

La imagen volvió a cambiar y, esta vez, apareció la presentadora de un telediario.

—*Con una mayoría absoluta aplastante* —estaba diciendo—, *Ismael Garza se ha convertido en el nuevo presidente de nuestro país.*

Las noticias fueron alternándose y, aunque la presentadora siempre era la misma, tanto en su apariencia como en su forma de hablar se fue notando el paso del tiempo. Se sucedieron tantas noticias, tan seguidas, que solo pude ir quedándome con las frases más importantes.

—*El gobierno de Ismael Garza está implementando ya las medidas necesarias para la reforma del país…*

—… *una completa transformación de los ministerios y sus competencias…*

—… *que de ahora en adelante será conocido como la República de Heden…*

—… *los científicos dicen que los ecosistemas han empezado a colapsar y en cinco años no quedarán recursos naturales para todos los seres humanos…*

—… *la causa es una nueva enfermedad, a la que llaman «furia», provocada por la mutación genética de una de las bacterias liberadas tras el deshielo del permafrost del Ártico…*

—… *se habla de cercar las ciudades más importantes con un muro para separar a los sanos de los enfermos…*

La presentadora desapareció y, en su lugar, apareció un hombre de pelo negro y gafas metálicas dando una rueda de prensa. Justo debajo de él aparecía un rótulo con su nombre: «Hugo Ferrer, ministro de Salud Nacional». Era el bisabuelo del actual ministro y, como él, llevaba en la solapa izquierda de la chaqueta un pin dorado con el símbolo de su ministerio: un báculo con una cadena enrollada a su alrededor.

—Es indiscutible que hay un porcentaje de la población mucho más susceptible a la enfermedad —estaba diciendo, muy serio—. *Es la ley de la evolución: siempre hay un grupo genéticamente más débil en el que suelen estar los individuos menos inteligentes, los que tienen una menor capacidad para el aprendizaje y el autocontrol. Tienen el cerebro más pequeño y el cuerpo más grande, son más impulsivos, lo que hace que su índice de delincuencia sea muy alto. Son estos individuos, más parecidos a los animales, los que desarrollan y contagian la infección, cuyo síntoma más grave es una inflamación cerebral que les hace perder todas las capacidades de raciocinio y sintiencia, lo que los convierte en criaturas salvajes.* —Se colocó las gafas y, mirando a los periodistas, carraspeó—. *Para quienes tenemos una mente y una moral superiores, quienes tenemos el cerebro más desarrollado pero el cuerpo más frágil, la enfermedad es mortal. Es por ello por lo que defiendo que estos individuos son un peligro para la raza humana y no deberían vivir junto a nosotros.*

Cuando volvió a aparecer Ismael Garza en las pantallas, esta vez liderando un mitin frente al reloj de la Puerta de la República de Madirit, mi corazón latía con tanta fuerza que parecía a punto de romperme el pecho. Llevaba el brazalete azul celeste alrededor del brazo derecho y, justo detrás de él, había dos enormes estandartes del mismo color con las alas doradas de Heden bordadas en ellos.

—¡Cada vez hay más gente que piensa que la única solución que tenemos es separar a los sanos de los enfermos! —estaba gritando con pasión—. *¡Los recursos de los que disponemos son muy limitados y no todos vamos a poder sobrevivir! ¡Si queremos salvar a la especie humana, debemos sacrificar a los más débiles, a los menos inteligentes y más proclives a la delincuencia!*

Todas las personas que estaban allí escuchándolo, también con brazaletes celestes en el brazo, lo animaban y aplaudían. Muchos se colocaban las dos manos sobre el corazón, haciendo el saludo en forma de alas con un excesivo amor patriótico.

La imagen de Ismael Garza I desapareció enseguida y, en su lugar, se fueron alternando fragmentos de noticias con escenas de revueltas y gente manifestándose:

—Miles de personas han salido a la calle en contra de la construcción del muro de hormigón que…

—¡Están abandonando a gente inocente al otro lado! ¡Condenándola a morir! ¡No nos callarán!

—La represión policial está siendo especialmente dura en las ciudades de Madirit y Barsleona…

—¡Esto es una dictadura!

—… los enfermos no son más que seres salvajes incapaces de razonar y sentir, la ciencia ha demostrado que…

—¡Es todo mentira! ¡El Gobierno nos está mintiendo! ¡La Extinción fue culpa de las EA!

Un policía, ya vestido con el uniforme azul celeste que yo conocía, levantó el brazo para golpear a un joven manifestante que participaba en una revuelta. Cerré los ojos para no ver la paliza que le propinaba y que, según informó una periodista, acabó con su vida. Sin embargo, por más que me negara a ver las imágenes, seguía escuchándolas. Y las palabras me taladraban los oídos:

—¡Son inferiores! ¡No son humanos como nosotros y, por eso, con las medidas de seguridad adecuadas, podemos usarlos como fuerza de trabajo!

—Se permitirá que algunos de los enfermos trabajen dentro del Muro siempre que sean vacunados…

—¡Están capturando a niños inocentes! ¡Están esclavizando personas! ¡El mundo tiene que conocer la verdad!

—… domésticos…

—… y no tendrán permitido el contacto físico con los celestes…

—¡La gente tiene que abrir los ojos! ¡Nos están engañando! ¡Intentan ocultarnos la verdad sobre las EA!

—De ahora en adelante se prohíbe la mención y representación de cualquier animal, ya que simbolizan una etapa oscura de la historia de Heden…

—… castigado con la pena de muerte…

—¡Los países de la Liga Azul son cómplices y testigos!

Las imágenes cesaron de golpe y las pantallas volvieron a ponerse negras. Yo abrí los ojos de nuevo, pero no supe qué decir. Estaba más confundida de lo que había estado nunca.

—Eran humanos, Eva —me dijo Cobra—. Gente inocente. Construyeron el Muro y los dejaron fuera del reparto de recursos. Ismael Garza y sus ministros los dejaron morir.

Aunque entendía lo que había visto, no llegaba a comprenderlo. No del todo. Intenté buscarle una explicación lógica, dar un argumento que justificara lo que mi mundo había hecho, y respondí:

—Pero estaban enfermos, eran un peligro, eran…

Liebre abrió la boca para replicar, pero Cobra levantó una mano para indicarle que guardara silencio. En su lugar, fue ella la que respondió:

—¿Sabes por qué hubo gente que se manifestó en contra de la construcción del Muro? Porque Ismael Garza se lo inventó todo y su gobierno lo apoyó. No había un porcentaje de la población que fuera inferior y más susceptible a enfermar, no había gente con el cerebro más pequeño ni ninguna de esas estupideces.

—Ni siquiera existe esa maldita enfermedad —añadió Zeta.

—Pero eso… eso no tiene sentido —musité—. ¿Cómo que no existe la enfermedad? ¿Y qué pasó entonces con los animales? ¿Por qué desaparecieron?

—Porque los humanos ya habíamos destrozado el mundo antes de que todo estallara —me explicó Cobra—. Si no nos hubiéramos creído los dueños del universo, no habría ocurrido nada.

—No sabemos con exactitud qué pasó en la Extinción —intervino Liebre—, porque se ha perdido casi toda la información de la época, pero creemos que todo fue ocasionado por una serie de proteobacterias que llevaban miles de años dormidas bajo el permafrost del Ártico. Cuando el hielo comenzó a derretirse por culpa del calentamiento global…, despertaron.

—Esas bacterias no habían tenido jamás contacto con las especies que habitaban la Tierra, así que actuaron de forma agresiva y descontrolada —añadió Zeta—. Como la naturaleza funciona en cadena, no les hizo falta mucho esfuerzo para provocar una catástrofe.

—Los científicos les pusieron nombres larguísimos y complicados —dijo Cobra—, así que la gente empezó a llamarlas por sus siglas: las EA. Dos letras que lo destrozaron todo a su paso.

Tenía la sensación de que me estaban hablando del argumento de una película de ciencia ficción y no de un hecho que estuvo a punto de acabar con toda la vida del planeta hacía apenas ochenta años.

—El calentamiento global que provocamos los humanos derritió los polos —me aclaró Liebre— y es muy probable que eso le abriera la puerta a muchas bacterias que no veían la luz desde los albores del mundo. Sin embargo, también es muy probable que nos estemos equivocando y ese no sea su origen. Como te he dicho, tenemos muy poca información. Lo que sí sabemos es que hubo una serie de bacterias expandiéndose por todo el mundo durante semanas, y que eso terminó provocando la Extinción.

—Abel siempre dice que él cree que las EA tenían un origen extraterrestre —agregó Zeta—, que las trajeron de alguna misión espacial o salieron de un meteorito o algo así. Suena a broma, pero sabemos tan poco del origen de estas bacterias que su explicación podría ser tan válida como cualquier otra.

¿Origen extraterrestre? Tenían que estar burlándose de mí. Sí, tenían que estar haciéndolo.

—Entonces sí existe la enfermedad —insistí, olvidándome de Abel y sus meteoritos para centrarme en lo que de verdad me importaba: la furia.

—Sí —me respondió Liebre—, pero a nosotros nunca nos afectó. Por alguna razón, los humanos somos inmunes a las EA.

—Quizá tuvieron algo que ver las vacunas que nos habían puesto en pandemias anteriores, o quizá le habíamos hecho tanto daño al planeta que los animales estaban más débiles que nunca ante una amenaza como esa —me dijo Cobra—. Por desgracia, no lo sabemos.

—Búho cree —añadió Zeta— que lo que nos protegió fue un rasgo biológico específico de nuestra especie, un gen humano con una variante distinta a la de los demás animales que produce una proteína que hizo de escudo o algo así. No tiene forma de comprobarlo, claro, pero está muy seguro de su teoría.

Cerré los ojos unos segundos, abrumada, e intenté ordenar toda la información nueva que estaba recibiendo. Era demasiado. Me notaba mareada, tensa, como si me costara respirar.

—Entonces, ¿de dónde salió la furia? —pregunté, volviendo a abrir los ojos.

—Eva, después de la Extinción vino lo más difícil —me respondió Cobra—. Sin animales, los recursos del planeta comenzaron a escasear y esos cabrones del Gobierno eligieron a quiénes iban a destinarlos porque, según ellos, no había suficientes para todos.

—No fue una decisión difícil de tomar: los ricos se quedaron dentro del reparto y los pobres, fuera —añadió Zeta.

—Esa no podía ser la razón para separarnos —siguió Cobra—, porque gran parte de la población se opondría, así que tuvieron que inventarse algo que asustara a la gente, algo que convirtiera a los miembros del Gobierno en héroes y no en villanos.

—Así fue como nació la furia, la enfermedad de los domésticos —concluyó Zeta—. Ismael Garza I utilizó una de las bacterias que había matado a los animales para decir que había personas contagiadas y, usándola como razón «oficial», las abandonó al otro lado del Muro.

¿Estaban diciendo que todo un país, todo un sistema, estaba basado en una mentira? ¿Que la única razón que había llevado a Ismael Garza a separar a los celestes de los domésticos… era el dinero?

—A pesar de sus esfuerzos, hubo gente que se quejó, que intentó que la verdad prevaleciera y no estuvo de acuerdo con separar a los «enfermos» de los sanos, que se levantó contra el Gobierno —me explicó Liebre—. Sin embargo, como Ismael Garza creó el Ministerio de Información y Propaganda para controlar todo lo que se emitía, estas son las únicas pruebas que tenemos de ello. En la televisión no volvieron a verse manifestaciones ni revueltas, no volvió a haber debates sobre si lo que el Gobierno hacía estaba bien o estaba mal. No volvió a hablarse de los animales ni de la razón de su desaparición.

Cobra asintió y, mirándome, añadió:

—Lo que el Gobierno quería era que la gente olvidara la verdad: que las EA nunca afectaron a los humanos y que los domésticos no eran más que gente pobre a la que le negaron el acceso a los recursos para, después, esclavizarla.

—Ismael Garza I aprovechó la situación de crisis que generó la Extinción para hacer una limpieza en la sociedad e implantar sus ideas más extremas —dijo Liebre—. Se quitó de en medio a los pobres y limitó la reproducción a las clases más altas, a los que él consideraba «puros» y «dignos» para perpetuar la especie.

El permiso de reproducción. El primer presidente de Heden había aprovechado la falta de recursos para hacer una criba social, para asegurarse de que las nuevas generaciones eran y pensaban tal y como él quería que lo hicieran. Nadie sospechaba que lo que decían los científicos y los libros fuera una mentira.

Era asqueroso.

—¿Por qué crees que nos impiden tocaros y hasta miraros a los ojos? —me preguntó Zeta—. Porque esa era la única maldita forma que tenían de eliminar cualquier tipo de empatía hacia nosotros: hacer creer a la gente que no somos iguales, que somos inferiores y que no merecemos los mismos derechos.

Deshumanizarlos, esa era la clave. Habían convencido a la población de que no éramos iguales para convertir a los domésticos en seres esclavizables y asesinables.

—Pero… ¿y la vacuna? —dije con un hilo de voz.

—No hay ninguna vacuna, Eva —me respondió Zeta—. Es otra de sus mentiras.

—¿Cuántos domésticos has visto a este lado del Muro que sean salvajes, inhumanos e incapaces de sentir algo? —añadió Cobra—. ¿Cuántos celestes conoces que hayan muerto de verdad por la furia?

Solo necesité un segundo para pensar en la respuesta.

—Mi madre. Se supone que… que ella murió contagiada.

Cobra me miró con tristeza y después, tras unos instantes de silencio, me dijo:

—Tu madre no murió por culpa de ninguna enfermedad, Eva.

El corazón me dio un vuelco y, como si en vez de palabras me hubiera lanzado flechas, noté un dolor punzante en el pecho. ¿Qué quería decir con que mi madre no había muerto por culpa de ninguna enfermedad? ¿También me habían engañado con respecto a ella? Estaba a punto de soltar todas las preguntas que me ardían en la garganta cuando el *walkie-talkie* de Liebre crepitó.

—Liebre, ¿me recibes? —dijo una voz al otro lado.

—Sí, estamos en el archivo —respondió ella, llevándoselo a la boca—. ¿Qué ocurre?

—Os necesitamos abajo. Hay una partida de cazadores rodeando la Antena.

—¡Mierda! —gruñó Liebre—. Lo siento, chicos, parece que tenemos que dejar aquí la clase magistral.

Cobra sacó su pistola del cinturón y, poniéndose muy seria de repente, me dijo:

—Menos mal que has venido armada.

Tragué saliva, asustada, y noté un tirón en la herida del abdomen. Fueran lo que fueran los cazadores, no estaba preparada para enfrentarme a ellos.

No estaba preparada para nada.

MARIPOSA



«La mariposa se caracteriza por su fragilidad y su llamativa belleza, pero es un animal fuerte y sorprendente. Considerada una gran superviviente, atraviesa un proceso increíble en la naturaleza, llamado "metamorfosis", a través del cual deja atrás su cuerpo de oruga y las limitaciones que este le supone para convertirse en algo completamente nuevo: una criatura capaz de volar».

Gran Enciclopedia de los Animales, página 500

18



En cuanto el ascensor se abrió y pusimos un pie en el vestíbulo, nos sorprendieron las balas.

—¡A cubierto! —gritó Lobo.

Zeta me rodeó con los brazos, me obligó a agacharme y, juntos, corrimos a escondernos tras las escaleras. Cobra y Liebre nos siguieron. No me dio tiempo a ver quién nos estaba atacando.

—¿Qué está pasando? —pregunté—. ¿Quiénes son?

Una bala rompió el cristal de una de las ventanas y los cuatro contuvimos el aliento. Zeta y Cobra levantaron las pistolas. Yo me tapé los oídos con las manos.

—Cazadores —me respondió Liebre—. Celestes que se divierten persiguiéndonos y matándonos.

—¡¿Qué?! —exclamé.

—¿Recuerdas el tiroteo que casi nos mata el día que llegaste al Refugio? —me preguntó Cobra, alzando la voz por encima del sonido de los disparos—. Pues esos cabrones eran cazadores.

No, no podía ser. ¿Estaban diciéndome de verdad que había celestes que se divertían… matándolos? ¿Qué clase de locura era esa?

—Tenemos que salir a ayudar a los demás —dijo Zeta. Giró la cabeza y me miró—. Tú no, Eva. No te muevas de aquí hasta que los cazadores se hayan marchado.

Me dolía la herida del abdomen, como si mi cuerpo quisiera darle la razón, y unos dedos largos e invisibles me apretaban el estómago. ¿Cómo íbamos a escapar si nos tenían rodeados? ¿Cómo íbamos a salir de allí?

—¿Por qué han entrado? —le pregunté.

—No lo sé.

Escuchamos un grito y los cuatro dimos un respingo. Saqué la pistola del cinturón y, de forma casi inconsciente, la sujeté con fuerza. Junto a los disparos se escuchaba la voz de Lobo gritándole desesperado al *walkie-talkie*:

—¡Galgo! ¿Dónde estáis? ¡Galgo! ¿Me recibes?

—Galgo y los demás estaban fuera, vigilando, pero si no responden…, deben de estar muertos —nos explicó Liebre—. No van a venir refuerzos.

—¡Galgo! —volvió a gritar Lobo.

—¡Joder! —exclamó Zeta—. ¡Tenemos que ayudarlos! ¡Ya!

Le quitaron el seguro a las armas y, antes de que pudiera hacer nada, salieron y comenzaron a disparar. Con cada bala me daba un vuelco el corazón. No podía quedarme allí escondida, no cuando Zeta y Cobra se estaban jugando la vida.

Tomé aire y, aterrada, levanté la pistola y salí junto a ellos. Justo al hacerlo, sin embargo, un cazador me disparó. Por suerte, falló.

—¡Eva! —me gritó Zeta—. ¡Te he dicho que no salieras!

Pero era demasiado tarde. Ya estaba allí, en el campo de batalla, una vez más. Los cazadores nos tenían completamente rodeados, acorralados contra las escaleras. Eran al menos diez, vestidos con monos de camuflaje y chalecos antibalas como si fueran soldados profesionales. Entre las manos llevaban unos rifles de última generación con punteros láser incluidos. Si Galgo estaba muerto y no llegaban los refuerzos, solo necesitarían un par de segundos para acabar con nosotros.

Antes de que pudiera hacer nada, Zeta corrió hasta mí. Me abrazó con fuerza, impidiendo que siguiera mirando a los cazadores, y me protegió con su cuerpo. Yo me acurruqué contra su pecho y cerré los ojos, como si hubiera encontrado un refugio en mitad del caos.

—¡Bajad las armas! —gritó uno de los cazadores.

Los disparos cesaron y todos nos quedamos quietos, en silencio, las armas en alto. Nadie respondió a la orden.

—No os lo vamos a poner tan fácil, cabrones —le respondió Lobo con rabia—. Si seguís disparando, nosotros también lo haremos y os llevaremos por delante.

—¿Te crees muy listo, doméstico asqueroso?

Aquella voz me resultó familiar. Pero no, no podía ser. Era imposible. ¿O no? De pronto, recordé algo: la fiesta de Ismael Garza en el Palacio Presidencial, el día del atentado, la conversación de mi padre con Pablo Álvarez de Espino. A pesar de que parecía haber ocurrido hacía años, sus palabras sonaban en mi cabeza con tanta nitidez como si las hubiera escuchado el día anterior.

«¿Qué tal fue la caza ayer?», le había preguntado mi padre. Su respuesta, a la que en su momento no le había dado excesiva importancia, cobró sentido de repente: «Increíble, deberías haber venido. ¡Me hice con tres piezas! Héctor se quedó en dos, así que, por una vez, lo superé».

Abrí los ojos de nuevo y miré a la cara a los cazadores. Todos ellos eran personas que conocía. No solo estaba el ministro de Fronteras, también estaban el de Educación Popular, el director del Banco Nacional y el subsecretario de medios de comunicación. La bilis me subió por la garganta y estuve a punto de ponerme a vomitar.

—Si os matamos, os haremos un favor —dijo uno de los cazadores en tono de burla—. Os ahorraremos una vida de sufrimiento.

Todos sus compañeros rieron y Zeta, que aún me rodeaba con sus brazos, se puso muy tenso. Yo me quedé sin respiración. También conocía a la persona que había hablado, la conocía muy bien.

Era Héctor.

—Matadnos si sois tan valientes —le desafió Zeta—. A eso habéis venido, ¿no?

El corazón se me paró de golpe. ¿Por qué los provocaba? ¿Estaba loco? Si Liebre tenía razón, los refuerzos no iban a aparecer. Tenía que hacer algo si no quería que los mataran a todos. Tenía que protegerlos.

—Pero ¿tú quién te has creído que eres para hablarme así? —le preguntó Héctor.

Mi prometido nos apuntó con el puntero láser de su rifle y yo, sin pensarlo dos veces, me separé de Zeta y me coloqué delante de él. Cuando el punto de luz roja amenazó mi corazón, él tomó mi mano y entrelazó sus dedos con los míos. Eso me hizo sentir más valiente, más fuerte.

—¿Eva? —murmuró Héctor, atónito, al reconocerme.

Su mirada fue directamente hasta mi mano, unida a la de Zeta como nunca había estado con la suya, y después volvió a mi rostro. Palideció.

—¿Estás bien? —me preguntó, bajando el rifle—. ¿Te han hecho daño?

No tuve tiempo de responder porque, justo en ese momento, Álvarez de Espino apretó el gatillo y atravesó el pecho de Lobo con una bala. Liebre gritó y, segundos después, el hombre se desplomó en el suelo con la sangre manando a borbotones de la herida.

—¡Hijos de puta! —exclamó una de las domésticas.

Fue lo último que dijo porque una bala le atravesó la cabeza y, segundos después, estaba en el suelo junto a Lobo, muerta sobre un charco de sangre.

—¿Quién quiere ser el siguiente? —preguntó el ministro de Fronteras, muy serio, amenazándonos a todos con el puntero láser de su rifle.

Nadie se movió. Miré a Héctor, con el corazón en un puño, pero él permaneció serio, muy quieto, como congelado. Supuse que sus ojos estarían de un color verde muy intenso, como siempre que se enfadaba, y que habría dado cualquier cosa por retenerme allí, por hacer que me quedara junto a él. Quizá esa era la solución. Quizá tenía que entregarme para que los demás tuvieran una oportunidad de escapar.

Apreté la mano de Zeta con fuerza, como despidiéndome, di un paso al frente… y en ese momento los refuerzos entraron por la puerta. Eran más de diez, hombres y mujeres armados; los ojos ardiéndoles con rabia.

Y la guerra estalló de nuevo.

—¡Galgo! —exclamó Liebre.

—¡Salid de aquí! —nos gritó un hombre de espalda ancha y pelo rizado—. ¡Rápido!

Zeta tiró de mi mano y cruzamos el vestíbulo para llegar a la salida. Dos cazadores nos siguieron. Dispararon, y esquivamos las balas por los pelos.

—¡Cobra se ha quedado dentro! —le grité a Zeta.

Pero él no se detuvo.

Salimos al exterior, con los cazadores pisándonos los talones. Uno de ellos era Héctor; el otro, Álvarez de Espino. En ese momento, sin embargo, solo podía verlos como lo que eran: dos asesinos.

—¡Cuidado! —le grité a Zeta, sin detenerme, cuando vi el puntero láser en su espalda.

Se giró, sin dejar de correr, y disparó. La bala alcanzó la pierna de Pablo, que cayó al suelo entre sangre y gritos de dolor. Héctor continuó persiguiéndonos.

—¡Eva! —me gritó—. ¡Espera!

Seguimos avanzando entre los escombros, sorteando los restos destrozados de lo que una vez fue la ciudad de Madirit. Nuestros pies levantaban el polvo del suelo al pasar. Estaba cansada, asustada, y me costaba mucho respirar. Aun así, no podía dejar de correr.

Héctor nos perseguía sin descanso, aunque no disparó ni una sola vez. Zeta, por el contrario, sí lo hizo. Se dio la vuelta en dos ocasiones, con la pistola en alto, y apretó el gatillo. Héctor esquivó las balas.

—Cabrón —murmuró con rabia.

Giramos en un par de esquinas, intentando despistarle, y cuando pensé que lo habíamos conseguido, un dolor punzante en el abdomen me hizo detenerme. De repente se me nubló la vista y estuve a punto de caerme al suelo.

—Eva —me dijo Zeta—. ¿Estás bien?

—Los puntos —gruñí, llevándome las manos a la herida—. Creo que se me han… saltado.

—Entonces te llevaré en brazos.

Héctor llegó justo en ese momento y levantó el rifle en nuestra dirección. Zeta le apuntó con la pistola. Yo, tragándome el dolor

ardiente que me arañaba las entrañas, volví a colocarme delante de él.

—No —le dije a Héctor—. No voy a… no voy a permitir que le hagas daño.

—Eva —siseó él—. Apártate. Ese ser inmundo no merece…

—Baja el arma y dímelo a la cara —le cortó Zeta.

Héctor apretó la mandíbula y le desafió con la mirada, pero no respondió. No iba a darle esa satisfacción. Lo único que hizo fue buscar mis ojos, como si quisiera buscar ahí dentro a la Eva que conocía, pero debió de ver algo en ellos que no le gustó.

—Eva —dijo—. No me obligues a disparar.

Apretó el rifle con más fuerza, y yo sentí una sacudida en el estómago. ¿Sería capaz de disparar? ¿Sería capaz de hacerme daño? No estaba segura de la respuesta, así que levanté la pistola y, esforzándome por disimular el temblor de mis manos, le apunté al corazón.

—No me obligues tú a disparar a mí.

Mi prometido se puso muy tenso y guardó silencio. No pude evitar pensar en lo que me había confesado aquella noche en su casa, empujado por el vino, cuando mi mundo aún no se había roto en pedazos. «No me gusta la caza. Odio todo lo que tiene que ver con ella». ¿Seguiría pensando igual? ¿Odiaría estar allí, sujetando el rifle, o al tratarse de nosotros lo estaría disfrutando?

—Eva, deberías estar conmigo —soltó—. ¿Qué es lo que he hecho mal? ¿Qué es lo que no te he dado? Vuelve a casa, por favor.

En el fondo, muy en el fondo, Héctor me daba pena. No podía explicarle en ese momento todo lo que me faltaba con él, lo mucho que me dolían las mentiras que me habían contado. No podía explicarle que, en ese instante, lo último que quería era volver a casa.

—Héctor, yo…

—¿Estás con él? —me preguntó, clavando sus ojos en los de Zeta —. ¿Ha pasado algo entre vosotros? Te juro que si te ha tocado antes que yo, le volaré la cab…

Zeta apretó el gatillo y disparó. Yo ahogué un grito. La bala atravesó el aire, alcanzando el brazo derecho de Héctor, y cuando

este gritó y soltó el rifle, salimos corriendo.

Aunque vi de reojo la sangre, no me detuve a mirar atrás.

—¿Te duele mucho? —me preguntó Zeta mientras nos alejábamos.

—Puedo aguantarlo —le respondí.

Avanzamos de nuevo entre los escombros y, antes de llegar a la Antena, vimos el todoterreno del Frente acercándose a toda velocidad. Cobra conducía, y al llegar hasta donde estábamos derrapó y bajó la ventanilla.

—Subíos —nos ordenó—. ¡Ya!

Entramos en el vehículo a toda prisa y, sin decir nada, pusimos rumbo al Refugio. Tenía el estómago revuelto y el cuerpo entero temblando. La herida del abdomen me escocía, y podía notar la sangre caliente manchándome la piel.

—Han matado a seis de los nuestros —nos informó Cobra, con la vista fija en la carretera y las manos apretando el volante—. De los suyos no ha caído ninguno.

—No tendríamos que haber venido —sentenció Zeta.

No dijimos nada más hasta que llegamos al Refugio. Estábamos destrozados en todos los sentidos posibles y, cuando nos bajamos del coche, lo único que queríamos era aislarnos del mundo y olvidarnos de todo lo que acabábamos de ver, de todo lo que acabábamos de vivir.

—Toma —me susurró Zeta, ofreciéndome el brazo—. Agárrate.

Me apreté la herida del abdomen con una mano y, con la otra, me sujeté a su brazo. Me costaba mucho caminar, y tenía la sensación de que iba a caerme al suelo de un momento a otro.

—Iremos directamente al hospital —me dijo.

Sin embargo, nos pudimos hacerlo.

Puma nos estaba esperando a la entrada del Refugio, con el ceño fruncido y los brazos cruzados. Búho se encontraba a su lado, muy serio.

—¿De quién ha sido la brillante idea de hacer una excursión a la Antena? —preguntó la líder, alternando su mirada entre los tres, cuando llegamos hasta ella.

—Puma, tenemos que llevar a Eva al hospital. Los puntos…

—¡Habéis sido unos irresponsables y habéis puesto en peligro tanto vuestra vida como los objetivos del Frente! —le interrumpió.

Zeta miró a Búho y masculló:

—Soplón.

—¡Estaba preocupado por vosotros! —replicó él.

—Sabéis de sobra que nadie puede salir del Refugio sin organización ni protección —continuó Puma—. ¡Y mucho menos sin mi permiso!

Agaché la cabeza, avergonzada, y apreté con fuerza el brazo de Zeta. Puma estaba enfadada y ni siquiera sabía lo que había ocurrido. En cuanto lo descubriera, iba a matarnos.

—La idea ha sido mía —confesó Zeta—. Yo le dije a las chicas que podíamos ir a la Antena y prácticamente las arrastré conmigo. Si alguien merece que lo castiguen, soy yo.

—Me da igual de quién haya sido la idea, porque no voy a tolerar temeridades entre mis soldados —replicó la líder del Frente—. En los próximos meses, los tres os encargaréis de las tareas de limpieza y tendréis que preguntarme hasta si podéis respirar. Voy a pensarme muy bien si os quiero en las próximas misiones.

—Puma…

—Llevaos a Eva al hospital. Ya hablaremos después.

Dimos un paso hacia delante, pero tuvimos que volver a detenernos porque un coche llegó a toda velocidad al Refugio. Era uno de los todoterrenos del Frente. Aparcó frente a la puerta y de él salió Oso, muy serio y preocupado. Me dio un vuelco al corazón cuando me di cuenta de que aquella escena ya la había vivido, de que sabía lo que iba a pasar a continuación.

Búho ahogó un grito cuando Oso abrió la puerta de atrás del coche y tomó a Abel entre sus brazos. Estaba inconsciente, con la cara llena de golpes.

—No —musitó Búho, con el rostro descompuesto.

Intentó correr hacia él, pero Cobra le agarró del brazo y le obligó a quedarse donde estaba.

—Tranquilo —le susurró.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Zeta en cuanto Oso llegó hasta nosotros.

—Me lo he encontrado inconsciente en el suelo del Puerta del Ángel —respondió él—. Alguien le ha dado una paliza y casi lo mata.

No podía moverme. De pronto me había olvidado de la herida del abdomen, y el nudo que se me había formado en la garganta hacía que me fuera difícil incluso respirar.

—Te acompañaré al hospital —le dijo Puma a Oso—. Hay que darse prisa. Eva, ven con nosotros.

Sin embargo, ambos se alejaron a toda prisa y yo me quedé donde estaba, incapaz de moverme, con los ojos llenos de lágrimas. Entre nosotros se instaló un silencio sepulcral, un silencio tenso y doloroso que, durante unos segundos, nadie se atrevió a romper.

—Se va a recuperar —intentó consolarnos Zeta—. No os preocupéis.

Me rodeó el cuerpo con los brazos y yo, al notar su calor, me eché a llorar contra su pecho.



Nos sentamos en el tejado del Refugio para ver la puesta de sol. Cobra nos dijo que aquel era el lugar secreto al que solía subir a pensar pero que, dadas las circunstancias, quería compartirlo con nosotros. Y yo se lo agradecí. Aquel atardecer desde las alturas, con el Muro y los altos edificios de Madirit recortando el horizonte frente a nosotros, fue como ver una flor creciendo en el asfalto: un retazo de belleza en medio del horror más absoluto.

—Zeta, ¿puedes parar de una vez? —le preguntó Cobra. Los últimos rayos de sol del día hacían que sus rizos parecieran hechos de un oro muy fino—. Me estás poniendo de los nervios.

—Déjame en paz.

Mientras él daba vueltas por el tejado, Búho, Cobra y yo estábamos sentados en el borde, con las piernas colgando. Me entraba algo de vértigo al pensar en lo lejos que estaba el suelo, pero me sorprendí al darme cuenta de que no estaba asustada. Después de lo que había vivido en las últimas semanas, tener miedo a las alturas me parecía absurdo, casi infantil.

—Ya no te duele, ¿verdad? —me preguntó Búho.

Había sido él quien, después de limpiarme la herida del abdomen a conciencia, me había vuelto a cerrar los puntos. Panda y Tejón, que tenían más experiencia, se habían encargado de Abel. Aunque me había tratado con la fría profesionalidad que lo caracterizaba, le había notado más callado de lo normal, como si su mente no se encontrara en el mismo lugar que sus manos.

—Solo un poco —le respondí—. Pero puedo soportarlo.

—Deberías tener un nombre del Frente —me dijo—. Creo que, después de todo lo que has pasado, te lo mereces.

¿Un nombre del Frente? ¿Había cambiado tanto como para que consideraran que merecía una nueva identidad? Pensar en ello hizo que me sintiera orgullosa y triste a partes iguales. Era consciente de que había avanzado, pero, para hacerlo, había tenido que dejar atrás toda mi vida. Ya no sabía muy bien quién era ni qué quería.

—¿Y cuál creéis que debería ser? —les pregunté.

—Babosa —propuso Cobra.

Soltó una carcajada y Búho esbozó algo parecido a una sonrisa. Yo, sin embargo, no entendí el motivo de su diversión.

—No sé qué es eso —respondí, arrugando la nariz—. Y no me gusta cómo suena.

Cobra volvió a reírse, más de mí que conmigo, y yo puse los ojos en blanco.

—No le deis tantas vueltas —dijo Zeta, haciendo que todos nos giráramos para mirarle. Se había bajado hasta la cintura la parte de arriba del mono, quedándose solo con la camiseta blanca que llevaba debajo, y la vista se me fue sin querer a la piel morena de sus brazos—. Solo hay un animal con el que Eva puede identificarse: la mariposa.

Mariposa. El animal de la caja de música de mi madre. Lo miré, agradecida, y él me devolvió una sonrisa.

—¿Por qué la mariposa? —preguntó Cobra.

—Porque era un animal que empezaba su vida arrastrándose por el suelo y la terminaba volando —explicó Zeta—. Era capaz de llevar a cabo una transformación increíble que la cambiaba por completo.

¿Acababa de insinuar que yo también había sufrido una metamorfosis? ¿Que no era la misma persona que cuando nos conocimos? Eso, viniendo de él, era un halago.

—Me gusta —dije, sin dejar de mirar a Zeta—. Me gusta mucho.

—Pues bienvenida al Frente de Liberación, Mariposa —me respondió Búho.

—Para mí serás siempre Babosa —se burló Cobra.

Por alguna razón sentí que aquel momento era importante, que había dado un paso más, que me habían aceptado en su peculiar familia. Quizás había perdido muchas cosas, pero había ganado otras muy valiosas que las compensaban.

—Solo nos falta encontrarle un nombre a Abel —comentó Cobra.

En cuanto mencionó a Abel, un doloroso silencio se instaló entre nosotros. Según Panda y Tejón, lo único que podíamos hacer era esperar que la paliza no le dejara secuelas graves.

—Abel ya tiene un nombre del Frente —le respondió Búho, la vista perdida en el horizonte—, aunque no le gusta usarlo.

—¿Qué nombre? —quiso saber Zeta.

Búho observó el suelo bajo nuestros pies, sin miedo, y tras unos segundos de silencio, musitó:

—Garza.

—¿Qué? —solté—. ¿El apellido del presidente es el nombre de un animal?

Abrí los ojos, sorprendida, y Búho me dedicó la mirada más triste que había visto nunca, una que me partió el corazón en pedazos.

—Es su padre quien le pega —me dijo—. Lo sabéis, ¿verdad?

¿Su padre? No, no podía ser. Siempre nos habían mostrado a Ismael Garza casi como a un santo, un político y padre de familia ejemplar. Por muchos problemas que le diera Abel, no dejaba de ser su hijo, la sangre de su sangre.

—¿Por qué? —pregunté con un hilo de voz—. ¿Por qué su propio padre le haría algo así?

—¿Desde cuándo el maldito Ismael Garza necesita una razón para ser cruel? —me respondió Zeta.

—No es ningún secreto que el presidente siempre ha visto a su hijo pequeño como una vergüenza, ¿no? —me dijo Búho.

Tenía razón. Yo había sido la primera que se había avergonzado de Abel, la primera que no lo había considerado un digno heredero del presidente. Ismael Garza no era el único en Heden que pensaba que su hijo pequeño no era ni de lejos tan perfecto como el mayor.

Qué equivocado estaba.

Qué equivocados estábamos todos.

—Abel se ríe de sus desgracias —añadió Búho—, pero eso no significa que no sufra.

La forma en la que habló de Abel hizo que me entristeciera de nuevo. Los miembros del Frente, al contrario que los celestes de Madirit, sí habían visto cómo era en realidad. En el Refugio le habían dado el calor que nunca le habían dado en su hogar, el lugar que merecía. ¿Cómo no iba a luchar por ellos? ¿Cómo no iba a querer destruir nuestro mundo hasta los cimientos para liberarlos?

—¿Cómo empezó Abel a colaborar con vosotros? —pregunté—. ¿Cómo… os conoció?

Cobra giró la cabeza hacia Búho, como si fuera a él a quien le correspondía contar esa historia, y él suspiró con tristeza. A pesar de lo fuerte que parecía siempre, a pesar de que nos había salvado la vida a todos, en aquel momento lo vi como lo que era de verdad: un muchacho, casi un niño, con ganas de ponerse a llorar.

—Su padre lo llevó una noche al Puerta del Ángel, el local en el que me obligaron a… trabajar —explicó—. El presidente quería que su hijo pequeño se convirtiera en un hombre de verdad y, según él, esa era la única forma de hacerlo. Su hermano Ismael había venido muchas veces, pero él no. Aquella fue su primera vez.

«Hago todo esto porque conocí a alguien que me abrió los ojos y me hizo darme cuenta de lo equivocado que estaba», me había dicho Abel. Ahora lo entendía. Ese alguien era Búho.

—Es terrible —susurré—. Tuviste que sufrir mucho allí, Búho. Lo siento.

Cobra me dio un codazo para indicarme que me callara, pero ya era demasiado tarde.

—Bueno, otros lo pasaron peor —me respondió Búho—. Gracias a Abel no estuve mucho tiempo allí. También fue él quien me enseñó a

leer, ¿sabes? Si no lo hubiera hecho…, no habría podido empezar a formarme como médico.

—Espera, ¿Abel te enseñó a leer?

—Me ha enseñado muchas cosas —susurró.

Volvimos a guardar silencio y, cuando miré de nuevo a Búho para pedirle que me contara cómo le había enseñado Abel a leer, me di cuenta de algo: una lágrima acariciaba su mejilla con lentitud. Estaba llorando. ¡Búho, llorando!

Iba a preguntarle si estaba bien, si podía ayudarlo, pero él se levantó y se marchó de allí a toda prisa.

—¿Qué le pasa? —preguntó Zeta, tan confuso como yo.

—¡¿Cómo que qué le pasa?! —exclamó Cobra, levantándose del suelo—. ¡No hay que ser muy listo para darse cuenta!

Se marchó del tejado en busca de Búho, y cuando Zeta y yo nos quedamos solos, nos miramos. Nunca habíamos estado a solas. No, al menos, estando los dos sanos y conscientes.

—Deberíamos ir a ver si está bien —le dije, preocupada.

Zeta se acercó para sentarse a mi lado, dejando que sus piernas colgaran junto a las mías, y me puse tan nerviosa que me mareé ligeramente. Por primera vez desde que estaba en el tejado, tuve miedo de caerme al vacío.

—No —me respondió—. Conozco a Búho y, si está mal, querrá estar solo.

Clavó la vista en el horizonte, en el Muro, y no pude evitar observar sus rasgos con detenimiento. Tenía un perfil perfecto, con la mandíbula muy marcada y la nariz recta. Los rayos del sol incidían en la chapa plateada que llevaba al cuello, sacándole mil destellos a la *Z* grabada. No podía explicar con palabras lo que sentía al tenerlo cerca. Lo único que sabía era que él, sin tocarme, provocaba en mi cuerpo lo que Héctor no había conseguido ni siquiera besándome.

Giró la cabeza hacia mí, con el ámbar de sus ojos brillando como el fuego, y yo me di cuenta de que estaba más dispuesta que nunca a arder dentro de ellos.

—Gracias por salvarme la vida —me dijo.

—¿Por cuál de todas me estás dando las gracias exactamente? ¿Por el día que te ayudé a salir de los túneles del metro cuando te

estabas desangrando? ¿Por el balazo en la Celda? ¿Por lo de hoy?

—Joder, Eva, no seas así. ¿Quieres que te dé las gracias una por una?

Me mordí el labio inferior y, después, sonreí. Él también lo hizo, y fue algo tan inesperado y especial que sentí la misma emoción que al ver una estrella fugaz surcando el cielo. No era una simple mueca ni un esbozo fingido, era una sonrisa real, cálida y gloriosa, que me hizo lamentar no haber podido verla mucho antes. Incluso me entraron ganas de pedir un deseo.

—He sido un imbécil contigo, Mariposa.

—La verdad es que sí. Me empujaste en el baño del Puerta del Ángel, me gritaste cuando te hice el torniquete, me trataste mal en los…

—Bueno, ya está —me interrumpió—, no hace falta que nos pongamos a recordar todo lo que he hecho mal.

—También podemos recordar lo que has hecho bien —le dije—. Por ejemplo, me advertiste de la explosión el día del atentado, aunque aún no sé por qué lo hiciste.

Nos miramos fijamente y, durante unos segundos, me olvidé de la muerte, del miedo y de las balas. Al perderme en sus ojos del color del otoño, todo verano dejó de importarme.

—Porque vi un rayo de luz —susurró.

No entendí qué quería decir con eso; tampoco me importó. Estaba tan cerca de mí que podía oler el cálido aroma de su piel, y eso me hacía sentir cosquillas en todas las terminaciones nerviosas. Habría sido capaz de reconocer ese olor en cualquier lugar, con los ojos cerrados, porque era el que me envolvía cuando me abrazaba.

—Zeta, yo… quería decirte…

—¡Eh, vosotros dos! —nos gritó Cobra desde las escaleras—. ¿Vais a quedaros ahí toda la tarde o qué?

Aparté la vista de Zeta, avergonzada, y él carraspeó.

—¡Ya vamos, pesada! —le respondió.

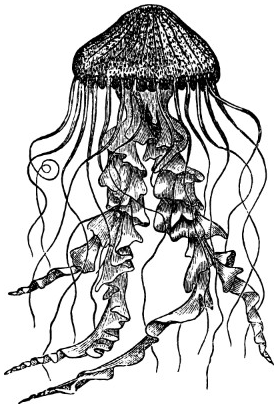
Se levantó del suelo y, después, me tomó la mano y me ayudó a incorporarme. Tardó más de lo normal en soltármela, y yo disfruté de esos segundos extra en los que su piel estuvo en contacto con la mía.

—¿De qué estabais hablando? —nos preguntó Cobra cuando llegamos hasta ella.

Ninguno de los dos le respondió. No podía dejar de pensar en lo cerca que habíamos estado el uno del otro, en su sonrisa, en su olor. Aún no le había pedido perdón por insultarlo en la Celda, y eso solo significaba una cosa: tenía que propiciar otro momento a solas para hacerlo.

Cuanto antes lo hiciera, mucho mejor.

MEDUSA



«La medusa es uno de los animales más antiguos que existe. Más del noventa por ciento de su cuerpo está hecho de agua y no tiene ni cerebro ni corazón ni ojos. Sorprendentemente, puede clonarse a sí misma: al cortarla por la mitad, ambas mitades se regeneran y se convierten en dos medusas distintas.

Su picadura puede provocar enfermedades y, en algunos casos, llegar a ser mortal».

Gran Enciclopedia de los Animales, página 540

19



Hoy vamos a jugar a un juego! —les gritó Zeta a sus alumnos—. ¡Así que espero que hayáis desayunado bien!

Mientras me secaba el sudor que me empapaba la cara después del entrenamiento, lo miré. Su voz emanaba autoridad, así que los niños se apresuraron a hacerle caso. Para ellos era una especie de hermano mayor, alguien a quien querían parecerse cuando crecieran, un modelo a seguir.

—¿A qué juego, profe?

—Ahora lo veréis. ¡Os doy un minuto para hacer dos equipos!

Los niños, emocionados, empezaron a hablar entre ellos. Ninguno tenía más de diez años, y aun así ya se veía quiénes eran los que tenían más carácter, los más competitivos y los que menos disfrutaban con el entrenamiento. Zeta se alejó de ellos para agarrar una botella de agua y, mientras bebía, me observó en la distancia. Esbocé una sonrisa y le saludé con timidez. Él levantó la mano para devolverme el gesto, pero, en cuanto lo hizo, uno de los niños empujó a otro y, al caerse al suelo, empezó a llorar.

—¡Eh! —gritó Zeta mientras corría hasta ellos—. ¿Qué pasa, Gorrión?

—¡Me ha pegado! —lloró el niño al que habían empujado. Parecía mucho más pequeño que los demás—. ¡Ciervo me ha pegado!

—¡No es verdad! —se defendió el otro.

—A ver, venid todos aquí —dijo Zeta—. Tú también, Ciervo.

Los alumnos lo rodearon, muy serios y cabizbajos. El niño que había empujado al otro parecía enfadado y no se atrevía a mirar a Zeta a la cara, pero también le hizo caso.

—Sé que a veces nos enfadamos mucho, tanto que el estómago nos arde y se pone todo rojo, ¿a que sí?

—Sí, profe —respondieron todos.

—Pues ¿sabéis qué hago yo cuando me pasa? Me meto las manos en los bolsillos del mono, cierro los ojos y cuento hasta diez. Venga, vamos a hacerlo todos juntos.

Los niños asintieron, se metieron las manos en los bolsillos y cerraron los ojos con mucha fuerza, como si fuera un juego. No pude evitar sonreír. Muchos de esos niños no tendrían un padre que los orientara, y Zeta cumplía esa labor a la perfección.

—¿A que ahora estáis todos más tranquilos? —les preguntó Zeta, sonriendo, al ver que dejaban de contar.

—¡Sí! —corearon los alumnos.

Zeta miró directamente a Ciervo y le sujetó una mano con cariño.

—Aquí todos somos compañeros, Ciervo, casi hermanos, y no nos hacemos daño entre nosotros —le explicó—. Yo también me enfado muchas veces y no pasa nada, pero no podemos hacer daño a nadie por eso. Y si lo hacemos, aunque sea sin querer, tenemos que pedir perdón, ¿vale?

Ciervo asintió, sin atreverse a levantar la cabeza, y después, convertido en el centro de atención de los niños, le pidió perdón a Gorrión. Me maravilló la capacidad que tenía Zeta para solucionar conflictos. ¿Quién le habría enseñado a pedir perdón después de estallar? ¿Quién le habría dado tanto cariño como para saber tratar así a los niños?

Sacudí la cabeza y, obligándome a olvidar a Zeta y a todo lo que este me provocaba, me marché del gimnasio. Le había prometido a Abel ir a visitarlo antes de comer y no quería llegar tarde.

Atravesé los pasillos del Refugio y, cuando llegué hasta la habitación de mi mejor amigo, subí la persiana metálica y entré. Siempre me sorprendía lo grande que era. Era tan grande, de hecho, que tenía baño propio y una televisión frente a la cama. Sin

embargo, aunque estaba encendida, ni Abel ni Búho le estaban prestando atención.

—¡Abel, por favor! —exclamó Búho, poniendo los brazos en jarras —. ¿Vas a hacerme caso alguna vez?

—¿Qué hacéis? —pregunté, acercándome hasta ellos.

—Nada —me respondió Búho—. No hacemos nada porque no me deja ponerle los calmantes.

—¡Quiere pincharme en el culo! —exclamó Abel, tumbado sobre la cama.

Me coloqué junto a Búho y me crucé de brazos, juzgando a Abel con la mirada. Tenía un derrame en el ojo izquierdo y el labio inferior partido, lo que no le impedía gesticular con normalidad. Habían pasado cinco días desde que le dieron la paliza y, como ya no hacía falta que estuviera en el hospital, nos turnábamos para que nunca estuviera solo en la habitación. Según Búho, su cabeza parecía estar bien —todo lo bien que podía estar para ser Abel, al menos—, pero tenía tantos cardenales y heridas en el cuerpo que le dolía incluso respirar. Además, al haber intentado defenderse, le habían roto la muñeca izquierda y necesitaba ayuda para realizar las tareas más sencillas. Él, por supuesto, estaba disfrutando como nunca de ser el centro de atención.

—Deja de comportarte como un niño —lo regañé.

—Es un pinchazo de nada —apuntó Búho—. Ni siquiera vas a enterarte.

Abel arrugó la nariz y después, al darse cuenta de que no podía hacer nada contra nosotros, suspiró.

—Está bien —se rindió—. Que sepáis que mucha gente pagaría lo que fuera por ver este culo, y vosotros vais a hacerlo gratis.

—Pagaría lo que fuera por no tener que verlo —le dije, poniendo los ojos en blanco.

Búho, conteniendo una sonrisa, lo ayudó a darse la vuelta. Cuando lo tuvo tumbado boca abajo, la cabeza apoyada en la almohada, le bajó un poco el pantalón y le inyectó los calmantes.

—Qué bien me pinchas, doctor —bromeó Abel.

Las mejillas de Búho enrojecieron, y me di cuenta enseguida de que aquella señal luminosa indicaba lo que su cuerpo gritaba:

«Tierra, por favor, trágame».

—Ya está —murmuró, algo incómodo, cuando retiró la jeringuilla.

—¿Ya? —le preguntó Abel con tristeza—. ¿Y no me invitas a cenar ni nada?

Búho se puso en pie, la cara más roja que antes, y se colocó las gafas con nerviosismo.

—Si necesitas algo —le indicó—, avísame.

Abel asintió y, después, los dos se miraron fijamente durante unos segundos, como si compartieran un secreto desconocido para el resto del mundo. Fruncí el ceño, y no dejé de hacerlo hasta que, un instante después, Búho salió de la habitación a toda prisa, cerrando la persiana tras de sí.

—¿Me puedes explicar qué acaba de pasar? —le pregunté a Abel. Sin embargo, él se había quedado con la vista fija en la persiana y no me estaba haciendo caso—. ¡Oye, que te estoy hablando!

Chasqueé los dedos y Abel me miró con cierta sorpresa, como si acabara de recordar que yo estaba allí. Sacudió la cabeza y me dijo:

—Perdona, no te estaba escuchando. Estoy de acuerdo contigo…, sea lo que sea lo que hayas dicho.

—Te he preguntado qué pasa entre Búho y tú.

—¿Entre Búho y yo? —Se encogió de hombros—. Nada. ¿Qué va a pasar?

—¿Cómo que nada? ¿A qué ha venido esa mirada?

—¿Qué mirada?

—Abel, me contó que le enseñaste a leer. ¡Tú! ¡A leer!

—¿Y qué tiene eso de raro?

—Pues no sé, Abel. Se puso a llorar pensando que no ibas a salir de esta.

—Porque es muy sensible.

—No, Búho no es sensible y lo sabes.

—Sí que lo es —insistió—, lo que pasa es que es muy reservado. Si lo conocieras lo suficiente, te darías cuenta de que además de guapo es fuerte, inteligente, divertido… y, sí, sensible.

—Espera, ¿has dicho guapo, fuerte, inteligente y divertido? ¿Tú? ¡A ver si te va a gustar Búho!

Me reí, pero Abel no me siguió. Ni siquiera fue capaz de mirarme a los ojos, y eso me dio las respuestas que necesitaba.

—¡Espera un momento! —exclamé—. ¡Te gusta de verdad!

Abel se sonrojó y, tras unos segundos de silencio, estalló:

—¡Pues claro que me gusta! ¿Tú lo has visto? Si no estuvieras tan cegada por Zeta, te gustaría hasta a ti.

Estaba tan sorprendida que ni siquiera hice caso a lo que acababa de decirme sobre Zeta. ¡A Abel le gustaba Búho! ¿Cómo era posible? Aunque había escuchado historias sobre hombres a los que les gustaban otros hombres, incluso de mujeres a las que les gustaban otras mujeres, siempre había pensado que eran casos aislados, historias de gente extraña que vivía al filo de la ley. ¿Y si en eso también estaba equivocada?

—Entonces…, ¿no te gustan las chicas? —le pregunté, algo confusa.

—¿Quién ha dicho que no me gusten? —me respondió, ofendido —. Si estás pensando en hacerme una propuesta indecente, soy todo oídos.

Pasé por alto su insinuación y le sostuve la mirada. Nunca habría imaginado que a Abel pudiera gustarle otro chico. En realidad, nunca habría imaginado que a Abel le gustara alguien que no fuera él mismo.

—¿Desde cuándo te gustan los chicos? —quise saber.

—¿Desde cuándo te gustan a ti? —contraatacó—. Pues desde siempre, Cenicienta. No me levanté un día y pensé: «¡Venga, Abel, vamos a probar nuevas experiencias! Seguro que a tu padre le encanta que te enamores de Mateo Arís».

—¡¿Mateo Arís?! —exclamé. Abel y él habían sido la pesadilla de todos los profesores en el colegio, y no solo habían pasado años coleccionando castigos, sino también chicas—. ¿Te enamoraste de él? ¡Si era un arrogante insoportable!

—Ya, pero besaba muy bien.

¿Que Abel se había besado con Mateo Arís? ¿En la escuela? ¡Madre mía! ¿Lo sabría su padre? Si lo sabía, no debía de estar contento, desde luego.

—Búho se va a poner celoso —le dije, esbozando una sonrisa traviesa.

—No, entre Búho y yo no hay nada —me respondió—. Nadie ha dicho que yo le guste a él.

—Te repito que lloró por ti, Abel. ¡Tendrías que haberlo visto! Ni se inmuta cuando ve a un herido chorreando sangre, pero cuando te vio llegar a ti…

—No, no vayas por ahí.

No le hice caso.

—¡Y mira cómo te cuida! —Empecé a recordar todos los momentos en los que Búho y Abel habían dejado entrever lo que sentían el uno por el otro, y me sentí muy tonta por no haberme dado cuenta antes—. ¡Cuando estuviste en el hospital, no se separó de ti ni un solo segundo!

Al recordar el día de la sobredosis de Abel, me di cuenta de algo: la «cuestión de vida o muerte» que le había hecho suplicarle a Oso que lo llevara al Refugio no eran los antibióticos, sino ver a Búho. Y había muchas cosas más: Búho era el único que sabía que era el padre de Abel quien le pegaba o que conocía su nombre del Frente.

—Búho no quiere nada conmigo, Ceni. Para que lo entiendas: él es como un refresco frío que siempre te apetece tomar, y yo solo soy el alcohol barato que le echas para emborracharte cuando estás solo y deprimido. Yo soy de cuero y él es de encaje.

—¿Qué quieres decir con eso?

Abel suspiró y me respondió:

—Yo separo a las personas en dos tipos, como la ropa interior: las que son de encaje y las que son de cuero. Las primeras son dulces y delicadas, aptas para todos los públicos; las segundas… Las segundas solo traen problemas. Tú, por ejemplo, eres claramente…

—No, Abel —le corté—. No quiero saberlo.

Él se encogió de hombros y, antes de que le diera de nuevo por comparar a las personas con tejidos de ropa interior, volví al tema principal:

—Estoy segura de que a Búho le gustas.

—No, no es verdad. Estuvimos juntos una vez y ya está, no va a pasar nada más. Supongo que incluso él comete errores alguna vez.

—¿Qué quieres decir con que «estuvisteis juntos»?

Abel se pasó la lengua por los labios, conteniendo una sonrisa, y me explicó:

—A ver, Cenicienta, cuando dos personas se gustan, se meten en la cama y…

—¡Vale, ahora lo entiendo, no hace falta que me des detalles!

—Iba a decir que se abrazan. ¿En qué estabas pensando?

La voz de Alma Aguilar que salía de la televisión fue lo único que sonó en la habitación durante unos segundos. Estaba hablando sobre los colores que iban a estar de moda ese verano. Me pareció increíble que, con todo lo que estaba ocurriendo, con todo lo que estábamos sufriendo, a los ciudadanos de la República les importara de verdad el color de la ropa.

—Quizá no habéis hablado con claridad —le dije a Abel, volviendo al tema—. Quizá él no sabe que…

—¡Eva! —exclamó Abel. Volver a escuchar mi nombre real me hizo sentir rara, como si estuviera hablando de otra persona—. ¡No insistas! Él no quiere nada conmigo, y yo de todas formas no sé estar en una relación, no sé ni cómo funcionan. Lo dejamos así y todos felices.

¿Por qué se estaba intentando convencer a sí mismo de que era imposible cuando estaba claro que ambos se gustaban? ¿Por qué estaba renunciando a la felicidad?

No pude preguntárselo porque, justo en ese momento, Héctor apareció en la televisión y los dos nos quedamos sin palabras. Volvía a ser el de siempre: vestido con elegancia, bien peinado, los ojos azules. Sin embargo, yo ya sabía la verdad sobre él y no iba a poder olvidarla.

—No puedo hacer públicos los detalles, Alma, así lo establece el protocolo, pero puedo decirte que ha habido avances en la investigación sobre el secuestro —estaba diciendo—. *Estoy seguro de que Eva e Ismael estarán muy pronto con nosotros.*

Abel arrugó la nariz y yo cerré los puños con fuerza. No podía quitarme de la cabeza lo que Héctor había dicho, lo que había hecho. No podía evitar verlo como lo que era: un asesino.

—¿Eso significa que la boda sigue en pie? —le preguntó la periodista.

—¡Por supuesto! Tengo más ganas que nunca de casarme con mi prometida. Esos delincuentes no nos van a arrebatar nuestro final feliz; ni a nosotros ni a los ciudadanos de Heden.

Su voz me revolvía el estómago. ¿Cómo podía decir que la boda seguía en pie después de lo que había pasado?

—Me da asco escucharle —solté—. Esta vez no puedes volver a Madirit, Abel. Si lo haces, terminarán matándote a ti también.

No le dije que sabía que era su padre quien le pegaba, tampoco hizo falta. Era un secreto que ya no podía esconder durante más tiempo. Él era el primero que sabía que, si volvía a la ciudad, nunca más volvería a salir.

—Puma me ha dicho lo mismo —respondió—. Dice que no puedo volver junto a mi padre, pero si no lo hago, me perderán como conexión. Además…, no puedo dejar sola a mi madre.

—¿Por qué no?

Abel se miró las manos, como si no quisiera hablar del tema, y durante unos segundos guardó silencio. Después, tras soltar un suspiro cansado, me dijo:

—Los malos padres también suelen ser malos maridos.

No necesitó añadir nada más: lo que me estaba diciendo era que el presidente no solo trataba mal a su hijo, sino también a su esposa. No me sorprendió, pero me llenó de rabia pensar en lo que tendría que estar sufriendo Catalina, obligada a compartir su vida con un hombre como Ismael Garza. ¿Eso era lo único a lo que podíamos aspirar las mujeres? ¿Al silencio y la resignación?

Héctor continuaba hablando dentro de la pantalla y Abel, que lo estaba mirando fijamente, cambió de tema:

—No te tomes esto como una defensa hacia Héctor, pero quiero que sepas que la caza es una actividad en la que participan todos, no solo él. Eso e ir a los locales del Arrabal son sus formas de divertirse. ¡Hasta el santo de mi hermano lo hacía cada semana!

Al mencionar a su hermano, su voz pasó de estar empapada de tristeza a estarlo de odio. A pesar de que Búho también había mencionado que Ismael iba a menudo al Puerta del Ángel, no me

había parado a pensar en lo que eso significaba, en lo que tanto él como Abel estaban intentando decirme. No tuve que esforzarme mucho para que todo encajara, para que entendiera por fin la razón por la que Abel odiaba tanto a su hermano, la razón por la que lo había encerrado en la despensa de los sótanos cuando estalló la bomba.

—Tu hermano le hizo algo a Búho en el Puerta del Ángel, ¿verdad? —le pregunté.

Abel apretó los puños con fuerza, y solo con eso supe la verdad. Claro que le había hecho algo a Búho. Abel nunca habría dejado morir a su hermano si no fuera porque sabía que le había hecho daño a alguien que le importaba, porque sabía que era un monstruo.

—Le hizo sufrir, sí, y si no lo hubiera sacado de ese local, habría seguido haciéndolo. A veces me pregunto si de verdad me arrepiento de haber dejado morir a mi hermano o si lo que hace que me sienta como una mierda es justo lo contrario: alegrarme de que ya no esté.

Por primera vez desde que había descubierto que Abel había estado involucrado en el atentado, no le juzgué. Al contrario, le entendí. ¿Qué habría hecho yo si me hubiera enterado de que mi padre le hacía daño a Nina? ¿Y si se lo hubiera hecho a Zeta? ¿Cómo habría reaccionado si alguien de mi familia hubiera humillado, golpeado y violado al amor de mi vida?

—Me has dicho que te gusta Búho —le dije, entendiendo su dolor, tristeza y enfado—, pero creo que lo que sientes por él, en realidad, es mucho más profundo.

Él sacudió la cabeza y esbozó una sonrisa triste, una sonrisa que no le llegó hasta los ojos.

—Qué más da lo que sienta, Cenicienta —me respondió—. No todos tenemos la suerte de poder vivir un cuento de hadas.

Un cuento de hadas. ¿No era eso lo que todos queríamos conseguir? Alguien a quien amar, alguien capaz de darlo todo por nosotros. Alguien con quien envejecer.

—Lo único que quiero es que Búho sea feliz —continuó— y conmigo jamás podrá serlo. Cuando me di cuenta de que me estaba

enamorando de él, yo… tuve que alejarme. ¿Y si resulta que soy como mi padre? Cuanto más lejos esté de mí, mucho mejor para él.

Una vez más, la culpa era de Ismael Garza. ¿A cuántos niveles había destrozado a su hijo? No quise pararme a pensarlo. No quise que el odio por el presidente volviera a envenenarme las entrañas.

—Tú no eres como tu padre —le dije—. No te pareces en nada a él.

El rostro de Abel se ensombreció e, incapaz de sostenerme la mirada, giró la cabeza. Solo después, tras unos largos segundos de silencio, me confesó:

—Tengo los mismos ojos que él, y también los mismos que mi hermano. ¿Crees que quiero que Búho se acuerde de lo que le hicieron cada vez que me mire?

Como si quisiera reafirmar sus palabras, Abel volvió a girarse hacia mí. El verde de sus ojos era el mismo que el de su padre, sí, pero no había nada de Ismael Garza en ellos. Los de Abel estaban llenos de un amor muy puro, de compasión y empatía. De humanidad.

—Yo no veo a tu padre al mirarte —le dije—. Y estoy segura de que Búho tampoco.

—Pues yo estoy seguro de que sí. Además, él no tiene por qué cargar con… mi pequeño problema de adicción. Ese es un camino que tengo que hacer solo.

Le miré durante unos segundos, pensando en cómo me gustaría que me trataran a mí si estuviera en su lugar, y después le tomé la mano. Él no la apartó.

—No estás solo, Abel, y nunca vas a estarlo.

—Cenicienta, esto no es tan f…

—¿Fácil? —le interrumpí—. Vamos, recuerda que no soy una chica de helado de vainilla, sino de menta.

Abel sonrió, esta vez de verdad, y yo le devolví el gesto. Sabía que tenía un problema con las drogas, uno muy serio, pero eso no iba a apartarme de su lado. Si a él le faltaban las fuerzas para luchar, yo se las daría. Eso era lo que hacían los amigos, ¿no?

—No me voy a librar nunca de ti, ¿verdad? —me dijo.

—Por supuesto que no.

Le apreté la mano con fuerza, y él me lanzó una mirada de agradecimiento. ¿Cuántas personas, a lo largo de su vida, le habrían apoyado? ¿Cuántas le habrían aceptado tal y como era? Estaba segura de que eran pocas, muy pocas.

—Juntos superaremos cualquier cosa, Abel —le aseguré—. Y Búho te esperará. El tiempo que haga falta. Pero para eso deberías decirle lo que sientes por él.

Abel puso los ojos en blanco y, cuando intentó apartar su mano de la mía, le apreté los dedos con fuerza y se lo impedí. No iba a escapar tan fácilmente.

—Ya veremos, Cenicienta —me respondió—. Ya veremos.

TIGRE DE BENGALA



«El tigre de Bengala es uno de los felinos más grandes del mundo. Es un excelente cazador, y su rugido contiene ondas de infrasonido que son inaudibles para los seres humanos pero producen miedo y confusión en sus presas.

Como las huellas dactilares de las personas, el patrón de rayas de su pelaje es único en cada ejemplar y sirve para su identificación individual».

Gran Enciclopedia de los Animales, página 537

20



Golpeé la persiana metálica de la habitación de Zeta con fuerza, más nerviosa de lo que esperaba. Había ido hasta allí con la excusa de devolverle su pistola, pero en aquel momento me di cuenta de que era una estupidez. ¿Por qué estaba allí, en realidad? ¿Para pedirle perdón? ¿Para verlo a solas? ¿Para todo y nada a la vez? Quizá la conversación con Abel me había ablandado y, por alguna razón absurda, había acabado allí.

El estómago me dio un vuelco cuando Zeta subió la persiana y sus ojos color ámbar se clavaron en los míos.

—Mariposa —me dijo, sorprendido—. ¿Qué haces aquí?

No iba vestido con el mono del Frente, sino con los pantalones grises y la camiseta blanca que usábamos para dormir. Estaba más guapo que nunca. Un mechón de pelo negro le caía sobre la frente, y tuve que hacer un esfuerzo para no alargar la mano y retirárselo.

—He venido a devolvértela —le respondí, entregándole la pistola —. Es tuya.

—Ah, bueno, no me acordaba. Puedes quedártela, si quieres.

Asentí, algo avergonzada, y al bajar la vista me fijé en sus manos, que estaban llenas de pintura. Sus dedos estaban impregnados de verde, de azul y de blanco, lo que despertó mi curiosidad.

—¿Qué estabas haciendo? —le pregunté, volviendo a mirarle.

—¿Quieres pasar y verlo?

¿Pasar? ¿A su habitación? Los latidos de mi corazón se aceleraron de forma incontrolable. Zeta nunca me había mostrado nada de sí mismo, ni un solo retazo de su vida. ¿Era esa su forma de enterrar el hacha de guerra de forma definitiva?

—Sí, claro —respondí.

Se apartó, invitándome a entrar, y yo lo hice sin pensarlo. Enseguida me llegó un penetrante olor a pintura y, en cuanto vi de dónde provenía, abrí los ojos con sorpresa.

Su habitación era mucho más grande que la mía, más incluso que la que le habían dado a Abel. Las paredes no eran blancas, sino que estaban pintadas con cientos de formas y colores. La mayoría eran motivos abstractos que se entrecruzaban, pero también había otros reconocibles, como animales, estrellas y paisajes.

En el centro de la estancia había una mesa de madera sobre la que había pinceles y rodillos sucios, botes de pintura y *sprays* para hacer grafitis. Me acerqué y dejé la pistola sobre ella, dándome cuenta de que, destacando entre todos aquellos objetos, había una máscara negra con unos enormes filtros redondos que, por alguna razón, me recordó a las que usaban los soldados de las películas.

—La uso por las toxinas de la pintura —me explicó Zeta—. Los efectos secundarios pueden llegar a ser mortales.

—¿Y no te parece una bonita forma de morir?

Él sacudió la cabeza y, tras dedicarme un breve intento de sonrisa, me respondió:

—La idea es que la pintura me ayude a sobrevivir, no que me mate.

Le devolví la sonrisa y, con el mismo respeto que quien se adentra en un lugar sagrado, comencé a caminar por la habitación.

—¿Lo has pintado todo tú? —le pregunté, hipnotizada con las formas y colores que decoraban las paredes—. Quiero decir, ¿tú solo?

—¿Por qué te sorprende?

Solo lo había visto dibujar en las mesas del comedor, así que para mí aquella habitación era como estar dentro de un sueño. Mis ojos iban de una pared a otra para empaparse de todo lo que me rodeaba, para entender su significado, para deleitarse con su

armonía. Incluso las manchas que había en el suelo tenían formas que, a su manera, eran hermosas.

—Porque adoro el arte —confesé casi sin darme cuenta—. Me habría encantado estudiarlo en la universidad.

Lo observé todo con atención, buscando a Zeta en cada una de las pinceladas, enamorándome de su visión del mundo. Los trazos eran gruesos, fuertes, y parecían gritar con rabia y odio, como si la única forma que tuviera de sacar todos los sentimientos que le ardían dentro del pecho fuera a través de la pintura. Probablemente, así era. Mi padre siempre me decía que el tipo de arte que me gustaba parecía hecho por niños pequeños, que hasta él podría pintar algo mejor. Zeta, sin embargo, parecía entenderlo a la perfección, como si pudiera captar igual que yo la belleza de su rebeldía.

—Pues sí, lo he pintado yo —me respondió—. Cada trazo… me lo he sacado de dentro. Es mi forma de representar los gritos que el mundo no quiere escuchar.

Cuando llegué hasta la pared que había justo detrás de su cama, me detuve. Los dibujos y colores que la decoraban no parecían tener ningún sentido, pero yo los reconocí enseguida: los había visto millones de veces en la pared del salón de mi casa, en mi cuadro favorito.

—¡Has pintado la *Improvisación 28* de Kandinsky! —exclamé, atónita. ¿Cómo era posible que, de entre todas las pinturas del mundo, Zeta hubiera elegido esa para decorar la pared de su habitación? ¿Qué clase de broma me estaba gastando el destino?—. ¿Cómo la conoces? Es de antes de la Extinción.

Me giré para mirarlo y él se rascó la nuca, algo incómodo. No debía de estar acostumbrado a hablar de sí mismo.

—La vi… la vi en un libro.

Estar en su habitación no era como estar en un museo y ver los cuadros de lejos, asépticos; era como estar dentro de una obra de arte, dentro de la magia y la crudeza de la pintura. Y el artista estaba justo frente a mí, hablando conmigo, como yo siempre había soñado.

—Es mi cuadro favorito —le dije—. Es como una cruzada contra los valores tradicionales, la representación de…

—El poder transformador del arte —continuó él—. Lo sé.

Nos miramos fijamente, en silencio, como unidos por un hilo invisible. Por primera vez sentí que el muro que había entre nosotros empezaba a derrumbarse y podía ver lo que había al otro lado, descubriendo así que no éramos tan distintos como parecía.

—Eres tú quien pinta los grafitis de los animales, ¿verdad? —le pregunté.

Él asintió y, acercándose un poco más a mí, respondió:

—Una pared en blanco también puede ser un arma.

Entorné los ojos, sin dejar de mirarlo, y un extraño cosquilleo me recorrió las entrañas. ¿El arte?, ¿un arma? Me gustaba la idea, me gustaba mucho más que las balas y las bombas.

—Tus grafitis han vuelto locos a todos los ministros, eso desde luego. —Me reí y él esbozó una bonita sonrisa que hizo que me quedara embelesada unos segundos. Tuve que obligarme a mí misma a volver a la realidad—. La primera vez que te vi fue a través de uno de ellos, ¿sabes? Me pareció precioso y, al verte en persona, reconocí tus ojos.

—Son los ojos de mi padre —me explicó.

Nunca me había hablado de su vida, de su familia, y quería saber más. Quería saberlo todo. Estaba en una habitación llena de arte y lo único que quería era mirarlo a él. Lo único que me importaba era él.

—¿Qué le pasó? —musité.

—Lo mataron. Se sacrificó para que yo pudiera escapar de la ciudad.

—¿Quién? —le pregunté con un hilo de voz—. ¿Quién lo mató?

—La policía. No es fácil escapar cuando eres un esclavo.

Un nudo de pena y culpabilidad me apretó la garganta con fuerza. Quizá yo no había empuñado el arma, pero había formado parte del mundo que le había arrebatado a su familia, del mundo que se lo había quitado todo, y eso me avergonzaba.

—Lo siento —susurré—. De verdad.

—Yo también siento lo de tu madre —me respondió.

La mirada que me dedicó estaba cargada de entendimiento y comprensión. Los dos habíamos perdido a nuestros padres, y no

hacía falta que dijéramos nada para compartir el dolor, para vernos reflejados en los ojos del otro, para no sentirnos tan solos en el mundo.

—Lo único que me queda de él es esto. —Sujetó entre los dedos la chapa plateada que llevaba al cuello y me la mostró—. Los celestes le arrebataron su nombre, así que me esfuerzo cada día por no olvidarlo jamás.

—¿Cómo se llamaba? —quise saber.

—Zawar.

La forma en la que lo pronunció me hizo sonreír. Sabía lo que era atesorar un nombre como si fuera una joya, convertirlo en una palabra casi sagrada que te recordaba a alguien que ya no estaba a tu lado. Sabía lo que era usar unas letras para intentar llenar un vacío.

—¿Y tú? —le pregunté—. ¿Tienes un… nombre de verdad?

—Sí, pero me trae malos recuerdos. No lo sabe nadie y prefiero que siga siendo así. Desde que murió mi padre, he sido solo Zeta.

Quería hacerle un millón de preguntas más —sobre su madre, sobre su llegada al Refugio, sobre los años que pasó entrenando para convertirse en Zeta—, pero no lo hice. En lugar de eso, de mis labios salieron unas palabras que, sin pretenderlo, sonaron como caricias:

—Zawar estaría orgulloso de ti. Lo sabes, ¿verdad?

Zeta apretó la mandíbula, como intentando controlar un dolor que de repente le había atravesado el pecho, y después me miró. El ámbar de sus iris brillaba con tanta fuerza que me quedé sin respiración.

—Y María lo estaría de ti —susurró.

El repentino abrazo que sentí por dentro dibujó una sonrisa en mi rostro. No solo me gustó la forma en la que Zeta había dicho el nombre de mi madre, sino lo que iba implícito en sus palabras: que pensaba que ella estaría orgullosa de mí, que daba igual que no fuera perfecta, que me querría a pesar de todos los errores que había cometido.

Se me formó un nudo en la garganta y, para no ponerme a llorar, tuve que apartar la vista. Él, queriendo rebajar la tensión del

ambiente, me dijo:

—Aunque supongo que no le haría ninguna gracia la cara de asco que pones al ver que hay espinacas para comer. Tienen mucho hierro, ¿sabes?

Volví a mirarlo, esta vez con asombro. No sabía si me sorprendía más haber escuchado una broma salir de entre sus labios o que se hubiera fijado en mi cara cuando comía espinacas, pero no pude evitar reírme. Él, contagiado con mi risa, me siguió. Eso era lo que se sentía al hacer reír a Zeta, por fin lo sabía: una extraña calidez que me recorrió el cuerpo, como si mis venas se hubieran llenado de rayos de sol.

—Las espinacas saben fatal, lo siento.

—Venga, Mariposa, que pareces uno de mis niños —se burló él.

Alcé las cejas, sin dejar de sonreír, y aproveché la mención a sus alumnos para cambiar de tema. Quería que supiera lo mucho que me había gustado ver una faceta suya tan distinta a la que estaba acostumbrada; que no solo admiraba su fuerza, sino también su ternura.

—Te he visto hoy entrenándolos —le dije—. Se nota que te adoran.

—Solo porque yo los adoro a ellos —me respondió, encogiéndose de hombros—. Además, Ciervo es un niño muy especial.

Guardé silencio, pero como en mis ojos ardieron todas las preguntas que mis labios no formularon, él me las respondió:

—Sus padres no están aquí, en el Refugio, sino dentro de la ciudad —continuó—. Ciervo es uno de esos niños que el Gobierno envía al otro lado del Muro por haber nacido sin el maldito permiso de reproducción. No había hueco para él, así que lo abandonaron.

Pensé en el niño que había visto esa misma mañana, tan pequeño e indefenso, tan enfadado e inocente, y tuve que morderme la lengua para no decir todo lo que pensaba. ¿Cómo había podido estar tan ciega con respecto a Ismael Garza y todo lo que hacía? ¿Cómo había podido pensar alguna vez que sus decisiones eran incuestionables?

—Lo importante es que lo encontrasteis —dije—. Tú fuiste su suerte.

Aunque Zeta asintió, no pasé por alto la sombra de tristeza que cruzó su mirada. Tenía unos ojos tan bonitos que habría hecho cualquier cosa cualquiera, por hacer que volvieran a brillar de nuevo.

—El problema es que no podemos salvarlos a todos; no siempre los encontramos a tiempo. El Gobierno los abandona a este lado del Muro para que mueran… y la mayoría de las veces consiguen su objetivo.

Lo que me estaba diciendo era horrible, pero escucharlo salir de entre sus labios lo hizo aún más doloroso. No podía imaginarme la culpa con la que debía cargar Zeta cada día al pensar en todos los niños abandonados a los que no había podido salvar, el sufrimiento que lo atormentaba.

Me di la vuelta y comencé a caminar de nuevo por la habitación, observando las pinturas de las paredes. Había tantos colores que podría haber pasado horas mirándolos todos, intentando descifrar por qué había decidido utilizar el rojo y no el verde, olvidándome de la realidad. Sin embargo, la crudeza de las pinturas me recordaba a cada segundo el mundo al que pertenecíamos, el odio que le corría a Zeta por las venas.

—Por eso estás en el Frente, ¿no? —le pregunté, dándome la vuelta de nuevo—. Quieres vengarte de Ismael Garza, de Heden…, de los países de la Liga Azul.

—Entre otras cosas, sí —me respondió. Se acercó hasta mí de nuevo y se cruzó de brazos—. Llevo toda la vida luchando, Eva, y no descansaré en paz hasta que los que mataron a mi padre paguen por sus crímenes. Lo que los celestes nos hacen, el sufrimiento que nos causan desde niños… no es justo. Lo único que me importa de verdad es acabar con el sistema que nos oprime.

Volví a quedarme callada, la mirada perdida en las pinturas de la pared. ¿Qué podía decirle? Entendía su rabia y sus ganas de venganza; entendía que deseara con todas sus fuerzas acabar con la República. Sin embargo, ¿en qué situación me dejaba eso? Mi padre formaba parte del sistema que quería destruir, y por mucho que cuestionara sus decisiones, pensaba protegerle. A fin de cuentas, él era la única familia que me quedaba.

No quería hablar de ello porque sabía que los muros que tanto esfuerzo nos habían costado destruir volverían a levantarse, así que hice lo único que se me ocurrió para que el aire que había entre nosotros no se tensara: cambiar de tema.

—Oye, ¿tú sabías que Abel y Búho tuvieron… algo?

Zeta, que pareció agradecido con el giro de la conversación, relajó los hombros y me respondió:

—Me lo imaginaba.

—¿Y no crees que hacen buena pareja?

—Eh…, ¿sí?

—No sé cómo no me he dado cuenta antes —solté—. ¿Te has fijado en cómo se miran? ¿Y de que buscan cualquier excusa para estar juntos?

El ámbar de sus ojos ardió y, por alguna razón, sentí que lo que acababa de decir sobre Búho y Abel podía aplicarse también a nosotros. Me sonrojé, pero no aparté la mirada de Zeta. No fui capaz.

—Supongo que hay cosas que no necesitan ser explicadas con palabras porque hablan por sí solas.

Contuve el aliento cuando Zeta, sin dejar de mirarme, alargó la mano para retirarme el pelo de la cara. Me lo colocó con delicadeza detrás de la oreja, y a mí empezaron a temblarme las piernas. Su mano se quedó junto a mi cara unos segundos y deseé con todas mis fuerzas cerrar los ojos, apoyarme en ella y disfrutar de su contacto.

Dio un paso hacia mí.

«Eva, yo te conozco».

—Zeta…, siento haberte insultado —le dije—. No pienso nada de lo que dije aquel día en la Celda. Me habría gustado decírtelo antes, pero no encontraba el momento para hacerlo. Para mí no eres un doméstico, eres…

—¿Qué? —me interrumpió—. ¿Qué soy para ti?

Su mano me acarició lentamente el rostro y yo jadeé al sentir el calor de su piel. Sus dedos dibujaron mis facciones y, al rozar mis labios, se convirtieron en la llave que hizo que se abrieran.

—Eres… eres…

Se inclinó hacia mí y, cuando me besó, el mundo a mi alrededor se detuvo. Mis labios lo recibieron con ganas, como si llevaran toda la vida esperándole, y en mi interior estalló un incendio que me devolvió la vida. Nunca había experimentado nada parecido, nada que me consumiera las entrañas con tanta intensidad, y supe que aquel era el beso que había esperado toda mi vida, la ansiada llegada de la primavera.

Quizá por eso, porque no podía controlar las sensaciones que de repente me bullían en el pecho, me separé de él y me di la vuelta. Tenía los latidos desbocados, la respiración entrecortada.

—Lo siento —se disculpó él—. Me he dejado llevar.

Volví a girarme hacia él, y cuando su mirada se encontró con la mía supe que su beso había despertado algo en mi interior que llevaba años dormido, una bestia que ni siquiera sabía que existía pero que se estaba adueñando de mi cuerpo y de mi alma. Al mirarle supe que quería más, y más, y más, y que aun así nunca sería suficiente.

—Zeta —musité—. Nunca antes me había sentido así. Durante toda mi vida me he esforzado por mostrarme perfecta, por no romper las normas, pero cuando estás cerca… siento que puedo perder control.

—¿Y quieres perderlo?

Dio un paso hacia mí y, cuando el ámbar de sus ojos emitió un destello, me estremecí. ¿No llevaba toda mi vida soñando con dejarme consumir por un fuego como el suyo? ¿No lo había deseado desde la primera vez que lo había visto? En ese momento no importaban las normas de mi mundo, que estaban muy lejos, sino mis deseos y fantasías. En ese momento solo importábamos nosotros dos.

—Sí —susurré—. Quiero perderlo.

Zeta se detuvo frente a mí, y me observó desde su altura. Había algo en él que me atraía de forma incontrolable, algo que me hacía desear volverme salvaje, y rebelde, y olvidar todo lo que me habían enseñado. Quería conocer al Zeta de verdad, al cálido pintor que amaba a Kandinsky y no al frío soldado consumido por el odio;

quería que nos quitáramos las máscaras y nos mostráramos frente al otro tal y como éramos.

—Mariposa…

—Eva —le dije—. Llámame Eva.

Me observó con deseo, con pasión, y yo no pude contenerme. Volvimos a besarnos y, cuando sus manos se perdieron en mi pelo, jadeé. No podía controlar las ganas que tenía de él, esas ganas que nacían en mi vientre y estallaban hasta llegar a mis dedos, hasta mis piernas. Le acaricié el cuello y él, sin dejar de besarme, me empujó contra una de las paredes pintadas y apretó su cuerpo contra el mío.

—Eva —susurró, acariciándome el rostro con los labios, dejando su aliento en mi piel—. Necesito que me digas que quieres hacerlo. Necesito que me des tu permiso.

—¿Mi… mi permiso? ¿Para qué?

—Para besarte, para tocarte, para hacerte mía. Para hacer realidad todo lo que llevo semanas imaginando.

¿Semanas? ¿Zeta llevaba semanas fantaseando conmigo? Hasta ese momento, ni siquiera me había parado a pensar que la atracción que yo sentía por él fuera mutua, que él pudiera sentir por mí algo más que desprecio.

—Pensé que me odiabas —le dije.

—Antes, quizá. Ahora te deseo hasta tal punto que estoy empezando a volverme loco.

Mi pecho subía y bajaba a toda velocidad, al ritmo del suyo. Estaba muy cerca de mí, su rostro pegado al mío, sus manos convertidas en una prisión de la que no tenía intención de escapar. Su olor me envolvía, tan hipnótico como siempre, y me impedía pensar con claridad. Podía notar todas y cada una de las durezas de su cuerpo, las ganas que tenía de mí, de hacerme suya.

—Hazlo —le dije con un hilo de voz—. Hazlo todo, Zeta. Te doy mi permiso.

—¿Seguro?

Su mano me bajó la cremallera del mono y yo cerré los ojos. ¿Qué estaba haciendo? No lo sabía, pero tampoco me importaba. Llevaba toda la vida controlándome, esforzándome por portarme bien, y lo

único que deseaba en aquel momento, con Zeta tan cerca, era dejarme llevar.

—Seguro —le respondí.

Los ojos de Zeta brillaron salvajes tras mi asentimiento y, cuando se coló bajo mi camiseta y buscó mis pechos, todo mi cuerpo se derritió bajo su contacto. Tenía las manos muy grandes, cálidas y ásperas; las manos de un soldado.

—No sabes lo que haces conmigo cuando me miras —me susurró. La gravedad de su voz hizo que el fuego de mis entrañas se transformara en un incendio—. No tienes ni idea de lo que me provocas.

Volvió a besarme, esta vez con más ganas, y yo me estremecí. Sus labios me buscaron con la pasión con la que pintaba, con el ardor con el que el verano se enamora del otoño. Cuanto más intenso se volvía el beso, más nervioso se ponía mi corazón.

—No —musité—. No tengo ni idea.

Me bajó el mono y, sin apartar la vista de mis ojos, me quitó la camiseta. Era la primera vez que estaba desnuda ante un hombre, la primera vez que me dejaba ver, y no pude evitar que mis mejillas enrojecieran.

—¿Por qué te avergüenzas? —me preguntó—. Eres preciosa.

—Es que yo nunca… Tengo miedo de que…

Me puso el pulgar sobre los labios, impidiéndome continuar, y me los acarició con cariño.

—Eva, cuando estés conmigo no tienes que tener miedo de nada. Yo me aseguraré de que no lo tengas.

Le miré, perdiéndome en el otoño de sus ojos, y después asentí. La Eva de hacía unas semanas se habría sorprendido de verme así, entregada completamente a Zeta, tan cómoda bajo su cuerpo; la Eva que era en ese momento solo quería arder con él.

—Si quieres que pare, solo tienes que decírmelo.

—No voy a querer.

Zeta observó mi cuerpo con un ansia salvaje y, por primera vez, me sentí deseada, hermosa, una reina cuyo placer importaba. Por primera vez sentí que era yo quien llevaba las riendas de mi vida, que no existían límites o ataduras, que yo también era poderosa.

—Ahora mismo podrías pedirme cualquier cosa —me dijo—. Cualquiera, Eva. Y yo lo haría realidad solo por ver esa jodida sonrisa en tu cara.

Me tomó la cara con una mano y acercó sus labios a los míos, aunque no llegó a besarme. Lo único que hizo fue clavar sus ojos en los míos, respirando contra mi rostro, y avivar las llamas que me devoraban por dentro.

—Zeta, no me mires así —le pedí.

—¿Por qué?

Me daba vergüenza responder, pero, a la vez, deseaba hacerlo. No quería parecer ridícula, pero el incendio que me quemaba las entrañas me empujaba a provocarle, a llevarle al límite. Si hablaba, si yo también le decía todo lo que mi cuerpo gritaba, le llevaría hasta un punto salvaje del que no habría retorno. Y no había nada que ansiara con más fuerza.

—Porque si lo haces —susurré—, si sigues mirándome de esa forma… tendré que suplicar que me hagas todas las cosas en las que estoy pensando.

Sus dedos me apretaron con fuerza; yo contuve un jadeo. Después, acercándose hasta mi oreja, susurró:

—Suplícame, Eva, pídeme que haga realidad todas tus fantasías. Quiero que descubras conmigo todas esas cosas que todavía no sabes que te encantan.

Se agachó frente a mí y, cuando me separó las piernas, contuve el aliento. Nunca nadie había estado ahí, en ese lugar sagrado en el que decían que se encontraba el placer. Ni siquiera yo misma. Por eso no sabía qué tenía que hacer, ni si le gustaría mi sabor. A él, sin embargo, nada de eso parecía importarle.

—Relájate —me ordenó, pasándose la lengua por los labios.

Sus ojos se clavaron en los míos, ardientes como brasas, y entonces me di cuenta de que parecía hambriento, casi desesperado. Cuando asentí, se acercó y comenzó a acariciarme con la lengua, usando a la vez las manos.

—Madre mía —jadeé, hundiendo los dedos en su pelo.

Eso pareció gustarle, porque aceleró el ritmo. Todo a mi alrededor desapareció y las piernas comenzaron a temblarme. Lo único en lo

que podía pensar era en Zeta, en su boca experta, en lo que sus dedos me estaban provocando. Lo único en lo que podía pensar era en que, si seguía así, me iba a costar mucho esfuerzo no gritar.

—Zeta —musité, apoyando la cabeza contra la pared.

Pero él, que parecía saber leer las señales de mi cuerpo, no se detuvo. Su lengua continuó explorándome, sus manos acariciando mi punto de placer, y cuando ya no aguanté más, cuando el fuego y la excitación me desgarraron las entrañas, grité:

—Sí… ¡sí!

Mi cuerpo se estremeció, convirtiéndose en agua, y sentí la sacudida como un terremoto, como un huracán que lo arrasó todo a su paso. Solo cuando me quedé exhausta, cuando ni siquiera tuve fuerzas para seguir agarrándole el pelo, él volvió a ponerse en pie.

—Nunca había… No tenía ni idea de que…

Me costaba hablar y hasta razonar. Todo el cuerpo me temblaba y las sensaciones me desbordaban. Acababa de descubrir un mundo nuevo, un paraíso que quería seguir explorando y degustando junto a Zeta.

—Aún no he acabado contigo —me dijo, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

Me tomó en brazos, como si no pesara nada, y me llevó hasta la cama. Estaba agotada, pero cada centímetro de mí seguía ardiendo por él, suplicando que me diera más de eso que no sabía que llevaba toda mi vida necesitando.

—¿Estás bien? —me preguntó, tumbándome sobre el colchón—. ¿Necesitas algo?

—A ti —solté, sin pensarlo—. Te necesito a ti.

El ámbar de sus ojos se volvió más oscuro, más salvaje, y mientras yo me bañaba en él, Zeta se quitó la camiseta. Bajé la vista para admirar su cuerpo, los músculos que lo moldeaban. Las gotas de sudor le caían por el pecho, que subía y bajaba a toda velocidad, y hacían que en su piel morena brillaran cientos de diamantes. Quería morderle, lamerle y besarle; quería aprenderlo todo a su lado. Sin embargo, las dudas me martilleaban.

¿Con cuántas chicas habría estado antes? ¿Cuántas la habrían arrancado gemidos de placer con sus bocas y manos expertas? No

quería pensarlo, pero las dudas me corroían y luchaban contra el deseo ardiente que me quemaba por dentro. Había pasado toda mi vida en una jaula de cristal, y quizá no podía darle a Zeta lo que esperaba y necesitaba. Quizá, por mucho que me deseara, no era suficiente para él.

—Zeta, no quiero hacerlo mal —le dije, algo avergonzada—. No quiero que esperes algo que no…

—¿Por qué ibas a hacerlo mal? —me interrumpió—. Eva, tenerte aquí, así, ya es un sueño para mí. No hay nada que puedas hacer o decir que lo estropee.

Nos miramos fijamente, como si pudiéramos ver más allá de nuestros rostros, y después asentí. Me había imaginado cientos de veces cómo sería mi primera vez, pero jamás habría podido llegar a pensar que sería tan excitante, tan perfecta. No había nada que no quisiera hacer con Zeta, nada que no quisiera probar.

—Vamos a hacerlo lentamente, ¿vale? —me indicó.

Se bajó los pantalones y yo le devoré con la mirada, incapaz de creer que alguien como él estuviera desnudo frente a mí, dispuesto a hacer realidad todos mis deseos.

—Si te hago daño, avísame —me pidió.

—Lo haré.

Se colocó sobre mí y me miró fijamente, como si no quisiera perderme de vista ni un solo segundo, como si quisiera estar atento a todas y cada una de mis reacciones. Estaba temblando, pero no era por frío ni por miedo, era de pura excitación, de ansias y deseo.

—Voy a hacerte mía, Eva —me susurró—. Voy a hacerte mía, como he deseado tantas veces.

—¿Y si soy yo la que te hace mío? —repliqué.

—Eso ya lo conseguiste hace mucho tiempo.

No tuvo que hacer mucho esfuerzo para entrar, porque mi cuerpo ya le estaba esperando. Estaba empapada, perdida en sus ojos, deseosa por sentirle. Y, aunque noté un incómodo tirón inicial, el placer no tardó en alcanzar todos mis vértices, todas mis aristas.

—Eva —jadeó—. No dejes de mirarme. Quiero… quiero verte cuando no puedas más, cuando no recuerdes más que mi nombre.

Me costaba hablar porque el placer que me provocaba tenerle dentro me lo impedía. Lo notaba por completo en mi interior, entrando y saliendo con delicadeza, con la respiración entrecortada. Sentía que de un momento a otro íbamos a estallar, pero no me importaba. En ese momento no me importaba nada que no fuera él, su rostro y sus manos.

—No pares —le pedí—. No pares, por favor.

Zeta aceleró el ritmo y yo, cegada por la pasión, me estremecí bajo su cuerpo. Él gimió con la garganta rota.

—Dímelo —jadeó—. Dime… dime lo que soy… para ti.

—Todo —le susurré—. Eres… lo eres todo para mí.

Esas palabras le hicieron perder el control. Cerró los ojos y yo, dejándome llevar por el placer, le clavé las uñas en la espalda. Gritamos a la vez y dejamos que todo el dolor del mundo desapareciera tras los gemidos, el sudor y el fuego. ¿Qué importaba lo que ocurría tras las paredes de aquella habitación? Estábamos juntos, convertidos en un solo cuerpo, y me parecía imposible que una vez hubiera llegado a pensar que existía una enfermedad que nos separaba, que fuéramos seres diferentes.

—Joder, Eva, soy tuyo, soy todo tuyo. Para siempre.

—Y yo soy tuya.

Esta vez sentí la oleada de placer con mucha más intensidad, como un volcán en erupción. Me estremecí entre los brazos de Zeta y, cuando grité su nombre, él no pudo contenerse más. Con la explosión de un grave y profundo gruñido, se derritió.

—Eva —musitó antes de desplomarse—. Mi Mariposa.

La *Improvisación 28* de Kandinsky fue testigo de cómo nos quedamos dormidos juntos, con los cuerpos aún entrelazados y el sabor del otro en los labios.



Cuando me desperté a la mañana siguiente, estaba sonriendo. ¿Cuántas veces habíamos hecho el amor aquella noche? Muchas. Muchísimas. Me dolía todo el cuerpo, pero era un dolor placentero,

un dolor que quería experimentar el resto de mi vida. No había nada que no quisiera probar con Zeta, nada que no me atreviera a hacer.

Estiré el brazo y lo busqué en la cama, ya que llevaba muchas horas sintiendo su cuerpo contra el mío y, de repente, me sentía vacía y sola, helada. Sin embargo, no le encontré.

Fruncí el ceño y abrí los ojos, extrañada. No había ni rastro de él. Me puse en pie, me vestí y lo busqué en aquel laberinto de pinturas y grafitis.

—¿Zeta?

Lo encontré al otro lado de la enorme habitación, agachado frente a una pared a la que todavía le quedaban huecos en blanco. Tenía un pincel en la mano izquierda y una pequeña tabla de madera llena de colores en la derecha. Estaba pintando, ajeno al mundo que había a su alrededor.

—Me has asustado —le dije, acercándome hasta él con una sonrisa—. Pensé que me habías abandonado.

—No quería despertarte.

El tono de su voz, frío y distante, hizo que me quedara muy quieta, repentinamente congelada. Ni siquiera se giró a mirarme.

—Ah —musité—. ¿Estás… estás bien?

Tardó varios segundos en responderme, segundos que se me hicieron eternos. Observé su espalda desnuda, el pincel que se movía con suavidad sobre la pared en blanco, y supe enseguida que algo no iba bien. ¿Dónde estaba el Zeta que me había acariciado con adoración hacía apenas unas horas? ¿Y el que había susurrado mi nombre? ¿Dónde estaba el que me había abrazado mientras repetía una y otra vez que era mío y solo mío?

—No te preocupes, Mariposa. Deberías bajar a desayunar.

Mariposa. Volvía a ser Mariposa. Apreté los puños con fuerza y me pregunté si habría hecho algo mal, si algo de lo que había dicho podría haberle molestado. No fui capaz de encontrar una respuesta.

—¿Quieres bajar conmigo? —le dije—. Después de lo que pasó anoche he pensado que…

—Lo que pasó anoche fue un error —me interrumpió, lanzándome las palabras como si fueran cuchillos.

¿Un error? ¿Eso es lo que había sido para él una de las noches más especiales de mi vida? Tuve que hacer un esfuerzo por no ponerme a llorar, por que los cortes que me habían hecho sus palabras no comenzaran a sangrar.

—¿Por qué… dices eso?

Zeta dejó de pintar y se giró para mirarme. En el ámbar de sus ojos no había ni rastro del cariño y el deseo que había visto la noche anterior, solo una sombra confeccionada con la más profunda oscuridad.

—Porque es la verdad —me respondió—. No sé si fantaseabas con que fuéramos novios o algo de eso, pero deberías sacártelo de la cabeza. Tú eres una celeste y yo un doméstico, ¿o es que ya se te ha olvidado? ¿Acaso no recuerdas que procedemos de dos mundos distintos?

Hacía muchos días que no sentía una distancia tan amplia entre ambos, como si hubiéramos retrocedido en el tiempo y él volviera a ser el Zeta frío y distante que me odiaba cuando llegué al Refugio. Sin embargo, había algo que no llegaba a entender, algo que se me estaba escapando.

—Entonces, ¿por qué… te dejaste llevar? —le pregunté—. Yo nunca había…

—Quería demostrarles a tu padre y a Héctor que yo también les puedo arrebatar cosas.

Le miré fijamente, incapaz de creer lo que acababa de decir. Tenía la garganta ardiendo y los ojos llenos de lágrimas. ¿Se había acostado conmigo solo para castigar a Héctor? ¿Para castigar a mi padre? ¿Cómo había podido hacerme algo así?

—Voy a llevar a cabo mi venganza —continuó—. No quiero que seas un impedimento para cumplir mis objetivos, Mariposa.

Sus objetivos, claro. Su maldita venganza era lo único que le importaba de verdad. Qué tonta había sido. Qué equivocada había estado. Quizá yo hubiera dejado de verle como a un doméstico, pero él nunca dejaría de verme a mí como a una celeste. Jamás. Daba igual lo mucho que me esforzara; para él, siempre seríamos enemigos.

—Bien —le dije, tragándome el dolor y la humillación—. Siento haber sido una distracción para ti.

Y, sin decir ni una palabra más, me marché de su habitación.

COLIBRÍ



«Según una leyenda maya, cuando los dioses crearon el mundo, le dieron una función a cada animal. Necesitaban una criatura que hiciera de mensajera y llevara los deseos y pensamientos de un lado a otro, pero como ya no les quedaban barro ni maíz, tomaron una piedra de jade y tallaron una flecha muy pequeña. Al terminarla, soplaron sobre ella y la vieron salir volando.

Así crearon al colibrí».

Gran Enciclopedia de los Animales, página 290

21



En cuanto el sonido del silbato hizo eco en las paredes del gimnasio, comencé a correr. Llevaba entrenando para esa prueba desde que había llegado al Refugio y estaba dispuesta a esforzarme al máximo. Quizá solo fuera el examen del primer nivel, el más fácil de todos los que debían pasar los miembros del Frente, pero pensaba superarlo.

Iba a ganarme el nombre de Mariposa por méritos propios.

—¡Vamos, Mariposa! —me gritó Toro—. ¡Tú puedes!

—¡Eres la mejor! —añadió el pequeño Ratón.

Aunque no podía mirarlos, sus ánimos renovaron mis fuerzas. Junto a ellos había más gente observándome, incluyendo a Zeta y a Cobra. Preferí ignorar su presencia para no ponerme más nerviosa. Había realizado aquel circuito cientos de veces en los entrenamientos y lo único que tenía que hacer era completarlo en menos de tres minutos. Agilidad, fuerza y resistencia, eso era lo que tenía que demostrar que poseía.

Llegué hasta la pista de vallas sin dejar de correr y, como había hecho tantas otras veces, empecé a saltarlas. Con cada salto notaba un tirón en la herida del abdomen, ya que solo hacía dos semanas que me habían disparado, pero hice todo lo posible por ignorar el dolor y continué hasta el final sin derribar ninguna. Al llegar hasta la última, me tumbé sobre el vientre y comencé a arrastrarme por el

suelo hasta meterme en una estructura metálica que simulaba un estrecho túnel. Ignoré la claustrofobia que me producía su oscuridad y, cuando salí, me incorporé de un salto y corrí a escalar el rocódromo que había en la pared. En cuanto estuve arriba, bajé lo más rápido que pude y fui hasta la barra para hacer dominadas. Tenía que aguantar diez segundos sin tocar el suelo, con las piernas extendidas, así que apreté los dientes y me sujeté con fuerza. Solo eran diez segundos. Enseguida empezaron a dolerme los brazos, así que tuve que obligarme a aguantar.

Cinco segundos.

Solté un gemido.

Un segundo.

Di un salto para bajarme de la barra, pero caí mal y me torcí el tobillo derecho. No dejé que eso me detuviera. Gruñí, dolorida, y comencé a correr de nuevo. Aunque me temblaba todo el cuerpo del esfuerzo, sabía que ya se acababa.

Corrí hasta la campana que había junto a la puerta del gimnasio y, exhausta, la hice sonar. No me importaba haber tardado demasiado porque estaba orgullosa de mí misma: lo había completado sin fallar ni una sola prueba.

Mamba sopló de nuevo el silbato y, con la respiración entrecortada y la cara llena de sudor, alcé la vista para mirarla. Ella levantó el cronómetro y exclamó:

—¡Dos minutos y cincuenta y seis segundos! Enhorabuena, Mariposa.

Toro y los demás miembros de mi equipo, incluyendo a las hermanas Koala y Cisne, gritaron de alegría y corrieron a abrazarme. Todos habíamos superado la prueba, lo que significaba que ya éramos miembros oficiales del Frente y podíamos pasar al siguiente nivel de entrenamiento, el que incluía armas.

—¡Lo has hecho genial! —gritó Ratón, rodeándome la cadera con los brazos.

—Tú también —le respondí, acariciándole el pelo.

Cobra se acercó hasta mí y me lanzó una toalla. La pesqué al vuelo y me sequé el sudor de la cara con ella.

—Enhorabuena, Mariposa —me dijo—. Solo te falta aprender a disparar para dejar de darme vergüenza ajena.

—Lo has hecho muy bien —me felicitó Zeta mientras me entregaba una botella de agua—. Estoy impresionado.

Le quité la botella de las manos y aparté la mirada. No habíamos vuelto a hablar desde lo que había pasado en su habitación, y aunque me estaba esforzando al máximo por evitarle, su sola presencia me provocaba una oleada de sentimientos en el pecho. Una parte de mí le odiaba y se arrepentía de haberse acostado con él; la otra seguía reaccionando como si no me hubiera roto el corazón.

«Joder, Eva, soy tuyo, soy todo tuyo. Para siempre».

Pero no, no podía pensar en eso. Tenía que recordarme a mí misma que no me había dicho más que mentiras. Había pasado casi una semana desde que nos habíamos acostado, y ya había llorado lo suficiente por alguien que no se merecía mis lágrimas. ¿Él no quería que fuera una distracción para sus objetivos? Bien, pues yo tampoco quería que él lo fuera para los míos. Seríamos compañeros, pero que no soñara siquiera con acercarse a mí.

—¡Zeta! —exclamó Ratón. Corrió hacia él y, tal y como había hecho conmigo, lo abrazó—. ¡Ya casi soy tan fuerte como tú!

—¿Casi? ¡Yo creo que me superas!

Ahí estaba otra vez: el Zeta cariñoso que jugaba con los niños y ayudaba a los más débiles; el Zeta que adoraba. Tenía que irme de allí cuanto antes porque, si no lo hacía, iba a ser yo la que me lanzara a sus brazos. Y eso era lo último que quería.

—Voy a acercarme al hospital —dije—. Me he hecho daño en el tobillo.

—¿Necesitas que te acompañemos? —inquirió Zeta.

—No —me apresuré a responder—. No hace falta.

—Puma ha convocado una reunión a las doce y quiere que estemos todos, así que date prisa —me dijo Cobra—. Al parecer, es importante.

—¿Una reunión? —le pregunté—. ¿Para qué?

—No lo sé. Imagino que querrá organizar la estrategia a seguir a partir de ahora.

—¿Crees que vamos a intentar buscar a Nina de nuevo?

—Quizá. Acercarnos de nuevo a la Celda sería un suicidio, pero puede que Puma tenga un plan.

Con las esperanzas renovadas, me marché del gimnasio y atravesé los pasillos del Refugio. Cada vez que plantaba el pie en el suelo sentía un dolor punzante subiéndome por la pierna, pero nada que no pudiera soportar. Si había sobrevivido a un disparo en el abdomen, aquella torcedura no era más que un rasguño.

En el hospital solo encontré a Búho. No había ni rastro de Panda y Tejón. Al verme entrar, me miró por encima de las gafas y me preguntó:

—¿Estás bien?

—Me he hecho daño en el tobillo.

Me indicó que me sentara sobre una de las mesas y, cuando lo hice, me descalzó para examinarme. Tenía las manos muy suaves, lo que me hizo recordar que él nunca había sido un doméstico de trabajo, sino algo mucho mucho peor.

—Parece una torcedura —me dijo—. Nada grave. Al menos has superado la prueba, ¿no?

Asentí, orgullosa, y él esbozó una sonrisa.

—No esperaba menos, Mariposa. Bien hecho. Voy a buscar algo para el dolor.

Caminó hasta el mueble de las medicinas y lo observé mientras buscaba en los cajones. Sabía que no debía meterme en su vida, que no era nadie para hacerlo, pero las palabras me ardían entre los labios. Abel no había hablado con él, estaba segura de eso, y no le venía mal un buen empujón. Todo cuento de hadas necesitaba a su hada madrina, y ya que el mío había terminado de la peor forma posible, podía centrarme en el suyo.

—Sabes que Abel te quiere, ¿verdad? —le dije.

Se le cayó una caja de las manos y yo me sobresalté por el ruido. Todas las pastillas que había dentro se esparcieron por el suelo y Búho, nervioso, se agachó para recogerlas.

Aproveché el momento para continuar hablando:

—Sé que no debería meterme en vuestra relación, pero… si no te lo digo yo, Abel nunca lo hará. Cree que no te merece, y aunque no

digo que estar con él vaya a ser fácil, sé que tú también sientes algo por él. No os perdáis el uno al otro, por favor. Me da mucha pena ver cómo alguien que tiene el amor al alcance de la mano lo deja escapar.

Aunque pensé que Búho iba a enfadarse, que me diría que me fuera de allí y dejara de opinar sobre la vida de los demás, no lo hizo. Al contrario, se levantó del suelo, sujetó con fuerza la caja que se le había caído y me respondió:

—Y si tanta pena te da, ¿por qué eres la primera en dejarlo escapar? —Intenté replicar, pero él levantó una mano para impedírmelo—. Lo sé todo, Mariposa. Sabía cómo acabarían las cosas desde el momento en el que recibiste un balazo por Zeta. Puedes matar muchas veces, pero morir solo puedes hacerlo una…, y siempre que lo haces por alguien, siempre, es por amor.

Sus ojos grises me estaban escrutando con tanta intensidad que me vi obligada a apartar la mirada. Tenía la sensación de que podía averiguar todos mis secretos, de que sabía mejor que yo misma cómo me sentía.

—En ese momento no… no sentía lo mismo que ahora. No lo hice porque estuviera…

—¿Habrías hecho lo mismo si el objetivo de la bala hubiera sido Héctor? —me interrumpió.

—No —musité—. Claro que no.

—Pues ahí tienes tu respuesta.

¿Y eso de qué me servía? Yo ya sabía que estaba enamorada de Zeta, pero él me había dejado claro que no había futuro para nosotros, que lo que había pasado en su habitación había sido parte de su venganza. Nada más.

—Eso ya da igual —repliqué—. Zeta…, bueno, digamos que solo sabe acercarse a mí desde el odio, nunca desde el amor.

—¿Te has acostado con él?

Aunque hizo la pregunta con un tono médico, más para entender la situación que para juzgarla, no pude evitar que mis mejillas enrojecieran. Aparté la mirada, dolida, y después respondí:

—Sí, pero me arrepiento de haberlo hecho. Creo que… solo me ha utilizado.

Búho guardó silencio, sin dejar de observarme, y después volvió a acercarse al mueble para guardar la caja que tenía entre las manos. Tuve la sensación de que solo lo hacía para no tener que mirarme a la cara mientras hablaba.

—Cuando yo me acosté con Abel —me dijo—, me sentí igual que tú. Me gustaba mucho, ¿sabes? Creo que más de lo que me ha gustado nunca nadie. Fue todo genial, al menos hasta que nos despertamos al día siguiente.

—¿Qué pasó?

—Abel hizo un par de bromas sobre nosotros y se marchó sin más. Sabía que él no estaba preparado para una relación, y aun así no pude evitar sentirme… utilizado. Como tú.

Que Búho se hubiera sentido igual que yo, que entendiera a la perfección lo mucho que dolía sentirse usado por alguien que te importaba, me unió a él de una forma única y especial, haciéndome sentir menos sola.

—¿Con qué bromeó exactamente? —le pregunté—. Después de… pasar la noche juntos.

Búho frunció el ceño y, aún concentrado en colocar el cajón, me respondió:

—Yo pensaba que entre nosotros había surgido algo especial, ¿vale? Digamos que me había hecho ilusiones. Bueno, pues él me las rompió todas con tres frases. —Carraspeó y, haciendo una imitación casi perfecta de la voz de Abel, dijo—: «Me compadezco de los hombres con los que te acuestes a partir de ahora, ¿sabes? He dejado el listón muy alto», «Si algún día te apetece repetir, ya sabes dónde encontrarme. Avísame con tiempo, eso sí, que suelo tener la agenda bastante llena». Y la mejor de todas, la última: «Oye, ¿y si la próxima probamos un trío?».

Puse los ojos en blanco porque no tenía ninguna duda de que aquellas palabras habían salido de la boca de Abel. Y me entraron ganas de matarlo.

—Me costó muchísimo dar un paso así con alguien —continuó—. Abel lo sabía…, y le dio igual. Para él yo solo había sido un juego, una conquista más, así que me alejé. Él nunca me buscó.

Suspiré, consciente de que defender a Abel iba a ser mucho más difícil de lo que había esperado, y le respondí:

—Búho, Zeta me dejó claro que no quería nada conmigo, pero lo que le pasó a Abel fue que se asustó. Ha crecido con Ismael Garza como padre, y todos sabemos lo que eso significa. Sé lo que siente por ti, él mismo me lo ha dicho. Si reaccionó así fue solo porque cree que no se merece que lo quieran. Si tú te atrevieras a hacerlo, si rompieras esa barrera…, estoy segura de que no huiría. Tú eres una de las pocas cosas buenas que le han pasado en la vida.

—No sé, Mariposa. Yo…

—Te enseñó a leer —le interrumpí, esbozando una sonrisa—. Después de eso, estoy segura de que estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por ti.

Búho se rio y yo no pude evitar sentir ternura por él. Estaba descubriendo que debajo de aquel muro de frialdad e indiferencia había una persona muy dulce; una persona capaz de enamorar a Abel Garza.

—Los dos sabemos los problemas que tiene Abel —dije—, pero estoy segura de que, por ti, se esforzaría. ¿Estarías dispuesto a apoyarle? ¿Y a… esperarle?

Búho me miró y se quedó callado unos segundos, pensativo, quizá dándole vueltas a la respuesta. ¿Se habría planteado esas mismas preguntas alguna vez? ¿Habría llegado a pensar que, en realidad, existía esperanza para él y para Abel?

—La primera vez que nos besamos —me contó, algo avergonzado —, me puse tan nervioso que estuve a punto de vomitar. Nunca le había gustado a nadie, ¿sabes? No de esa forma. Y él era…

—Un egocéntrico insoportable —le corté.

—… la mejor persona que había conocido en toda mi vida — me corrigió él—. A veces lo mataría, sí, pero se merece más que nadie que lo quieran.

Por la forma en la que lo dijo, por la forma en la que sus mejillas se tiñeron de un rojo muy suave, lo supe: Búho también estaba enamorado de Abel, y estaba dispuesto a esperarle. Siempre.

—Los dos lo merecéis.

Lo miré y, cuando clavó sus ojos en los míos, me di cuenta de que le brillaban de la misma forma en la que debían de haberme brillado a mí al pensar en Zeta, la forma en la que solo lo hacen cuando quieres a alguien de verdad: como si dentro de ellos hubiera un rayo de luz.



Las siete sillas que había en la sala de reuniones de la segunda planta estaban todas ocupadas. Yo estaba sentada en una de ellas, entre Zeta y Cobra. También estaban Búho, Abel, Medusa y Bengala. Oso y Mamba permanecían de pie, junto a la puerta. Puma daba vueltas a nuestro alrededor, pensativa. Sobre la mesa se encontraba extendido el plano del edificio que yo había robado del despacho de mi padre, sin explicarnos para qué.

—Como todos sabéis, nos enfrentamos a una situación muy difícil —dijo la líder—. Los cazadores han destruido el archivo de la Antena y se han hecho con el control de la zona.

Tras lo que pasó en nuestra escapada improvisada, Puma envió una misión de reconocimiento a la torre de comunicaciones. Lo único que descubrimos fue que los cazadores la habían destrozado, matando a todos los miembros del Frente que la vigilaban. Tanto Liebre como Lobo y Galgo estaban muertos, y el Refugio entero lloraba su pérdida.

—Aunque tenemos copias de los vídeos más importantes —nos explicó—, hemos perdido muchos otros.

Apreté los puños con fuerza al pensar en que, probablemente, había perdido las últimas imágenes que quedaban de mi madre, que los cazadores las habían destruido.

—Nunca habían hecho un ataque tan directo, quizás hayan decidido empezar a movilizarse —dijo Medusa—. ¿Creéis que atacarán el Refugio también?

Abel sacudió la cabeza y todos lo miramos. Era la primera vez que lo veía vestido con el mono del Frente. Ya no tenía el derrame en el ojo y, aunque su muñeca seguía estando rota, los cardenales de su

cara habían adquirido un tono amarillento que no llamaba tanto la atención.

—No, no lo creo —respondió—. No hay nada aquí que les interese.

—¿Y por qué destruir el archivo justo ahora? —preguntó Bengala.

—Porque se han tomado en serio nuestras amenazas: «Contaremos la verdad, haremos justicia» —le respondió él—. No saben qué es lo que tenemos, por eso han decidido cubrirse las espaldas y eliminar el archivo. Saben que si atacan el Refugio, podríamos sacar a la luz lo que sea que tengamos contra ellos, contar la verdad, así que su estrategia es dejarnos sin munición antes de que podamos hacer nada. Cuando tengan la seguridad de que estamos desarmados, que no tenemos nada con lo que amenazarlos, nos atacarán.

—Pero tenemos copias de los vídeos, ¿no? —pregunté.

—Sí, pero ellos no lo saben.

—¿Y por qué no los enseñamos? —propuse—. ¿Por qué no mostrárselos a los ciudadanos de Heden para que abran los ojos?

—Para empezar —me respondió Cobra—, porque no serviría de nada. Para que esa acción sea efectiva, necesitamos que las tropas del Eje Rojo crucen antes las fronteras y nos ayuden a derrotar al Gobierno. Los vídeos servirán como arma de cambio, pero solo si contamos con un ejército que nos respalde y, tras las revueltas que provocarán, nos ayude a destruir el sistema.

—Además —añadió Puma—, aunque los vídeos del archivo son poderosos, no es la verdad que el Gobierno teme que contemos.

La líder guardó silencio, dejando que sus palabras calaran entre los asistentes, y yo me pregunté a qué clase de imágenes se estaría refiriendo. ¿Los vídeos del Antena, que desmontaban la versión del Gobierno de la República, no eran ya lo bastante fuertes?

—¿Qué estás insinuando, Puma? —preguntó Búho, observando con detenimiento el plano que había sobre la mesa—. ¿Que necesitamos imágenes nuevas?

Puma lo miró, apretando los labios, y tuve la sensación de que Búho acababa de averiguar cuál era el plan de la líder del Frente, la razón por la que nos había reunido allí a todos.

—¿Imágenes nuevas? —pregunté.

Nadie me respondió.

—No —dijo Zeta—. No vamos a entrar ahí.

—Es una locura —lo apoyó Oso.

—Es nuestra única esperanza —insistió Puma—. Si esos edificios tuvieran las paredes de cristal, todo Heden vería lo que ocurre dentro y expondríamos al presidente de una vez por todas. Sin embargo, no las tienen. Lo único que podemos hacer es entrar y sacarlo a la luz.

¿Por qué de repente todos parecían tener miedo? ¿Qué clase de misión estaba proponiendo Puma para que incluso sus soldados más valientes dudaran de ella? No me atreví a preguntarlo. No estaba segura de querer obtener la respuesta.

—¿Y cómo vamos a conseguir esas imágenes? —preguntó Oso—. Tenemos las grabadoras, pero lo que necesitamos son vídeos.

—¿Quizá Camaleón nos pueda conseguir una cámara? —propuso Mamba.

—Yo tengo el móvil de Héctor escondido en mi habitación —les dije—. Puede grabar vídeos y hacer fotos. No sé si os sirve de algo.

Abel sonrió, quizá recordando la noche en la que le habíamos robado el teléfono a Héctor; Zeta y los demás, por el contrario, se pusieron algo tensos.

—Nos sirve —me respondió Puma—. Gracias, Mariposa. Bengala te enseñará a usarlo y te encargarás de grabarlo todo.

Zeta se levantó de la silla y dio un golpe en la mesa, haciéndonos dar un respingo.

—¡No! —gritó—. Ella no viene.

—Tú no eres nadie para decidir si puede ir a las misiones o no, Zeta.

—¡No puede ver lo que pasa ahí dentro!

—Lo que pasa ahí dentro es la verdad —replicó la líder—, y tarde o temprano tendrá que averiguarla.

—No estoy entendiendo nada —les dije—. ¿Dónde vamos a entrar?

En la sala se instaló un silencio sepulcral que lo único que hizo fue ponerme aún más nerviosa.

—Te lo explicaré —me respondió Puma. Alzó la mirada para mirar a los miembros del Frente y les lanzó una orden—: Marchaos, por favor. Nos reuniremos mañana a primera hora y concretaremos los detalles de la misión.

Todos los presentes se levantaron de sus sillas y obedecieron a la líder. Zeta lo hizo el primero, dándole un golpe a la puerta; el último fue Abel. Antes de abandonar la sala, me dedicó una sonrisa de apoyo. No fui capaz de devolvérsela.

—Me recuerdas mucho a tu madre, Mariposa —me dijo Puma en cuanto nos quedamos a solas. Caminó alrededor de la mesa para acercarse hasta mí—. Muchísimo. Y Zeta me recuerda a mí misma.

—¿Zeta? —le pregunté—. ¿Por qué?

Apoyó los brazos en el respaldo de una de las sillas y, cuando sonrió, vi la nostalgia abriéndose paso en sus ojos.

—Porque yo también la habría protegido de cualquier cosa.

Zeta no quería protegerme de cualquier cosa, pero eso no era algo que quisiera contarle a Puma. Además, había un tema de conversación que me interesaba mucho más.

—¿Mi madre y tú erais… buenas amigas?

Puma se rio y yo la miré sorprendida. Era la primera vez que escuchaba la risa de la líder del Frente.

—Muy buenas —me respondió—. Tanto que estuvo a punto de abandonarlo todo, incluyendo a tu padre, por escapar conmigo al otro lado del Muro.

¿Qué? ¿Abandonar a mi padre… por ella? De repente, algo en mi mente encajó y, a la vez, dejó de hacerlo. Los ojos sin brillo de mi madre en el vídeo de la Antena, la forma en la que mi padre había hecho desaparecer todo rastro de ella, el mensaje en la fotografía que me había dado Puma: «Y juntas crearemos un mundo nuevo».

—La única razón por la que no lo hizo —continuó—, fuiste tú. Al quedarse embarazada, sus prioridades cambiaron. La caja de música de la mariposa fue un regalo que le hice para que se sintiera más cerca de mí, para que supiera que, a pesar de todo, nunca iba a estar sola.

—Pero ¿ella y mi padre…?

—Fue un matrimonio de conveniencia, como el tuyo con Héctor —me explicó—. Ella era una celeste de la élite de Madirit y necesitaba un esposo; tu padre tenía que casarse y tener un hijo que se convirtiera en el heredero del ministerio, así que en cuanto ella cumplió diecinueve años, pactaron su unión. Ya sabes cómo funciona.

Aunque llevaba tiempo sospechando que mis padres nunca se habían querido de verdad, aunque sabía que era una posibilidad, fue doloroso averiguarlo. Mi madre, al igual que yo, había sido un mero instrumento político. El matrimonio con mi padre le había arrebatado su vida y su libertad; Heden se la había arrebatado.

—Entonces, ¿no fue feliz? —le pregunté.

—Fue todo lo feliz que puede ser alguien a quien obligan a vivir una vida que no es la que desea. Pero te quería mucho, muchísimo. Más que a nada.

Me observé las manos, haciendo un esfuerzo enorme por controlar las lágrimas, y con un hilo de voz, le dije:

—Háblame de ella.

—Hay tantas cosas que te podría decir… Le gustaba bailar, el olor de la lluvia y contagiaba su alegría a todas las personas que tenía a su alrededor. Era tan graciosa… Todavía la escucho reír si todo se queda en silencio. No sabes lo que duele.

Sonreí y, al hacerlo, noté las lágrimas acariciándome las mejillas. A mi madre le gustaba el olor de la lluvia, como a mí, y era divertida. Habría dado cualquier cosa por escuchar su risa, por tenerla de nuevo a mi lado.

—¿Y cómo se unió al Frente? —le pregunté—. ¿Por qué?

—Por la misma razón que Abel y tú: por amor.

Amor, todo se reducía a eso. ¿Por qué un sentimiento tan sencillo era capaz de provocar revoluciones?

—¿Por qué me cuentas todo esto, Puma?

La líder del Frente se quedó callada unos segundos, y después, poniéndose muy seria, me dijo:

—Porque si vas a participar en la misión, averiguarás algo que va a cambiarte la vida, y no precisamente para bien. Quería que antes supieras la verdad sobre tu madre.

Su advertencia hizo que un doloroso pinchazo me atravesara el estómago. ¿Acaso el Gobierno podía esconder un secreto peor que el de los locales del Arrabal y la caza? ¿Peor que las mentiras sobre la furia y el Muro?

—¿El qué? —quise saber—. ¿Qué voy a averiguar?

Puma clavó sus ojos en el plano que había sobre la mesa y apretó los labios con fuerza. Un escalofrío me recorrió la espalda cuando seguí la dirección de su mirada.

—Lo que esconden los invernaderos de tu padre —me respondió —. Eso es lo que vas a averiguar.

GARZA REAL



«La garza real, con su figura esbelta y altiva, es una de las aves más hermosas que existen. Habita en ríos, lagunas y humedales y, a diferencia de otras aves, vuela con el cuello erguido formando una S. Su llamativo plumaje presenta colores que van desde el blanco hasta el negro, pasando por el gris blanquecino en las partes inferiores.

Se dice que sus alas extendidas son similares a las de un ángel».

Gran Enciclopedia de los Animales, página 404

22



Habíamos repasado el plan mil veces. Lo habíamos repasado tanto que me sabía de memoria todos y cada uno de los movimientos que teníamos que hacer dentro de los invernaderos. Sin embargo, aún no tenía ni idea de qué era lo que nos íbamos a encontrar allí.

—¿Qué es lo que hay dentro, Puma? —le había preguntado a la líder del Frente—. ¿Qué está escondiendo mi padre?

—Es mejor que lo veas con tus propios ojos, Mariposa —me había respondido ella—, por eso te necesito en la misión.

—Pero quiero saber a qué voy a enfrentarme. Quiero… estar preparada.

—Saber de antemano qué hay en el infierno no te prepara para atravesarlo. Créeme, Mariposa, cuando salgamos de allí, te lo explicaré todo.

A pesar de que había insistido, Puma se había mantenido firme en su decisión de no contarme nada antes de tiempo. Al igual que había hecho Abel cuando me llevó al Arrabal, o Cobra cuando me mostró los vídeos de la Antena, la líder del Frente quería que descubriera por mí misma los horrores que estaba ocultando el gobierno de Heden, los horrores de los que mi padre estaba siendo cómplice. Quizá por eso, porque no era capaz de imaginarme qué nueva atrocidad iba a descubrir, no dejaban de temblarme las piernas.

—Poneos el pasamontañas —nos ordenó cuando detuvimos el coche en mitad de la oscuridad.

Cobra, Zeta y yo la obedecimos. Éramos solo cuatro porque así, en un grupo reducido, llamábamos menos la atención.

—Es muy importante que recordéis que lo único que hemos venido a hacer aquí es grabar —continuó la líder—. La de hoy no es una misión de liberación.

Salimos del vehículo sin decir nada, algo tensos. Después de casi tres horas de viaje, habíamos aparcado en un descampado silencioso que me recordó al que rodeaba la Celda; un lugar vacío y solitario, perfecto para levantar un edificio cuyo objetivo era ocultar un secreto al mundo. Tragué saliva cuando Puma escondió las llaves del coche entre dos rocas algo alejadas y nos dijo:

—Dejo aquí las llaves porque, si alguno de nosotros no puede salir de ahí dentro, los demás deben escapar. ¿Entendido?

«Si alguno de nosotros no puede salir de ahí dentro». Tuve que contar hasta diez y respirar profundamente para que el miedo no me paralizara. Ni siquiera antes de ir a la Celda nos había hecho tantas advertencias.

Sin decir nada más, comenzamos a caminar. A los pocos segundos, sin embargo, Zeta me sujetó del brazo y me hizo detenerme de golpe. Lo miré, y aunque con el pasamontañas lo único que podía verle eran los ojos, supe que tenía miedo. Eso no me tranquilizó: él nunca tenía miedo.

—Eva, escúchame bien —me dijo, sin soltarme. Que me llamara por mi nombre real y no por el del Frente significaba que lo que estaba a punto de decir era algo muy serio—. No quiero que te separes de mí. Pase lo que pase.

¿Acaso pensaba que no estaba preparada para aquella misión? ¿No se había enterado de que ya era un miembro más del Frente? No quería discutir con él, y mucho menos que me tocara, así que aparté el brazo con brusquedad y solté:

—No soy tu responsabilidad, Zeta, por mucho que creas que sí. Y no vuelvas a llamarme Eva. Para ti, soy Mariposa.

Comencé a caminar de nuevo, dejándolo atrás, y enseguida me uní a Puma y a Cobra. Atravesamos el descampado que nos rodeaba

y, tras subir un pequeño montículo, vi alzarse en el horizonte los invernaderos de mi padre. Aunque nunca había visto imágenes de ellos, siempre me los había imaginado como grandes edificios con paredes de vidrio, como el que había en el Refugio, dentro de los cuales se creaba, de alguna forma, la carne que comíamos.

Sin embargo, me equivocaba.

Los invernaderos daban miedo. Eran grandes, sí, mucho, pero estaban construidos con el mismo hormigón duro y frío que el Muro. Había cuatro, y… fruncí el ceño al darme cuenta de algo: no tenían ventanas. ¿Cómo cultivaban la carne si no entraba la luz del sol? ¿Por qué los llamaban «invernaderos» si estaban hechos completamente de cemento?

—¿Escucháis ese ruido? —dijo Puma. Todos aguzamos el oído y enseguida nos llegó un zumbido molesto que, a lo lejos, rompía el silencio—. Es el sistema de ventilación. Es por ahí por donde vamos a entrar.

Me froté las manos, nerviosa. Había algo en el ambiente que no me gustaba, algo inexplicable que hacía que se me pusieran los pelos de punta. Era la misma sensación que te envolvía al entrar en un cementerio.

—¿La valla está electrificada? —preguntó Cobra.

No me había fijado hasta ese momento en que el perímetro del edificio estaba rodeado por una valla muy parecida a la de la Celda.

—No —respondió Puma, con la vista fija en los invernaderos—. No les hace falta. De aquí no escapa nadie con vida.

Tuve que inspirar y espirar un par de veces para relajar la tensión de mi cuerpo. Zeta se colocó a mi lado, pero lo ignoré.

—Mariposa, es muy importante que lo grabes todo —me recordó Puma—. Si ves que no puedes continuar, danos el móvil a nosotros.

Asentí, nerviosa, y apreté los labios. Solo tenía que grabar lo que hubiera dentro, no era tan difícil. Estaba segura de que podía conseguirlo. Bengala me había enseñado a utilizar el teléfono de Héctor y era mucho más sencillo de lo que nunca habría imaginado.

—En seis minutos termina la ronda del primer grupo de vigilancia —continuó Puma, echándole un rápido vistazo al reloj que llevaba en la muñeca—. Esa será nuestra oportunidad para entrar. Tenemos

que escalar por las tuberías que hay en la parte posterior del edificio para llegar al primer tejado, donde están los conductos de ventilación y, una vez dentro, darnos mucha prisa. Es muy importante que no hagáis nada que se salga del plan, ¿queda claro? Sois soldados profesionales, así que demostradlo.

Todos asentimos, pero incluso la mirada ardiente de Cobra brillaba con la sombra de una duda.

—Bien, pues allá vamos.

En cuanto nos dio la orden, bajamos por el montículo, ocultos en la oscuridad de la noche, y llegamos hasta la valla. Puma usó la cizalla que llevaba a la espalda para abrir varios agujeros en ella y, cuando terminó, entramos. Corrimos a toda velocidad hasta la fachada trasera del primer edificio. Todo estaba muy tranquilo, y eso me puso aún más nerviosa.

—Iré yo primero —nos indicó Puma.

Comenzó a trepar por una de las tuberías que subían por la fachada, haciendo que pareciera fácil, y Cobra la siguió. Yo lo hice tras ella, con algo de ayuda de Zeta. Una vez que estuvimos todos en el tejado, nos acercamos hasta el ventilador del extractor. Justo al lado, en la pared, había una rejilla que tapaba un conducto metálico lo suficientemente grande como para que cupiera una persona. Puma sacó el destornillador que llevaba sujeto al cinturón y retiró con facilidad los cuatro tornillos que la sujetaban a la pared.

—Tenéis que arrastraros por dentro y, al llegar al final, dar un salto. No os preocupéis, no está muy alto —nos dijo.

En ese momento entendí por qué me habían hecho entrenar, por qué había tenido que subir a un rocódromo y arrastrarme por el suelo para demostrar mi agilidad, mi fuerza y mi resistencia: porque me había estado preparando para una misión como aquella.

Puma entró en el túnel y Zeta fue tras ella. La siguiente fui yo. Aunque mi claustrofobia había disminuido en las últimas semanas, en cuanto me metí en aquel espacio estrecho y oscuro noté que me faltaba el aire. Comencé a reptar, intentando pensar en otra cosa, pero en cuanto me llegó el fuerte olor a productos químicos, respirar se convirtió en un suplicio. Era un aroma particular, uno que no conseguía camuflar del todo el hedor a excrementos y orín que

flotaba en el ambiente. El estómago se me revolvió tanto que estuve a punto de vomitar, así que hice fuerza para impulsarme y avanzar más rápido.

Al llegar al final del túnel, Zeta me estaba esperando para ayudarme a salir. No tomé la mano que me ofrecía, y bajé al suelo de un salto sin mirarle siquiera. Después, observé lo que había a nuestro alrededor.

Estábamos en una nave gigantesca de techos altos, iluminada por focos… y llena de jaulas. Había muchas, una junto a otra, y lo peor de todo era lo que había dentro de ellas: hombres y mujeres jóvenes, desnudos, heridos y aterrados. Debían de ser más de cien, más de doscientas, y eran tan estrechas que los prisioneros no se podían mover, ni siquiera se podían girar. Los barrotes los obligaban a permanecer de pie. Todos estaban callados, temblando, sumidos en un miedo tan profundo que no fueron capaces de reaccionar ante nuestra llegada. Algunos de ellos se golpeaban la cabeza contra los barrotes y el ruido hacía eco en toda la nave.

Me llevé una mano a la boca, horrorizada ante lo que estaba viendo, y cuando di un paso al frente me di cuenta de que en el suelo había charcos de sangre y secreciones humanas empapándonos las botas.

—¿Qué es… esto? —pregunté.

Pero no hizo falta que me respondieran. Supe enseguida que el nombre «invernadero» era solo un eufemismo, una mentira. En aquel lugar no se cultivaba nada.

—Un matadero —me respondió Cobra.

—¿Qué?

—Que todas estas personas están esperando su turno para que las maten y las conviertan en comida.

No. No podía ser verdad. La bilis me subió por la garganta y tuve que darme la vuelta para vomitar. A duras penas me dio tiempo a quitarme el pasamontañas antes de que la cena volviera a salir por donde había entrado. Tenía que ser una pesadilla. Tenían que estar engañándome.

—Mariposa, empieza a grabar —me ordenó Puma.

¿Cómo podía pensar en grabar en ese momento? ¿Es que no íbamos a sacar de ahí a toda esa gente? ¿Es que no íbamos a hacer nada? El olor era tan intenso que se me metió en la nariz y me sacudió otra arcada. Ahora sabía que olía a sangre, a lejía, a excrementos. Ahora lo sabía todo.

—Recuerda lo que hemos dicho antes de entrar —insistió la líder —. Si no puedes grabar, dame el teléfono.

Quería llorar, quería salir de aquel lugar cuanto antes. Busqué consuelo en los ojos de Zeta, pero en ellos solo encontré un mensaje: «Te lo advertí». Apreté los labios y, mareada, saqué el teléfono de Héctor. Sin embargo, las piernas me fallaron y me caí al suelo.

Zeta se agachó a mi lado a toda prisa.

—Mírame —me pidió.

No, no quería mirarlo. Si lo hacía, si levantaba la vista, vería lo que había a mi alrededor, vería a todas aquellas personas encerradas, sus convulsiones, sus ojos desorbitados, sus heridas. Si lo hacía vería la verdad, y me negaba a ello.

—No —murmuré, con los ojos llenos de lágrimas—. Tenemos que sacarlos de ahí.

—Mariposa —musitó Zeta, muy serio—. Lo que estamos haciendo hoy puede ayudar a todas estas personas, a todas las que vengan detrás de ellas, y por eso tiene que salir bien.

Le tomé las manos con fuerza y, sin poder dejar de llorar, le dije:

—Zeta, por favor, dime que no las matamos para hacer comida. ¡Dímelo, por favor! ¡Dime que no llevo toda mi vida comiendo carne humana!

Mis gritos alteraron a todas las personas encerradas a nuestro alrededor, que empezaron a golpearse contra los barrotes de sus jaulas a la vez, a gritar desesperadas, a llorar. Cuando volví a inclinarme para vomitar, Zeta me retiró el pelo de la cara.

—Mariposa —me llamó Puma con su tono firme y autoritario—. Los vídeos que vamos a grabar van a ayudarnos a contar la verdad, y eso servirá para abrir las jaulas de todos los hombres, mujeres y niños condenados.

¿Niños? ¿Acababa de decir… *niños*? Cerré los ojos, mareada de nuevo, y tras unos segundos volví a abrirlos. Al hacerlo, mi mirada se cruzó con la de una de las mujeres encerradas. Estaba temblando y tenía tantas heridas abiertas en el cuerpo, tantos golpes, que el dolor debía de estar volviéndola loca. Sospechaba que ni siquiera sabía lo que era la luz del sol. En el pecho desnudo tenía pintado un número de color azul: el veinticuatro. Sus ojos, que eran tan humanos como los míos, me gritaban que estaba sufriendo un tormento inimaginable, que tenía miedo. Lo peor de todo, sin embargo, fue ver que en ellos mi reflejo era el de un monstruo, que para ella no había distinción entre celestes buenos y celestes malos. Todos éramos demonios que habíamos convertido su vida en un infierno. ¿Cómo podíamos dejarlos allí? ¿Cómo podíamos marcharnos sin hacer nada?

Me levanté, casi sin pensarlo, y me lancé contra la jaula de la mujer. Intenté abrirla, apretando los dientes al hacer fuerza, pero estaba tan bien cerrada que me fue imposible hacerlo. Lo único que conseguí fue ponerla más nerviosa y que empezara a gritar y a golpearse contra los barrotes. Cualquier sufrimiento que hubiera experimentado en mi vida, cualquier dolor, no era nada comparado con el horror que estaban viviendo aquellas personas.

—¡Mariposa, para! —me gritó Cobra.

Zeta me abrazó por la espalda y me alejó de la jaula. Yo me revolví entre sus brazos. Gruñí, desesperada, pero en cuanto me di cuenta de que lo que estaba haciendo era absurdo, de que era mucho más fuerte que yo, dejé de intentarlo.

—Vamos a sacarlos —dije, con la respiración entrecortada, aún entre los brazos de Zeta—. Para eso tenemos armas, ¿no?

—¿Has visto cuántas personas hay aquí encerradas? —me preguntó Puma—. ¿Crees que podemos sacarlas a todas sin que nadie se dé cuenta? ¡Tardaríamos horas y ni siquiera podríamos llevarlas hasta el Refugio porque solo tenemos un coche! Además, no serviría de nada. Esto es un sistema de explotación que produce en cadena, y la única forma que tenemos de salvar a todas las víctimas es destruirlo.

Tenía razón. Por más que me doliera, la tenía. No podíamos sacar a todas esas personas de allí nosotros cuatro solos, no sin que nos descubrieran.

—¿Recuerdas lo de que «un lienzo en blanco puede ser un arma»? —me susurró Zeta al oído—. Pues un vídeo también puede serlo, pero para eso tenemos que grabarlo.

Asentí, con los ojos llenos de lágrimas, y cuando Zeta me soltó, tomé aire, levanté el teléfono y enfoqué a Puma. Ella se quitó el pasamontañas y miró directamente a la cámara. Las manos me temblaban de miedo y rabia.

—Ya —le indiqué.

Y empecé a grabar.

—Esto es lo que los gobiernos de la Liga Azul os están ocultando —le dijo la líder del Frente a la cámara, muy seria, mientras yo me esforzaba por dejar constancia en el vídeo de las condiciones inhumanas en las que tenían encerradas a aquellas personas. Los gritos y lamentos de los prisioneros enjaulados, asustados por mi repentino intento de liberación, llenaban toda la nave y se me clavaban en los oídos como puñales—. ¡Esta es la gran mentira de Ismael Garza y sus ministros!

Sus ministros. Mi padre. No. No. No. Él no podía saber de esto. Él no podía estar detrás de todo este sufrimiento. De repente, recordé los papeles que había robado de su despacho, las hojas llenas de códigos, las filas y filas de números que identificaban personas. Hasta ese momento no les había encontrado explicación, pero en aquel instante entendí de golpe por qué mi padre necesitaba hacer cuentas: llevaba un registro de todas las personas a las que, a lo largo de su vida, había mandado asesinar para hacer comida.

Estuve a punto de soltar el teléfono y dejarlo caer al suelo. Sin embargo, apreté la mandíbula y me obligué a no hacerlo.

—¡Ismael Garza ha estado criando personas para convertirlas en comida! —exclamó la líder del Frente—. ¡Esto es lo que pasa en realidad al otro lado del Muro! ¡La carne que coméis cada día es suya!

Cada palabra de Puma dolía más que la anterior. Había dicho «criando» personas. ¡Criando personas! Probablemente esa era la

razón por la que ninguno de los prisioneros hablaba con nosotros, la razón por la que no estaban pidiéndonos auxilio: ni siquiera sabrían hacerlo.

Ese era el sistema que mi tatarabuelo había extendido por todo el mundo.

—Ahora que sabéis la verdad —continuó Puma—, ¿qué vais a hacer? ¿Saldréis a luchar con nosotros o permaneceréis sentados en casa como si no estuviera ocurriendo nada? ¿Nos ayudaréis a hacer justicia?

Justo en ese momento escuchamos un fuerte golpe y todos nos sobresaltamos. Dejé de grabar y bajé el teléfono.

—Tenemos que irnos antes de que lleguen los matarifes —nos ordenó Puma.

«Matarifes». Todas las palabras que tenían relación con aquel lugar eran terroríficas.

—Ya tenemos suficiente —dijo Cobra, que también parecía querer marcharse cuanto antes.

¿De verdad teníamos suficiente? ¿Serviría de algo contar la verdad? El olor era tan fuerte, los gritos tan desgarradores, que cuando Puma se acercó hasta la pared para volver a entrar en el conducto de ventilación y Zeta me arrastró tras ella, no me resistí.

—Mariposa —me dijo, en voz baja, mientras esperábamos nuestro turno para salir—. Te juro que no pararemos hasta que la última de estas jaulas quede vacía.

Sus palabras fueron el aliento que necesitaba para no hundirme de nuevo. Lo miré, con el corazón encogido, y justo en ese momento, al otro lado de la nave, uno de los matarifes abrió una puerta. Los tres dimos un respingo.

—Mierda —murmuró Cobra—. ¡Al conducto! ¡Ya!

—¡Eh! —gritó el hombre mientras atravesaba la nave—. ¿Quiénes sois vosotros? ¿Qué hacéis ahí?

Llevaba un delantal blanco manchado de sangre y unos guantes azules que le llegaban hasta el codo. Al verlo, los domésticos de las jaulas entraron en pánico y empezaron a gritar aún más fuerte. Mi corazón empezó a latir a toda velocidad.

Zeta me ayudó a entrar en el conducto de ventilación, justo detrás de Cobra, y yo me apresuré a impulsarme hacia delante para que él también pudiera entrar. Estaba tan nerviosa que me costaba respirar.

—¡Tú no vas a ningún sitio! —gritó el matarife justo cuando Zeta entró en el túnel—. ¡Eh! ¡Ayudadme! ¡Hay unos intrusos!

El hombre le agarró el pie y Zeta se revolvió detrás de mí. Yo me quedé sin respiración.

—¡Zeta! —grité.

No podía moverme, no podía ayudarlo de ninguna forma. Ni siquiera podía girarme para mirarlo.

—¡Vete!

—¡No! ¡No te voy a dejar solo!

Volvió a moverse bruscamente, intentando zafarse del matarife, y solo entonces me di cuenta de que la única forma que tenía de hacer algo por él era salir y volver a entrar. Gruñí y avancé hacia delante, arrastrándome por el frío metal lo más rápido que pude hasta llegar al final del túnel.

Cobra me ayudó a salir y yo, jadeando, me apresuré a decir:

—¡Han atrapado a Zeta!

Sin embargo, antes de que pudiéramos hacer nada, él también salió, sudando, y dijo:

—Ya saben que estamos aquí. ¡Vámonos!

Le faltaba una bota, así que supuse que el matarife se había quedado con ella en las manos al tirar de él. Teníamos que irnos cuanto antes.

—Vamos, rápido —nos apremió Puma.

Bajamos del tejado en tensión, atentos a cualquier ruido, a cualquier movimiento. Una vez en el suelo, comenzamos a correr.

«No pararemos hasta que la última de estas jaulas quede vacía».

Luchar. Esa era la única esperanza que nos quedaba.



Cuando llegamos al Refugio, ya había amanecido. Estaba tan impactada por todo lo que había visto que me notaba sin fuerzas,

más débil que nunca.

—Deberíais ir a descansar —nos indicó Puma—. Por una vez, todo ha salido bien.

¿Que todo había salido bien? ¿Cómo podía decir eso? No podía respirar, no podía ni pensar con claridad. Toda mi vida acababa de hacerse pedazos.

Zeta se acercó hasta mí, preocupado, y me preguntó:

—¿Quieres que te acom…?

—¡Déjame! —le grité. Todos se quedaron quietos, mirándome—. ¡Me habéis ocultado la verdad todo este tiempo!

Empecé a llorar de nuevo, sin poder contenerme, y cuando Puma dio un paso hacia mí, me aparté de ella con brusquedad.

—¿Cómo habéis podido hacerme algo así? —exclamé.

—Queríamos contártelo, pero sabes tan bien como yo que, si lo hubiéramos hecho, jamás nos habrías creído. Sé que esto es muy duro para ti…

No, no quería escucharlos. Salí corriendo sin decir nada, con los ojos llenos de lágrimas. No podía seguir hablando del tema, no quería seguir mirándolos y que me recordaran una y otra vez lo engañada que había vivido, lo que se ocultaba dentro de los invernaderos.

Me sentía mal por haber formado parte de aquel horror durante toda mi vida, por no haber podido hacer nada por todas aquellas personas enjauladas que esperaban a ser asesinadas de forma injusta. ¿Cómo había podido estar tan ciega?

Entré en el Refugio y esquivé a todos los que caminaban por los pasillos para ir a desayunar. Solo quería encerrarme en mi habitación para siempre, dormir hasta olvidar lo que había descubierto.

—¡Mariposa, espera!

Cobra me sujetó del brazo y me obligó a detenerme en medio del pasillo, justo delante de una de las pantallas en la que, como siempre, estaba Alma Aguilar. Intenté zafarme de su mano, pero ella me lo impidió.

—¡Te estás comportando como una niña! —me gritó—. Si tú estás sufriendo, ¿cómo crees que lo están pasando ellos?

Apreté la mandíbula y guardé silencio. Su mirada estaba llena de dolor y, por primera vez desde que habíamos salido de los invernaderos, me permití olvidarme de lo que estaba sufriendo yo para centrarme en lo que estaban sufriendo los domésticos enjaulados.

—¿De qué sirve que salgas corriendo y llores? —me preguntó—. ¡Lo que esas personas necesitan ahora mismo es que te levantes, que abras los ojos de una puta vez y luches!

No estaba segura de tener fuerzas suficientes para luchar. ¿Cómo íbamos a acabar nosotros solos con un gobierno? ¿Y de qué iba a servir? ¿Cómo íbamos a aplastar un sistema que llevaba ochenta años funcionando en todo el mundo?

Giré la cabeza hacia la pantalla y, cuando vi que en ella estaba mi padre, me quedé sin aliento. Lo primero que sentí no fue nostalgia, sino rabia. Me había engañado, llevaba toda mi vida haciéndolo. Él era el responsable de todas esas muertes, de todo ese dolor. Él, que tenía en su mano el poder de cambiar las cosas, había decidido perpetuar la explotación de personas inocentes.

Era un monstruo. Y lo odiaba.

—No lo mires —me dijo Cobra, con mucha rabia—. No es el momento de pensar en él. Vamos a tu habitación.

Sin embargo, no me moví. No pude. Aunque mi padre era quien acaparaba toda la atención de los periodistas, en la pantalla había alguien más. Justo detrás de él, con la cabeza agachada en un gesto de sumisión y vestida con el uniforme negro de los domésticos, estaba Nina.

—No puede ser —susurré.

Aunque estaba con mi padre, Nina se encontraba bien. Todo lo que había hecho, todo lo que había arriesgado yendo hasta allí, no había servido para nada. Nina estaba en casa, como siempre, solo que ahora sabía que el peligro no estaba fuera del Muro, sino dentro.

—Es Nina —musité, atónita—. ¡Está en casa!

Cobra me soltó el brazo de golpe y se acercó hasta la pantalla. Tenía los ojos vidriosos y estaba temblando.

—¿Cobra? —la llamé.

Me acerqué con lentitud y ella, casi en un susurro, me preguntó:
—¿Esa es Nina?
—Sí, ¿por qué?
—Porque es… mi madre.

PARTE III:
MARIPOSA

«En su habitación, Cenicienta recuperó uno de los viejos vestidos de gala de su madre y pensó que, con unos arreglos, quedaría perfecto para el baile. En ese momento, su madrastra la llamó.

—Bueno, mi vestido tendrá que esperar —se lamentó Cenicienta.

Pero mientras ella terminaba sus tareas, sus amigas, las hadas del bosque, aprovecharon para preparar el vestido…».

Cenicienta (versión sin animales, año 2095)

23



El aire se había vuelto irrespirable desde que sabía lo que escondían los invernaderos de mi padre. Me sentía como si me hubieran quitado una venda que, sin saberlo, llevaba toda la vida tapándome los ojos; más perdida que nunca en un mundo cuya realidad se había vuelto insoportable.

Zeta, Abel y yo estábamos sentados en una de las mesas del comedor. Como aún no era la hora de comer no había nadie con nosotros, por lo que era el lugar perfecto para tener aquella conversación sin que nos molestaran. Aún estaba dolida con ellos por haberme ocultado la verdad, pero mis ganas de entender lo que había visto en los invernaderos ganaban al enfado con creces.

—Antes de la Extinción se comían a los animales —me explicó Abel, que estaba sentado frente a mí. Tenía los brazos apoyados en la mesa y me estaba mirando fijamente, muy serio. Por debajo de la manga izquierda del mono se le veía el yeso que le inmovilizaba la muñeca rota—. Por eso Ismael Garza I prohibió su representación: si no se hablaba de ellos, con el paso del tiempo la gente olvidaría su existencia.

—¿Y por qué no cultivar la comida? —pregunté—. En el Refugio lo hacéis, ¿no? Se puede vivir con verduras y legumbres.

—Porque en un mundo que se estaba muriendo —me respondió Zeta—, cambiar el sistema alimenticio les parecía complicado, lento y

absurdo.

—Cuando mi tatarabuelo construyó el Muro —añadió Abel—, se dio cuenta de que había muchas personas al otro lado y muy pocos recursos naturales para los que estaban dentro. Era un hombre encantador y, como la tecnología que necesitábamos para polinizar los cultivos era carísima, ni siquiera se planteó hacer una transición a un modelo de alimentación distinto al que existía antes de la Extinción. La opción más barata y rápida fue convertir lo que les sobraba, personas, en lo que les faltaba, carne.

—¿Y nadie se quejó? —les dije—. ¿Nadie se preguntó de dónde venía la carne si los animales habían desaparecido?

—La gente nunca se enteró de la verdad —me respondió Zeta—. Ismael Garza se encargó de que no lo hicieran a través de la censura y la manipulación.

—Los ciudadanos de Heden pensaron que su gobierno estaba fabricando carne artificial —añadió Abel—, que había invertido en tecnología para conseguir que el mundo siguiera igual que antes de la desaparición de los animales, y terminaron viéndolo como a un salvador. Además, exportó su sistema y consiguió convertir a Heden en una de las potencias más importantes del mundo, creando a nuestro alrededor la Liga Azul, ¿cómo iban a cuestionar sus métodos?

«El mérito es de mi bisabuelo, fue él quien reestructuró el sistema alimenticio tras la Extinción. Yo solo sigo sus pasos», había dicho mi padre el día de la fiesta en el Palacio Presidencial.

Era terrorífico.

—La prohibición de tocar y mirar a los domésticos o la invención de la furia no fueron más que medidas tomadas para deshumanizar a una parte de la población a la que se iba a esclavizar —continuó Abel—. Si no eran humanos, además de poder usarlos como fuerza de trabajo y convertirlos en la base productiva de la sociedad, parecería que lo que estaban haciendo al otro lado del Muro no estaba tan mal. Era una forma de justificarse a sí mismos: comer humanos era algo terrible, pero ¿a seres inferiores incapaces de razonar y sentir que se parecían a los animales? Eso no tanto.

—Entonces, ¿los países del Eje Rojo…?

—Fueron los únicos que se negaron a aceptar el nuevo sistema —me respondió Zeta—. Al no hacerlo, sufrieron un bloqueo económico por parte de las potencias de la Liga Azul, y tuvieron que luchar por su supervivencia. No son países de salvajes, como os han enseñado…, son países de rebeldes que ayudan a las células del Frente de Liberación a acabar con los gobiernos opresores. Ahí fuera hay una guerra, y estamos dispuestos a ganarla.

La palabra «guerra» seguía produciéndome escalofríos, pero empezaba a entender sus motivaciones. Las injusticias con los domésticos no solo ocurrían en Heden, sino en todos los países de la Liga Azul. La acción conjunta de los aliados del Eje Rojo y las células del Frente de Liberación era la única forma de hacerlas desaparecer.

—Es una guerra curiosa —dijo Abel—, porque unos luchan por mantener sus privilegios y otros por conseguir derechos. Qué sorpresa que los malos sean los que nos han dicho toda la vida que son los buenos, ¿verdad?

Cerré los ojos durante un segundo y me froté el tabique de la nariz, intentando asimilar todo lo que me estaban diciendo. Solo después, cuando conseguí ordenar mis pensamientos, pregunté:

—¿Y qué comen en los países del Eje Rojo? ¿Pudimos haber sobrevivido sin adoptar el sistema alimenticio de Ismael Garza?

Abel asintió y, con algo de tristeza, me respondió:

—Sí, si el Gobierno hubiera invertido más en cultivos y polinizadores y menos en construcciones absurdas y patriotismo barato. A mi tatarabuelo le pudieron más sus ganas de «limpiar» la sociedad que de salvarla.

Me quedé callada, pensando en los países del Eje Rojo, en cómo íbamos a convencer a la gente de cambiar un sistema que llevaba ochenta años funcionando por otro desconocido y considerado «salvaje», en cómo íbamos a difundir la verdad.

—¿Qué ocurre con los delincuentes de la Celda? —quise saber—. ¿Y con las presas de los cazadores? ¿También…?

—No —se apresuró a responderme Abel—. El sistema está diseñado para que la carne que se cría en los invernaderos sea óptima para el consumo. Esas personas pasan controles sanitarios específicos, y han sido criadas para obtener una masa corporal

concreta que luego se transforma en comida. No puedes elegir a una persona cualquiera y…

—Vale —le corté—. Lo he entendido.

«¿Cuánta habéis cultivado este año?», le había preguntado Pablo Álvarez de Espino a mi padre en la fiesta del palacio, justo antes de la explosión que lo había desencadenado todo. «No tanta como me gustaría. Es un proceso lento, ya lo sabes», había respondido él. Y, en ese momento, entendí por qué: porque criar a las personas de los invernaderos, la carne idónea para el consumo, tardaba años. Se me revolvía el estómago solo de pensarlo.

—Sé que averiguar la verdad duele, pero no dejes que eso te ciegue —me dijo Zeta—. Lo importante ahora es que utilicemos el dolor para hacernos fuertes, para endurecernos y reparar todo el daño que han causado.

—El dolor es necesario —añadió Abel—, porque no hay despertar sin herida.

Zeta giró la cabeza hacia él y enarcó una ceja.

—¿Y ese pensamiento tan profundo? —le preguntó.

—¿Qué pasa? —se defendió él—. ¿Te crees que eres el único que puede decir frases intensas?

Aunque guardé silencio, estaba segura de que lo que había llevado a Abel hasta esa reflexión tan acertada había sido Búho. Al ver cómo le hacían daño, había despertado. Si no hubiera sufrido por él, al igual que yo por Nina, habría seguido con su vida como si no pasara nada. «No hay despertar sin herida».

—He decidido que voy a volver a casa —solté.

Tanto Abel como Zeta se quedaron callados, muy quietos, mirándome. Ninguno de los dos se esperaba que dijera algo así, pero ya no había marcha atrás. Había tomado la decisión en el mismo momento en el que había visto a Nina junto a mi padre en la televisión.

—¿Qué? —me preguntó Zeta—. No puedes volver.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres? —me preguntó Abel, enseñándome la muñeca rota—. Volver a casa es peligroso.

Asentí, aparentando más seguridad de la que sentía en realidad, y dije:

—Conozco a mi padre y sé que ha aparecido en televisión con Nina para mandarme un mensaje: «Si no vuelves a casa cuanto antes, habrá consecuencias».

Cobra entró en ese momento en el comedor, con los labios apretados, y los tres nos giramos hacia ella. Desde que había averiguado que Nina era su madre, la veía distinta: era como si, de alguna forma, hubiera descubierto un hilo invisible que nos conectaba.

—Mi madre se llama Irina —dijo en cuanto se sentó a mi lado—. Y vamos a entrar en la ciudad para rescatarla.

Irina. Así que ese era el nombre real de Nina. El que yo usaba para referirme a ella solamente era una máscara que había adoptado para protegerse de los celestes; para olvidar que se lo habíamos arrebatado todo.

—Hay más seguridad que nunca en Madirit —le respondió Zeta—. Entrar ahora es una locura.

—Me da igual —insistió ella.

Miré a Cobra y, entonces, lo supe: íbamos a salvar a Nina aunque tuviéramos que hacerlo solas. Como amigas. Como hermanas.

—La decisión está tomada —anuncié—. No vamos a abandonarla.

—Si vuelves ahora —me dijo Zeta—, te obligarán a casarte con Héctor.

Lo sabía, claro que lo sabía. No hacía falta que me mirara con esos ojos del color del otoño y me hiciera recordar que volver también significaba tener que entregarme a un asesino, ponerme de nuevo las cadenas de las que creía haberme desprendido.

—No tengo elección —le respondí.

—Sí la tienes —contraatacó—. Puedes quedarte aquí y esperar a que organicemos un plan. Puedes esperar unos días y…

—No pienso dejar a Nina sola sabiendo que puede estar en peligro —le interrumpí—. Tengo que ir con ella cuanto antes, aunque eso suponga casarme con Héctor.

Zeta entornó los ojos, y supe que estaba haciendo un esfuerzo enorme por contener las palabras. Quería decir muchas cosas, liberar la rabia que le consumía, pero sabía que eso sería como lanzar una bomba, como apuntarme con una pistola en el corazón.

Sin embargo, solo tardó unos segundos en recordar que eso era precisamente lo que hacían los soldados: disparar a matar.

—Vete, entonces —soltó—. Al final, ese es el mundo al que perteneces. Aquí no pintas nada.

—No te pases, Zeta —le dijo Abel—. Eva ha…

Me puse en pie y le indiqué con un gesto que se callara, que aquella no era su guerra. Era la mía.

—¿Eso es lo que piensas? —le pregunté a Zeta—. ¿Que no pinto nada aquí?

—Sí, lo pienso —me respondió él, poniéndose en pie también—. En el fondo estás deseando volver a tu vida perfecta. Nunca has querido que te arrebatemos tus privilegios. ¡Nunca has perseguido los mismos objetivos que nosotros!

Le miré a los ojos, buscando dentro del ámbar que hacía que se me acelerara el corazón, pero solo encontré un muro de odio y desprecio.

«Quería demostrarles a tu padre y a Héctor que yo también les puedo arrebatar cosas».

—No te preocupes —le dije—. Volveré a casa y les daré tu mensaje tanto a mi padre como a Héctor. Eso es lo que has querido desde el principio, ¿no? Pues enhorabuena por conseguirlo.

Zeta abrió la boca para responderme, pero no pudo hacerlo. Justo en ese momento salieron varios miembros del Frente de la cocina, cargados con platos de comida, y comenzaron a colocarlos en el mostrador. No nos habíamos dado cuenta de que había llegado la hora de comer. Me escocía mucho la garganta y sabía que de un momento a otro podía ponerme a llorar, por lo que agradecí que el comedor se llenara de voces y risas. No quería llorar delante de Zeta. No quería darle esa satisfacción.

—¿Necesitas que salgamos a tomar el aire? —me susurró Cobra cuando volví a sentarme.

Negué con la cabeza y observé a Abel, que tenía la vista clavada en un punto fijo al otro lado de la sala. Búho acababa de entrar, y le estaba mirando como si fuera la primera vez, como si fuera incapaz de controlar los sentimientos que le ardían en el pecho.

—¿Sabéis qué os digo a los dos? —soltó, mirándonos a Zeta y a mí—. Que gracias por ser un par de idiotas. Habéis hecho que me dé cuenta de que la vida es muy corta y que no deberíamos perderla haciendo el imbécil.

Se levantó de la silla y, sin darnos ninguna explicación, se subió encima de la mesa. Los tres le observamos con una mezcla de sorpresa y vergüenza ajena.

—¡Búho! —gritó, señalándolo—. ¡Quiero decirte una cosa!

Al ver que todo el comedor se giraba hacia él, Búho se quedó paralizado. Llevaba una bandeja en la mano y parecía querer volverse invisible.

Abel aprovechó su confusión para continuar:

—Estoy harto de huir y pensar que cada momento que pasamos juntos puede ser el último y no lo estoy aprovechando como debería. ¡Que todo el mundo se entere de esto!

—Pero ¿qué estás diciendo? —le preguntó Búho mientras se acercaba en la mesa—. ¿Por qué no bajas y hablamos en privado?

—¡Porque no puedo! —gritó Abel, levantando los brazos—. ¡Quiero que todo el Refugio se entere de que eres la persona más increíble que he conocido en toda mi vida!

Las mejillas de Búho se pusieron muy rojas, como si toda la sangre de su cuerpo se hubiera concentrado en su cara, y ni siquiera fue capaz de responder. Abel, sin embargo, no podía parar:

—¡Y te quiero! —confesó, alzando la voz. La cara de Búho parecía a punto de prenderse fuego—. ¡Soy un imbécil que se asusta de sus propios sentimientos, pero te he querido desde el primer momento y te voy a querer hasta que me muera! No he tenido suerte en la vida, y tampoco sé por qué iba a tenerla contigo, pero si me correspondes…, si lo haces…

Búho se subió a la mesa, sin poder contener más la vergüenza que sentía, y le tapó la boca a Abel con la mano.

—Vale —le cortó—. Sí.

Abel frunció el ceño y, cuando Búho retiró la mano de su boca, le preguntó:

—Sí, ¿qué?

—Sí a todo lo que me propongas —le respondió Búho, que no era capaz de levantar la vista hacia él—. Siempre.

—¿Lo dices de verdad o para que me calle?

—Ambas.

Antes de que Abel pudiera replicar, Búho lo agarró del mono y, poniéndose de puntillas, lo besó. Al principio, Abel se quedó muy quieto, sorprendido, pero enseguida sonrió y lo rodeó con los brazos. Todo el comedor comenzó a vitorear, a aplaudir, y yo fui incapaz de contener las lágrimas. En medio del infierno que estábamos viviendo, su cuento de hadas sí se había hecho realidad.

—Son tan adorables que me dan asco —me dijo Cobra cuando Abel y Búho se marcharon del comedor dados de la mano—. Los odio.

—Yo también —le respondí mientras me secaba las lágrimas.

Observé a Zeta, pero su asiento estaba vacío. Se había marchado sin decir nada y, por alguna estúpida razón, eso me provocó un vacío en el pecho. ¿Cuándo iban a dejar de dolerme todos sus desprecios? ¿Cuándo iba a dejar de importarme una persona que solo sabía hacerme daño?

—No se lo tengas en cuenta —me pidió Cobra tras seguir la dirección de mi mirada—. Lo único que le pasa es que no podría soportar que te pasara algo. Zeta es… exageradamente protector.

—No es eso lo que le pasa —repliqué—. Créeme que no.

Cobra apoyó los brazos en la mesa y, bajando un poco la voz, me contó:

—Zeta perdió a su padre con solo siete años. Pasaron por muchas casas porque los compraban y vendían como si fueran mercancía, y en una de ellas recibían palizas más a menudo de lo que a él le gusta reconocer. Un día, su padre se cansó de ver cómo maltrataban a su hijo y mató al celeste que los había comprado.

La observé en silencio, intentando que el dolor de imaginarme a un niño pequeño recibiendo palizas no me abriera el pecho en canal, y después, musité:

—¿Y qué pasó?

—Intentaron huir de la ciudad, pero la policía los atrapó. El padre de Zeta se entregó para que su hijo pudiera escapar. —Contuve el

aliento, horrorizada, y Cobra me preguntó—: ¿Puedes imaginar siquiera cómo se siente Zeta cuando piensa que su padre se sacrificó para salvarlo? Aunque a veces sea un imbécil, te aseguro que daría lo que fuera por proteger a las personas que le importan.

En cuanto me imaginé a un pequeño Zeta llorando al ver cómo se llevaban a su padre, en cuanto pensé en todo lo que la República le había hecho sufrir, sentí unas molestas e inconvenientes ganas de abrazarlo. Tuve que recordarme a mí misma lo mal que me había tratado para arrancármelas de cuajo.

—Las ganas de venganza le ciegan —continuó Cobra—, pero también tiene sentimientos. Sé que… le frustra no poder controlar nuestras acciones porque, si nos pasara algo, no podría perdonárselo nunca.

«No quiero que seas un impedimento para cumplir mis objetivos, Mariposa».

—Yo también tengo sentimientos —repliqué—. Solo que él los ha pisoteado.

Bajé la vista hasta mis manos y Cobra me observó en silencio. Estaba segura de que no era la primera vez que tenía que limpiar los escombros en los que Zeta convertía a las personas, y también de que se compadecía de mí.

«Pobre niña tonta», estaría pensando. «Has caído en la trampa más obvia de todas».

—¿Se lo has dicho? —me preguntó.

—¿El qué?

—Lo que sientes por él.

—No, claro que no —respondí—. Pero creo que no hace falta.

—¡Eva, por favor, es un hombre! Claro que hace falta.

Se puso en pie y yo levanté la cabeza para mirarla.

—Conozco a Zeta mucho más de lo que me gustaría, y sé que si está actuando así contigo es porque le importas. Quizá tiene miedo porque piensa que de verdad quieres volver a casa, o lo que busca es alejarte para no hacerte daño, no lo sé. Dile lo que sientes por él, y veremos qué pasa.

—Cobra, me dijo unas cosas horribles.

—Porque es un imbécil que no sabe gestionar sus propios sentimientos —replicó—. Hazlo, Mariposa. Confía en mí.

Quise decirle a Cobra que no era buena idea, que ya había sufrido bastante por Zeta, pero se marchó del comedor y yo me quedé con las palabras entre los labios. ¿Y si tenía razón? ¿Y si lo único que tenía que hacer era tragarme el orgullo y confesarle lo que sentía por él? Zeta me había dicho cosas horribles, sí, pero también se había preocupado siempre por mí. «Eva, yo te conozco». ¿Cuál de los dos Zetas había sido el de verdad? ¿El que me cuidaba o el que me odiaba? ¿El que había susurrado entre gemidos que siempre iba a ser mío o el que había confesado que solo se había acostado conmigo por venganza?

Fuera cual fuere la respuesta, no quería quedarme con la duda. Además, ¿qué podía salir mal? Las cosas entre nosotros no podían empeorar.

O, al menos, eso pensaba.

«Todos, incluso los bebés recién nacidos, miraban con curiosidad la última cuna, esperando a ver cuándo se movería la manta. Al cabo de unos minutos, el pequeño empezó a estirarse. Pronto se asomaron sus ojos grandes, su carita seria y unas manitas que temblaban un poco. Era el más grande… y, para sorpresa de todos, muy distinto de los demás.

Y como era diferente, comenzaron a llamarlo "el bebé feo"».

El bebé feo (versión sin animales, año 2095)

24



Era la tercera reunión que teníamos en menos de una semana, pero sabía que sería la última. Ya no había marcha atrás y todos lo sabían. Por eso estaban tan serios.

—Está decidido —repetí—. Voy a volver a casa, y quiero que sea hoy mismo.

Puma, que estaba sentada frente a mí, asintió y me dijo:

—Lo entiendo, Mariposa, siempre que tengas en cuenta las consecuencias de lo que vas a hacer.

Me miré las manos durante unos segundos, y después me giré hacia Cobra. Sus ojos castaños, tan parecidos a los de Nina, me animaban a continuar. «Hazlo», parecían estar diciéndome, «cuentas con todo mi apoyo».

—Las tengo —le aseguré—. Quiero volver para estar con Nina, pero también para acabar con el Gobierno.

Todos los presentes me miraron con sorpresa, incluido Zeta. Ahora que sabía la verdad sobre los invernaderos, la verdad sobre todo lo que había hecho la República, entendía mejor que nunca las motivaciones del Frente. Por fin comprendía que el sufrimiento que provocaban los celestes justificaba los medios usados para acabar con el sistema. Si gente como Ismael Garza, Héctor o mi padre estaban a un lado, yo tenía más claro que nunca dónde quería estar: en el contrario.

—¿Qué has pensado? —me preguntó Puma.

—Casarme con Héctor cuanto antes —respondí—. Podemos aprovechar la boda para emitir tanto las imágenes que grabamos en los invernaderos como las copias de los vídeos de la Antena, porque ese día todo el país estará pendiente de la televisión. Si conseguimos hackear Babel, podemos incluso emitirlas en las pantallas de la Vía Celeste.

—Además —añadió Cobra, que me había ayudado a elaborar el plan—, en la boda tendremos a todos los miembros del gobierno juntos y desprevenidos. Es una oportunidad perfecta para atacar, acabar con ellos y permitir que las fuerzas del Eje Rojo entren a ayudarnos.

—Eso es —continué yo—. Solo tendríais que conseguir colaros en la boda vestidos de domésticos y los tendríamos a todos rodeados en cuestión de minutos.

Mi única tarea en aquella misión era asegurarme de que la boda se celebraba; el Frente se encargaría de todo lo demás. Si el plan salía bien, las imágenes se emitirían en el cóctel y ellos aparecerían para acabar con Ismael Garza. Las tropas del Eje Rojo entrarían en Heden, y seríamos testigos del comienzo del fin. Si salía mal, en cambio…, bueno, prefería no pensarlo.

—Podemos hackear los repetidores de Babel —dijo Bengala—, no hay problema, pero antes tenemos que entrar en la ciudad y llegar hasta la torre.

Abel, que estaba sentado junto a Búho, levantó la barbilla y carraspeó para que todos lo miráramos.

—Yo os llevaré hasta Babel —propuso—. Tengo contactos.

—No digas tonterías —le respondió Búho.

Abel sonrió, lo que hizo que se le marcaran en las mejillas sus dos característicos hoyuelos, y como si no estuviera en medio de una reunión con otras siete personas, le dijo:

—Me encanta cuando te preocupas por mí.

Búho se puso muy rojo y, tras colocarse las gafas, se apresuró a aclarar:

—Me preocupo por ti y por todos.

—Camaleón nos llevará hasta Babel —indicó Puma—, pero tendremos que separarnos. Un grupo irá a la torre para emitir las imágenes y el otro a la boda para acabar con Ismael Garza.

Ahí estaba otra vez el misterioso Camaleón: el contacto que tenía el Frente dentro del Muro y que no solo nos había ayudado a entrar en la Celda, sino que también nos iba a ayudar a destruir la República desde dentro.

—Le mandaré un mensaje —dijo Medusa, cuyo único ojo visible brillaba lleno de esperanza.

—Los aliados del Eje Rojo están preparados para un ataque inminente —añadió Oso—. Llevan meses estándolo. Les diré que el plan está en marcha, que preparen sus tropas.

Ataque inminente. Tropas. El Eje Rojo. Aquella misión tenía un regusto a guerra que, en el fondo, me aterraba.

—¿Qué vamos a hacer con el resto de los ministros? —preguntó Cobra—. Una vez que acabemos con el presidente…

—Es muy importante que tengáis claro que el único miembro del gobierno que puede morir es Ismael Garza —le respondió Puma—. Si la boda se convierte en una masacre, perderemos la confianza de la gente. Queremos convencerlos de que no somos terroristas, sino libertadores, así que no acabaremos con ellos a no ser que sea estrictamente necesario. El castigo vendrá después, cuando nos hagamos con el control de la República.

—No me puedo creer que esto esté pasando por fin —dijo Medusa —. Vamos a acabar con ellos.

—Vamos a intentarlo —la corrigió Puma—. Debemos tener claro que es una misión muy complicada y que puede que ni siquiera salgamos todos con vida.

En la sala se instaló un silencio sepulcral que nos congeló hasta los huesos. ¿Y si Puma tenía razón y no todos sobrevivíamos? ¿Y si le pasaba algo a Abel, o a Cobra o a Zeta?

—Yo estoy dispuesta a morir luchando —dijo Cobra.

Miré a todos los presentes y, por primera vez desde que había empezado la reunión, mis ojos se cruzaron con los de Zeta. Aún estaba enfadada con él, pero algo dentro de mi cuerpo seguía ardiendo ante su presencia. ¿Cómo iba a dejar que Héctor me tocara

después de que Zeta lo hubiera hecho? ¿Cómo iba a poder ver un atardecer sin que me recordara a sus ojos?

—Yo también —la apoyó él sin dejar de mirarme. «Hasta que la última de estas jaulas quede vacía»—. Y si Mariposa va a volver a casa, yo la acompañaré hasta la ciudad. No voy a dejar que cruce sola los túneles del metro.

—No hace falta que…

—Acompáñala —me interrumpió Puma—. Con eso, por fin tenemos algo que se parece a un plan. ¿Alguna pregunta?

Todos guardamos silencio, pero Abel levantó la mano para pedir el turno de palabra. Puma le hizo un gesto con la cabeza para invitarlo a hablar.

—En la ducha —dijo, poniéndose muy serio—, ¿vosotros os laváis los pies o simplemente dejáis que caiga el agua?

Lo único que recibió como respuesta fue un absoluto silencio. Cobra puso los ojos en blanco y Zeta, que al igual que ella había esperado una intervención útil, sacudió la cabeza.

—¿Alguien tiene alguna pregunta de verdad? —insistió Puma.

Esta vez nadie dijo nada y, de repente, me asaltaron un millón de dudas. ¿De verdad estaba preparada para acabar con aquellos a los que un día consideré mi familia? ¿Iba a poder traicionarlos? ¿Y si algo salía mal?

No estaba segura de si quería obtener las respuestas.



Al llegar a la parada de metro por la que salimos el día que escapé de casa, un escalofrío me recorrió la espalda. La oscuridad, el silencio y los escombros de aquella ciudad fantasma me traían muy malos recuerdos. Habían pasado muchas cosas desde entonces, pero todavía me acordaba del miedo que sentí cuando los cazadores nos sorprendieron, cuando pensaba que Zeta iba a morir desangrado, cuando creía que Nina estaba en peligro en algún lugar desconocido. Ya no era la misma persona y tenía claro que nunca volvería a serlo: la verdad me había cambiado.

—Estaremos pendientes del anuncio de la fecha de la boda —dijo Cobra—. No podremos comunicarnos, pero creo que todos tenemos claro cuál es nuestro papel en esta misión, ¿verdad?

Abel, Zeta y yo asentimos. La linterna que llevaba Zeta en la mano era la única luz que nos permitía vernos las caras.

—Lo que más pena me da de todo esto es que, al final, no voy a poder ser el padrino de tu boda —me dijo Abel—. Me habría encantado llevarte al altar, Cenicienta.

Al verlo sonreír, no pude evitar hacerlo yo también.

—Tu ausencia le romperá el corazón a Héctor —le respondí.

—Si te soy sincero, son otras cosas las que me gustaría romperle.

—Tenemos que irnos ya —nos interrumpió Zeta—. Es más seguro llegar al otro lado antes de que amanezca.

Asentí, nerviosa, y me acerqué a darle un abrazo a Abel. En cuanto me estrechó entre sus brazos, algo dentro de mí se rompió en pedazos.

—Espero ser yo la que te lleve al altar algún día —le susurré, apoyando la cabeza sobre su hombro.

—Te tomo la palabra, hada madrina —me respondió.

Nos separamos con desgana y, mientras Zeta se preparaba para saltar por el agujero del suelo y entrar al túnel, me acerqué hasta Cobra.

—Te voy a echar de menos —le dije, mirándola a través de la oscuridad.

Ella se encogió de hombros, probablemente asqueada ante mi repentina muestra de cariño. Di un paso hacia ella y, sin poder contenerme, le di un abrazo. Lo peor que podía pasar era que se apartara, pero no lo hizo. Al contrario, dejó que la estrechara entre mis brazos durante unos segundos.

—Ten mucho cuidado, Mariposa —me susurró—. Diles a esos cabrones que solo yo puedo tratarte mal.

Me sorprendió que el pelo de Cobra oliera a flores, y mucho más que colocara sus brazos alrededor de mi cuerpo para devolverme el gesto de cariño.

—Esos cabrones no tienen nada que hacer contra ti.

Aquel abrazo fue el primero que le di a Cobra, pero lo que hizo que se me saltaran las lágrimas fue pensar que había muchas posibilidades de que fuera el último.

—Saluda a mi padre de mi parte —me pidió Abel cuando me tomó la mano para ayudarme a bajar al túnel—. Dile que se puede ir al infierno.

Me senté en el suelo y, con la ayuda de Abel, salté por el agujero. Zeta me estaba esperando abajo para sujetarme entre sus brazos, por lo que la caída fue mucho más suave y placentera de lo que había esperado.

Nuestros rostros quedaron separados por apenas unos centímetros, y eso hizo que pudiera sentir su respiración, los latidos de su corazón. Estábamos en las mismas escaleras que le había ayudado a subir cuando se estaba desangrando, en el mismo túnel en el que lo había tocado por primera vez.

Mis ojos se fueron hacia sus labios y, cuando los suyos bajaron hasta los míos, los recuerdos me asaltaron. Sus manos acariciando mi cuerpo, su lengua dándome placer, sus gemidos salvajes cuando entró dentro de mí y perdió el control.

«Conozco a Zeta mucho más de lo que me gustaría, y sé que si está actuando así contigo es porque le importas».

—Zeta, yo…

No me dejó decir nada más. Antes de que pudiera continuar hablando, sacudió la cabeza y me dejó en el suelo. Después, comenzó a bajar las escaleras.

Caminamos en silencio un buen rato, el uno junto al otro, casi rozándonos. Tenía la sensación de que quería decirme algo y estaba esforzándose por no hacerlo, por no complicarlo todo en el último momento. Eso me entristeció. ¿Y si aquellos eran los últimos minutos que compartíamos juntos? ¿Y si todo salía mal y nunca más volvíamos a vernos?

Pasamos por varias estaciones abandonadas y, tras un trayecto que se me hizo eterno, su voz regresó como un gruñido:

—La siguiente es Puerta del Ángel.

La última estación. Se acercaba el momento de la despedida y no quería que, después de todo, nuestra última conversación fuera una

discusión. No quería marcharme con su «aquí no pintas nada» dándome vueltas en la cabeza.

Llegamos a Puerta del Ángel y ninguno de los dos había dicho nada aún. Subimos al andén de un salto, cruzamos la estación en silencio y salimos a la calle a través del agujero del techo. Fue allí, en el Arrabal, con la luna y las estrellas como testigos, cuando no aguanté más.

—Zeta, tengo que decirte algo —solté. Se giró hacia mí y yo, al perderme en sus ojos, me olvidé hasta de respirar. Tuve que esforzarme para continuar hablando—: Sé que hacer esto ahora es una locura, pero es que te miro y pienso en… Sé que no tiene ningún sentido, pero… me gustaría decirte que…

Hice una pausa para tranquilizarme y él me miró fijamente. No, ya no había marcha atrás. Las palabras empezaron a salir solas, incapaces de quedarse un segundo más dentro de mi boca:

—No puedo dejar de pensar en que quizá nunca más vuelva a verte y… quiero darte las gracias. A pesar de todo, quiero hacerlo.

—Mariposa…

—Lo que pasó entre nosotros en tu habitación fue muy especial para mí —le interrumpí—. No habría hecho algo así con nadie más, ni siquiera con Héctor, porque no lo quiero y nunca voy a quererlo. No creo que pueda volver a querer a nadie después de conocerte a ti.

«¿Habrías hecho lo mismo si el objetivo de la bala hubiera sido Héctor?».

—Quiero que sepas —continué, con los latidos desbocados— que me pondría mil veces más delante de una bala si eso te salvara la vida, y me da igual que tú no sientas lo mismo, porque te quiero y no puedo callármelo más tiempo.

En cuanto terminé, me di cuenta de lo seca que tenía la boca. Me temblaban las manos y habría dado cualquier cosa por tomar las suyas, por tocarlo de alguna forma, pero por mucho que su piel me atrajera con la fuerza con la que el Sol atraía a la Tierra, por mucho que en aquel momento todo mi mundo orbitara en torno a él, sentía que los años luz que nos separaban eran insalvables.

Tardó once segundos en contestarme, once, y cada uno de ellos fue una tortura. Antes de abrir la boca, cerró los ojos un instante, como si estuviera esforzándose para contenerse, y después me dijo:

—Mariposa, tienes que olvidarte de mí.

Pude escuchar perfectamente el crac que hizo mi corazón. Aunque sabía que Zeta no me quería de la misma forma en la que yo lo quería a él, sus palabras me dolieron como balas. Mucho. Ni siquiera había utilizado mi nombre de verdad. ¿Por qué no me había callado? ¿Por qué había terminado de estropearlo todo con mi estúpido arrebato de amor? Cobra se había equivocado; a Zeta, yo no le importaba lo más mínimo.

Qué patética y humillada me sentía.

—Zeta, yo…

—No hagas esto más difícil de lo que ya es.

Asentí, con las lágrimas escociéndome en los ojos, y entonces escuchamos los pasos. Cuando quisimos darnos cuenta de que alguien se acercaba, ya era demasiado tarde.

—¡Manos arriba! —gritaron—. ¡Policía de Heden!

Los agentes salieron de entre las sombras, rodeándonos. El estómago se me encogió de puro miedo y todo el valor que había creído tener desapareció de golpe. A mí no iban a hacerme nada, pero ¿a Zeta?

—¡No disparéis! —grité, colocándome delante de él con las manos en alto—. ¡Soy Eva! ¡Eva Salazar!

Los policías avanzaron hacia nosotros. Miré de reojo el agujero del suelo, calculando si a Zeta le daría tiempo a meterse de nuevo en los túneles del metro y huir, pero me pareció prácticamente imposible. Estábamos rodeados.

—Bajad las armas —ordenó uno de los agentes, dando un paso al frente.

Todos le hicieron caso, y enseguida me di cuenta de que no era un policía cualquiera quien estaba frente a nosotros: era el mismísimo ministro de Orden y Seguridad. Mi prometido.

—Héctor —musité—. ¿Qué haces aquí?

—Buscando a Abel —me respondió él. Se acercó con una linterna hasta donde estábamos y nos inspeccionó con detenimiento—. La

policía descubrió hace días lo que ha estado haciendo en el Puerta del Ángel, y el presidente me ha encargado dirigir la operación para localizarlo. Tenemos la zona vigilada, aunque no esperaba encontrarme esta… sorpresa.

Analizó mi rostro durante unos segundos, muy serio, y después miró a Zeta. Casi sin darme cuenta, supliqué:

—Héctor, deja que se marche. Por favor.

Él se quedó callado, como si estuviera considerando de verdad mi petición. Un instante después, sin embargo, ordenó:

—Detenedlo.

—¡No! —exclamé.

Los policías se acercaron hasta nosotros y, sin que yo pudiera hacer nada, agarraron a Zeta y lo apartaron de mí.

—¡Dejadlo! —lloré—. ¡Por favor!

Me revolví e intenté golpearlos hasta que uno de los agentes me sujetó del brazo y me separó de ellos, impidiendo así que me moviera. Volví a gritar cuando le pegaron un puñetazo en el estómago y, con ello, lo obligaron a ponerse de rodillas.

—¡Suéltame! —le grité al policía con desesperación—. ¡Héctor, dile que me suelte!

Por supuesto, no me hizo caso. Ni siquiera mis súplicas impidieron que esposaran a Zeta y se lo llevaran de allí.

—¡Eva, estate quieta de una vez! —me ordenó Héctor. Me mordí la lengua para no decirle todo lo que pensaba de él, para no escupirle a la cara todo el asco que me daba—. Vamos, te llevaré con tu padre. Él sabrá cómo hacer que entres en razón.

Héctor comenzó a caminar y el policía tiró de mí, haciéndome daño en el brazo, pero no me importó. Ya nada me importaba. Habían detenido a Zeta, y con eso me tenían a su merced.

«… cuando de pronto saltó cerca de ella un duende de ojos negros. No había nada muy extraordinario en esto, ni tampoco le pareció a Alicia muy extraño oír que el duende se decía a sí mismo: "¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Voy a llegar tarde!". (Cuando pensó en ello después, decidió que, desde luego, hubiera debido sorprenderla mucho, pero en aquel momento le pareció lo más natural del mundo). Cuando el duende se sacó un reloj del bolsillo del chaleco, lo miró y echó a correr…».

Alicia en el País de las Maravillas (versión sin animales, año 2095)

25



Entrar en mi dormitorio fue como si de pronto volviera a mi mente un sueño que creía haber olvidado, como recordar una vida pasada. Sabía que aquella estancia de techos altos que olía a perfume había sido un lugar importante para mí, pero su lujo exagerado me resultaba totalmente ajeno. Allí había vivido una Eva que consideraba que le debía a su país todo lo que era. Una Eva que idolatraba a su padre, una Eva que ya no existía.

Recorrí la habitación en silencio, observándolo todo. Había olvidado lo que se sentía al caminar sobre una mullida moqueta hecha a mano o al mirar hacia un techo pintado con frescos cuyos colores hacían juego con la suave pintura de las paredes. La luz dorada del amanecer entraba por la ventana, haciendo que las cortinas parecieran estar en llamas. Todo era mucho más grande de lo que lo recordaba, sobre todo la cama, pero volvería a abandonarlo con los ojos cerrados si eso me permitía recuperar a Zeta. Ya no me importaba nada: ni mi padre, ni el plan, ni la boda. Sin él, todo parecía haber perdido su sentido.

Apreté los labios, conteniendo las ganas de llorar, y entré en el baño. El espejo me devolvió un reflejo que no reconocí. Ya no era la misma persona que antes de ir al otro lado del Muro. La Eva que había vivido en aquel mundo espléndido y opulento había desaparecido y, en su lugar, había una chica triste cuyos ojos habían

visto la crudeza de la realidad, una chica a la que le habían arrebatado todo lo que le importaba.

Me lavé la cara para que el agua me ayudara a despejarme y, cuando salí del baño, alguien abrió la puerta de la habitación.

—¡Nina! —grité en cuanto la vi.

Ella, vestida con el uniforme negro con el que la recordaba y los rizos dorados sueltos, corrió hasta mí y me estrechó entre sus brazos, recomponiendo así todas mis piezas rotas.

—¿Qué has hecho, Eva? —me preguntó, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Estás loca!

—¿Pensabas que iba a dejarte sola?

—¡Pero salir de la ciudad es peligroso! Tu padre está muy enfadado contigo.

Nos separamos y me sujetó las manos. No pude evitar fijarme en sus ojos castaños, que ahora me recordaban a los de Cobra, y sentir una punzada de dolor al pensar en ella.

—Nina, escúchame —le dije—. He conocido a Cob…, a tu hija.

Se quedó paralizada, sin saber cómo reaccionar, y yo me vi obligada a continuar hablando:

—Te está esperando, siempre lo ha hecho, y te quiere muchísimo.

Nina me soltó y, con los ojos muy abiertos, se llevó una mano a la boca.

—¿Cómo…?

No pudo formular la pregunta, y no la culpé. ¿Cómo debía de sentirse tras descubrir que su hija, a la que creía haber perdido hacía más de veinte años, estaba viva y a salvo?

—Vamos a acabar con el Gobierno, Nina. Vamos a vengarnos por todo lo que nos han hecho.

Empezó a llorar y se cayó al suelo, de rodillas. Me agaché junto a ella. Jamás la había visto tan afectada, y por alguna razón eso volvió a darme fuerzas para luchar. Por ella había empezado todo, y por ella tenía que terminar.

—Es muy peligroso, Eva, tu padre…

—Yo me encargaré de mi padre.

Me miró, asustada, y yo le sequé las lágrimas que le resbalaban por las mejillas.

—Te he echado mucho de menos —le dije con un hilo de voz—. Tu hija me ha dicho que… que te llamas Irina. Siento tanto…

—No tienes que sentir nada, Eva. Tú también has sido una víctima de este mundo, y a pesar de ello has decidido luchar contra él. Hay que ser muy valiente para hacer algo así.

¿Valiente? ¿De verdad Nina me consideraba valiente? Intenté sonreír, pero lo único que conseguí fue que las lágrimas que tenía atascadas en la garganta me inundaran los ojos.

—Nunca te pregunté tu verdadero nombre —susurré, odiando a la Eva del pasado por haberse creído todas las mentiras que le contaban.

Nina negó con la cabeza y, esta vez, fue ella quien me secó las lágrimas a mí. El tacto de sus manos, que hacía mucho tiempo que habían dejado de ser suaves, me hizo sentir en casa.

—Sí lo hiciste, solo que no lo recuerdas —me respondió—. Solo tenías cinco años, pero yo ya supe que eras especial, que no me veías como los demás. Te dije que me llamaba Irina, pero tú siempre pronunciabas Nina…, así que con ese nombre me quedé. Y se convirtió en nuestro secreto.

Justo en ese momento, mi padre abrió la puerta con la fuerza de un vendaval y entró en la habitación. Tenía el ceño fruncido, y no hizo falta que abriera la boca para que supiera lo enfadado que estaba. No me había dado cuenta de cuánto lo odiaba hasta que lo tuve delante, hasta que pude mirarlo a los ojos y en ellos vi reflejadas todas sus mentiras.

—Fuera —le ordenó a Nina.

—Trátala con más respeto —solté, llena de rabia—. Es un ser humano como tú y como yo.

Mi padre se quedó callado, sorprendido de oírme replicar. Ayudé a Nina a levantarse del suelo y ella me lo agradeció con una sonrisa. Después, un velo de preocupación cubrió su rostro.

—No te preocupes —le dije—. Estaré bien.

Nina asintió y, aunque dudó, terminó marchándose. En cuanto cerró la puerta, me giré hacia el hombre al que una vez había querido sobre todas las cosas. Él dio un paso hacia mí, amenazante. Yo no retrocedí.

—No te haces una idea de lo enfadado que estoy contigo.

—Yo también estoy enfadada contigo.

Había defendido la inocencia de mi padre hasta el último momento, hasta que la verdad me había golpeado con fuerza en la cara, y eso hacía que todo doliera mucho más. Qué tonta había sido. Con qué facilidad me habían engañado.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? —me preguntó, alzando la voz—. ¡Has traicionado a la República! ¡Me has traicionado a mí!

¿Cómo podía importarle que hubiera traicionado a la República cuando él se dedicaba a criar y asesinar a personas inocentes? ¿No se daba cuenta de que me daba igual el maldito país?

—Pues si te he traicionado a ti, estoy orgullosa —le respondí—, porque he traicionado a un monstruo. ¡Lo sé todo, papá! ¡Sé lo de los invernaderos, lo de la caza, lo de la furia! ¡Me das asco!

Le lancé una mirada asesina y él, a modo de respuesta, levantó la mano y me dio un bofetón que sonó con fuerza en toda la habitación. El golpe me cegó momentáneamente, haciendo que lo viera todo rojo, pero fue mucho peor la humillación.

—No te comportes como una estúpida, porque no te he educado para que lo seas. ¿Crees que es fácil alimentar a un país entero con los pocos recursos de los que disponemos?

Levanté la cabeza y volví a plantarle cara.

—Puedes pegarme una y otra vez, pero eso no va a hacer que olvide todo lo que he visto.

—¿Y qué habrías hecho tú en mi lugar? Lo que hizo Ismael Garza I fue lo único que podía salvar a la humanidad. Pensar que había alternativas es una ilusión infantil que te han metido en la cabeza.

No, no podía dejar que me engañara y me manipulara de nuevo. Lo que él no quería era deshacerse de los privilegios que le otorgaba pertenecer a una clase dominante que se aprovechaba de otra. No quería que el mundo cambiara porque, tal y como era, le beneficiaba.

—Voy a darte un par de días para que descanses y te relajes —me dijo—, pero después te pondrás frente a las cámaras y le darás las gracias a la policía de Heden por haberte rescatado con vida de un cruel secuestro organizado por el Eje Rojo. Vas a decir que amas a la

República sobre todas las cosas y anunciarás que el 17 de mayo te casas con Héctor porque no puedes esperar más, ¿queda claro?

¿17 de mayo? Solo quedaba una semana para eso. ¿Le daría tiempo al Frente a organizarlo todo? Aunque quería gritar, mi papel en aquel plan era casarme cuanto antes, así que no me negué.

—Sí, queda claro —respondí.

Mi rápida afirmación, sin embargo, le hizo sospechar. Quizá por eso, tras inspeccionar mi rostro, entornó los ojos y me dijo:

—No sé si estás tramando algo, pero antes de que se te pase por la cabeza hacerlo, quiero que veas una cosa.

Sacó su teléfono móvil del bolsillo del pantalón, pulsó un par de teclas y, después, me lo entregó. Lo tomé, sin decir nada, y cuando vi el vídeo que se estaba reproduciendo en la pantalla, ahogué un grito.

En él aparecía Zeta, arrodillado en el suelo en medio de una sala oscura, con los ojos vendados y las manos sobre una mesa. Le habían estado pegando porque tenía un labio inferior partido y la cara manchada de sangre. Había un hombre a su lado afilando un cuchillo de grandes dimensiones, un cuchillo para cortar carne.

—No —susurré—. ¡No!

Apreté el teléfono con fuerza entre mis manos, mareada, incapaz de respirar. No podían matarlo, no podían hacerle nada.

—Cada vez que me desafíes —me advirtió mi padre—, cada vez que te niegues a cumplir cualquiera de mis órdenes, ese chico sufrirá la peor de las torturas. ¿Cuánto dolor crees que será capaz de soportar?

El hombre del vídeo levantó el cuchillo y, cuando le cortó a Zeta los dedos de la mano derecha, grité.



Mientras los periodistas nos grababan en la enorme terraza panorámica del ático de Héctor, él me tomó la mano. Me estaba mandando un mensaje: «Más te vale que sonrías, que finjas que

eres feliz, porque de esto depende tanto la estabilidad del país como la vida del doméstico».

La ciudad de Madirit se extendía a nuestros pies, brillando bajo los intensos rayos del sol del mediodía, pero lo único en lo que podía pensar era en Zeta, en lo que le habían hecho, en lo que le estarían haciendo. Cada vez que recordaba el vídeo que me había enseñado mi padre, el dolor que estaría soportando, una rabia intensa y ardiente me incendiaba las entrañas.

—¿Cómo os sentís a un día del enlace? —nos preguntó un periodista.

No entendía cómo había podido estar fingiendo delante de las cámaras durante toda mi vida, cómo había dejado que acallaran mi voz con tanta facilidad. Habían tenido que darme varias capas de maquillaje para ocultar el moratón que me había salido en la cara tras el golpe que me había dado mi padre y, si no fuera porque me resultaba imposible sonreír, cualquiera habría dicho que estaba radiante.

—Muy felices —respondió Héctor por los dos—. Eva todavía está algo asustada por todo lo que ha vivido, pero pensar en la boda hace que vuelvan a brillarle los ojos con ilusión. —Colocó un brazo alrededor de mi cintura y, sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo, se inclinó y depositó un afectuoso beso en mi mejilla—. De hecho, fue ella quien me propuso que nos casáramos cuanto antes. Después de tantas malas noticias, nuestro deber era darle una buena a los ciudadanos de Heden, ¿verdad, galletita?

Levanté la vista y mis ojos se clavaron en los de Héctor, que brillaban en los tonos más oscuros de verde. Estaba asustada, sí, y la culpa la tenía él. Me aterraba pensar que el plan del Frente no saliera bien y la boda se celebrara, tener que pasar la noche de bodas a su lado.

—¿Galletita? —insistió.

El anillo de compromiso, que había tenido que volver a ponerme para guardar las apariencias, me quemaba en el dedo anular de la mano izquierda. Sin embargo, debía esforzarme para que nadie sospechara qué era lo que estaba tramando en realidad.

—Sí —le respondí, esbozando la mejor de mis sonrisas falsas—. Los ciudadanos de Heden se merecen lo mejor.

Los periodistas nos hicieron unas cuantas preguntas más y, después de responderlas con una exasperante frivolidad, entramos en la casa. Héctor me tomó la mano para despedirse de los periodistas, y yo se lo permití. Sin embargo, en cuanto volvimos a quedarnos solos, se la solté.

—Eva, por favor, no seas así.

Le di la espalda y me acerqué a los amplios ventanales para observar la ciudad. No quería ver a Héctor, y tampoco quería estar en su casa. Las altas paredes y los muebles de diseño me parecían la peor de las cárceles. Hasta los colores del cuadro de Piet Mondrian, esos que tanto me habían gustado una vez, parecían estar burlándose de mí.

—Galletita —insistió, acercándose hasta mí—. Vamos a hablar las cosas. No quiero casarme contigo así.

Colocó las manos sobre mis hombros, pero yo me aparté con brusquedad. Él no insistió. Aún no se había recuperado del balazo que le había dado Zeta en la Antena, y no quería arriesgarse al dolor de un golpe.

—Eva…

—No me toques —gruñí.

Héctor suspiró con cansancio y yo le lancé una mirada asesina. ¿Cómo se atrevía a acercarse a mí? ¿Cómo podía dormir por las noches sabiendo que había matado a tantos inocentes?

—¿Y qué es lo que quieres? —me preguntó—. ¿Qué puedo hacer para que me perdones?

¿Perdonarle? No, no iba a perdonarle jamás. Sin embargo, sí había algo que podía hacer para ayudarme, algo que solo él podía conseguir.

—Libéralo —solté.

No hizo falta que dijera nada más. No hizo falta que especificara a quién me refería, porque Héctor lo sabía muy bien. Héctor debía de estar disfrutando más que nadie con sus torturas.

—No es tan fácil, Eva —me respondió—. Liberarlo significaría incumplir las órdenes del presidente.

Volví a darle la espalda y cerré los ojos, haciendo un esfuerzo por controlar las lágrimas. No tenía forma de comunicarme con el Frente para avisarles de que tenían que liberar a Zeta, no podía hacer absolutamente nada por él. Ni siquiera había podido averiguar dónde lo habían encerrado.

—Por favor —insistí—. Si dejas que se marche, haré lo que quieras.

Sabía lo que implicaban mis palabras, pero no me importó. Estaba dispuesta a entregarle a Héctor hasta mi vida con tal de que salvara a Zeta.

—Es solo un doméstico —me dijo él con una mezcla de asco y decepción—. ¿Por qué te importa tanto?

—Porque lo amo, Héctor. Por eso.

Aunque no podía verle la cara, podía imaginarme lo tensa que tendría la mandíbula, el verde tan oscuro que habrían adoptado sus ojos. La Eva del pasado habría temido enfadarle, pero la Eva en la que me había convertido era mucho más valiente, más decidida. La Eva en la que me había convertido pensaba luchar hasta el final.

—¿Y qué pasa conmigo? —me preguntó.

Me giré hacia él y fruncí levemente el ceño. ¿De verdad pensaba que lo quería? ¿Que íbamos a casarnos por amor? ¿Ya no recordaba que había sellado nuestra unión en un despacho?

—Nunca me has preguntado qué pienso yo de este matrimonio —le respondí—. Nunca te has preocupado por mis sentimientos.

Héctor se quedó callado unos segundos, mirándome, y después, sin decir nada, sacó su teléfono móvil de la chaqueta.

—Traedlo —ordenó tras llevárselo a la oreja.

El corazón me dio un vuelco y, aunque no quería ilusionarme, no pude evitar pensar que se trataba de Zeta, que había conseguido ablandar el corazón de hielo de Héctor.

—Voy a proponerte algo —me dijo—, y quiero que pienses bien tu respuesta.

Dos policías irrumpieron en el salón y yo contuve el aliento. Entre los dos arrastraban a Zeta, que iba esposado y llevaba los ojos cubiertos. Tenía la cara llena de golpes, el labio inferior partido y la mano derecha vendada. Nada en la vida me había dolido tanto como

verlo así, como darme cuenta de que en unos días lo habían destrozado física y psicológicamente.

—¡Zeta! —grité, lanzándome hacia él.

Los policías, sin embargo, me impidieron acercarme. Gruñí, los empujé e intenté morderles las manos, pero uno de ellos sacó su pistola y se la puso a Zeta en la cabeza.

—¡Quieta! —me ordenó.

Apreté la mandíbula y levanté las manos, alternando la vista entre la pistola, el rostro de Zeta y los ojos del policía.

—Vale, me tranquilizo —siseé—. Ya está.

Sin apartar el arma de su cabeza, los policías llevaron a Zeta hasta una de las sillas y lo ataron a ella de pies y manos, inmovilizándolo por completo. Héctor se acercó hasta ellos, les indicó con un gesto que le entregaran una de sus pistolas y les dijo:

—Yo me encargo.

Los policías obedecieron y, tras entregarle el arma, se marcharon del salón. En cuanto lo hicieron, me agaché junto a Zeta y, con manos temblorosas, le quité la venda que le tapaba los ojos.

—Zeta —le susurré—. Soy yo.

Parecía mareado y exhausto, como si llevara muchos días sin comer ni beber agua.

—Mariposa —musitó.

Héctor cargó la pistola y estropeó nuestro reencuentro con su sonido.

—Eva, he traído aquí a este despojo porque quiero comprobar si él sería capaz de hacerte feliz, si podría darte lo que puedo darte yo —me dijo—. ¿Qué es lo que más quieres en el mundo? ¿Vivir en paz? ¿Acabar con Ismael Garza? Bien, pues te voy a ofrecer las dos cosas.

Me giré hacia él con desconfianza, pero no encontré nada en su rostro que me indicara que se estaba burlando de mí. Al contrario.

—¿Qué estás diciendo, Héctor?

—Cásate conmigo mañana y cambiaremos el mundo —insistió él —. Te prometo que formaremos una familia, que tendrás una buena vida y que, juntos, conseguiremos lo que nos propongamos. No tendrás que usar la violencia porque yo te puedo facilitar los medios necesarios para cambiarlo todo.

No, no podía ser verdad. Era demasiado bonito, demasiado fácil. Sabía que había cosas del Gobierno que no le gustaban, pero nunca había dado muestras de querer cambiarlas. Héctor no era valiente, y no iba a empezar a serlo de la noche a la mañana. Ni siquiera por mí.

—Al doméstico lo soltaremos si es lo que quieres —continuó—. Le permitiremos tener una vida larga y tranquila lejos de Madirit. Le diremos al presidente que está muerto y será libre.

¿Liberar a Zeta? ¿Estaba hablando en serio? Si el trato implicaba salvarle la vida, que dejaran de torturarle, estaba dispuesta a firmarlo.

—¿Estás diciendo que quieres acabar con los invernaderos y la caza? —le pregunté, volviendo a ponerme en pie.

—Si tú me lo pides, sí —me respondió—. Pero tenemos que hacerlo juntos, como marido y mujer. Y tendrás que olvidarte de él.

—¿Y qué pasa con los domésticos? —quise saber—. También tendremos que liberarlos.

Héctor entornó los ojos y abrió las aletas de la nariz, como si el simple hecho de pensar en liberar a los domésticos lo llenara de rabia. Unos segundos después, me dijo:

—Veremos qué podemos hacer. Iremos poco a poco.

Poco a poco. Héctor buscaba hacer pequeños cambios, no destruir el sistema hasta los cimientos como quería hacer el Frente. El proceso con él sería lento, pero mucho más pacífico. No habría una guerra y nadie moriría.

—¿Y qué pasa si digo que no? —solté—. ¿Qué pasa si me niego a casarme contigo?

—Podrás irte con él, pero todo seguirá igual. Viviréis como fugitivos al otro lado del Muro mientras Ismael Garza disfruta de su larga y feliz vida.

No entendía nada. Por más que lo intentaba, no podía comprender qué era lo que había llevado a Héctor a hacerme una propuesta como aquella. ¿Acaso me estaba tendiendo una trampa?

—¿Por qué me propones todo esto? —le pregunté—. ¿Qué es lo que ganas tú casándote conmigo?

—A ti, Eva. —Alargó la mano para acariciarme el rostro, pero yo me aparté justo a tiempo—. Estoy dispuesto a hacer lo que haga falta para demostrarte que te quiero.

Zeta soltó una risotada despectiva, y tanto Héctor como yo nos giramos para mirarlo.

—¿Qué estás diciendo? —le preguntó a Héctor—. Tú… tú no la quieres. Tú ni siquiera la conoces.

«Eva, yo te conozco».

El corazón me dio un vuelco y, antes de que me diera la oportunidad de decirle que se callara, que no dijera ninguna tontería, siguió hablando:

—No puedes estar enamorado de ella porque no sabes cómo es la Eva de verdad. ¿Sabes lo que hizo cinco minutos después de que amenazaras a la doméstica el día del atentado? Bajar a ayudarla. —Héctor apretó los labios, pero se quedó callado—. No tienes ni idea de cómo se preocupa por los demás o de cómo le brillan los ojos cuando habla de su cuadro favorito. Es la *Improvisación 28* de Kandinsky, por cierto, aunque supongo que ni siquiera sabes que es el pintor que más le gusta.

Hizo una pausa para respirar, para reponer fuerzas, y yo contuve el aliento.

—Eva parece perfecta y me imagino que eso es lo que te gusta de ella, así que te sorprenderá descubrir que, en realidad, no lo es: es una cabezota capaz de meterse en el maletero de un coche, por mucha claustrofobia que tenga, para unirse a una misión suicida y salvar a una amiga. Ah, y odia las espinacas, aunque si cree que eso puede dejarla en ridículo, se las comerá todas sin decir una sola palabra. —Tuvo que detenerse para cerrar los ojos, mareado por el dolor, pero después continuó—: Eva siempre cree que tiene razón y es muy irritante, créeme, pero es tan valiente que es capaz de morir por alguien que le importa, y también de enfrentarse a todo y a todos cuando cree que algo es injusto. La Eva de verdad está llena de amor, de fuerza… y, sobre todo, de luz.

Volvió a quedarse callado y, esta vez, clavó sus ojos en los míos. Su ámbar y mi azul se fundieron y, de repente, todos los verbos de

duda que yo había conjugado en presente se convirtieron en pasado.

—Tú no estás enamorado de ella —le dijo a Héctor, muy serio, sin apartar la atención de mi rostro—. Te lo puedo asegurar porque sé lo que se siente al estarlo.

No sabía qué decir, ni qué pensar, ni qué sentir. Zeta acababa de demostrarme que era el único que había visto mi verdadero yo, lo que escondía debajo de todas mis capas, que se había enamorado de mí.

—Todo lo que has dicho es muy bonito, pero a la vez es una fantasía. En realidad, no tienes nada que ofrecerle a Eva —le respondió Héctor—. La quieres, vale, ¿y qué más? Si decide no casarse conmigo y huir contigo, ¿qué le vas a dar? Miseria, violencia y muerte. Nunca podrás hacerla feliz.

Zeta apretó los dientes con rabia, pero estaba tan débil, tan cansado y herido, que fue un gesto fugaz. Le costaba incluso mantener la cabeza erguida.

—Llevo… llevo toda mi vida luchando —dijo dirigiéndose a mí—, centrado en la venganza, ahogado en mi propio odio. Hice todo lo posible por alejarte de mí porque estaba aterrado, porque después de lo que pasó en mi habitación… Joder, Eva, después de eso empecé a darme cuenta de que no hay nada en el mundo que me importe más que tú. Si me lo pidieras, si lo quisieras así…, renunciaría a la guerra por ti.

—Zeta…

—No, no me llames así —me cortó—. Me llamo… Zahir. Ese es mi nombre real.

Mi corazón nunca había latido tan rápido, como si tuviera que hacer un gran esfuerzo para esparcir por mi cuerpo todo el amor que sentía. Zeta acababa de contarme el secreto que mejor guardaba, la palabra de su pasado que se negaba a sacar a la luz delante de nadie, rompiendo con ello cualquier barrera que hubiera entre nosotros.

Caí de rodillas a su lado, con los ojos llenos de lágrimas, y deseé llenarme la boca pronunciando su nombre una y otra vez, susurrárselo al oído, escribirlo en su espalda con caricias. Zahir,

Zahir, Zahir. ¿Por qué tenía que estar tan cerca y, a la vez, tan lejos de mí?

—Me dijiste que te pondrías mil veces delante de una bala para salvarme la vida —continuó—, que morirías por mí, y yo te digo que por ti haría precisamente lo contrario: vivir. Morir es fácil, pero vivir no lo es, y aunque antes no tenía ningún motivo para hacerlo…, ahora sí: tú. Eres mi motivo para querer vivir, Mariposa. No te cases con él. Vámonos lejos y olvidémonos de todo. Huyamos. Tú y yo.

¿Qué estaba diciendo? ¿Que no me casara? ¡Eso significaba abandonar el plan del Frente! Él lo sabía mejor que nadie y, aun así, me estaba pidiendo que no me sacrificara, que huyéramos juntos, que nos olvidáramos de una guerra que podía separarnos para siempre. Estaba dispuesto a abandonar el motivo por el que había luchado toda su vida… por mí. ¡Por mí! Nunca había sentido tanto calor dentro del pecho, tantas ganas de abrazar y besar a alguien.

—He sido un imbécil contigo —me dijo con una tristeza suplicante que me destrozó por dentro—. Te dije todas esas cosas horribles porque estaba asustado, porque si te pasaba algo… no habría podido soportarlo. No quiero volver a separarme de ti nunca, jamás. Eres… Lo eres todo para mí.

—Tú también lo eres todo para mí —le susurré.

—Vámonos lejos, Eva. Por favor.

Héctor bufó, obligándonos a girarnos hacia él.

—¿Vas a huir con ella como huiste con tu padre? —le preguntó a Zeta—. He estado mirando el historial de tu código, y me parece que esa historia no acabó muy bien.

A pesar de los golpes y la sangre, a pesar de que casi no tenía fuerzas para mantenerse despierto, Zeta alzó la cabeza y le lanzó una mirada asesina.

—Eres un…

—Si yo fuera tú —lo interrumpió Héctor—, no lo diría.

Los dos se miraron fijamente, desafiándose. Después, como si se hubiera dado cuenta de que no merecía la pena enfrentarse así a alguien a quien consideraba inferior, Héctor soltó una risotada y le dijo:

—Si tan enamorado estás, espero que le hayas contado toda la verdad. Yo ya no tengo secretos para ella, ¿puedes decir tú lo mismo, *Zahir*?

Zeta cerró los ojos, como si no fuera capaz de enfrentarse a las palabras que sabía que estaba a punto de escuchar, y Héctor aprovechó ese momento de debilidad para seguir atacando:

—Imagino que no le has dicho que tu padre era un asesino, y tampoco que el primer destino al que os enviaron al compraros fue la casa de los Salazar, ¿verdad? —Abrí mucho los ojos y Héctor sonrió con satisfacción—. Sí, Eva, tu amigo Zahir y su padre trabajaron en tu casa durante un año. Supongo que no te acuerdas de él, pero antes de tomar una decisión, quiero que sepas que el celeste al que asesinaron podría haber sido tu padre, o incluso tú, si hubieran trabajado más tiempo para vosotros. Quiero que tengas en cuenta que este doméstico no solo es violento y peligroso, sino también mentiroso y manipulador.

«Pasaron por muchas casas porque los compraban y vendían como si fueran mercancía», me había dicho Cobra. Y una de esas casas había sido la mía.

Me giré para mirar a Zeta y, por alguna razón, me pareció reconocerlo, como si mi mente hubiera recordado de repente a un niño delgado de piel morena bajando la vista con obligada sumisión al verme atravesar uno de los lujosos pasillos de mi casa. A excepción de Nina, nunca le había prestado demasiada atención a los domésticos que trabajaban para mi familia. Si lo hubiera hecho, si él hubiera alzado la vista aunque fuera solo una vez para clavar sus ojos color ámbar en los míos, jamás habría podido olvidarlos.

—Me conocías —susurré—. Desde siempre.

Zeta esbozó una sonrisa triste y, tras mirarme fijamente durante unos segundos, me dijo:

—Fuiste la única celeste que trató bien a mi padre en toda su vida. Tú no lo recordarás, pero cuando tu padre se enfadó con él por romper uno de sus trofeos de caza, le dijiste que habías sido tú. Podrían haberle enviado al otro lado del Muro, pero tú… le salvaste. Supongo que era inevitable que terminara perdidamente enamorado de ti.

«Eva, yo te conozco».

Si Héctor no hubiera estado delante, habría besado todas las cicatrices de Zeta y le habría pedido perdón por no haber hecho nada más por él, por su padre, por todos los domésticos. Por haberme dado cuenta de la verdad demasiado tarde. Lo único que pude hacer, sin embargo, fue buscar sus ojos y esperar que entendiera mi silencio.

—Lo único en lo que te he mentido —admitió— es en el lugar en el que vi la *Improvisación 28* de Kandinsky por primera vez.

Así que no había visto el cuadro en ningún libro, sino en mi casa. Muchas veces. Esa era la prueba de que habíamos compartido tiempo y espacio durante un año de nuestra vida sin saber todo lo que pasaría después, la prueba de que nos habíamos enamorado de las mismas formas y colores; la prueba de que, a pesar de todo, nuestras almas estaban hechas de lo mismo: de arte, de justicia, de ansias de libertad. De amor.

Por eso, tomé una decisión.

Tomé la cara de Zeta entre mis manos y lo obligué a mirarme. Estábamos tan cerca el uno del otro que pude sentir cómo cambiaba el ritmo de su respiración en cuanto sus ojos se encontraron con los míos, cómo sus pupilas se hacían más grandes al enfocarme. Me dolían sus heridas como si fueran mías, como si los golpes me los hubieran dado a mí; por eso, no podía dar ni un solo paso hacia atrás. No iba a permitir que Zeta abandonara por mí todo lo que le importaba. No iba a consentir que dejara de luchar.

—Zeta, escúchame —le susurré—. Voy a casarme con Héctor.

—Eva…

—Es lo mejor para todos.

Me puse de pie, sintiendo que mi corazón se quedaba en el suelo junto a Zeta, y le dije a Héctor:

—Si me caso contigo, ¿lo liberarás? ¿Empezaremos a cambiar las cosas cuanto antes?

Los ojos de Héctor brillaron, esperanzados, y después asintió. Aunque quizá pensaba que lo que estaba haciendo era aceptar su propuesta, rechazar una vida con Zeta para convertirme en su

esposa, la realidad era muy distinta: estaba manteniendo el plan del Frente intacto y, con ello, dándole a Zeta la oportunidad de escapar.

—Te prometo que lo dejarán sano y salvo al otro lado del Muro —me respondió él.

—No tienes por qué hacer esto —me dijo Zeta con tristeza.

Aparté la vista de él porque, si no lo hacía, si tenía la más mínima oportunidad de volver a ver sus ojos, me arrepentiría de lo que estaba a punto de hacer.

—Entonces acepto —dije.

Héctor llamó a los policías, y solo cuando estos aparecieron y se acercaron a desatar a Zeta para llevárselo, me atreví a mirarlo.

No hubo palabras en nuestra despedida, pero fue la más dolorosa de toda mi vida.

«—Pero ¿qué hace esa niña durmiendo en mi camita? —gritó el trol, asustado.

Su voz despertó a Ricitos de Oro, que, cuando abrió los ojos, se encontró a tres troles enfadados que la miraban fijamente.

—¿Qué demonios estás haciendo en nuestra casa? —vociferó el padre—. ¿No te han enseñado a respetar la intimidad de los demás?».

Ricitos de Oro (versión sin animales, año 2095)

26



Abel

Abel, te estoy hablando! —me gritó Cobra—. ¡No estás a lo que tienes que estar!

Sacudí la cabeza y la miré, centrándome de nuevo en la conversación. ¿Por qué Cobra estaba siempre tan enfadada? No tenía ninguna duda de que era una persona de cuero y no de encaje.

—Relájate —le dije, esbozando una sonrisa—. El estrés tiene consecuencias muy negativas en nuestro cuerpo. ¿Has probado a hacer yoga?

Bufó y yo fruncí el ceño. ¿Qué tenía de malo el yoga?

—Yo fui a un par de clases hace tiempo —le conté, recordando lo bien que me lo había pasado con Jaya, la monitora, y no precisamente en el aula—, pero no era para mí. Si quieres te puedo decir…

—Bueno, ya vale —me interrumpió Puma—. Tenemos que seguir repasando el plan.

Estábamos en uno de los almacenes abandonados ubicados cerca del Refugio, unos apoyados contra las paredes y otros sentados en el suelo; todos esperando. La luz del sol entraba a través de los

agujeros del techo semiderruido y, en el exterior, no se escuchaba ni un alma.

Éramos doce los soldados que íbamos a entrar en la ciudad para llevar a cabo el plan, así que teníamos que hacerlo en dos grupos. En el primero estábamos Puma, Bengala y yo, que iríamos a Babel; en el segundo estaban los demás, que irían al palacio.

—Ahora mismo son las cinco de la tarde —nos dijo Puma tras mirar su reloj—. La boda es a las seis y el cóctel a las siete. En cuanto este empiece, Abel, Bengala y yo emitiremos las imágenes desde Babel y los demás iréis a por Ismael Garza. Es importante que, hasta entonces, permanezcáis escondidos. —Se giró hacia Cobra—. Tú más que nadie deberías tener cuidado.

—Lo sé —replicó ella—, pero te aseguro que nadie va a impedir que me reúna con mi madre.

Lo que Puma le estaba diciendo a Cobra, en realidad, era que la cicatriz de su cara gritaba «¡Eh, miradme! ¡Soy yo, la terrorista cuya foto lleva semanas saliendo en vuestra televisión!», y que por eso era mala idea hacer estupideces. Debería haberse quedado en el Refugio, con Búho. Me había despedido de él hacía unas horas y, aunque había sido una de las mejores noches de mi vida, no dejaba de pensar en lo cabrón que era el destino por divertirse separándonos cuando habíamos decidido volver a estar juntos.

—¿Qué hacemos si no podéis emitir las imágenes? —preguntó Mamba, retomando el tema principal de la conversación.

—Huir —le respondió Puma—. Si veis que las imágenes no se emiten, salid del palacio cuanto antes.

—Eso —añadí—. ¡No os quedéis en la fiesta, que nos conocemos!

Me reí, aunque nadie lo hizo conmigo.

—¿Qué vamos a hacer con Zeta? —inquirió Oso—. Deberíamos ir a buscarlo.

En cuanto mencionó a Zeta, todos nos pusimos tensos: había entrado en los túneles del metro para acompañar a Eva a la ciudad, pero no había salido. Suponíamos que lo habían capturado, por lo que habíamos preferido ser precavidos y no entrar en la ciudad antes de tiempo, evitando cometer los mismos errores que él. Aun

así, no saber dónde estaba nos tenía nerviosos y decaídos. Ni siquiera teníamos forma de averiguar si estaba vivo.

—Zeta no es una prioridad ahora mismo —respondió Puma—. Si el plan sale bien, lo buscaremos. Si no…, ya os advertí que no todos íbamos a salir ilesos de esta misión.

Entre nosotros se instaló un silencio sepulcral que no fui capaz de soportar. No me gustaba celebrar el funeral antes de que llegara el muerto.

—Pobre Zeta —solté—. Se va a perder toda la diversión.

En realidad, no me hacía ninguna gracia abandonar a Zeta, pero no pensaba ser yo quien lo dijera. Me había esforzado mucho por conseguir el título de «persona que más lo saca de sus casillas», y no quería que eso fuera usado en mi contra cuando lo rescatáramos.

—¿Y si todo sale bien y conseguís emitir las imágenes? —quiso saber Avispa, una de las soldados en las que más confiaba la jefa.

—Matad al presidente —ordenó Puma—. Eso es lo principal.

Por mucho que yo fuera el primero que quería ver a mi padre muerto, que alguien lo dijera en voz alta me produjo un incómodo sentimiento de culpa. ¿Qué me estaba pasando? ¿De verdad iba a sentirme mal por vengarme de mi padre? Estaba demasiado sobrio para enfrentarme a ese dilema moral, así que saqué del bolsillo mi adorada petaca plateada y le di un sorbo. En cuanto el líquido ardiente me bajó por la garganta, me sentí mejor. Aquel sabor a malas decisiones era el único que me ayudaba a olvidar.

—Supongo que no hay otra opción, ¿no? —pregunté tras lamerme los labios—. No sé, quizá se merezca un juicio como los demás.

Aunque sabía de sobra que había que matarlo —eso se aprendía en el primer curso de revoluciones—, no quería cargar con el asesinato de mi padre porque ya tenía sobre los hombros el de mi hermano. Sabía que lo último que deberían provocarme sus muertes era pena…, pero a veces yo también era imbécil.

—Tenemos que matarlo porque es un símbolo —me dijo Puma—. Si todo sale bien y las tropas del Eje Rojo entran en Heden, él no puede estar vivo.

Volví a darle un sorbo a la petaca y me lamenté de no tener nada más fuerte en el bolsillo. Cuando se trataba de mi padre necesitaba

algo que me apagara de verdad, no el consuelo barato del alcohol. Cuando se trataba de él, el veneno que necesitaba no se encontraba en una botella.

Tenía solo siete años cuando el adorado presidente de Heden me cruzó la cara por primera vez; las palizas llegaron con doce. «Papá, por favor, te prometo que cambiaré. Te juro que voy a ser como tú quieres que sea», le suplicaba, entre lágrimas, para que dejara de pegarme. Pero como no sabía qué había mal en mí, nunca cambiaba. Y él volvía a castigarme. Las drogas vinieron después, cuando me di cuenta de que mi padre solo me hacía caso cuando le desafiaba, cuando le demostraba que era tan malo como él pensaba. Aprendí muy rápido que no iba a darme cariño hiciera lo que hiciese, así que me refugié en las sustancias que me mataban poco a poco y me conformé con su odio.

Tuve que convencerme a mí mismo de que las palizas, gritos e insultos eran su forma de decirme que me quería, de que lo hacía por mi bien. Por eso terminé buscándolos. Jamás me abrazaba como a mi hermano, pero si me destrozaba la cara debía de ser porque, en el fondo, le importaba. Un niño no sabe que nadie tiene derecho a golpearlo y, si así era como trataba a mi madre, eso también debía de ser amor.

Con el tiempo, mi vida se convirtió en una constante sucesión de noches con alcohol, drogas y camas desconocidas; en una espiral de autodestrucción en la que me odiaba a mí mismo por no ser como mi padre quería; en la que lo odiaba a él por hacer que me doliera existir.

Fue entonces cuando apareció Búho y, joder, su sonrisa cambió mi mundo. Solo me hizo falta un segundo para darme cuenta de que él iba a ser la única adicción que, en vez de matarme, me salvaría la vida.

Él hizo que me diera cuenta de que no era dentro de mí donde estaba lo malo, sino dentro de mi padre; de que yo también merecía cariño; de que el amor de verdad no dolía. Él, y solo él, me ayudó a salir de la oscuridad que me había llevado al borde de la muerte. Y yo, que creía no merecerlo, había estado a punto de dejarlo escapar.

Le había prometido que intentaría controlarme, así que cerré la petaca y me limité a observar su superficie suave y brillante. Lo que sentía por Búho era más fuerte que cualquier vicio, y no quería traicionarlo. Sabía que aún me quedaba un camino muy largo para dejarlo atrás, para desprenderme de la pesada mochila con la que llevaba años cargando, pero por él estaba dispuesto a hacerlo. Por él, estaba dispuesto a cambiar.

—Hasta nunca, papá —susurré.

Justo en ese momento, alguien golpeó la puerta del almacén. Puma se llevó un dedo a los labios, indicándonos que guardáramos silencio. Todos levantaron sus pistolas y yo, que tenía una escondida en una funda alrededor de la pantorrilla, me preparé para sacarla. No me gustaban las armas, pero eso no significaba que fuera a dejar que me mataran.

—¿Quién es? —preguntó Puma.

—¡Alejandro! —gritó alguien desde el otro lado.

Suspiré, aliviado, y Puma abrió la puerta. Todos bajaron las armas en cuanto apareció ante nosotros el rostro arrugado del anciano Alejandro, nuestro aliado más valioso. El famoso Camaleón.

—Has llegado justo a tiempo —le dijo Puma.

—¿Os he fallado alguna vez? —replicó él, entregándole dos bolsas llenas de ropa.

Aunque ya no lo hacía debido a su avanzada edad, Alejandro había trabajado toda su vida en el Ministerio de Fronteras y Defensa Nacional, llegando a ostentar uno de los cargos más importantes: subsecretario para la gestión estratégica del armamento.

Nuestro Camaleón era una de las pocas personas que quedaban en Heden que había vivido durante la Extinción, y también que había visto con sus propios ojos cómo mi tatarabuelo ganaba las elecciones y construía el Muro. Quizá por eso, porque lo recordaba todo, había iniciado una revolución secreta que había culminado con la creación de la célula del Frente de Liberación de Heden, a quien él mismo había proporcionado información, armas, ordenadores y, tal y como aquel día, una vía de entrada y salida directa al centro de la ciudad. Sin él, que sabía cómo acceder a los arsenales del Ministerio de Fronteras y Defensa Nacional, habría sido muy difícil obtener

fusiles o explosivos para el atentado del palacio; y también que Puma y los demás entraran en la Celda a buscar a Nina.

Tras el anciano entró en el almacén un policía de pelo negro vestido con el horrible uniforme azul de las fuerzas del orden. Si Alejandro era un aliado valioso, más lo era su hijo: Víctor era el comisario principal de la policía de Madirit, además del encargado de reclutar agentes dispuestos a ayudar al Frente. Mi padre sabía que tenía enemigos, pero ¿infiltrados en la policía? Eso no se lo esperaba.

—Vamos a vestirnos —nos apremió Puma mientras sacaba la ropa de las bolsas que le había dado Alejandro.

Esbocé una sonrisa traviesa y dije:

—Mi parte favorita del plan: quitarnos la ropa.

Puma, Bengala y yo teníamos que vestirnos con ropa de calle para entrar en Babel; los demás, con uniformes de doméstico para ir al palacio.

Empecé a contonearme de forma sugerente mientras me desabrochaba el mono, como si estuviera bailando, y le guiñé un ojo a Cobra. Ella, que ya estaba en ropa interior, arrugó la nariz.

—Abel, me cortaría una mano antes que acostarme contigo.

—¿Acostarte conmigo? —repliqué—. Siento romper tus fantasías, Ricitos, pero ya estoy con alguien.

—Sigo sorprendiéndome por eso.

Yo también, pero eso no se lo dije.

En cuanto todos estuvimos vestidos, salimos del almacén.

En la calle, aparcados entre los escombros y la desolación del otro lado del Muro, había dos furgones policiales. De color azul oscuro, con las alas doradas de Heden estampadas en las puertas laterales, eran iguales a los que habíamos utilizado para entrar en la ciudad el día del atentado. Junto a uno de ellos había un joven policía de pelo rubio que, al vernos, nos saludó con la cabeza.

—Enrique irá directamente al palacio —nos informó Víctor mientras ayudaba a su padre a subirse a uno de los furgones—. Yo pasaré antes por Babel.

—Bien —le respondió Puma—. Nos dividiremos en dos grupos.

—Los policías encargados de la seguridad de la boda son aliados, así que nos facilitarán las cosas —nos dijo—. El problema es que el presidente y los ministros llevarán también a sus propios guardaespaldas.

Todos entendimos lo que eso significaba: quisiéramos o no, iba a haber un baño de sangre.

Cobra, Puma, Bengala y Medusa entraron junto a Alejandro en el furgón de Víctor; el resto de los miembros del Frente lo hicieron en el de Enrique. Como yo tenía que ir a Babel con Bengala y la jefa, me uní al primer grupo.

—Gracias una vez más —le dije a Víctor antes de subirme al vehículo—. Sin ti, todo esto sería más difícil. Sin mí también, que conste, pero sin ti mucho más.

El hijo de Alejandro era el primero que sabía que el castigo por traicionar a la República era la muerte. Si lo descubrían ayudándonos, lo matarían.

—Tengo una hija, Abel —me respondió—. No quiero que crezca en un mundo como este; quiero que conozca la libertad. Y no soy el único: hay mucha gente que está en contra del gobierno de tu padre, incluso entre la policía, lo que pasa es que tienen miedo. Soy yo quien tiene que darte las gracias a ti por tu valentía. Llevas años usando tus privilegios para luchar por los que no tienen voz y hacer lo que nadie más se atreve a hacer.

A pesar de que sabía que era increíble en muchos aspectos, me sentía mucho más cómodo con los insultos que con los halagos.

—Qué va, lo que tengo es mucha suerte —repuse—. Ser valiente está sobrevalorado.

—Si hay que elegir a alguien como nuevo líder de la República…, cuentas con mi apoyo.

No pude evitar soltar una carcajada. ¿Que contaba con su apoyo? ¿Qué tenía ese hombre en la cabeza para decir algo así?

—Víctor, mis intereses principales pueden resumirse en pasarlo bien, pasarlo aún mejor y estar con mi novio. —Sonreí al pensar que Búho era ahora «mi novio»—. Como ves, la política no está entre ellos.

—¿No te das cuenta del potencial que tienes? —insistió—. Tu padre es el símbolo del pasado, pero tú puedes convertirte en el de nuestro futuro. Cuando la gente sepa todo lo que has hecho por la libertad de la República, todo lo que has arriesgado, te seguirán con los ojos cerrados.

—Nunca sale nada bueno de cerrar los ojos y dejarse llevar —repliqué—. O sí, pero de eso podemos hablar otro día. Por cierto, no sabía que tenías una hija. ¿Cómo se llama?

Los ojos de Víctor brillaron de una forma en la que a mi padre nunca le habrían brillado al hablar de mí y, orgulloso, me respondió:

—Noa, como su abuela. Tiene siete años.

—Pues vamos a asegurarnos de que Noa conozca un mundo mejor que este. Hay muchas cosas que hacer antes de hablar de los símbolos del futuro.

Víctor asintió, sabiendo que había perdido la batalla, y después fue a sentarse en el asiento del conductor. Yo entré en la parte de atrás del furgón y cerré la puerta.

—¡Qué divertido! —exclamé, sentándome en el asiento libre que había entre Alejandro y Bengala—. Parece que vamos de excursión.

—¿No puedes callarte un solo segundo? —me preguntó Cobra—. Tu voz me da dolor de cabeza.

—Conozco un remedio muy bueno para el dolor de cabeza, aunque implica que tú y yo… Ya sabes…

—El sexo no siempre quita el dolor de cabeza —me interrumpió Bengala.

—Me gusta el rumbo que está tomando la conversación —dije yo.

—Y si es con Abel, lo que hace es provocártelo —añadió Medusa, esbozando una sonrisa.

Abrí la boca para responder, pero Cobra me señaló con el dedo y me amenazó:

—Cállate ya.

El furgón se puso en marcha y todos permanecimos en silencio, algo tensos. La tranquilidad, sin embargo, no duró mucho tiempo.

—No puedo estar callado —solté. Cobra puso los ojos en blanco—. Si no hablo, pienso mucho, y lo odio.

—A mí me gusta pensar —me dijo Alejandro—. Disfruto mucho refugiándome en los recuerdos.

Desde luego, era tan viejo que debía de tener millones de cosas en la cabeza. ¿Cuántos años tendría? ¿Trescientos?

—¿Y en qué sueles pensar? —le pregunté—. Dame ideas, porque mis recuerdos no son especialmente agradables.

A Alejandro le costaba andar, pero su mente aún funcionaba a la perfección. De hecho, funcionaba mejor que la de muchos de los seguidores de mi padre. Había sido él quien nos había contado la verdad sobre los cuentos de hadas, sobre las películas, sobre el arte; quien nos había explicado cómo había sido el mundo antes de que todo cambiara para siempre.

—En los animales —respondió—. Pienso mucho en los animales.

—¿Te acuerdas de ellos? —quiso saber Puma.

El ambiente parecía distendido y agradable, aunque solo era porque estábamos nerviosos, porque llevábamos años planeando aquella misión y no podíamos creernos que estuviéramos llevándola a cabo. Hablar como si no ocurriera nada era la única forma que teníamos de no pensar en que, si todo salía mal, íbamos a morir.

—¡Pues claro que me acuerdo! —respondió el anciano, emocionado, como si de repente volviera a ser un niño—. El mundo perdió la belleza tras su desaparición. Yo tenía un perro que se llamaba Bruce, ¿nunca os he hablado de él? Han pasado ochenta años y todavía lo echo de menos. Para mí no era solo un animal, era un amigo. Ahora que sé que me queda poco tiempo de vida, no puedo dejar de pensar en lo mucho que me habría gustado pasar más tiempo a su lado, haberle dado más abrazos y más caricias. Cuando te acecha la muerte, lo único de lo que te arrepientes es de lo que no has hecho.

El viejo se había puesto intenso de repente, pero lo peor de todo era que tenía razón. Si hubiera dejado escapar a Búho, si no le hubiera dicho lo que sentía por él, me habría pasado la vida echándolo de menos, arrepintiéndome por ser un cobarde. Sin él, mi vida habría estado destinada a ser mucho más corta y, a la vez, insoportablemente larga.

—¿Qué recuerdas de la Extinción?

Alejandro entornó los ojos, como si estuviera buscando en los infinitos archivos de su mente la carpeta que correspondía a aquellos años oscuros, y después dijo:

—Me acuerdo de cómo cayeron los pájaros del cielo. Estaba tranquilo, jugando en el jardín con Bruce, y de repente empezaron a llover animales muertos. Jamás olvidaré lo que vi. No he vivido nada tan horrible en toda mi vida.

Los ojos del viejo se llenaron de lágrimas y yo me sentí culpable. ¡Las estúpidas preguntas de Puma le habían hecho llorar!

—No murieron todos los animales a la vez, ¿sabéis? —nos contó —. Algunos murieron antes; otros, los que eran inmunes por naturaleza, murieron después por culpa del colapso que sufrió el planeta. No hubo forma de solucionar aquel desastre, y mucho menos con políticos incompetentes y egoístas echándose la culpa unos a otros.

Todos guardamos silencio y Alejandro, cuyos recuerdos parecían haber encendido la mecha de su rabia, continuó hablando:

—Cuando acabó la guerra por los recursos, el Gobierno de la nueva República pensó que, si nos prohibían hablar de los animales, los olvidaríamos en un par de generaciones; pero se equivocaba: lo que hicieron fue darnos más fuerza para recordarlos. Mis hijos saben la verdad, mis nietos también lo harán, y como nosotros hay muchos. Aunque ya no pueda luchar como vosotros, puedo asegurarme de que mis recuerdos no mueran conmigo. Gracias a eso, siempre habrá alguien que sepa lo que pasa al otro lado del Muro.

Sabía de sobra que lo que mi tatarabuelo buscaba al prohibir que se hablara de los animales no era que la gente se olvidara de ellos, sino lo que se hacía con ellos. ¿Cómo iba a sospechar nadie que estaban criando personas en los invernaderos para después comérselas si ni siquiera sabían que eso se podía hacer? ¿Cómo iban a saber lo que era la caza o cuál era la verdadera razón por la que se construyó el Muro? Habría sido un plan magistral si no fuera porque existían rebeldes como Alejandro dispuestos a convertir sus recuerdos en armas.

—Mi madre era microbióloga, y participaba en las investigaciones internacionales en el permafrost del Ártico —confesó el anciano, haciendo que todos contuviéramos el aliento—. Después de la Extinción, nunca volvió a ser la misma. Creo que de alguna forma se sentía culpable por no haber podido hacer nada más, por no haber podido prever lo que iba a ocurrir.

Permanecimos callados, pensando, y unos quince minutos después llegamos a nuestro destino. En cuanto aparcamos, Víctor nos abrió la puerta y yo empecé a sentir un cosquilleo en las manos que me indicaba que estaba nervioso.

—Primera parada —nos dijo.

Puma, Bengala y yo nos bajamos. Estábamos en un callejón estrecho que había junto a Babel, frente a una de sus puertas laterales. Sus doscientos metros de altura se alzaban sobre nosotros y, desde abajo, su estructura retorcida casi parecía llegar hasta el cielo. Como era de día, su fachada de cristal era una enorme pantalla en la que, en ese momento, brillaba el gigantesco ojo dorado del Ministerio de Información y Propaganda. Era horrible, fea como ella sola, un desperdicio de recursos económicos que podrían haberse invertido en, no sé, crear un sistema económico que no implicara comer personas.

Doblé el cuello para observarla y me vino a la cabeza un recuerdo: el día en que le regalé a Búho un libro de arquitectura. Siempre que leía sobre algo que le interesaba, disfrutaba contándomelo todo:

«¿Sabes que las estructuras hiperboloides suelen ser más estables que los edificios rectos? —me había dicho, emocionado—. Es normal que las usen en construcciones altas como Babel. El problema es que generan mucho volumen inutilizable».

Las estructuras hiperboloides me importaban lo mismo que las normales —cero, nada de nada—, así que no me interesaba una mierda lo que me estaba contando; pero recuerdo haberme quedado embobado observando cómo le caía el pelo sobre la frente y la sonrisa le llegaba hasta los ojos cuando hablaba.

Intenté dejar de pensar en Búho para no recordar que quizá no volviera a verlo nunca y miré a Víctor, que acababa de sacarse una tarjeta del bolsillo del pantalón.

—Con esto no tendréis ningún problema para entrar —nos indicó, entregándosela a Puma—. Entre técnicos, informáticos y personal de seguridad hay unas veinte personas trabajando en la torre ahora mismo, así que si os movéis rápido, no deberíais tener ningún problema. Tenéis que subir a la sala de control, que está en la cuarta planta. Ahí es donde se monitorizan las señales que van a los repetidores que tenéis que hackear.

Sala de control, cuarta planta, repetidores. Facilísimo.

—Llevaré a los demás hasta el palacio —continuó Víctor—. Me aseguraré de que se camuflan con el resto de los domésticos del servicio hasta que llegue el momento de atacar.

Nos despedimos de los demás y Víctor cerró de nuevo la puerta del furgón. En cuanto se marcharon, Bengala miró su reloj y dijo:

—Queda media hora para que empiece el cóctel. Hay tiempo de sobra, pero no debemos confiarnos.

—¿Media hora? —pregunté, sorprendido. Cuando estaba nervioso, las palabras se escapaban solas de mi boca—. ¡En treinta minutos podemos asaltar tres torres!

Puma se acercó hasta la puerta, pasó la tarjeta que le había dado Víctor por el lector que había junto a ella y, tras comprobar que no había nadie al otro lado, nos indicó que la siguiéramos. Enseguida llegamos a un largo y solitario pasillo cuyos suelos brillaban como recién pulidos. Lo recorrimos sin decir nada, atentos a cualquier ruido extraño, y al llegar al final, nos encontramos con dos ascensores. No queríamos que nos viera nadie así que, sin perder más tiempo, entramos en uno de ellos. Puma tuvo que volver a pasar la tarjeta por un lector y, cuando este se puso en verde, pulsó uno de los botones y comenzamos a subir.

—Una vez me invitaron a una fiesta en el mirador de esta torre —susurré—. Creo que fue para el décimo aniversario de algo…, no me acuerdo de mucho, la verdad. Fue aburridísimo y terminamos yéndonos. Creo que esa fue la noche en la que me hice el *piercing* del pezón izquierdo.

Ninguna de las dos me respondió, así que me ahorré darles más detalles.

Tardamos pocos segundos en subir hasta la cuarta planta. En cuanto las puertas del ascensor se abrieron, salimos a un vestíbulo en el que, tras unas paredes de cristal, había una sala oscura llena de pantallas. Dentro de ella había una mujer sentada frente a uno de los ordenadores, pero estaba tan concentrada, con unos enormes auriculares puestos, que ni siquiera nos vio acercarnos. Entramos en la sala usando la tarjeta y, solo cuando se dio cuenta de nuestra presencia, se quitó los cascos y nos miró con el ceño fruncido.

—¿Puedo ayudaros? —preguntó.

Puma se agachó, sacó la pistola que llevaba escondida en la pierna y le apuntó a la cabeza.

—Levanta las manos y no te muevas —le ordenó.

La chica obedeció, asustada, y suplicó:

—No me hagáis nada, por favor.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

Me miró, y supe al instante que me había reconocido. ¿Cómo no iba a hacerlo? Todo Heden sabía quién era. Toda la maldita República me relacionaba con mi padre.

—Rocío —musitó, con un hilo de voz—. Rocío Gilabert. Soy… solo una becaria.

—Muy bien, Rocío —le dije con tranquilidad—. Pues vas a venir aquí conmigo y, si nos dejas hacer nuestro trabajo, te prometo que no te va a pasar nada.

Bengala se quitó la mochila que llevaba a la espalda, la abrió y me lanzó una cuerda. La atrapé al vuelo y me acerqué hasta la becaria, que estaba temblando, para atarla a una de las sillas. Como aún tenía la muñeca izquierda rota, Puma tuvo que ayudarme. Bengala aprovechó el momento para sentarse frente al ordenador que la chica había dejado libre y, tras sacar de la mochila un cable y un pequeño *pendrive*, comenzó a teclear.

—Tenemos quince minutos —nos informó Puma, mirando preocupada hacia los ascensores.

¿Quince minutos? Eva y Héctor ya debían de estar casados. Observé las pantallas ubicadas frente a nosotros, que ocupaban toda la pared, y vi imágenes de todas las cadenas de televisión del país emitiendo sus especiales sobre la boda. En algunas aparecían los

invitados, en otras los reporteros, pero no había ni una sola en la que no estuvieran hablando sobre el enlace. Unos minutos después, justo cuando terminamos de atar a la becaria a la silla, todas las pantallas se pusieron en negro.

—Ya he entrado en el sistema —nos dijo Bengala—. Ahora solo hay que esperar a que se cargue el vídeo y podremos emitirlo. Está al cuarenta por ciento.

—¿Ya? —le pregunté, sorprendido—. ¡Pues sí que ha sido fácil!

—Bueno, la torre solo amplifica y reparte las señales. Es como un enlace: las recibe codificadas de las cadenas de televisión y luego las vuelve a enviar. Lo único que he tenido que hacer es modificarlas para meter en ellas el vídeo que queremos reproducir.

Esbocé una sonrisa traviesa y, en un tono de voz sugerente, le pregunté:

—No te habrás equivocado, ¿no? A ver si ahora todo el país va a ver un vídeo íntimo tuyo y me voy a poner celoso.

El brillo de la pantalla del ordenador iluminaba la cara de Bengala, haciendo que sus ojos tuvieran un aspecto fantasmagórico.

—¿Y con qué iba a grabar yo un vídeo de esos, Abel?

—¿Lo único que te impide grabarlo es que no tienes una cámara? Déjame solucionarlo.

Me reí, y justo en ese momento me di cuenta de algo: debajo de la mesa en la que estaba Bengala había un botón rojo, un botón al que solo le faltaba un cartel que pusiera «PELIGRO».

—Sube alguien —dijo Puma, mirando hacia los ascensores—. ¿Cuánto le queda al vídeo?

—Está al setenta por ciento.

Entorné los ojos y le pregunté a la becaria:

—¿Qué es ese botón de ahí?

Ella apretó los labios, como si fuera a ponerse a llorar de un momento a otro, pero antes de que pudiera responderme, una bala rompió la pared de cristal de la sala y todo se precipitó.

—¡Bengala! —gritó Puma.

Disparó y yo me tiré al suelo. Me escondí detrás de una de las mesas con la frecuencia cardíaca por las nubes. ¡El maldito botón

rojo era una alarma para llamar a seguridad! ¿Dónde estaban Puma y Bengala? Giré la cabeza y las vi escondidas detrás de otra mesa.

—Policías —siseó Puma—. Son dos.

—Solo tengo que pulsar un botón —susurró Bengala— y las imágenes se emitirán. El vídeo ya estaba al ochenta por ciento.

—Saldré a distraerlos —dije, sin dudarlo—. A mí no van a dispararme. Mi padre…

—¡No! —se apresuró a decir Puma—. Tu padre nada. No te van a dar tiempo ni de hablar.

Estuve a punto de responder, pero terminé mordiéndome la lengua. Tenía razón. Mi padre había intentado matarme a golpes, ni en mis mejores sueños ordenaría a sus matones que me protegieran. ¿Por qué seguía pensando que, en el fondo, me quería? «Papá, por favor, te prometo que cambiaré. Te prometo que voy a ser como tú quieres que sea».

Los policías pisaron los cristales de la pared rota para acercarse a nosotros, y los tres nos pusimos tensos. Se nos acababa el tiempo. Cerré los ojos un segundo y, justo entonces, Puma susurró:

—Vamos a salir los tres a la vez y vamos a dispararles. Abel, escóndete detrás de la becaria y utilízala como escudo. Yo me encargaré de proteger a Bengala.

No tuve tiempo de replicar. La jefa salió de su escondite y gritó:

—¡Ya!

Comenzó a disparar y Bengala la siguió. Yo saqué la pistola que llevaba escondida en la pierna, tomé aire y me levanté.

Una bala impactó en el escritorio tras el que había estado escondido y la madera saltó por los aires. Apreté los dientes y, casi sin mirar, disparé. Después, me agaché detrás de la becaria.

—¡Ahora, Bengala! —gritó Puma.

Bengala se lanzó contra el ordenador, esquivando las balas. Puma disparó a la cabeza a uno de los policías, que cayó al suelo al instante. Estuve a punto de gritarle que se agachara, que tuviera cuidado con el otro, pero no tuve tiempo. En menos de un segundo, Bengala pulsó el botón para emitir las imágenes y Puma disparó al otro policía. Este, antes de desplomarse junto a su compañero, le disparó a ella también.

—¡No! —grité.

La líder del Frente cayó al suelo de rodillas y, cuando me agaché a su lado, se llevó las manos al pecho. Estaba sangrando. Mucho. No pintaba bien. No pintaba nada bien.

—¿Las… imágenes…? —preguntó, como si se estuviera quedando sin aire.

Bengala se agachó junto a nosotros y asintió, con los ojos llenos de lágrimas.

—Ya se están emitiendo —le respondió con un hilo de voz.

La boca de Puma se llenó de sangre, pero ella, en un último esfuerzo, buscó mi rostro y me dijo:

—Diego… la… mató. Decídselo… a… Mariposa.

¿Diego? ¿El padre de Eva? ¿De qué estaba hablando? Sus ojos estaban perdiendo todo rastro de vida, y no podíamos hacer nada. Se estaba muriendo.

—¿A quién? —le pregunté, sujetando sus frías manos entre las mías—. ¿A quién mató?

—A… María.

Justo en ese momento, tras decir aquel nombre, su corazón dejó de latir.

—¡No! —gritó Bengala, abrazándola—. ¡Puma!

Pero ella no le respondió, y ya nunca podría hacerlo. Tardé muy poco en darme cuenta de que, por primera vez en mi vida, habían matado a alguien que me importaba. Dolía, dolía mucho. Y yo no soportaba el dolor. No sabía cómo enfrentarme a él.

—Bengala, vámonos —le dije a mi compañera, tocándole el brazo con suavidad—. Si nos damos prisa, llegaremos a tiempo para ayudar a los demás.

Bengala asintió y, aunque se resistió a soltar el cuerpo aún caliente de Puma, terminó levantándose. Habíamos perdido a la líder del Frente, pero las imágenes se habían emitido. El plan seguía adelante. Teníamos un gobierno que destruir y, sobre todo, un presidente al que matar.

«—Abuela, ¡qué ojos tan grandes tienes!
—Son para verte mejor, hija mía.
—Abuela, ¡qué dientes tan grandes tienes!
—¡Son para comerte mejor!
Y, diciendo estas palabras, el Coco se abalanzó sobre Caperucita Roja y se la comió».

Caperucita Roja (versión sin animales, año 2095)

27



Me miré en el espejo del baño mientras Nina se agachaba a mi lado para colocarme el bajo del vestido de novia. Jamás había imaginado cómo sería, pero tampoco que lo único en lo que podría pensar al verme con él puesto sería en lo mucho que me asqueaba. Las mangas estaban hechas de blonda, el mismo encaje fino que me cubría el pecho, y se extendía hasta llegar al comienzo de la falda, cuyo tul se abría con mucho vuelo, como el de una princesa de cuento. Me habían recogido el pelo en un moño bajo del que se escapaban un par de mechones ondulados y el maquillaje, aunque disimulaba el moratón que me había salido en la cara tras el golpe de mi padre, no camuflaba del todo mi pómulo hinchado.

La ceremonia se había celebrado en los jardines del Palacio Presidencial, un lugar céntrico, simbólico y, según el presidente, bien protegido. Aunque legalmente ya estaba casada con Héctor, nos quedaba la parte más importante: el cóctel. Si todo salía bien, no llegaríamos al banquete.

Estaba muy nerviosa porque, desde que me había marchado del Refugio, no sabía nada del Frente. No tenía ni idea de si el plan seguía adelante, de si habrían conseguido llegar hasta Babel, de si mi boda iba a servir para algo. No sabía si Héctor había liberado a Zeta, y no estar segura de que estaba bien, a salvo, me destrozaba por dentro.

—Lo has hecho muy bien —me susurró Nina.

La miré y esbocé una sonrisa triste, una que no me llegó a los ojos. No recordaba nada de lo que había pasado en la ceremonia, nada de lo que había dicho, porque lo único en lo que había podido pensar era en que llegara el cóctel. El anillo de oro blanco que me apretaba el dedo anular de la mano derecha, sin embargo, me recordaba que ya no había marcha atrás, que me había casado con Héctor. ¿Y si los miembros del Frente no aparecían? ¿Y si no podíamos llevar a cabo nuestro plan y yo me quedaba atrapada para siempre entre las garras de un asesino?

Nina también estaba nerviosa. Por fin, después de tantos años, iba a poder ver a su hija. Si acabábamos con el gobierno de Heden, ambas serían libres. Toda lucha merecía la pena por verla feliz, por liberarla de su esclavitud. Me había entregado su vida, y lo mínimo que podía hacer por ella era devolvérsela.

—Sabes que te quiero mucho, ¿verdad? —me dijo, clavando sus ojos en los míos—. Eres muy valiente.

La abracé, incapaz de decir nada, y cuando la tuve entre mis brazos, la estreché con fuerza. Me quedé unos segundos así, sintiendo cómo su calor me reconfortaba, y después le respondí:

—Yo también te quiero mucho.

Nos separamos y, algo nerviosa, me acerqué hasta la ventana del baño. Tuve que abrir y cerrar las manos un par de veces para que dejaran de temblarme.

El cielo estaba despejado y habían decorado los jardines del palacio con miles de flores en todos los tonos posibles de azul, cuyos pétalos cubrían el suelo como una alfombra. De los árboles colgaban hileras de pequeños estandartes en los que, sobre un fondo celeste, brillaban las alas doradas de Heden. Había tanta exaltación patriótica en aquel jardín que me quedó más claro que nunca que con quien me había casado, en realidad, era con la República. Yo no era más que un instrumento político, una pieza que los miembros del gobierno podían mover a su antojo.

Los invitados caminaban por el jardín y conversaban entre las fuentes, acompañados por la música de un cuarteto de cuerda, una flauta y un oboe. Reconocí enseguida a los doce ministros y sus

familias, a algunos de los que habían sido mis amigos en la escuela y, por supuesto, a Alma Aguilar, que estaba más pendiente de que las cámaras y los periodistas hicieran bien su trabajo que de la propia boda.

Una legión de domésticos vestidos de negro se movía entre los invitados ofreciendo comida y bebida en bandejas doradas. Busqué entre ellos a Cobra, a Medusa, a Mamba, pero no las encontré. ¿Y si les había pasado algo? ¿Y si el presidente había atacado el Refugio? Había policías y guardaespaldas vigilando todas las entradas, y eso no hizo más que aumentar mi ansiedad.

Observé con atención el jardín para localizar dónde habían colocado las pantallas de televisión en las que iban a emitir el programa especial con imágenes de Héctor y de mí. En ellas, si todo salía bien, sería donde se mostraría la verdad. Eran la clave de todo el plan. Había cuatro, estratégicamente situadas para que todos pudieran verlas, lo bastante grandes como para que a nadie se le escapara ningún detalle. Aunque en aquel momento nadie las estaba mirando, iba a asegurarme de que lo hicieran.

La puerta del baño se abrió de golpe y, al girarme, me encontré frente a frente con el rostro de mi padre. Se había puesto un traje gris perla, el mismo color de la corbata de seda y el chaleco cruzado que llevaba bajo la levita, en cuya solapa izquierda brillaba el pin dorado con el símbolo del Ministerio de Alimentación. El brazalete azul celeste de su brazo derecho, como siempre, destacaba más que ningún otro complemento.

—Sal de una vez —me ordenó—. Los invitados te están esperando.

Eran las siete menos diez. Me ofreció el brazo para que me apoyara en él, como solía hacer siempre, y por primera vez en mi vida no me pareció un gesto tierno ni encantador, sino uno que buscaba tenerme bien atada.

Atravesé el baño sin decir una palabra y me colgué de su brazo. Nina se acercó hasta nosotros con la cabeza agachada, me entregó mi ramo de peonías azules y yo le di la gracias.

—Abel Garza no ha venido —me dijo mi padre cuando comenzamos a caminar.

—Tampoco lo esperaba —respondí, imitando su frialdad.

—El presidente anunciará mañana que ha sido él quien ha organizado el secuestro y asesinato de su hermano.

Apreté con fuerza el ramo de novia y continué caminando con normalidad, intentando ignorar la rabia y el asco que me sacudieron el estómago.

—¿Y eso por qué? —pregunté.

—Es la única forma que tiene de desvincularlo por completo del Gobierno. La gente no lo quiere como presidente, pero es el único heredero…, así que hay que eliminarlo como candidato. ¿Te parece mal?

La pregunta iba con doble sentido, claro, así que me limité a guardar silencio. ¿Significaba eso que Abel estaba bien? ¿Que no habían atacado el Refugio? ¿O me estaba tendiendo una trampa? La incertidumbre me estaba matando.

—Me da igual —mentí.

El presidente había encontrado una solución para dos de sus problemas: explicar el asesinato de su primogénito y quitarse a Abel de en medio. Si la misión salía mal, Abel estaría desterrado al otro lado del Muro de por vida, y yo jamás volvería a verlo. No solo me habían arrebatado a Zeta, también me iban a quitar a mi mejor amigo. Era un plan perfecto, un plan para dejarme sola e indefensa. Un plan digno de Ismael Garza.

Salimos al jardín justo cuando los músicos comenzaron a tocar el himno de Heden. Todos los invitados se giraron para mirarnos y se llevaron las manos al corazón para hacer el saludo de la República. Mi padre puso la más radiante de sus sonrisas y yo tuve que esforzarme por fingir felicidad.

—¡Viva la República de Heden! —gritó Celso García de Alba, el ministro de Relaciones Exteriores y Soberanía, haciendo que el resto de los invitados comenzara a aplaudir y a silbar.

Lo único en lo que pude pensar en aquel momento fue en lo que había pasado en la Antena, en cómo aquellos hombres desalmados nos habían rodeado para matarnos, en cómo habían asesinado a nuestros compañeros sin un ápice de compasión. Todos ellos estaban allí divirtiéndose, gobernando el mundo, sonriendo y

disfrutando, tal y como ya nunca podrían hacer las víctimas que habían dejado a su paso.

Las cámaras nos enfocaron y todos los invitados quisieron acercarse a la vez para saludarme, pero el primero en hacerlo fue Pablo Álvarez de Espino, el ministro de Fronteras y Defensa Nacional. Como todavía no se había recuperado del disparo de Zeta, necesitaba muletas para caminar. Aun así estaba allí, demostrándome que daba igual lo que hiciera o lo fuerte que gritara, porque ellos siempre ganarían.

—¡Eva, estás deslumbrante! —exclamó, esbozando una amplia sonrisa.

Sus ojos oscuros se clavaron en los míos y supe enseguida que él también estaba pensando en lo que había pasado en la Antena. A pesar de que sus dotes de interpretación fueron impecables, sospechaba que, al igual que a mí, le asqueaba tener que verme.

—Es un día muy feliz para ella —le respondió mi padre, como si no quisiera que yo abriera la boca.

—¡Para ella y para todos! —lo corrigió el ministro—. ¡Hoy tenemos muchas cosas que celebrar!

Aparté la mirada, incapaz de seguir observando su rostro, y justo entonces mis ojos se toparon con los de Ismael Garza, que se acercaba hasta nosotros con su mujer agarrada del brazo.

Si al ver al ministro de Fronteras y Defensa Nacional había notado la ira ardiendo dentro de mi estómago, con el presidente la sentí en todas y cada una de las terminaciones nerviosas de mi cuerpo. Era una rabia tan intensa, tan destructiva, que tuve más claro que nunca que, si me daban la oportunidad, lo mataría. Tenía que acabar con él por mi madre, por Zeta, por Abel, por Búho, por Cobra y por Nina, por Puma y, sobre todo, por mí. Tenía que acabar con él por las víctimas de la caza, por todos los inocentes que había en ese mismo momento encerrados en los invernaderos.

«Hasta que la última de estas jaulas quede vacía».

—Por fin ha llegado el gran día —me dijo en cuanto estuvo a nuestro lado—. ¿Estás contenta?

Iba vestido con un traje azul oscuro, y sus ojos verdes tenían un brillo tóxico que producía escalofríos.

—Mucho —mentí.

Estaba tan cegada por el odio a Ismael Garza que tardé en fijarme en Catalina, su mujer. Tan guapa como siempre, se había puesto un recatado vestido color crema que hacía que destacara aún más el rojo sangre de sus labios. Llevaba el pelo rubio recogido en un moño bajo, y el brillo de los diamantes que llevaba en las orejas no conseguía desviar la atención de la tristeza que había en lo más profundo de sus ojos marrones.

—Eva, estás muy guapa —me dijo, sonriente.

La miré con atención durante unos segundos, observando los rasgos de Abel en su rostro, y entonces me di cuenta de que debajo del maquillaje tenía el pómulo algo hinchado, como si alguien le hubiera golpeado la cara con fuerza. Lo tenía igual que yo después del tortazo de mi padre, y no me hizo falta pensar mucho para averiguar quién le había podido hacer algo así.

«Los malos padres también suelen ser malos maridos».

—Sé que todos queréis saludar a la novia —les dijo mi padre a quienes nos rodeaban—, pero hay alguien que tiene muchas más ganas de estar con ella.

Héctor me esperaba al otro lado del jardín. Lo atravesamos casi al ritmo de la música, sonriendo a todos los invitados que alzaban sus copas para saludarnos, y enseguida llegamos hasta él. Mi padre me sujetó la mano y se la dio. Él, cuya resplandeciente sonrisa no tenía ni una pizca de falsedad, la sostuvo con cariño y depositó un suave beso sobre mis dedos. El roce de sus labios me provocó un escalofrío.

—Eva —me dijo, en voz baja, en cuanto me coloqué a su lado—. ¿Dónde estabas?

—Retocándome el maquillaje.

—Te echaba de menos.

Sus ojos estaban azules, muy azules, así que probablemente ni siquiera se imaginaba que haberlo elegido a él por encima de Zeta era una trampa. No sospechaba lo que estaba a punto de ocurrir, y eso era una muy buena señal.

—Ya soy tu mujer —le susurré, dejando que me tomara de la cintura, cuando mi padre se marchó para dejarnos solos—, así que

espero que hayas cumplido tu parte del trato.

Lo único que me importaba en ese momento era saber que Zeta estaba bien, lejos de mi padre y el presidente. Si él estaba a salvo, todo merecería la pena.

—Está libre —me respondió—. Lejos de aquí.

Un doméstico joven de pelo cobrizo pasó justo a nuestro lado con una bandeja de comida y nos la ofreció. Lo miré a la cara, intentando que con aquel gesto no se sintiera invisible, pero él no se dio cuenta.

—Come algo, Eva —me dijo Héctor, tomando uno de los canapés que había sobre la bandeja.

Al ver los pequeños aperitivos de carne recordé de golpe los invernaderos, el sufrimiento de las personas encerradas en las jaulas, sus gritos. El estómago se me revolvió tanto que estuve a punto de vomitar. Héctor, sin embargo, se lo llevó a la boca sin ningún tipo de remordimiento, como si no le importara lo más mínimo saber que, antes de morir, aquel trozo de carne había sido alguien que sentía y pensaba, alguien que gritaba.

Tuve que cerrar los ojos un segundo para tranquilizarme, para recordar que era esa la razón por la que estábamos a punto de volarlo todo por los aires.

—¡Brindemos por los recién casados! —exclamó Ismael Garza—. ¡Y por la República de Heden!

Levantó su copa en un brindis imaginario y, justo en ese momento, las pantallas que había repartidas por el jardín se pusieron en negro. El corazón me dio un vuelco. Eran las siete en punto. ¿Lo habrían conseguido?

Solté el ramo de flores y di un paso al frente, separándome de Héctor. La música dejó de sonar en cuanto apareció la imagen de Puma dentro del invernadero. Cuando empezó a hablar, contuve el aliento.

—*Esto es lo que los gobiernos de la Liga Azul os están ocultando* —dijo, muy seria, desde la pantalla—. *Esta es la verdad*.

Recordaba a la perfección cómo me temblaban las piernas mientras grababa aquellas imágenes, lo mucho que me había costado enfocar a los hombres y mujeres que se golpeaban contra

los barrotes de sus jaulas, el olor a muerte. Desde ese día no era la misma persona y esperaba que los ciudadanos de la República, al descubrir la verdad, tampoco volvieran a serlo.

—*¡Esta es la gran mentira de Ismael Garza y sus ministros!* —gritó Puma por encima de los lamentos de los prisioneros.

En cuanto se vio en las pantallas el horror que encerraban los invernaderos, los invitados comenzaron a murmurar:

—¿Qué es eso?

—¿Son… son personas?

—¡Qué asco! —exclamó Alma Aguilar, llevándose una mano a la boca.

Aunque estaban impactados, no entendían lo que estaban viendo. Todavía no. Mi padre, que era de los pocos que sabía dónde estaba Puma, fue el primero en reaccionar:

—¡Apagad eso! —gritó.

Pero las imágenes no cesaron. La confusión conquistó el jardín y hasta el presidente, que siempre estaba seguro de sí mismo, parecía algo aturdido. El país entero estaba viendo a la vez las condiciones inhumanas en las que tenían encerradas a aquellas personas al otro lado del Muro, las jaulas, la sangre y las heridas; el terror en los ojos de unos inocentes a los que habían condenado a no ver jamás la luz del sol.

La voz de Puma volvió a atravesarnos como una flecha:

—¡Ismael Garza ha estado criando personas para convertirlas en comida! ¡Esto es lo que pasa en realidad al otro lado del Muro! ¡La carne que coméis cada día es suya!

Todos los invitados reaccionaron de la misma forma: escupiendo los canapés que tenían en la boca. Algunos de ellos incluso se dieron la vuelta para vomitar. Mi padre se acercó hasta mí y me agarró el brazo con violencia.

—¿Qué has hecho, Eva?

No le respondí.

—*Ahora que sabéis la verdad* —continuó Puma—, *¿qué vais a hacer? ¿Saldréis a luchar con nosotros o permaneceréis sentados en casa como si no estuviera ocurriendo nada? ¿Nos ayudaréis a hacer justicia?*

—¡Todo eso no es más que una mentira! —gritó Ismael Garza, que parecía haber salido por fin del trance—. ¡Disparad a esas malditas pantallas! ¡Destrozadlas!

Los policías sacaron sus pistolas, pero, en vez de cumplir las órdenes del presidente, apuntaron a los guardaespaldas y dispararon. Los invitados gritaron y se tiraron al suelo cubriéndose la cabeza. Hasta yo me quedé sin aliento cuando los hombres que protegían al presidente, a mi padre y al resto de los ministros, cayeron al suelo chorreando sangre. ¿Estaban de nuestro lado? ¿Los policías estaban aliados con el Frente?

—Ahora sí que lo vas a lamentar —gruñó mi padre tras acercarse hasta mí y agarrarme el brazo con fuerza—. Te dije que no me desafiaras y no me has hecho caso, así que tu amiguito estará muerto esta misma noche.

Me zafé de él con un movimiento brusco. Él no sabía que Zeta estaba libre y, por eso, su amenaza no tenía ningún poder sobre mí. No le tenía miedo.

—¡Lo que acabáis de ver no es más que la verdad! —exclamé, gritando hacia los invitados—. ¡Mi padre nunca ha fabricado la carne que nos comemos, sino que asesina a personas inocentes para obtenerla! ¡Yo misma estuve en los invernaderos! —Paré un segundo para tomar aire y, al ver que nadie me interrumpía, continué con más fuerza—: ¡Nadie me secuestró! ¡Fui yo la que escapó de casa y averiguó la verdad!

Tanto celestes como domésticos me miraron asustados desde el suelo, como si no estuvieran seguros de si estaba diciendo la verdad. No sabían si confiar en mí. Héctor dio un paso al frente, intentando acercarse, pero lo señalé con el dedo y se quedó quieto.

—¡Y no solo eso! —grité, asegurándome de que las cámaras lo estaban grabando todo—. ¡La furia no existe! ¡Es solo una excusa para deshumanizar a los domésticos y poder hacer con ellos lo que quieran sin ningún cargo de conciencia! ¡Las bacterias que mataron a los animales nunca afectaron a las personas!

Bajé la vista hacia el doméstico de pelo cobrizo que estaba en el suelo, asustado, y ante la atónita mirada de todos los presentes, le

tendí una mano para ayudarlo a levantarse. Él dudó unos segundos, algo inseguro, pero después me la tomó y se levantó.

—¡Que sepáis todos que al otro lado del Muro disparan a los domésticos por diversión! —exclamé, sacando así todos los puñales que se me habían clavado en el pecho en las últimas semanas—. ¡Y en el Arrabal los prostituyen! ¡Por mucho que nos hayan querido convencer de lo contrario, son personas que sienten y sufren como nosotros!

Justo en ese momento aparecieron los miembros del Frente. Lo hicieron todos a la vez, vestidos de domésticos, y cuando nos rodearon y levantaron sus pistolas, los invitados gritaron de nuevo. Los policías no les apuntaron, lo que confirmó todas mis sospechas: eran nuestros aliados.

—¡Todos quietos y con las manos en la cabeza! —gritó Medusa.

Cobra apuntó al presidente, pero él fue mucho más rápido. Antes de que apretara el gatillo, agarró a su esposa del cuello y se la puso delante como escudo.

—¡No! —grité.

Aunque sabía que a Cobra le daría igual disparar a Catalina con tal de acabar con Ismael Garza, yo no podía permitirlo. No podía dejar que mataran a la madre de Abel.

Di un paso hacia Cobra y, cuando ella me vio, algo cambió en su rostro. Se quedó quieta, con los ojos muy abiertos, como si hubiera visto un fantasma. No tardé en darme cuenta de que no era a mí a quien estaba mirando, sino a quien tenía detrás: Nina.

—Carla —murmuró esta.

Los ojos de Cobra se llenaron de lágrimas y la pistola se le cayó al suelo.

—Mamá —susurró.

Nina se llevó una mano al pecho, como si de repente le costara respirar, y Cobra echó a correr hacia ella. Ya no parecían importarle ni Ismael Garza, ni la revolución, ni el Frente; y la vi como lo que era en realidad: una chica muy joven que había perdido a su madre y que la necesitaba desesperadamente. Se abrazaron con mucha fuerza, tanta que estuvieron a punto de caerse, y yo me vi obligada

a ignorar el nudo que tenía en la garganta para dirigirme a los invitados:

—Al otro lado del Muro separan a las madres de sus hijos para traerlas a servir a la ciudad. Nunca más vuelven a verlos.

Busqué a Alma Aguilar, que estaba de rodillas en el césped, y ella se acarició el vientre. Su marido le rodeaba los hombros en un intento desesperado por protegerla. Parecía triste, afectada, y eso me dio fuerzas para continuar:

—¡El Gobierno lleva años engañándonos! ¡Tenemos que levantarnos contra ellos!

—¡Cállate ya, niña estúpida! —me gritó el presidente—. ¡No estás diciendo más que mentiras!

—¿Mentiras? —repliqué—. ¡Fui yo quien grabó esas imágenes! ¡Puedo llevaros a los invernaderos ahora mismo para que los veáis con vuestros propios ojos!

Los invitados se miraron entre ellos, confusos, y el presidente se puso algo nervioso. Sabía que teníamos pruebas suficientes para demostrar todas nuestras acusaciones, y por primera vez en su vida estaba entre la espada y la pared.

Apreté los dientes con fuerza y me agaché para recoger del suelo la pistola que había soltado Cobra. En ese instante, con un rápido movimiento, el presidente se sacó de la espalda un arma que debía de llevar escondida y apuntó a Cobra, que estaba desarmada. Antes de que nadie pudiera hacer nada, disparó.

Grité, pero la bala atravesó el jardín y me congeló el corazón con su fuego. El presidente había querido matar a Cobra, pero Nina se había puesto delante en el último segundo para salvarla. Y la bala la había alcanzado.

—¡Mamá! —gritó Cobra cuando Nina se desplomó en sus brazos con el abdomen escupiendo sangre—. ¡Mamá, por favor, no!

No, a Nina no. ¡No! El corazón me subió hasta la garganta y, llena de rabia, dirigí el cañón de la pistola hacia la cabeza del presidente.

—No vas a dispararme, Eva —me dijo, con su voz grave y melosa —. No eres tan valiente.

—Tira la pistola al suelo —le ordené, con mucha rabia—. ¡Ahora!

El presidente dejó caer el arma, pero continuó sonriendo, desafiándome.

Di un paso hacia él.

—Eva —me llamó Héctor—. ¿Qué estás haciendo? Podemos hacer esto de otra manera, podemos…

—¡Cállate! —le grité. Qué equivocada había estado. Claro que necesitábamos la violencia, no había otra forma de acabar con ellos —. Vosotros no sabéis lo que es la compasión, así que no podéis exigirla.

Solo tenía que apretar el gatillo y todo se habría acabado. Solo sería un segundo. Moví el dedo ligeramente, escuchando cómo Nina luchaba por seguir respirando, cómo Cobra lloraba… cuando Zeta apareció en el jardín.

—No lo hagas —me pidió, acercándose hasta mí—. No te condenes así.

¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Dónde había estado? Aún llevaba la ropa ensangrentada con la que lo habían estado torturando, así que supuse que apenas lo habían liberado al otro lado del Muro, había vuelto a entrar en la ciudad para buscarme. Pero no, no podía pensar en él en ese momento. No podía mirarlo a los ojos porque, si lo hacía, jamás dispararía. Y tenía que hacerlo. Por Nina. Por mi madre. Por todos. Si acababa con aquel hombre, el sufrimiento terminaría.

—Esto es entre el presidente y yo, Zeta —le dije—. No te metas.

—Eva…

—¡Que no!

Apreté el gatillo justo cuando Zeta me agarró el brazo, desviando la bala hacia arriba. Los invitados gritaron, asustados, y yo me giré hacia Zeta. En ese momento llegaron Abel y Bengala. Los dos llevaban la ropa manchada de sangre, y como Puma no los acompañaba, me temí lo peor: ella había sido el precio que pagar por hackear Babel.

—Abel, no te acerques —le advirtió Catalina, aún sujeta por el brazo de su marido.

Él ignoró la petición de su madre y atravesó el jardín con una pistola en la mano. Por primera vez en toda la tarde, Ismael Garza

tuvo miedo de verdad: de todos los presentes, su hijo era quien más razones tenía para matarlo.

—Siempre te has quejado de mis fiestas, papá —le dijo mientras se acercaba hasta él—, pero ahora que estás en una, parece que te lo estás pasando muy bien.

Ismael Garza le miró con desprecio y, en cuanto tuvo a su hijo frente a él, le respondió:

—Eres patético, Abel, y siempre lo has sido; un degenerado indigno de llevar el apellido de mis antepasados. Nunca has estado a la altura de tu hermano y has tenido que ir mendigando cariño para que alguien te hiciera caso. Me avergüenza tenerte como hijo, ¿sabes? Ojalá fueras tú el que estuviera muerto.

Abel apretó los labios y la pistola comenzó a temblarle en la mano. Aquella muestra de debilidad hizo que su padre se creciera. Tiró a su mujer al suelo y le quitó la pistola a Abel de un manotazo. Ahogué un grito y, aunque los miembros del Frente reaccionaron a toda velocidad, no fueron lo bastante rápidos: el presidente apuntó al pecho de su hijo y, un instante después, escuchamos el disparo.

—¡No! —grité.

Contuve el aliento, aterrada, hasta que comprobé que Abel estaba bien: quien había apretado el gatillo había sido Catalina, la esposa de Ismael Garza. Al caer al suelo, había agarrado la pistola que había soltado el presidente unos minutos antes y le había disparado en el pecho antes de que fuera él quien disparara a Abel.

Zeta me abrazó justo en el momento en el que Ismael Garza IV se desplomó sobre la alfombra de pétalos celestes que había en el suelo, tiñéndolos de rojo con su sangre.

Catalina se levantó y, aún con la pistola en la mano, observó con desprecio al que había sido su marido.

—Hijo de puta —soltó—. No vas a volver a hacerle daño a mi hijo.

El presidente le devolvió la mirada, incrédulo, mientras se ahogaba con su propia sangre.

Y las cámaras de los periodistas lo estaban grabando todo.

«La noticia se extendió rápidamente por toda la comarca y, al día siguiente, se presentó un joven flaco y de ojos grandes que llevaba una flauta en la mano derecha. Muy decidido, se dirigió al alcalde y le dijo, con gesto serio:

—Señor, vengo a ayudarlos. Yo limpiaré esta ciudad de gnomos y todo volverá a la normalidad».

El flautista de Hamelín (versión sin animales, año 2095)

28



Ismael Garza tardó muy pocos minutos en morir. La bala le perforó un pulmón y la sangre le encharcó los pulmones, haciendo que su final fuera agónico y doloroso. Todos lo vimos luchar por su última bocanada de aire, y aunque muchos de los invitados giraron la cabeza, yo no aparté los ojos de él hasta que lo vi desplomarse en el suelo.

No sentí ni un ápice de compasión cuando dejó de respirar.

No sentí absolutamente nada.

Catalina soltó el arma con la que había matado a su marido y corrió a abrazar a Abel, que solo tardó un par de segundos en rodearla con los brazos, como un niño asustado en busca del consuelo de su madre. Yo miré a mi padre, que tenía la pistola de Oso a pocos centímetros de la cara, y después me agaché junto a Cobra. Había tomado una de las manos de Nina y no dejaba de llorar.

—Eva —me susurró Nina, pálida y sin fuerzas—. Mi amor. Ya no tendrás que esconderte para… abrir… la caja de música.

Al darme cuenta de que sus palabras sonaban como una despedida, las lágrimas me inundaron los ojos. No era justo que me quitaran también a Nina. ¡No! Sujeté la mano que le quedaba libre y la apreté con fuerza entre las mías. Su piel estaba helada, como si la sangre se le estuviera congelando dentro de las venas.

—Vamos al hospital —le dije, sintiendo cómo su vida se me escapaba de entre los dedos—. Allí te salvarán.

La tela blanca del vestido de novia se estaba manchando con la sangre que le manaba de la herida, pero me daba igual. ¡Nina no podía morir, no cuando por fin había encontrado a su hija!

—Cuidad… la una de la otra —susurró.

—Nina, por favor…

Ella me miró, intentando esbozar una sonrisa, y después miró a Cobra.

—Carla… Mi niña… No he dejado de pensar en ti ni un solo día de mi vida. Estoy tan orgullosa de ti…

—Mamá, no —lloró Cobra—. Aguanta, por favor…

—Siempre te voy a… te voy a… querer.

Nina cerró los ojos y, apretándonos las manos con sus últimas fuerzas, nos dijo adiós.

En cuanto su corazón dejó de latir, Cobra gritó y se tumbó sobre el cuerpo ensangrentado de su madre. Volvió a llamarla, y el dolor con el que pronunció su nombre me desgarró por dentro. Era incapaz de aceptar que se había marchado, que después de veinte años buscándola, la había encontrado solo para verla morir entre sus brazos. ¡No era justo! ¡No podían quitárnosla así!

Zeta se agachó a mi lado y yo me apresuré a abrazarlo. Solo quería que su calor me quitara el dolor, que llenara el vacío que la muerte de Nina acababa de dejarme en el pecho, que me secara las lágrimas con besos.

—Lo siento mucho —me susurró, estrechándome contra su cuerpo.

Me dio un beso en la cabeza y yo, al sentirlo, cerré los ojos con fuerza. Me habría quedado horas dentro de aquel abrazo, días enteros, pero no podía olvidar dónde estábamos y por qué. No podía olvidar que, aunque el presidente había muerto, el resto de los miembros del gobierno estaban allí. Y también merecían un castigo.

Me separé de Zeta y lo miré a los ojos, buscando en ellos la fuerza que en ese momento me faltaba. Después, me puse en pie de nuevo. Nadie se atrevía a moverse por miedo a recibir un disparo. Nadie quería acabar como Ismael Garza.

—*Atención, aviso a todas las unidades* —crepitó el *walkie-talkie* de uno de los policías—. *Se están produciendo altercados en el centro de la ciudad, repito, se están produciendo altercados en el centro de la ciudad. Se ha detectado un incendio en la Vía Celeste y manifestaciones violentas que se dirigen al Palacio Presidencial. Protejan al presidente.*

¿Manifestaciones violentas? ¿La gente de Madirit estaba saliendo a la calle gracias a las imágenes que estábamos mostrando? Miré hacia las cámaras de televisión, que continuaban grabándolo todo, y después mis ojos se cruzaron con los de Abel. ¿Lo habíamos conseguido?

—¡Tenemos que marcharnos antes de que lleguen! —gritó Pablo Álvarez de Espino, tirado en el suelo junto a sus muletas.

—De aquí no se mueve nadie —ordenó Medusa.

—¡Quieren matarnos como han matado al presidente! —gritó Álvaro San Martín.

—¡Sois unos asesinos!

—¡No habéis dicho más que mentiras!

Di un paso al frente, dispuesta a seguir convenciéndolos de que nos apoyaran, dispuesta a seguir luchando hasta el final, pero alguien se me adelantó:

—Todo lo que habéis visto y escuchado es verdad —dijo Héctor.

Me quedé paralizada, quieta como una estatua. Los invitados se callaron de golpe y lo observaron con la sorpresa pintada en el rostro.

—Héctor, cállate —lo amenazó mi padre.

Él me miró con tristeza, y en sus ojos azules vi que no pensaba hacerle caso, que por primera vez en su vida estaba dispuesto a hacer lo correcto. «¿Nunca has hecho nada por obligación? ¿No te has tragado el asco y la rabia alguna vez solo por proteger a la República?».

—No, Diego, no me voy a callar —le respondió. Se giró hacia los invitados y, después, hizo lo que mejor se le daba: hablarles a las cámaras de televisión—. Estoy cansado. Las imágenes que habéis visto han sido grabadas en los invernaderos del Ministerio de Alimentación, donde se matan personas para que podamos

comernos su carne. Se lleva haciendo desde la Extinción. —Los invitados continuaban callados, boquiabiertos—. Todo lo que ha dicho Eva es cierto: la caza, la furia, la prostitución del Arrabal… Todo forma parte de la red de mentiras del Gobierno y la Liga Azul. ¡Llevamos años engañando a la gente!

—Debería darte vergüenza acusarnos de algo así, Héctor —dijo Elías de Menor y Luna, el ministro de Economía y Ahorro.

Héctor no parecía afectado por los insultos de sus compañeros; al contrario. Me dio la sensación de que se estaba liberando de una carga muy pesada.

—Eva —musitó, ignorándolos y clavando sus ojos en los míos—. Si le ordeno al ejército esperar, si os doy tiempo para que escapéis, ¿os marcharéis sin hacernos daño?

Miré a mi alrededor, a aquellos que una vez consideré amigos; a los miembros del Frente; a Catalina y a Abel; a Zeta y a Cobra, que permanecía sobre el cuerpo de Nina. Y entonces, asentí.

—Nos marcharemos, pero ya no tenéis escapatoria —sentencié—. La gente ha despertado.

Las últimas palabras se las dije directamente a mi padre, para que supiera que no pensaba descansar hasta verlo entre rejas. La muerte de Ismael Garza no era suficiente: teníamos que destruirlos a todos.

Héctor sacó su teléfono móvil y, tras llevárselo a la oreja, me miró. Después, cuando alguien respondió al otro lado de la línea, dijo con voz firme:

—Sí, soy yo. No hagáis nada. Sí, es una orden.

—¡Esto es una vergüenza! —vociferó mi padre—. ¡Tendríais que detenerlos a todos! ¡Son terroristas!

Me acerqué hasta Héctor y él me miró con la esperanza brillando en los ojos. No quería verle, no quería estar cerca de él siquiera, pero tenía que agradecerle que, en el último momento, hubiera decidido ayudarnos. Por eso, me quité el anillo de compromiso y se lo devolví.

—Es tuyo —le susurré—. Algún día podrás dárselo a la persona indicada.

—La indicada siempre serás tú —me respondió, apretando el anillo con fuerza.

Esbocé una sonrisa triste y, sin decir nada más, me di la vuelta. Abel le dio un beso a su madre y se alejó de ella para agarrarme la mano. Zeta ayudó a Cobra a levantarse del suelo y, aunque ella se resistió, la separó del cuerpo de Nina. Al ver que teníamos que abandonarla allí, sentí un pinchazo de dolor en el pecho. La mano de Abel fue lo que me dio fuerzas para caminar hasta la salida.

Nadie nos detuvo cuando todos, escoltados por la policía, nos marchamos del jardín.

—Menuda boda —dijo Abel mientras atravesábamos los pasillos del palacio—. No le ha faltado nada.

Sabía que estaba nervioso, así que le apreté la mano y me concentré en caminar sin tropezarme con el vestido. No quería pensar en Nina, en que ya nunca más podría volver a verla. Ni siquiera me atreví a mirar a Cobra para no enfrentarme al dolor de sus ojos.

Salimos del palacio sin saber muy bien a dónde ir, sin saber qué íbamos a encontrarnos, pero en cuanto pisamos la calle, nos quedamos sin aliento. Frente a las puertas del palacio se habían congregado miles de personas enfadadas que exigían explicaciones al Gobierno:

—¿Cómo que han estado dándonos de comer personas? —decían—. ¡Es intolerable!

—¡Los ministros deben dimitir!

—¡Que salgan a explicar lo que han hecho!

Muchos de ellos gritaban consignas que mostraban la rabia que sentían tras años de opresión y censura —«¡Hartos de vivir con la cabeza agachada!», «¡Todos somos humanos y sentimos por igual!»—. Nosotros habíamos encendido la mecha, pero era la gente la que iba a hacer estallar la bomba.

Tal y como soñábamos, habíamos iniciado una revolución.

Abel tiró de mi mano y, tras sortear a la muchedumbre enfurecida, comenzamos a caminar por las calles de la ciudad. La gente quemaba contenedores de basura, pintaba las fachadas, gritaba. Estaban enfadados porque el Gobierno nos había estado engañando,

porque muchos de ellos llevaban años queriendo explotar contra una élite tiránica.

—¡Siempre supe que lo de la furia no era verdad! —escuchamos decir a la gente.

—¡A mí me quitaron a mi hijo por tenerlo sin el permiso de reproducción!

—¡La pena de muerte es inhumana!

Llegamos a la Vía Celeste cuando estaba atardeciendo y el sol, con sus últimos rayos, lo convertía todo en oro. En las pantallas de los edificios, incluyendo la fachada de Babel, aparecían las imágenes que las cámaras de televisión habían grabado en la boda: la muerte de Ismael Garza; la confesión de Héctor; mis gritos, que estaban llegando a todos los rincones de la República:

—¡Por mucho que nos hayan querido convencer de lo contrario, son personas que sienten y sufren como nosotros!

Habíamos conseguido que los invernaderos tuvieran las paredes de cristal y, con ello, le habíamos contado la verdad al mundo.

Mi madre estaría orgullosa.

—Eva —me dijo Abel, algo incómodo—. Tengo que contarte algo. Lo último que dijo Puma…

—¡Mirad eso! —gritó Bengala, interrumpiéndonos.

Señaló hacia la parte más alta de los edificios, gobernados por las esculturas de los doce ángeles dorados, y ahogamos un grito al ver que había un grupo de personas en la azotea intentando echarlas abajo. Abrí mucho los ojos y grabé aquella imagen en mi mente para no olvidarla jamás. Era un momento importante, quizá mucho más que la muerte de Ismael Garza: la gente destruyendo los símbolos del Gobierno. Eran los propios ciudadanos los que estaban buscando justicia.

—Esto es increíble —murmuré, mirando hacia arriba—. Es… una imagen preciosa.

Zeta se colocó a mi lado y, clavando la vista en mi rostro, dijo:

—Lo es.

Me giré hacia él y, cuando me di cuenta de que se estaba refiriendo a mí, me sonrojé. El atardecer brillaba dentro de sus ojos, y de repente todo el amor que sentía por él, tan poderoso y

abstracto como un cuadro de Kandinsky, me explotó dentro del pecho. Por eso, me lancé a sus brazos y lo besé. Él me recibió con ansias y se entregó a mí como nunca antes lo había hecho: sin barreras, sin miedo, sin dudas.

Llegué a creer que nunca más volvería a probar el sabor de sus labios, pero en ese momento me di cuenta de lo equivocada que estaba. Zeta y yo estábamos hechos el uno para el otro, lo habíamos estado desde el principio y lo estaríamos hasta el final. Mi cuerpo estaba hecho para encajar en el suyo, mi alma para buscarle. Y nunca, jamás, permitiría que volvieran a separarnos.

Uno de los ángeles dorados se precipitó contra el suelo y la gente, que parecía estar celebrando no solo la caída de la República, sino también nuestro amor, gritó extasiada. ¡Por fin! ¡Libertad!

—Zeta…

Cuatro aviones de combate surcaron el cielo a toda velocidad, y su sonido silenció mis palabras. Eran de color verde oscuro, pero tenían tres rayas rojas decorando sus alas, lo que nos indicó al instante que se trataban de las fuerzas del Eje Rojo, que estaban llegando a Heden para ayudarnos a tomar el control del país. No sabíamos cuándo ordenaría Héctor a los militares salir a las calles, pero mientras no lo hiciera, mientras no estallara el conflicto, estábamos en paz.

Zeta y yo alzamos la cabeza para ver cómo los aviones volaban sobre nosotros y, después, me miró. Estaba sonriendo y en el ámbar de sus ojos se reflejaban los míos, que brillaban como si tuvieran dentro todas las estrellas del universo. Había soñado tanto con aquel momento que no podía creer que por fin se hubiera hecho realidad, que estuviéramos celebrando la muerte del presidente juntos, vivos, enamorados.

—Te quiero, Mariposa —me dijo—. Vamos a superar esto juntos, ¿me oyes? Voy a estar a tu lado siempre.

Otro ángel cayó del cielo y, al estrellarse contra el suelo, se rompió en mil pedazos. La gente volvió a gritar y yo sentí que la tristeza por la muerte de Nina me ardía en la garganta. Él se apresuró a estrecharme entre sus brazos.

—Tú también eres mi motivo para querer vivir —le susurré—. Ahora más que nunca.

—¡Siempre nos dejáis fuera de los momentos más emotivos! —exclamó Abel.

Alargó el brazo para acercar a Cobra, que estaba a nuestro lado con los ojos llenos de lágrimas, y nos abrazó a los tres. Al sentir a mi alrededor el amor de las personas que más me importaban en el mundo, no pude contener la emoción. Los quería mucho, muchísimo. Después de todo el dolor, después de todo el sufrimiento, lo habíamos conseguido.

Estábamos presenciando el final de una era, pero aquel abrazo me supo a comienzo.



Las semanas que siguieron a la muerte de Ismael Garza fueron una auténtica locura. El pueblo se rebeló y las tropas del Eje Rojo entraron en la República. Aunque el Gobierno cayó, el sistema estaba bien afianzado y se desató el conflicto. Muchas personas siguieron defendiendo el viejo orden, creando incluso milicias espontáneas que se enfrentaban a los que consideraban invasores. La Liga Azul los apoyó. El control del país se fragmentó y, aunque la capital quedó en manos del Eje Rojo y logramos formar un Gobierno Provisional, no podíamos desprendernos del olor a guerra que flotaba en el ambiente.

El sol brillaba en lo alto del cielo cuando Abel y yo llegamos al Congreso. Los soldados del Eje Rojo que nos protegían caminaban a nuestro alrededor, vigilándonos de cerca. Iban armados con fusiles y vestidos con sus uniformes verde oscuro, su característico brazalete rojo en el brazo izquierdo. El enfrentamiento estaba abierto y Madirit era el objetivo principal de bombardeos y ataques terroristas. Por eso, nadie estaba a salvo.

—¿Estás nerviosa? —me susurró Abel mientras caminábamos.

—Un poco.

Le vi abrir la boca, pero también cerrarla y guardar silencio. Llevaba así varias semanas, como si quisiera decirme algo y no encontrara el momento oportuno para hacerlo, como si estuviera dudando entre soltarlo o no. Cuando nos quedábamos a solas siempre había un par de segundos incómodos entre nosotros, segundos que terminaban rompiéndose con alguna conversación absurda o con una conveniente urgencia, y yo había empezado a inquietarme.

—¿Pasa algo, Abel? —le había preguntado hacía unos días.

—No —me había respondido él—. Todo bien.

Subimos las escaleras que llevaban hasta las puertas de bronce del edificio y, tras pasar bajo las seis altas columnas corintias que sostenían el frontón triangular que decoraba la parte más alta de la fachada, entramos. Otros dos soldados del Eje Rojo la custodiaban. El único saludo que nos dedicaron fue un leve asentimiento de cabeza.

Construido mucho antes de la Extinción, en el Congreso se habían dictado las Leyes Fundamentales que habían regulado la forma de vida de la República durante ochenta años. No obstante, tras la revolución, se había convertido en el lugar en el que el Gobierno Provisional tomaba las decisiones más importantes: la derogación de la pena de muerte, la liberación de los domésticos, la apertura de los Muros, el cierre de los locales del Arrabal y la clausura de los invernaderos. El sistema alimenticio diseñado por Ismael Garza I había sido suprimido y, en su lugar, habíamos adoptado el que seguían los países del Eje Rojo: cultivar comida de verdad y basar la alimentación de los ciudadanos en verduras, legumbres, cereales y frutas, invirtiendo la mayor parte de los recursos del Estado en la polinización y el mantenimiento de los invernaderos. Pero ninguna de estas medidas podría hacerse efectiva hasta que acabara la guerra.

Por desgracia, muchos de los miembros del gobierno de Ismael Garza habían conseguido huir del país. Algunos contaban con planes de fuga y pasaportes falsos que les permitieron cruzar las fronteras para esconderse junto a sus aliados de la Liga Azul; otros permanecían ocultos dentro de Heden, en los territorios que

escapaban al control del Eje Rojo. La mayoría de ellos, sin embargo, habían sido detenidos.

Hasta el momento, todos estaban siendo condenados por sus delitos a cadena perpetua y diez años de trabajos forzados. El único que se había librado era Héctor. Al haber colaborado con nosotros, solo había recibido una pena de veinte años de cárcel. Aún quedaban muchas cosas por hacer, mucho por lo que luchar, pero cada paso que dábamos era una victoria y nos acercaba un poco más al mundo que queríamos crear.

Cuando Abel y yo entramos al Salón de Sesiones, vimos enseguida a los miembros del Gobierno Provisional. Estaban sentados en las butacas rojas que ocupaban toda la planta semicircular, bajo la enorme bóveda pintada con frescos que representaban escenas importantes de la historia de Heden, desde la Extinción hasta la subida al poder de Ismael Garza IV. En cuanto nos vieron llegar, se levantaron. La mayoría eran políticos y burócratas llegados de los países del Eje Rojo, pero también había alguna que otra cara conocida que se había puesto al servicio del nuevo régimen. Alejandro y Víctor; Medusa, Bengala y Catalina Garza estaban entre ellos. Abel y yo, que nos habíamos convertido en las caras visibles de la revolución, también.

En cuanto ocupamos nuestros asientos, uno de los magistrados se levantó y bajó hasta el centro del salón para subirse al estrado. Tenía el estómago encogido y me temblaban las piernas, así que agradecí que Abel me tomara la mano para tranquilizarme. El hombre carraspeó y, acercándose a los micrófonos, comenzó a hablar:

—Hoy, a las diez horas del jueves 26 de junio, procedemos a dictar la condena de Diego Salazar, ministro de Alimentación del gobierno de Ismael Garza y acusado de cometer crímenes contra la humanidad, tales como malos tratos, reducción a la esclavitud y asesinato de inocentes, además de delitos de odio, corrupción y falsedad documental.

Sabía que castigar a mi padre era lo correcto, pero aun así me vine abajo cuando lo vi entrar en el salón esposado y custodiado por dos soldados del ejército del Eje Rojo. Aunque estaba más delgado,

ojeroso y cansado, mantenía su porte altivo y orgulloso. Nos miró a todos por encima del hombro, como si no entendiera por qué era él quien iba a ser juzgado, y, cuando los soldados lo obligaron a sentarse, lo hizo con la cabeza muy alta.

—No puedo hacer esto —le susurré a Abel—. No puedo acusarlo.

Fui a levantarme de la butaca, pero Abel me apretó la mano con fuerza y me obligó a permanecer donde estaba.

—Tienes que hacerlo.

—Diego Salazar —dijo el magistrado—, ¿tiene algo que decir en su defensa?

Mi padre sonrió, como si ninguno de los presentes fuéramos dignos de recibir sus explicaciones, y después respondió:

—Que soy inocente. Lo único que hice siendo ministro fue cumplir con mi trabajo y darles la mejor vida posible a los ciudadanos de la República, evitarles el hambre y la miseria que ahora vosotros vais a traerles con vuestro Gobierno. No estáis preparados para sacar adelante un país. No vais a poder mantener con vida a la humanidad en un mundo que está muerto si no estáis dispuestos a hacer sacrificios.

Los ojos azules de mi padre se clavaron en los míos y, de repente, mis latidos se aceleraron. Era la primera vez que lo escuchaba hablar desde su detención, la primera vez que nos veíamos cara a cara.

—Entiendo vuestras motivaciones —dijo, con el mismo tono condescendiente—. Sois jóvenes y tenéis muchos ideales, por eso no entendéis que es imposible desmontar el sistema sin provocar una catástrofe social y económica. Vivís en una utopía si pensáis que el fervor que hay en las calles durará mucho tiempo. Provocar una revolución es fácil, pero gobernar un país no. Y vosotros no tenéis ni idea de cómo hacerlo.

Me estaba mirando fijamente, y tanto sus ojos como sus palabras me hicieron dudar. Si lo pensaba bien, no estaba mintiendo: todos sus crímenes habían sido en pos de salvar a la humanidad.

—No dejes que te llene la cabeza de mentiras otra vez —me dijo Abel en voz baja—. Eres más fuerte que él.

—Este tribunal sirve al pueblo —dijo el magistrado, dirigiéndose a los miembros del Gobierno Provisional—. ¿Hay alguien entre los

presentes que desee aportar un testimonio antes de que procedamos a leer la sentencia del acusado?

—Abel, no puedo…

—Eva —me interrumpió. Dudó un par de segundos, como si estuviera debatiendo en su interior cómo soltarlo, y después continuó—: Siento decírtelo aquí y ahora, pero fue él quien mató a tu madre. Puma me lo contó antes de morir.

Si en algún momento de mi vida había pensado que sabía lo que era que me rompieran el corazón, me había equivocado: fueron las palabras de Abel las que lo hicieron pedazos de verdad. No, no podía ser. Giré la cabeza y en los ojos verdes de mi mejor amigo encontré la verdad: claro que la había matado él.

¿Por qué, si no, me había dicho que había muerto por culpa de la furia, una enfermedad que no existía? ¿Por qué había borrado todo rastro de ella? ¿Por qué nunca la mencionaba siquiera? Mi madre se había enamorado de Puma, se había unido al Frente para luchar y escapar de un hombre al que no amaba, y él, al enterarse, la había matado. Por mucho que llevara tiempo sospechándolo, no había querido creerlo.

Hasta ese momento.

—Yo quiero alegar algo —dije, enfadada. Aunque todo el salón guardó silencio para observarme, solo me importaba el hombre que tenía frente a mí, el hombre al que una vez llamé padre—. Quiero decirle a mi padre que se equivoca, que siempre lo ha hecho. Habéis estado en el poder solo porque nos habéis considerado demasiado ignorantes y cobardes como para sacar a la luz vuestras mentiras, demasiado desorganizados como para influir en la política y crear un nuevo modelo económico y social.

Todos los presentes permanecieron serios, callados. Mi padre, por el contrario, estaba sonriendo. Aún me consideraba débil y fácil de engañar.

Eso me dio fuerzas para seguir:

—El antiguo régimen solo beneficiaba a una parte de la población —continué—, la parte a la que llevabais años considerando superior por algo tan azaroso como el haber nacido a un lado u otro del Muro. ¡Os inventasteis una maldita enfermedad solo para poder

aprovecharos de personas inocentes! Habéis tenido un sistema de explotación a vuestro servicio durante años y habéis disfrutado de sus privilegios, pero el tiempo se os ha acabado, papá. Ni tú ni Ismael Garza vais a volver a hacerle daño a nadie, voy a asegurarme de ello por todos los domésticos a los que les habéis arrebatado la vida…, y también por mi madre. Te juro que vas a pagar caro el haberla asesinado.

Los miembros del Gobierno Provisional comenzaron a susurrar, impactados por mis declaraciones. Yo no pude apartar la mirada de mi padre, que había dejado de sonreír. Quería que se enterara de que sabía la verdad, de que jamás iba a perdonarlo. Quería que se pudriera en la cárcel sabiendo que su hija lo odiaba.

—¡Solicito que a la cadena perpetua se le añadan treinta años de trabajos forzados! —exclamé.

Los susurros se hicieron más fuertes. El resto de los ministros habían sido condenados solo a diez años de trabajos forzados, pero mi padre, que había podido acabar con un sistema de explotación cuya crueldad no tenía precedentes y no lo había hecho, que había asesinado a mi madre, era más culpable que los demás.

—Solicitud aceptada —me respondió el magistrado—. ¿Votos a favor de declarar culpable de todos los cargos a Diego Salazar?

Abel y yo levantamos la mano y el resto de los miembros del Gobierno Provisional nos siguieron. No nos hizo falta mucho tiempo para ponernos de acuerdo.

—Diego Salazar —dijo el magistrado—, el Gobierno Provisional de la República de Heden lo declara culpable de todos los cargos. Se lo condena por unanimidad a cadena perpetua y a cumplir treinta años de trabajos forzados.

Aunque mi padre intentó mantener una expresión de indiferencia, lo conocía lo bastante bien como para saber que el golpe le había dolido. Había pensado que de verdad iba a poder librarse de la pena, que quizá yo alegara algo a su favor, pero se había equivocado. Yo ya no era la Eva inocente y sumisa a la que había engañado durante toda su vida. Había salido de la crisálida y, tras una violenta eclosión, me había convertido en Mariposa.

Y ahora que tenía alas, nadie iba a volver a impedirme volar.

«Cada hermanito se fue a vivir a su propio hogar. Todo parecía tranquilo hasta que una mañana, el más pequeño, que estaba jugando en un charco de barro, vio aparecer entre los arbustos al temible monstruo. El pobre empezó a correr y se refugió en su recién estrenada casita de paja. Cerró la puerta y respiró aliviado. Pero desde dentro oyó que el monstruo gritaba:

—¡Soplaré y soplaré y la casa derribaré!».

Los tres hermanitos (versión sin animales, año 2095)

29



La guerra que asoló Heden duró tres años, mil noventa y cinco días en los que el país sangró por todas sus heridas abiertas. Las ciudades, antes dormidas bajo el paso del silencio, se transformaron en laberintos de humo y metralla. Los edificios caían bajo las bombas y las ciudades cambiaban de manos como dados en una partida de azar. El pasado se negaba a morir, pero el futuro empujaba con rabia, con unas desesperadas ansias de libertad. Por eso, entre el humo y los escombros, la esperanza resistía.

—Te quiero, Mariposa —me susurraba Zeta, abrazándome con fuerza, cuando los bombardeos nos despertaban en mitad de la noche—. Y te voy a querer siempre.

Y yo me dejaba acunar entre sus brazos, el único lugar en el mundo en el que encontraba paz.

—Y yo a ti —le respondía—. Y yo a ti, Zeta.

Desde la muerte de Ismael Garza vivíamos juntos, pero no teníamos una casa propia. Nuestro hogar iba cambiando cada poco tiempo, porque la guerra nos obligaba a movernos. Zeta quería luchar, pero aún no sabía desenvolverse sin los dedos de la mano derecha, así que pasaba todo su tiempo pintando, ahogando el dolor y la pena en los colores de sus cuadros.

Yo, sin embargo, me había convertido en uno de los objetivos de los soldados de la Liga Azul. Como formaba parte del Gobierno

Provisional y para nuestros enemigos era una de las caras visibles de la rebelión, estaba obligada a huir, a esconderme, a vivir bajo la amenaza constante de la muerte.

—Tanto Abel como tú sois considerados traidores por los nacionalistas radicales —me había dicho Bengala en una de las primeras reuniones clandestinas del Gobierno Provisional—. Intentarán atacaros, así que no confiéis en nadie ni salgáis a la calle si no es absolutamente necesario.

—El antiguo régimen aún sigue vivo —había añadido Medusa—. Mantengo la esperanza en que acabaremos con él, pero nunca lo derrotaremos del todo. Tenemos que estar preparados para eso.

Los días se hacían muy largos y los años muy cortos. Todo cambiaba demasiado deprisa, y a la vez tenía la sensación de que lo hacía muy despacio. Mi única constante, el faro que guiaba mis pasos, era Zeta. En aquellos tres años le conocí mejor de lo que había conocido a nadie, y también me enamoré de él más de lo que creía posible. Le vi reír, le vi llorar y le consolé cuando se despertó de madrugada asolado por las pesadillas; hicimos el amor en todas y cada una de las ciudades a las que tuvimos que llamar hogar. Así, poco a poco, el cariño y la atracción se fueron transformando en amistad, en respeto, en confianza. Solo después de eso, después de ver su lado más frágil y humano, supe que quería pasar el resto de mi vida a su lado.

—Cuando acabe la guerra —me dijo una noche de verano en la que tuvimos la suerte de poder refugiarnos junto al mar— tendremos hijos.

En el ámbar de sus ojos se reflejaba el brillo de la luna, cuya luz entraba por las ventanas abiertas del apartamento, y yo me perdí en su hermoso y cálido otoño. Estábamos tumbados en la cama, mirándonos, y aunque sabía que aquella tranquilidad no duraría mucho, que en cualquier momento las tropas del Eje Rojo nos obligarían a cambiar de ubicación, me permití soñar.

—Los tendremos —le aseguré—. Y espero que tengan tus ojos.

—Yo espero que se parezcan a ti. —Me acarició la mejilla y yo sonreí—. Eres lo más bonito que he visto nunca, Mariposa, mi

motivo para querer vivir. Si te pasara algo…, te juro que me volvería loco.

Al contrario que Zeta, que había decidido alejarse de la batalla, Cobra se había unido al ejército del Eje Rojo. Alguna vez nos llamaba, aunque solo fuera para que supiéramos que seguía con vida, y nos hablaba de lo que ocurría en el frente. Una victoria, una derrota, muchas bajas. Aunque habríamos preferido que se quedara con nosotros, que estuviera a salvo, entendíamos sus motivaciones. Tras la muerte de Nina, necesitaba luchar, vengarse de aquellos que le habían arrebatado a su madre, y ni Zeta ni yo podíamos culparla por ello.

—No puedo quedarme en casa esperando que nuestros enemigos ganen la guerra —le había dicho a Zeta por teléfono en una de sus llamadas—. Jamás me lo perdonaría.

—No van a ganar —le había asegurado él, que no se permitía pensar lo contrario—. Y que tú luches contra ellos no marcará la diferencia.

—La marcará para mí. Además, aunque no lo hiciera, ¿qué importaría? Yo no tengo a nadie que me esté esperando en casa, Zeta, nadie que me abrace por las noches. Al contrario que vosotros, yo estoy completamente sola.

Búho también se unió al ejército, pero de una forma muy distinta. Él lo hizo como médico, para trabajar en los hospitales de campaña y ayudar a los heridos. Aún tenía mucho que aprender, pero la mejor forma de hacerlo era junto a los médicos de guerra, que siempre necesitaban ayuda. Durante aquellos años en los que la medicina también fue una cuestión ideológica y los hospitales se convirtieron en objetivos de las bombas, hubo escasez de medicamentos y quirófanos. Todos los que estuvieron dispuestos a arriesgar su vida para curar a los demás fueron vistos como héroes, pero aquella entrega abnegada obligó a Búho a vivir lejos de Abel.

—Es lo mejor —nos decía—. Ahora mismo, los dos tenemos mucho de lo que preocuparnos.

Sin embargo, tanto Zeta como yo notábamos que hablaba con tristeza, como si en el fondo se preguntara si todo lo que estaban haciendo merecía le pena, como si le hubieran arrancado el corazón

y soñara cada día con recuperarlo. Abel y él solo se veían de forma esporádica, porque ninguno de los dos dejaba de trabajar. Para Búho siempre había enfermos a los que ayudar, y nuestros aliados del Eje Rojo estaban empeñados en convertir a Abel en el líder de la República. Necesitaban una cabeza visible que otorgara estabilidad al país tras la guerra; un títere que saliera a saludar a la gente y firmara los documentos, y él era el candidato perfecto.

—Eva, sé que lo que voy a decir ahora te va a sorprender —me dijo en una de las reuniones del Gobierno Provisional, una de esas pocas ocasiones en las que pudimos vernos y abrazarnos—. He estado pensando…

—Eso ya me sorprende —lo interrumpí.

No me hizo caso.

—Sé que llevo toda mi vida huyendo de cualquier cosa que huela a responsabilidad, así que creo que ha llegado el momento de dejar de tener miedo y asentar la cabeza. Quiero hacerlo por Búho, para que se sienta orgulloso de mí, aunque también por todos los demás. Quiero… hacer algo por Heden.

—¿No crees que ya has hecho bastante?

—No, porque ahora empieza lo más difícil. Voy a aceptar la propuesta del Eje Rojo.

—¿Quieres convertirte en su marioneta? —le pregunté, sorprendiéndome a mí misma con el reproche que destilaban mis palabras—. ¿Por qué?

—Porque ahora mismo tenemos una deuda con ellos, y sacrificarme es la única manera de saldarla y conseguir una posición ventajosa. ¿Prefieres que pongan a alguien que no conozcamos? ¿Alguien que no sepa nada del país y lo moldee a su manera?

—No —respondí—. Claro que no.

—Seré el líder que quieren y aceptaré sus condiciones —continuó —, pero a cambio les pediré algo: cuando acabe la guerra, convocaré a elecciones.

—Abel…

—Solo estoy dispuesto a asumir el cargo si es lo que la gente quiere. Los ciudadanos de Heden merecen tener la oportunidad de elegir. *Todos* los ciudadanos de Heden.

Entendí perfectamente a qué se refería con ese «todos»: quería que tanto celestes como domésticos votaran por primera vez en su vida. Quería darles el derecho a elegir. Quería demostrar que, por fin, no había diferencias entre nosotros.

Esa era la verdadera revolución.

—¿Crees que podrás soportarlo? —le pregunté.

No me hizo falta decirlo, porque él sabía perfectamente a lo que me estaba refiriendo. Tras la muerte de su padre, Abel había querido empezar a tratar sus adicciones, pero la oscuridad de la guerra se lo estaba poniendo difícil.

—Sea como sea, lo haré —me aseguró él—. Por Búho.

Con el paso del tiempo, las tropas del Eje Rojo fueron ganando territorio, reduciendo a la resistencia de la Liga Azul a meras guerrillas fanáticas. El desgaste de la guerra hizo mella en ambos ejércitos, y aquellos que habían luchado fervientemente por mantener sus privilegios decidieron dar la República por perdida y huir del país. No era una victoria completa, pues las heridas abiertas por la dictadura y la guerra permanecerían en la piel de la sociedad durante décadas, pero por fin pudimos abrazar algo que se parecía a la paz.

El 7 de febrero del 2194, los miembros del Gobierno Provisional emitimos un comunicado por televisión:

—¡República de Heden, la guerra ha terminado! Hoy mismo comenzamos a trabajar en la reconstrucción del país, en crear una sociedad en la que las palabras pesen más que las balas y una mano tendida sea más valiosa que una victoria. Hoy mismo comenzamos a trabajar para conseguir la igualdad.

Los focos de conflicto se apagaron y, aunque no perdimos el miedo a los atentados, pudimos empezar a tutelar el país. Las leyes que se habían dictado tras la muerte de Ismael Garza se hicieron por fin efectivas, y también el proceso de desprogramación educativa. Queríamos que aquellos que habían vivido bajo el yugo de la República durante ochenta años empezaran a olvidar lo que habían aprendido, que consideraran a los domésticos iguales que ellos, que recordaran a los animales. Queríamos que aquellos que habían

vivido sometidos obtuvieran los derechos fundamentales que merecían.

Sin embargo, el camino que nos quedaba por recorrer era muy difícil.

Aunque la mayoría del país estaba de nuestro lado, mucha gente se opuso a la nueva sociedad y se negó a reconocer la igualdad. Hubo altercados y reacciones violentas que nos obligaron a utilizar la fuerza, e incluso surgieron grupos de resistencia que atacaban y discriminaban a los que hasta hacía cuatro años habían sido considerados domésticos. Muchos soldados, como Cobra, crearon milicias urbanas para luchar contra ellos en las calles.

—Esos cabrones no se van a salir con la suya —nos decía—. Mientras yo siga con vida, no lo harán.

Había días, cuando el peso de la desesperanza me aplastaba los hombros, en los que sacaba la fotografía de mi madre y la observaba durante horas. Quizá no podía hablar con ella, y tampoco refugiarme entre sus brazos, pero de alguna forma sentía que así, mirándola, obtenía la fuerza que necesitaba.

«Lo estamos haciendo, mamá —le decía, con las lágrimas ardiéndome en la garganta—. Estamos luchando por crear el mundo con el que soñaste».

¿Se habría imaginado ella alguna vez que llegaríamos tan lejos? ¿Se habría reunido su alma con la de Puma, si es que existía algún lugar en el que reencontrarse después de la muerte? ¿Y con la de Nina? Esperaba que sí, que las tres fueran felices y que, desde donde estuvieran, pudieran observarnos con orgullo.

Aún nos quedaba mucho por hacer, una generación entera a la que educar, pero no pensaba rendirme. Tenía que seguir luchando por mí, por Zeta, por Cobra, por Búho y por Abel. Por mi madre y por Nina.

Todos ellos habían mantenido la esperanza incluso cuando esta no era más que una ilusión difusa; habían llevado la libertad en la sangre y en la piel, y yo no pensaba fallarles.

Eso, jamás.

«… y fueron felices y se comieron juntos el pan que habían horneado».

Final para cuentos de hadas (versión sin animales, año 2095)

EPÍLOGO



Madirit, 1 de septiembre de 2177

Zeta tenía trece lunares repartidos por todo el cuerpo: dos en el cuello, cinco en los brazos y seis en la espalda. Desde su ombligo hasta su boca había diecisiete besos, y su piel olía distinta según el momento del día. Si le mordía la oreja, sonreía, y el calor de sus ojos era capaz de transformar en primavera el invierno de mi piel. Hacíamos el amor tantas veces que la mañana terminaba fusionándose con la noche, y en aquellos siete años había llegado a entender su cuerpo mucho mejor que el mío. Conocía el sonido y el sabor de su placer, y nunca nos saciábamos el uno del otro. Probablemente, nunca íbamos a hacerlo. Solo así, tocándonos como si nunca hubiéramos tenido prohibido hacerlo, las heridas de la guerra empezaron a cicatrizar.

—Zeta, despierta —le susurré—. Vamos a llegar tarde.

Estaba dormido, el pelo negro alborotado y la piel morena sobre las sábanas blancas de la cama; la chapa plateada con la inicial de su nombre brillando en el cuello. La luz dorada de la mañana entraba por la ventana y lo envolvía todo con su calidez, haciendo que aquella habitación fuera, para mí, el lugar más bonito del mundo.

Aunque la guerra había terminado hacía más de cuatro años, no habíamos podido comprarnos aquella casa hasta hacía seis meses.

No era muy grande, y tampoco habíamos tenido la oportunidad de decorarla, pero era nuestro refugio, un pequeño lugar en el mundo en el que escondernos y olvidarnos de la realidad.

—Estoy despierto —me respondió él.

—Mentiroso.

Zeta abrió los ojos y, tras dedicarme una sonrisa traviesa, se abalanzó sobre mí.

—¡No, por favor! —le pedí, sin poder parar de reír, cuando comenzó a hacerme cosquillas—. ¡Ya vale!

Pero él no se detuvo. Siguió picándome hasta que me quedé sin aire y, solo cuando me vio exhausta, convirtió las cosquillas en besos. Sus labios me acariciaron el cuello y el pecho y, cuanto más lento me besaba, más se aceleraban los latidos de mi corazón. Cuando me levantó el camisón y comenzó a acariciarme la piel, una chispa intensa y desgarradora prendió en mi vientre.

—Zeta —musité, cerrando los ojos para disfrutar de su contacto—. Para.

En realidad, no quería que parara, y él lo sabía. Por eso comenzó de nuevo a descender por mi cuerpo, y solo se detuvo unos segundos en la cicatriz que tenía en el abdomen para besarla con delicadeza. Después, continuó bajando.

—Vamos a… llegar tarde —le dije con un hilo de voz.

Su calor me provocaba incendios, como si estuviera hecho de fuego, y mis bosques nunca podían resistirse a ellos. Me separó las piernas lentamente y, pasándose la lengua por los labios, susurró:

—No me importa.

No fui capaz de resistirme. Me incorporé y, besándolo como si fuera la primera vez que lo hacía, lo obligué a tumbarse y me puse encima de él. El deseo de sus ojos no hizo más que aumentar mis ganas de sentirlo más cerca, más adentro, así que me quité el camisón por la cabeza y me apresuré a desnudarlo. Él no se quejó. Estaba muy duro y, al sentirlo bajo mi peso, mi cuerpo se humedeció al instante.

—Me encanta cuando me despiertas así —musitó cuando abrí las piernas y lo dejé entrar.

Comencé a moverme y él cerró los ojos. Al notar cómo mi cuerpo se adaptaba al suyo, jadeé y me incliné sobre él, ayudándole a llegar más adentro.

—A mí también —le respondí, haciendo movimientos circulares sobre su miembro—. A mí también me gusta.

El sol, que sabía que el cuerpo de Zeta era mi anestesia, nos vio convertir la cama en una trinchera en la que, juntos, transformamos el dolor en placer, un lugar en el que no existía patria ni bandera, en el que la guerra no era más que el recuerdo borroso de otra vida.

—Te quiero, Eva —me susurró antes de que una oleada de placer le hiciera estremecerse.

—Yo también te quiero, Zahir —le respondí, sintiendo su nombre en mi boca, en la sangre de mis venas.

Y entonces aceleramos, arrastrados por el amor, por la pasión y el deseo, e hicimos que el mundo que nos rodeaba desapareciera. ¿De verdad nos habíamos odiado alguna vez? ¿De verdad habíamos pensado que las barreras que nos separaban eran insalvables? No me imaginaba un mundo en el que no estuviera junto a Zeta. Simplemente, no podía hacerlo.

—Joder, Eva, sigue —gruñó, colocando las manos sobre mis caderas para guiar mis movimientos.

Y yo seguí, gritando sin importarme que nos escucharan los vecinos, sudando y jadeando, preguntándome cómo era posible que no nos hubiéramos dado cuenta hasta entonces de lo maravilloso que era el mundo. Nunca teníamos manos suficientes para tocarnos ni pulmones para respirarnos, nunca teníamos palabras para expresar la intensidad de lo que sentíamos al convertirnos en una sola alma, en un solo corazón.

Zeta gimió con fuerza, dejándose llevar, y yo lo hice con él. Durante unos instantes nuestros cuerpos latieron a la vez, convertidos en agua y en aire, y los dos ardimos bajo las llamas que nuestros cuerpos habían provocado. Después, cuando la pasión dio paso a la felicidad, nos acurrucamos el uno junto al otro.

—Cuando me toque morir quiero que sea así —me dijo Zeta, depositando un suave beso sobre mi pelo—. Dentro de ti.

Sonreí y cerré los ojos, dejando que el cansancio se adueñara de mí…, pero entonces recordé de golpe la hora que era.

—¡Zeta! —grité, incorporándome de un salto—. ¡Que llegamos tarde de verdad!

—¡Mierda!

Nos levantamos de la cama y, tras darnos una ducha rápida, comenzamos a vestirnos.

—Abel va a matarnos —le dije.

Había elegido un vestido de color verde agua, con unas mangas de estilo capa que caían con gracia sobre mis hombros y me cubrían los brazos hasta el codo. Tenía el escote en pico y se me ajustaba a la cintura, haciendo que la falda se abriera con mucho movimiento. Los zapatos, que me quedaban algo grandes, eran de un bonito color melocotón.

—Quizá sea él quien llegue tarde, ya lo conoces.

—No me extrañaría nada.

Me acerqué hasta el espejo para pintarme los labios y, al verme tan arreglada, esbocé una sonrisa triste. Aunque hacía siete años de la muerte de Nina, aún la echaba mucho de menos. La echaba tanto de menos, tantísimo, que había días en los que las lágrimas me sorprendían casi sin darme cuenta. Podía estar cocinando, viendo la televisión o paseando por la calle que, de repente, la tristeza me atenazaba el corazón y las lágrimas se escapaban de mis ojos. Tenía la sensación de que el dolor por su muerte, al igual que las heridas que me había dejado la guerra, jamás iba a desaparecer.

Dejé el pintalabios sobre el tocador y me fijé en la caja de música de mi madre. La había recuperado de la que había sido mi casa, junto al resto de mis cosas, cuando mi padre entró en la cárcel. Era la única de mis pertenencias que no había abandonado en aquellos siete años, la única que había sobrevivido a los cambios de casa, a las huidas y al miedo a las bombas. Seguía siendo mi posesión más preciada, y su melodía aún era capaz de espantar mi tristeza.

—Madre mía —me dijo Zeta, dejando de vestirse para mirarme—. Estás preciosa.

Se había puesto ya los pantalones, pero la camisa y la corbata aún estaban sobre la cama. Observé su torso desnudo, y tuve que

regañar a mi cuerpo por volver a encenderse. ¿Es que nunca iba a acostumbrarme a todo lo que Zeta me provocaba? No, seguramente no. Los años pasarían, pero yo seguiría mirándolo embobada como la primera vez.

—Deja que te ayude.

Zeta se puso la camisa y yo tomé la corbata de la cama para ayudarle a hacerse el nudo. A pesar de que su mano dominante era la izquierda y, por suerte, había podido continuar pintando, había muchas cosas que no podía hacer sin los dedos de la derecha. Durante aquellos años, sin embargo, habíamos aprendido a hacerlo juntos.

—Ya está —le dije.

Me dio un rápido beso como agradecimiento y, en cuanto se puso la chaqueta, salimos de casa. Nuestro pequeño hogar estaba en una calle estrecha paralela a la Vía Celeste, muy cerca del Congreso, y también del colegio en el que Zeta había empezado a trabajar como profesor de pintura. Al igual que en el Refugio, sus alumnos lo adoraban. Y él era feliz. Los dos lo éramos.

Atravesamos las calles de Madirit tomados de la mano, intentando ignorar a los soldados del ejército del Eje Rojo que vigilaban la ciudad. Los últimos tres años habían sido de paz, pero nada nos aseguraba que esta fuera a durar para siempre. Estábamos en un momento frágil, un momento de cambios en el que todo podía estallar en mil pedazos. Las ciudades continuaban en pleno proceso de reconstrucción, y los edificios aún derruidos nos recordaban el poco tiempo que había pasado desde el final de la guerra, lo mucho que aún nos quedaba por hacer.

Tras caminar durante unos minutos más, llegamos al parque de El Retiro. Aunque ya se acercaba el otoño, aún podíamos sentir en la piel el asfixiante calor del verano.

—Creo que ya han llegado todos —dije cuando vimos, a lo lejos, la impresionante fachada transparente del Palacio de Cristal.

Era un entorno de ensueño: los árboles con los polinizadores plateados revoloteando a su alrededor, el lago tranquilo, el cielo azul despejado. A pesar de su aparente fragilidad, el Palacio de Cristal

había permanecido en pie tras la guerra, y eso lo hacía aún más especial.

—Podemos decirles que hemos tenido problemas con el despertador —me susurró Zeta.

—Sí, maldito despertador —le respondí—. Sabe ser muy persuasivo.

En cuanto llegamos hasta el edificio, Cobra se acercó corriendo hasta nosotros. Era la única que estaba fuera, y me sorprendió ver lo guapa que se había puesto. Llevaba un vestido rojo y los rizos dorados le caían sueltos sobre los hombros. No se había maquillado, probablemente porque no quería tapar la cicatriz de su cara, pero llevaba los labios pintados.

—¡Por fin estáis aquí! —exclamó.

—¿Somos los últimos? —le preguntó Zeta.

—No —respondió ella—. Falta el novio.

No hizo falta que especificara cuál de los dos era el que aún no había llegado.

—Tiene que hacer una entrada triunfal —dije, sonriendo—. Como siempre.

Justo en ese momento, como si hubiera estado esperando el momento perfecto para hacerlo, vimos a Abel caminando hacia nosotros.

—¡Justo a tiempo! —exclamó, saludándonos con la mano.

Cuando llegó, no pude evitar emocionarme. Estaba guapísimo. Llevaba un traje color crema con unos zapatos marrones, sin chaqueta, y sobre la camisa blanca remangada llevaba un chaleco que había decorado con un pequeño ramillete de flores en tonos añil, rosa y lavanda. La corbata, irónicamente, era azul celeste.

En los tres últimos años, como la guerra había acabado y los hospitales volvían a funcionar con cierta normalidad, se había sometido a una terapia de desintoxicación que le había ayudado a dejar de destruirse a sí mismo.

«Lo hago por Búho —me repetía en los peores momentos, temblando, cuando estaba a punto de recaer y yo tenía que recordarle que era más fuerte de lo que pensaba—. Todo esto lo hago por él».

Después de mucho esfuerzo, después de mucho sudor y muchas lágrimas, lo había conseguido. Abel no solo llevaba un año limpio, sino que había aumentado de peso y sus ojos tenían un nuevo brillo, uno que nunca le había visto y que combinaba a la perfección con su sonrisa: el de la felicidad.

—Venga, vamos dentro —le indicó Cobra a Zeta.

Él asintió y, tras despedirse de nosotros, entraron juntos en el Palacio de Cristal. En cuanto me quedé a solas con Abel, sonreí y le coloqué bien las flores del chaleco.

—No me puedo creer que vaya a casarme —dijo, sorprendido—. ¡Yo, casándome! Voy a romperle el corazón a muchas personas.

—Pues a mí no me extraña tanto. Eres la persona más romántica que conozco.

Abel arrugó la nariz y yo no pude contener una sonrisa. Sabía tan bien como yo que tenía razón. Había sido él quien le había pedido a Búho que se casaran y lo había hecho de la forma más tradicional: de rodillas y con un anillo.

—Lo que tú digas, Cenicienta. Lo único que sé es que quiero pasar este trago cuanto antes y empezar con la fiesta.

—Voy a vigilarte, ¿eh?

—No empieces, por favor.

Me ofreció el brazo para que me agarrara y yo lo acepté. Sin embargo, cuando comenzamos a subir las escaleras que llevaban al interior del palacio, me mareé, me tropecé con los tacones y, si no hubiera sido porque Abel me sujetó, me habría caído de bruces contra el suelo.

—¿Estás bien? —me preguntó, preocupado.

El pie derecho se me había salido del zapato y no podía agacharme para colocarlo. Estaba demasiado mareada. Cerré los ojos un segundo, esperando que todo dejara de dar vueltas, y le respondí:

—Sí, no te preocupes. Son los zapatos, que me van grandes.

Abel entornó los ojos con algo de desconfianza y se agachó frente a mí. Después, me tomó el pie con mucha delicadeza y me colocó bien el zapato.

—Esperaba que fueran de cristal, princesa —me dijo.

—Eres tontísimo —le respondí, con cariño.

—Me lo dicen mucho —replicó él, poniéndose en pie para volver a ofrecerme el brazo—. Menos mal que nunca me ha importado la opinión de la gente.

Comenzamos de nuevo a subir las escaleras y, mirándolo de reojo, le pregunté:

—¿Has preparado los votos?

—Por supuesto que no.

—¡Abel!

—¿Qué? Voy a improvisarlos.

Entramos por la puerta justo cuando comenzó a sonar la música. Aunque solo había un violinista, las notas de su instrumento llenaron el palacio de magia. Los rayos del sol entraban a través de las paredes de vidrio e iluminaban a los invitados, que se levantaron de sus sillas blancas en cuanto llegamos. Éramos muy pocos —sobre todo teniendo en cuenta que, tras las elecciones del mes siguiente, Abel podía convertirse en el nuevo presidente de la República—, pero no necesitábamos a nadie más. Todos los que nos importaban, nuestra familia, nuestros amigos, estaban presentes.

Los primeros a los que vimos fueron a Oso, Medusa y Bengala, que nos saludaron con una sonrisa. A su lado estaban Panda y Tejón, además de muchos otros miembros del Frente como Tiburón, Mamba o Avispa. Catalina Garza también estaba allí, con los ojos llenos de lágrimas, junto a Víctor y Alejandro. Cobra y Zeta eran los que estaban sentados más cerca del altar.

Al final del pasillo, debajo de un bonito arco de flores blancas, había un juez con un libro entre las manos. Justo a su lado estaba Búho. Iba vestido casi igual que Abel, con unos tirantes marrones en vez de chaleco y corbata. En uno de ellos llevaba enganchado un ramillete de flores a juego con el de su futuro marido. El pelo, que resplandecía con reflejos de color bronce, le caía sobre la frente. Estaba feliz, mucho más de lo que lo había visto nunca. Sus ojos grises brillaban con tanta intensidad por detrás del cristal de sus gafas, que el más caro de los diamantes les habría tenido envidia.

Nos acercamos hasta él y, al estar frente a frente, tomé la mano de Abel y se la entregué. Búho la sujetó con decisión, y solo cuando

me marché para sentarme entre Zeta y Cobra, me di cuenta de que Abel estaba llorando.

—Se me ha metido algo en el ojo —se disculpó, secándose las lágrimas.

El juez comenzó a hablar y yo, conmovida, tomé la mano de Cobra. Ella me miró, algo sorprendida, y después entrelazó sus dedos con los míos. Aunque Nina ni siquiera habría llegado a imaginarlo, me había hecho un gran regalo: una hermana. Nos había pedido que nos cuidáramos la una a la otra y eso estábamos haciendo. Teníamos que vivir una vida larga y plena por ella, la vida que habría querido para nosotras.

Estuvimos tomadas de la mano toda la ceremonia, juntas, emocionadas. Yo empecé a llorar enseguida; Cobra aguantó hasta que el juez le dio la palabra a Búho y él, con las mejillas muy rojas, se sacó un papel del bolsillo y empezó a leer sus votos:

—Abel, siempre he creído que la vida tiene que ser algo ordenado y tranquilo, que cuanto más desapercibido pasara, más feliz sería; que mientras permaneciera escondido en mi propio mundo, nada ni nadie me haría daño otra vez. Pero entonces… entonces llegaste tú y rompiste todos mis esquemas. Me acuerdo de la primera vez que nos vimos, de cómo me mirabas…

—Es que eres muy guapo —lo interrumpió Abel, a quien debía de habérsele metido algo en el ojo de nuevo.

Todos nos reímos y Búho sonrió. Después, continuó leyendo:

—Me llenaste la vida de sorpresas, ¿sabes? Y lo mejor de todo es que todas han sido buenas. —Paró un segundo a tomar aire—. Ojalá me sigas sorprendiendo siempre porque… porque… yo… bueno… te quiero más que a nada.

—¿Cómo? —le preguntó Abel—. Es que lo has dicho tan bajito que no te he escuchado.

Búho se puso aún más rojo y, a pesar de que estaba muriéndose de vergüenza por tener que decirlo delante de tanta gente, exclamó:

—¡Que te quiero, Abel! ¡Te quiero!

Abel sonrió, emocionado, y cuando Búho volvió a guardarse el papel en el bolsillo, le tomó las manos con cariño. Después, tras

perderse unos segundos en sus ojos, empezó a recitar unos votos que solo yo sabía que estaba improvisando:

—Tengo que reconocer que nunca pensé que fuera a casarme —admitió, sin apartar la vista de los ojos de Búho—, así que no sabía muy bien en qué consistía esto. Sin embargo, fue conocerte y darme cuenta. No te casas con alguien con quien puedes vivir, sino con alguien sin quien no podrías hacerlo. Y yo no puedo vivir sin ti, Marco.

Hizo una pausa tras decir el verdadero nombre de Búho, y yo abrí mucho los ojos. Nunca me había contado qué nombre se escondía detrás de su apodo del Frente y, a juzgar por los rostros de Cobra y Zeta, a ellos tampoco.

—No voy a decirte lo mucho que te quiero porque te lo repito cada día —continuó—, pero sí voy a decirte algo: te admiro. Has sobrevivido a cosas que cualquier otra persona no habría podido soportar y, a pesar de ello, tienes la fuerza suficiente como para levantarte todos los días y ponerte a curar a gente a la que no conoces de nada, incluso a gente que te habría hecho daño si hubiera tenido la oportunidad. Eres… un jodido ser de luz, y no sé cómo darle las gracias a la vida por haberte puesto en mi camino.

—Abel…

—He pasado años enteros sin sentir nada —lo interrumpió—, y te juro que pensaba que me había dejado el corazón abandonado en algún bar de mala muerte…, pero resulta que no, que lo tenías tú. Cuando nos conocimos éramos solo unos niños, pero sé que te voy a querer hasta que seamos unos ancianos.

Se quedaron unos segundos en silencio, mirándose fijamente, emocionados; después, se besaron. Lo hicieron por todos los años que habían pasado separados, por todos los que la guerra les había arrebatado; lo hicieron como dos enamorados.

Nosotros vitoreamos, y cuando los novios atravesaron el pasillo para salir del palacio, todos los siguieron. Yo tiré de la mano de Zeta y lo obligué a que nos quedáramos rezagados.

—¿Qué pasa? —me preguntó al ver que no nos movíamos.

Miré al violinista, que permanecía quieto junto a la puerta, y él, tras responderme con un asentimiento, comenzó de nuevo a tocar.

Zeta y yo estábamos solos en medio de un palacio de cristal con el suelo cubierto de pétalos de flores, como el príncipe y la princesa de un cuento de hadas. Rodeé su cuello con mis brazos y, apoyando la cabeza en su pecho, empecé a bailar. Él, aunque estuvo unos segundos quieto, algo confuso, terminó rodeándome la cintura y dejándose llevar.

—Mariposa, nos están esperando —me susurró.

Podía escuchar sus latidos contra mi oreja. *Pum. Pum. Pum*. *Pum*. Su corazón estaba acompasado con el mío.

Con el nuestro.

—Ya lo sé —le dije, alzando la cabeza para mirarlo—. Es solo que me ha parecido que este es un momento perfecto para decirte una cosa.

Zeta frunció el ceño, sin dejar de moverse lentamente al ritmo de la música. No sabía qué era lo que iba a decirle. Ni siquiera se lo esperaba.

—¿Y qué es tan importante como para tener que decírmelo aquí y ahora?

Me mordí el labio inferior, alargando el momento de intriga, y cuando ya no pude aguantar más, lo solté:

—Que espero que tenga tus ojos.

Al principio no entendió lo que le estaba diciendo, pero, en cuanto lo hizo, se separó de mí y se quedó paralizado.

—¿Estás…?

Los ojos se me llenaron de lágrimas y, antes de que pudiera decir nada más, asentí. Él se separó de mí, repentinamente serio, y yo tuve miedo de que la noticia no le hubiera gustado, de que aún no estuviera preparado para ser padre.

—Zeta, yo… —me callé un segundo, porque en realidad no sabía bien qué decir—. Si es un niño, había pensado que podríamos ponerle Zawar, como tu padre. Y si es una niña…

No me hizo falta decirlo. Zeta sabía qué nombre iba a querer ponerle si era una niña.

—María —susurró.

Asentí y, al verlo sonreír, no pude hacer otra cosa más que lanzarme a sus brazos. Él me estrechó con fuerza contra su cuerpo.

—Me has asustado —le dije—. Pensé que te habías enfadado.

—Yo también me he asustado, pero sobre todo porque sé que vas a querer que Abel sea el padrino.

Me reí y él me siguió. Había tanta felicidad dentro de mi pecho que tenía la sensación de que, de un momento a otro, iba a estallar.

—Me has hecho la persona más feliz del mundo, Eva.

—Solo porque tú me has hecho igual de feliz a mí.

Nos tomamos de la mano y así, acompañados por la música del violín, salimos del Palacio de Cristal.

Habíamos contado la verdad, habíamos hecho justicia.

Y, por fin, estábamos creando un mundo nuevo.

AGRADECIMIENTOS



Siempre pensé que sacar adelante una novela era una tarea solitaria, pero entonces lo hice y comprobé que no, que al igual que para derrocar a un gobierno opresor, necesitas ayuda. Tú eres quien escribe, sí, pero hay mucha gente que te sostiene. Y menos mal. Este libro es mío, pero también de todos aquellos que me dieron aliento cuando creía que no podía continuar, de todos los que me hicieron ver la luz en la oscuridad, de mi Frente de Liberación personal. Esto va por vosotros.

Como siempre, gracias a papá y a mamá, porque aunque ahora estéis un poco lejos, os siento más cerca que nunca. Gracias por ser los mejores padres que podría desear, por apoyarme y ayudarme, por escucharme y comprenderme.

Gracias a Víctor, la persona que escucha a diario largos monólogos sobre mis novelas y que ha llegado a conocer a mis personajes mejor que yo. Gracias por los días y las noches, por no rendirte en los malos momentos, por tirar de mí cuando más lo he necesitado. Hablo en serio cuando digo que no sé qué haría sin ti.

Gracias también a mis amigas, a las que estuvieron desde el principio, pero también a las que el destino ha ido poniendo en mi camino. Gracias a Lidia y a Ana (mi Leo y mi Tino) por estar a mi lado y hacer que estos personajes cobren vida; a Eli por ser la primera en escuchar esta locura y decirme «Escríbela y quemémoslo todo», a Alba por confiar en mis historias antes incluso de que

tuvieran sentido (¡y ahora gracias también a Azalea!). Gracias a Tere y a Celia, y también a Alicia, por demostrarme que siempre vais a estar ahí cuando lo necesito. Gracias a Andrea D. Morales por haberse convertido en un pilar fundamental en mi vida, y gracias también a Mei Segura y a Alba Zamora por alegrarse siempre por mis triunfos, por ser una luz en la vorágine en la que puede convertirse el mundo editorial. Gracias a Tania, a Rebe, a Ruth y al resto de mis no compañeros de trabajo, sino amigos, por apoyarme desde el primer día. Por último, aunque no por ello menos importante, gracias a personitas como Javi G. de Hita, Rocío Galeote, Andrés Astasio, Paz Pérez, Laura Martín o Mars Abella por haber seguido amando esta historia (¡y a mí!) a través de los años. Tengo mucha suerte de teneros a todos en mi vida.

Gracias a mis tíos y a mis tías, a mis primos y a mis primas, a todos los miembros de mi familia que no se han perdido ni una de mis presentaciones y que se enorgullecen de mí y de mis historias. Es un orgullo llevar vuestra sangre.

Gracias, por supuesto, a Jordi Ribolleda, mi agente y a veces psicólogo particular. Gracias por luchar por esta historia, y también por confiar siempre en mí y en mis palabras. Creo que hacemos un gran equipo, y que todo lo que hemos conseguido es solo el principio de todo lo que está por venir.

Gracias a Marina Mena, a quien no solo considero mi editora sino también mi amiga, y a todo el equipo de Urano. Siempre quise reescribir esta novela y encontrarle la casa que se merecía, y gracias a vosotros lo he conseguido. Ha sido maravilloso trabajar a vuestro lado, y estoy impaciente por ver todo lo que está por venir. ¡Sois un sueño hecho realidad!

Gracias a Selene por volver a trabajar conmigo esta novela, por tus consejos y tus comentarios que han vuelto a hacer no solo que la historia quede redonda, sino que yo me sienta más segura y orgullosa de mi trabajo. ¡No sabes cuánto te admiro, y ojalá podamos seguir trabajando juntas en todas las novelas que vengan!

Gracias a Luis Tinoco por la preciosa cubierta de esta novela, a Vero Navarro (@veronavarro.ig) por el trabajazo que ha hecho con las guardas, y también a Raquel (@reirei.art) y a Cris (@csky_art)

por ponerles cara a mis personajes. Qué maravilla haber podido contar con vuestro arte, y qué enamorada estoy de lo bonito que hacéis el mundo.

Gracias, también, a todas aquellas personas que han contribuido de una forma u otra a mejorar esta historia: a Miguel Pita por sus conocimientos en microbiología, a los médicos del SAMUR que respondieron con paciencia a mis preguntas sobre medicina, y al Frente de Liberación Animal por inspirarme a escribir esta historia (y también a luchar, siempre a luchar). Gracias a todos los que me han apoyado en redes sociales durante los meses de escritura y reescritura (¡algunos estáis a mi lado desde que esta historia era el #ProyectoEA, allá por el 2020!), por motivarme y por ser los mejores lectores que podría desear.

Y, sobre todo, gracias a ti, por atreverte a leer esta historia. Espero de corazón que, de alguna forma, tú también hayas dejado atrás la crisálida y ya nada te impida volar. Ah, eso sí, ahora que te has unido a Eva, Zeta, Cobra y Búho en esta revolución, tienes que ir pensando tu nombre del Frente. La lucha no ha hecho más que empezar.

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

Miriam Mosquera (Madrid, 1991) estudió Historia en la Universidad Complutense de Madrid, especializándose en numismática andalusí a través del Máster en Patrimonio Histórico Escrito. Gracias a eso, hoy en día compagina la escritura con dos trabajos que le apasionan: uno como guía en un museo y otro como documentalista en una editorial. Aunque empezó a escribir casi a la misma vez que a hablar, fue en 2013 cuando comenzó a compartir sus historias en Wattpad, descubriendo así de lo mucho que le apasionaba crear mundos extraordinarios. Esto, combinado con sus años de activismo, le hicieron darse cuenta de que la escritura también podía ser un arma, así que decidió afilarla y empuñarla. En 2022 publicó su primera novela, *La rebelión de la mariposa*, una distopía cargada de crítica social que ahora vuelve a ver la luz. También es autora de la bilogía **La caída del cielo** y de la serie de middle grade **Manuela Jones**.

¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

Escríbenos a

puck@uranoworld.com

y cuéntanos tu opinión.

ESPAÑA /MundoPuck /Puck_Ed /Puck.Ed

LATINOAMÉRICA /PuckLatam

/PuckEditorial

¡Gracias por vivir otra
#EXPERIENCIAPUCK!

PUCK

Table of Contents

PRÓLOGO
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
BIOGRAFÍA DE LA AUTORA